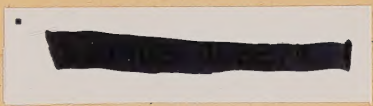


**IDEARIO
POLITICO
DE
PABLO
IGLESIAS
JUAN LOSADA**

nova terra
**NUEVA
SÍNTESIS**



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation



nueva síntesis

6



«Vi un cielo nuevo y una nueva tierra...»

(Apoc., 21, 1)

Juan Losada

Ideario político de Pablo Iglesias

editorial nova terra
canalejas, 65 barcelona-14

© by Juan Losada
Portada diseñada por Jordi FORNAS

© by EDITORIAL NOVA TERRA
Primera edición: enero 1976
Reservado todos los derechos

Depósito legal: B. 2641 - 1976
ISBN 84-280-0853-1
Impreso en España - Printed in Spain

Imprenta SOCITRA. Salvadors, 22. BARCELONA-1

AX
342
I4 L67

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y DE COMPORTAMIENTO

Pablo Iglesias Posse es sin duda la figura dominante del movimiento obrero español, sin el cual no puede comprenderse la historia de España en lo que concierne al papel desempeñado por la clase trabajadora a partir de 1870. Nacido en El Ferrol, el 18 de octubre de 1850, en el seno de una humilde familia, resultado del matrimonio de Pedro Iglesias, obrero con destino en el Ayuntamiento de la marítima villa, y de Juana Posse, se queda huérfano de padre cuando viene al mundo su único hermano, Manuel, hecho que provoca la natural consternación en un hogar tan modesto. Juana Posse y sus dos hijos se hallan solos, sin parientes ni posibilidad de hacer frente a la adversidad, perseguidos por necesidades perentorias. Vende los escasos enseres y emprenden el largo viaje a Madrid, atraída por el recuerdo de un tío suyo que trabajaba al servicio del conde de Altamira, quien supone que podrá ofrecerle alguna ayuda. Fueron tres semanas de viaje en diligencias por los polvorientos caminos de Galicia y Castilla.

Como en los relatos sociales de aquellos tiempos, en

los que la pobreza, el desamparo y la subsiguiente explotación de los débiles por la sociedad burguesa y ya industrial en Inglaterra, Estados Unidos y Francia, descrita por Carlos Dickens, con reservas, Robert Hunter, Horacio Alger y Emilio Zola, el hambre y la desolación son los principales protagonistas. Así se percibe que Juana y sus hijos se encuentran abandonados en la capital de España, pues su tío hacía tiempo que había fallecido. Tiene que ponerse a trabajar como sirvienta, sin tener una habitación donde dormir ni un trozo de cecina para alimentar a los niños. Para ello le es imprescindible, con el dolor de madre, desprenderse de Pablo y Manuel y solicitar su ingreso en el Hospicio madrileño. Durante el curso de varios años, la joven viuda los visitará frecuentemente, cuando sus señores le permitan distraer unas horas del trabajo acumulado. Y esta separación obligada por la pobreza y orfandad paterna hará una comunidad absoluta entre la madre y los hijos. Explica uno de sus biógrafos¹ que cuando Iglesias evocaba, ya vencido por los años y los trabajos, estos recuerdos de su madre, a la que quiso apasionadamente, no podía evitar que le subiesen a los ojos unas lágrimas de gratitud.

1. Julián Zugazagoitia: *Una vida heroica: Pablo Iglesias*, Editor Javier Morata, Madrid sin fecha, pequeño libro que más tarde se reedita en Valencia 1931, por la publicación quincenal «Cuadernos de Cultura» y con el título «Pablo Iglesias, de su vida y de su obra», y por Editorial Zero, de Vizcaya y distribuida por ZYX, 1969. Otras biografías de Pablo Iglesias, son las de Juan José Morato «Pablo Iglesias, educador de muchedumbres», reeditada por Editorial Ariel, de Barcelona 1968, y Juan Almela Meliá. «Pablo Iglesias, su vida íntima», publicada por Javier Morata. Sin embargo, su primer biógrafo fue Antonio García Quejido, compañero de Iglesias en la dirección de las organizaciones obreras; los otros autores fueron también correligionarios suyos.

Se han publicado también otras biografías, como las de González Fiol, *Domadores del éxito*, Madrid 1915 y Juan Antonio Solari, *Pablo Iglesias, época y ejemplo*, Buenos Aires 1951.

En la escuela del Hospicio adquiere una cultura rudimentaria propia del tiempo que vive y de la situación social que le constriñe, aumentada y fecundada por la lectura constante y, después, por su permanente presencia donde está el pueblo, con intelectuales, profesores, diputados y maestros europeos de la ideología política que iba a defender. Aprendiz en la imprenta del Hospicio, sometido a largas horas de tarea, sin jornal todavía, explotado y maltratado por sus jefes, en ese mismo taller se moldea el carácter rebelde y reflexivo del futuro dirigente sindical y político, que no abandonará hasta su muerte. Por esto escapa del Hospicio y se reúne con su madre, aunque Manuel permanecerá algún tiempo más en el establecimiento benéfico, hasta que lo llevan con ellos y muere pronto atacado por la tuberculosis. Pablo encuentra trabajo temporal en modestas imprentas de las calles del Limón y de la Bolsa, antes de entrar en los talleres del diario «La Iberia» con un jornal de seis reales, en tanto que España es sacudida por las convulsiones y los enfrentamientos de los diversos grupos de la burguesía.

Entre el hambre, los atropellos sociales de que son víctimas los trabajadores y el paro, Pablo Iglesias va haciéndose hombre. Le preocupa la situación de los trabajadores, las reivindicaciones que deben ganar y la posibilidad de organizarlos en sindicatos, que diríamos hoy, y en partidos políticos; sobre todo a partir de la llegada a Madrid en noviembre de 1868 de José Fanelli Rivera como enviado de Bakunin. El primer núcleo bakunista queda constituido en 21 de diciembre de 1869, en una reunión celebrada en el Club Antón Martín, aprovechando las libertades políticas concedidas por la revolución de septiembre. Allí nace la sección madrileña de la Internacional de Trabajadores, compuesta por Angel y Francisco Mora, Manuel Cano, Anselmo Lorenzo, tipógrafo como Iglesias, Francisco Oliva, González Morago, Enrique Simancas y Angel Cenagorta, como presidente, y Francisco Mora y Enrique Borell, como secretarios. A continuación se constituirá el

Núcleo de Barcelona, que, pasados los años, será preponderante en el movimiento obrero catalán.

Iglesias es miembro activo, aunque no dirigente de la Internacional, incluso antes de haber cumplido los veinte años de edad. Según refiere Zugazagoitia, Anselmo Lorenzo escribió de él «era vehemente, distinguiéndose por la facilidad de adaptación al pensamiento ajeno más que por la actividad intelectual propia. Puntual y exacto en el cumplimiento de los deberes inherentes a su cargo, atento con todos, buen amigo, sin dar preferencia a ninguno de sus compañeros de consejo, hizo en él —Iglesias formó parte del segundo consejo federal— el aprendizaje de los negocios públicos». Empieza a escribir artículos en los semanarios fundados directa o indirectamente por los aliancistas, tales «La Emancipación» y «La Solidaridad», publicándose en éste su primera colaboración en 1870, titulada «La guerra», que es una diatriba un tanto engolada y romanticista contra la conflagración Franco-Prusiana.

Pero en la sección española de la Internacional se habían insinuado las ya profundas discrepancias que existían entre los aliancistas que seguían a Bakunin y los internacionalistas defensores de las ideas de Carlos Marx. De hecho, Iglesias era internacionalista, como registran sus intervenciones en los primeros momentos, diríamos que en la gestación de la sección hispana de la Internacional de Trabajadores y más tarde en la interpretación que se daba al anatema oficial de Sagasta.

En resumidas cuentas, la mayor parte de los redactores de «La Emancipación», que habían sido adoctrinados por el médico francés Paul Lafargue, en el sentido que el proletariado debía organizarse en Partido político, fueron expulsados de la Federación Madrileña y combatidos por los aliancistas desde el órgano de la Alianza «El Condenado» y el diario republicano financiado por un monárquico «La Igualdad». Y así se observa que los aliancistas, que eran mayoría en la Federación Regional Española,

acabaron por expulsar de su seno en 1872 a los nueve internacionalistas: los hermanos Mora, Luis Castellón, Pagés, Sáenz, Calleja, Pauly, José Mesa y Pablo Iglesias, que seguidamente fundaron la nueva federación regional reconocida en seguida por el Consejo de la Internacional, de Londres. Ya estaban, pues, deslindados los campos en España y en Europa. A un lado, los aliancistas o anarquistas, y al otro lado los internacionalistas o socialistas. España se había adelantado a la Internacional. Con el tiempo, de los aliancistas nacerá la Confederación Nacional del Trabajo de España, y de los internacionalistas nacerá la Unión General de Trabajadores de España y el Partido Socialista Obrero Español,² que dominará totalmente el sindicalismo español hasta 1939, las dos primeras con varios millones de afiliados.³

En 1873 ingresa Iglesias en la Asociación General del Arte de imprimir, siendo elegido presidente. A partir de entonces, su vida está dedicada íntegramente a la organización de los trabajadores en un sindicato y en un partido político, siempre como asociaciones obreras. Precisamente de la unión del Arte de Imprimir saldrán los hombres que crearán la primera Agrupación Socialista de España, el 2 de mayo de 1879, después de una comida fraternal y clandestina en una fonda de la calle madrileña de Tetuán. Los fundadores son 25, de ellos 16 tipógrafos, un marmolista, dos plateros, cuatro médicos, un científico, de los que sólo cinco alcanzarán resonancias históricas, Pablo Iglesias, el doctor Jaime Vera, García Quejido, Francisco Mora y José Mesa.

2. Rodolfo Llopis: Anuario de la Internacional Socialista, Londres, 1962.

3. Ramón Bayot Serrat, en su «Diccionario Laboral», Reus, 1969, Madrid, afirma que la CNT tenía en 1918, unos 73.860 obreros afiliados en Cataluña y 714.028 en toda España. Según el mismo autor, la UGT, alcanzó en 1932 la cifra de 1.041.539 miembros y 1.250.000, incluidos medio millón de campesinos, en 1934, según Arbeloa. En el gráfico elaborado por Tuñón de Lara para 1935: UGT 1.250.000; CNT 500.000.

Iglesias en el programa Principios y Estatutos no hizo otra cosa que adaptar el programa del Partido Socialista francés, «Parti Ouvrier», obra de Marx, Guesde, Engels y Lafargue. Esta declaración la veremos íntegra en los textos de Pablo Iglesias, así como sus comentarios a tales principios.

Extendido el movimiento socialista por otras provincias, en los primeros años, unido al desarrollo exclusivo de los trabajadores del Arte de Imprimir, adquiere importancia sobre todo en Barcelona por el grupo formado por José Pamias, que dirige el semanario «El Obrero», José Caparó, Ramón Arrugat y Toribio Reoyo, nombre éste que va a figurar en distintos avatares de las organizaciones posibilistas y no sólo en Barcelona. En 1882, Iglesias, Quejido y otros líderes organizan la huelga de los tipógrafos, por lo que son detenidos y encarcelados, permaneciendo en prisión hasta finales de 1884, pese a la defensa que hizo de ellos Pi y Margall ante los tribunales. Más tarde sería encarcelado y condenado repetidas veces, pero cuando se hallaba en libertad, recorrió la mayor parte de España, incluida Vizcaya y Asturias, organizando a los obreros y pronunciando discursos, además de participar en reuniones y Congresos internacionales en ciudades europeas.

En 1884, estando en la cárcel, las Sociedades Obreras celebran un Congreso, donde prevalecen las ideas socialistas de Iglesias, frente a los grupos anarquistas; a su vez, escribe un informe para la comisión de Reformas Sociales que había abierto Moret. Es allí donde Jaime Vera presenta su famosa exposición de marxismo teórico. Una obra maestra en el género que se ha reeditado numerosas veces, la primera en la revista «Acción Socialista» que dirigía Andrés Saborit en 1914 y posteriormente por otras españolas. Vera era partidario de suprimir el epígrafe *obrero*, pero Iglesias consideraba que ese sustantivo subrayaba que el Partido *era* de la clase trabajadora, no obstante acoger a toda persona que dependiera de jor-

nal o sueldo, sin necesidad de que fuera trabajador manual ni de que perteneciese al proletariado.

Andrés Saborit dice que, especulando tal vez con viejas tradiciones de discordia, algunos agentes del capitalismo y del comunismo han utilizado al doctor Vera para desprestigiar a Iglesias, citando casos concretos. Añade: en Méjico, contra el grupo Pablo Iglesias durante algún tiempo se enfrentaron los del grupo Jaime Vera, a pesar de que éste había sido amigo leal de Iglesias y un afiliado de corrección y disciplina ejemplares, cualidades que escaseaban en casi todos los que lucían en la solapa la efigie del afamado doctor.⁴

Se refiere a un grupo exiliado en Méjico después de la guerra civil española, circunstancia que se repite cuando posteriormente el PSOE sufre una segunda escisión y los jóvenes abanderados exhiben la figura de Jaime Vera con mayor énfasis que la de Pablo Iglesias, lógico sedimento de su formación burguesa.

En 1886, se producen dos acontecimientos en la vida de Iglesias: uno doloroso, la muerte de su madre; otro feliz, el nacimiento del semanario «El Socialista», convertido en diario en 1913, con un capital inicial de 900 pesetas que aportaron los miembros del PSOE, el cual no había de fundarse hasta el Congreso de Barcelona, en agosto de 1888. Pocos días antes, también en la Ciudad Condal se celebró el Congreso fundacional de la Unión General de Trabajadores.⁵ El alma de ambas organizaciones es Pa-

4. Andrés Saborit: «Julián Besteiro», Impresiones Modernas, México, 1961, pág. 70. La segunda edición de este libro, fundamental para conocer el pensamiento de Besteiro y en general el movimiento obrero socialista español, con citas constantes de Pablo Iglesias, fue publicada por Editorial Losada, de Buenos Aires. Afirma Tuñón de Lara, en «El movimiento obrero en la historia de España» (Taurus, 1972) que en el congreso del PSOE en 1915, había ya, entre 65 delegados, 10 intelectuales: Fabra Ribas, García Cortés, Medinaveitia, Verdes Montenegro, Núñez de Arena, Ovejero, Besteiro, Torralba Bcci, Jaime Vera y Araquistain, y 176 concejales en 72 municipios.

5. En el Anuario de la Internacional Socialista antes ci-

blo Iglesias, cuyo principal argumento es emancipar a la clase trabajadora a través del sindicalismo libre y de un determinado partido político de ascendencia obrera que defienda en el Parlamento las reivindicaciones y las conquistas socioeconómicas que demandase la UGT. El PSOE y la UGT han nacido y se han desarrollado paralelamente, aunque independiente uno de otro. Es significativo, sin embargo, que los mismos hombres hayan pertenecido a la dirección de partido y Unión, y que en las casas del pueblo que se extendieron por todas las villas españolas tuvieron ambas organizaciones su local social.

Pablo Iglesias defiende el parlamentarismo como etapa que había de atravesar para llegar después a la sociedad sin clases y en la libertad. Como los líderes internacionales que hemos citado antes, de procedencia obrera, consideraba que la revolución proletaria no podía llegar de golpe, sino por etapas sucesivas con todo lo que implica el marxismo democrático, que era revolucionario en su enfoque básico.

Como Marx en su tiempo, Iglesias lucha contra tirios y troyanos. Combate el apoliticismo y la quimera de los anarquistas, el anticlericalismo cerril de los republicanos y radicales, que sólo beneficia al capitalismo, según veremos más tarde con explicaciones del propio líder español, el reaccionarismo de los gobiernos burgueses que se turnan en el poder, la dictadura, y ante todo a la burguesía y al capitalismo.

Con el correr de los años, estará dos veces detenido en Málaga y muchas más en Madrid, siempre por organizar huelgas o por pronunciar discursos que los Gobiernos consideraban improcedentes. Recorre Andalucía, Cataluña, Asturias, Vizcaya, Madrid, presidiendo actos y

tado y en un folleto editado por CIOSL, Bruselas, acerca de la historia de la UGT, escrita por Pascual Tomás se dice que el PSOE, tuvo un máximo de 90.000 afiliados en 1936, y que la UGT tuvo 1934 secciones y 277.011 afiliados en 1930, antes del advenimiento de la segunda República.

mitines que perturban a la sociedad burguesa y que le sitúan en un lugar privilegiado de la historia social y política española, viviendo casi siempre en la precariedad económica, puesto que sus ingresos son mínimos, y viajando con una maleta de madera y su capa española, interviene en los Congresos Internacionales de París, 1889; de Bruselas, 1891; de Zurich, 1893; de Londres, 1896; de nuevo en París en 1900 y en Amsterdam en 1904. En 1907 es expulsado de Francia por un discurso que ataca la política de Francia y España en Marruecos, cuestión ésta, la guerra marroquí, así como el colonialismo y el imperia- lismo, que iban a merecer la máxima atención del Partido dirigido por Iglesias. En 1910 asistió por última vez a un Congreso Internacional en Copenhague. En 1911 estuvo en París conferenciando con Jaurès y Guesde, desde donde se trasladó a Lisboa, invitado por los socialistas portugueses. También estuvo en el congreso de Stuttgart, en 1907.

Iglesias se une con Amparo Meliá después de haber cumplido cuarenta años.

Amparo fue organizadora del Partido Socialista en Valencia; pero desde que contrajo matrimonio con Iglesias no intervino en actuaciones políticas, ni acompañó a Iglesias en reuniones públicas.⁶

6. Andrés Saborit, op. cit., pág. 30-31. Pablo Iglesias ya había intentado con anterioridad, ocupar un escaño en la Cámara de Diputados, en representación de su Partido, presentándose en Bilbao en 1899, siendo vencido por su rival burgués por 1411 sufragios. No se cumple, por tanto, la profecía de Pablo Lafargue, quien había dicho que Iglesias sería el primer diputado que levantase en el Parlamento la voz en nombre de la clase que representa la vida, la riqueza y el honor de España. Desde luego, es el primer diputado socialista que sube a las Cortes, como Bowerman, también sindicalista, en la Cámara de los Comunes. En las elecciones de fin de siglo, se presentó por Madrid un socialista independiente, el publicista Eusebio Blasco, que en su propaganda habla de luchar contra los socialistas de levita, pues ya empezaba a emplearse el término socialista por doquier. Fue derrotado. Días antes de los comicios, la revista «Vida Nueva» publica un relato irónico de anticipación, dando por hecho el triunfo de Pablo Iglesias en Bilbao y la consternación que produce esta victoria socia-

En realidad, los problemas, las angustias, las esperanzas y los avatares de la historia de España desfilan a través de la historia personal de Pablo Iglesias, bien en sus discursos en los mitines de organización y desarrollo del movimiento obrero, bien en la Cámara de Diputados, bien en sus artículos en la Prensa y en sus cientos de cartas personales a diferentes miembros de ese movimiento. La revolución de septiembre, la Gloriosa, el destierro de una reina, la abdicación de un rey, el asesinato de Prim, la prolongación de la primera República, la organización secreta de sociedades obreras, la restauración borbónica, los gobiernos reaccionarios de la burguesía, el desastre colonial de 1898, las guerras locales e internacionales, la revolución rusa y su impacto en las organizaciones creadas por él con la consiguiente escisión comunista en las filas socialistas, la cárcel, el hambre... Así hasta el 9 de diciembre de 1925, en que desaparece después de largos años de enfermedad.

2.

Sobre la personalidad, la convicción ideológica y el humanismo del dirigente obrero español Pablo Iglesias, se ha dicho casi todo, en castellano y en las demás lenguas cultas del mundo. El hombre Pablo Iglesias y su obra han sido glosadas en parte por Pérez Galdós, Ortega Gasset, Marañón, Pérez de Ayala, Miguel Maura —aquella anécdota del perro propiedad de Iglesias y llamado «Maura», lo que confundió a su enemigo, el primer ministro de la Corona, padre de Don Miguel, es deliciosa— y muchos pensadores, historiadores, sociólogos, educadores y políticos. Hemingway escribe en una de sus famosas novelas: el úni-

lista en la conciencia de la sociedad burguesa, con los señores y las damas distinguidas huyendo de la ciudad con el pavor en los talones. Triunfa el capitalista Chavarri, pero no en las urnas, sino por el dinero y las influencias.

co hombre decente en dos mil años, fue Pablo Iglesias.⁷ El profesor Aranguren afirma: el socialismo sigue usando con muchas reservas la apelación moral, pero en cambio, imprime a sus adeptos un marcado sello de rigor ético. Esto ha sido especialmente verdad en España, donde el partido socialista de Pablo Iglesias a Julián Besteiro, así como, en otro plano, la Institución Libre de Enseñanza, han agrupado a los hombres más rígida, más severamente exigentes consigo mismo, más moralistas y puritanos del país.⁸

Sin embargo, veamos cómo interpretaban la vida y la obra de Pablo Iglesias cuatro hombres que le conocieron en la intimidad, resumiendo viejos textos que exhalan aromas frescos: Juan José Morato, Luis de Zulueta, Indalecio Prieto y Julián Besteiro.

Dice así Morato:

En los años 1889 a 1893 y aún parte de 1894, Iglesias vivía y trabajaba en la misma casa donde se albergaba «El Socialista», un caserón de la calle Hernán Cortés, vetusto y destartalado que aún permanece en pie.

Dormía Iglesias en un cuartucho que era como dilatación de un pasillo. Para suplir la falta de tabique separador, se había colocado una varilla de hierro, que sostenía una cortina de percal. La habitación recibía luz por una ventana abierta al corredor del patio; era tan escasa que ni aun a las doce de un día claro se podía leer allí.

En tiempos, el cuarto estuvo destinado a la Redacción del periódico, esto es, a tener escarpías en las paredes, donde se colgaban los periódicos que cambiaban con «El Socialista» y convenía conservar; un largo tablero sobre palomillas en el testero, donde se apilan los números sobrantes y otros tableros toscos formando una mesa gran-

7. Ernest Hemingway: «Por quién doblan las campanas», capítulo 35.

8. José L. Aranguren: «El marxismo como moral», pág. 113, Alianza, Editorial 1968.

de, que sólo se utilizaba cada miércoles por la noche para el cierre del semanario.

Para convertir aquello en alcoba, se quitó la mesa y también las escarpias, quedando únicamente el tablero de los ejemplares sobrantes. Allí, a más de la cortina se colocaron una cama humildísima, una mesita de noche, un baúl, un palanganero y dos sillas, y en la pared una percha y un espejito.

En una habitación inmediata también con ventana al corredor, pero amplia y no mal dispuesta, de modo que hacia el solsticio de verano entraba por ella el sol durante una o dos horas, estaba el comedor, que era, al propio tiempo, Secretaría de la Unión de Obreros en Hierro y demás metales, administración de «El Socialista» y Secretaría del Comité Nacional del Partido Socialista Obrero; y en esta habitación de tan múltiples destinos había colocado Iglesias al pobre armario de dos cuerpos que era su librería. En el cuerpo superior, unas hojas de cristales velados por una tela verde, libros y folletos bien ordenados; en el cuerpo inferior, colecciones encuadernadas de viejos periódicos y de «L'Egalité», muy cuidadosamente colocada, sin dobleces, la de «El Socialista», y en los cajones, carpetas con cartas, con apuntes, recortes anotados de periódico; en un rincón, los livianos ahorros personales —pesetas y calderilla— en otro, el dinero que Mesa enviaba a París para abonar su recibo de afiliado, y para atender a suscripciones, incluida la de «El Socialista», suscripción que entonces pagaban todos, hasta el administrador, hasta el mismo Iglesias. Aquel comedor era el lugar donde Iglesias trabajaba por la noche, lugar no muy frío en invierno ni muy caluroso en verano, como de casa vieja de muchos recios, acaso de tapial.

El rincón de trabajo durante el día estaba en una sala enorme —en ella se celebraban asambleas del Partido— con amplio balcón a la calle mirando al Norte. En el ángulo izquierdo, una mesita cargada de papeles no mal ordenados; junto a ella, una silla, también con papeles,

periódicos, folletos, revistas etc., éstos, algo desordenados, y tras la mesita, la silla de paja donde se sentaba Iglesias.

Llenaban el resto de la estancia, una cómoda monumental, un sofá, con dos sillones, una consola, un armario, sillas, un velador en el centro y, junto al balcón, una máquina de coser, en que la dueña de la casa y su sobrina trabajaban incansables, de luz a luz, cosiendo para tiendas ayudando así al pobre jefe de familia, un obrero en hierro, valetudinario, que era tesorero de la Sociedad del oficio —Ruperto Sánchez— y que ganaba, cuando lo ganaba, no más que el jornal que se da a los viejos.

(Cuando lo ganaba. Porque llegó un momento en que el jornal faltó totalmente, derrumbándose aquel hogar laborioso. Entonces escribió Iglesias un bello artículo titulado «Pena de muerte a los viejos».)

De nueve a diez de la mañana se levantaba Iglesias. Aseo personal minucioso y completo, limpieza de ropa y calzado, hasta no dejar ni una partícula de polvo o de lodo.

En la mesita de trabajo, tomaba el desayuno: un tazón de café con leche y pan.

Ya los repartidores del periódico habían echado por debajo de la puerta «El Imparcial» —al que estaba suscrito— y «El Liberal» —que cambiaba con el «Socialista»— y durante el desayuno leía lo más saliente de cada uno.

Después, a trabajar, a escribir cartas largas, a escribir para el periódico en trozos de papel que eran como mitad de una cuartilla, todo con letra clara, firme y bien metida.

La llegada del primer correo sólo interrumpía el trabajo de Iglesias cuando éste «esperaba» alguna carta importante; si no, seguía hasta el segundo correo. Entonces dejaba la tarea, abría los sobres, anotaba en un papel la procedencia de las cartas, según vinieran destinadas al Comité o al periódico; las repasaba, echándose al bolsillo las importantes, dejando en el velador las de puro trámite; y con esas cartas, los periódicos de la mañana ya dichos y alguno de los que trajo el cartero iba a comer.

Comía Iglesias en cierta fonda de la calle Tetuán, don-

de por 50 ó 60 pesetas al mes servían dos comidas diarias, a saber: primera, de doce a dos, sopa, cocido, postres, pan y vino; segunda, de siete a nueve, dos platos, pan y vino.

Iglesias, en aquel rinconcillo, lleno de humildes empleados de escritorio, de la Caja de Ahorros y de Ministerios, leía cartas y periódicos mientras comía, y después volvía a su casa despacio, como paseando —por consejo de los médicos— no sin haber recalado en el Centro Obrero de la calle de Jardines, para ver lo que hubiera podido llegar con destino al Comité de la Federación Tipográfica, que presidía.

Y a trabajar de nuevo en la mesita, arrullado, como por la mañana por el picotear ruidoso de aquella máquina de coser antiquísima, reparada casi simultáneamente por el pobre Ruperto Sánchez: una máquina vieja como él, como su esposa, como su sobrina.

En verano trabajaba en la mesita hasta las seis o poco más; en el invierno había que buscar el refugio del comedor, iluminado por una lámpara de petróleo colgada del techo.

Vuelta al fondique en demanda de la segunda comida y regreso a casa, bien para, desde allí, ir a componer el molde de «El Socialista», a la sección del Comité de la Federación o para seguir trabajando.

De todos modos, la jornada de trabajo, duraba hasta las dos de la madrugada.

Iglesias leía entonces periódicos, anotaba, acotaba y recortaba para entregar los recortes al encargado de escribir «la semana burguesa» —Paco Diego, el que más duró y que el nunca falló—, y hasta hubo una temporada en que Iglesias se empeñó en descifrar las charadas de aquel buen periódico de la noche llamado «El Correo», que siempre leyó principalmente por lo que escribía su agudísimo director, el señor Ferreras.

Cobraba entonces Pablo Iglesias 30 pesetas semanales, que le eran abonadas puntualmente, aunque otra cosa haya escrito Meliá, mal informado en este detalle.

En alguna ocasión, por iniciativa de Baldomero Huetos, y para remediar una extrema penuria, amigos casi anónimos, o sea, sin cargos de consideración y sin relieve alguno, hicieron un esfuerzo y juntaron dinero para comprar una capa.

Los comienzos de aquel invierno los había pasado Iglesias a cuerpo.

(Artículo reproducido en «El Socialista», pues Morato, después de colaborar y ser amigo de Iglesias durante años, escribió en periódicos no socialistas como «El Correo», el «Heraldo de Madrid» por ejemplo. Murió en Moscú en 1939 y fue un destacado publicista obrero socialista.)

Luis de Zulueta, cuñado de Besteiro, publicó en el diario «El Sol» el 1 de junio de 1928, el siguiente comentario:

«Celebra estos días el Partido Socialista Obrero Español su duodécimo Congreso. El primero tuvo lugar en Barcelona, hace justamente cuarenta años, durante el verano de 1888. En aquel Congreso de fundación del Partido, el Grupo Socialista de Madrid, estuvo representado por Pablo Iglesias.

¡Cuarenta años...! El camino desde entonces recorrido en España y en el mundo de las democracias obreras va más allá de lo que pudieran soñar aquellos precursores que en el año 88 se congregaron en Barcelona, en la vieja Barcelona de la Exposición Universal, vigilados por la policía, zaheridos por los mismos camaradas de taller, ahogados por la densa hostilidad del ambiente (...).

Realmente la memoria del «Abuelo», como a Iglesias llamaban en sus últimos años todos los socialistas, presidirá el Congreso. Para obreros y no obreros, para los hombres del ideal, la vida de Pablo Iglesias es una lección de energía y de esperanza.

Recuerdo haberlo oído referir, dialogando con Francisco Mora, su viejo y bien querido amigo, en una de aquellas reuniones de la Conjunción republicano-socialista celebradas en casa de don Benito Pérez Galdós —quien con son-

risa silenciosa vivía su última serie de «Episodios Nacionales»— las peripecias de los tiempos heroicos del socialismo, cuando unos pocos obreros, vejados y perseguidos, habían de citarse en algún figón oscuro o bajo las solitarias frondas del Retiro, mientras también en casi toda Europa los apóstoles de la Internacional se veían reducidos a conspirar en las buhardillas o a perecer en las prisiones.

Poco más de cincuenta años han corrido de estos tiempos heroicos que evocaba Pablo Iglesias. Poco más de cincuenta años han corrido, ¡qué cambio en el mundo! En las naciones más cultas, más prósperas, aquellos repudiados socialistas entran en los palacios de las asambleas legislativas, se sientan en los consejos de ministros, forman y dirigen gobiernos y hasta ocupan la presidencia de la República... Estos mismos días, von Hindenburg, el anciano mariscal del Imperio, empieza por poner en manos de un socialista el timón del Estado alemán.

¡Buen ánimo, jóvenes! Da mucho de sí una vida humana... Si en estos cincuenta años los hombres que hoy son viejos, han visto realizarse tales cambios, ¿qué nuevas mudanzas, qué diferentes transformaciones verán los que aún son mozos, en los cincuenta años venideros? (...)

Por su parte, Indalecio Prieto escribe en su libro póstumo «De mi vida», publicado en 1965 por Ediciones «El sitio» de México, el capítulo que reproducimos con breves supresiones.

«Aquella fría mañana de diciembre de 1925, Fernando de los Ríos y yo fuimos juntos entre las primeras filas de inmensa muchedumbre que acompañaba el cadáver de Pablo Iglesias camino del cementerio civil de Madrid. Marchábamos silenciosos, recogidos dentro de nosotros mismos. Fernando de los Ríos rompió el silencio para decirme:

—Dos hombres han revolucionado la conciencia española: Don Francisco Giner y Pablo Iglesias. ¿No lo cree usted así?

Me volví, y contemplando el gentío que, como enorme mancha negra, cubría la calle de Alcalá, contesté:

—Temo que, muerto Iglesias, no pueda recogerse en toda su vastedad la fuerza que representa esta adhesión casi increíble que hoy se le rinde.

El acompañamiento no se reducía a los afiliados al Partido Socialista y a los militantes de la Unión General de Trabajadores, cuyas presidencias dejaba vacantes el finado: componíalo también muchísimos más ciudadanos de tendencias democráticas, en extensa masa de simpatías circundantes.

Pasé mi mirada por cuantos formaban la presidencia del duelo y no encontré, ni sumándolos todos, la sustitución, aunque allí figurasen Besteiro, Largo Caballero y el propio de los Ríos. Ninguno, por altos que fueran sus méritos, tenía la atracción simbólica del «Abuelo», como cariñosamente llamábamos a Iglesias, atracción lograda en los tres cuartos de siglo de su intensa vida.

Realmente, yo había eludido contestar de modo directo la pregunta de mi amigo, temiendo herirle. Él era un universitario y yo un hombre de la calle. Él, en su calidad de intelectual, veneraba a Giner, que, además de pariente, había sido su maestro; yo, no había tenido más maestro que aquel cuyo cadáver seguíamos, y no podía medir con igual metro a los dos. Giner de los Ríos había conseguido ciertamente algunas incrustaciones liberales en la reaccionaria pedagogía española, pero nunca llegó —y no podía llegar desde el estrecho círculo en que se movía rigiendo la Institución Libre de Enseñanza—, al corazón del pueblo. Su obra, desde luego meritoria, no alcanzó tanta hondura como la de Pablo Iglesias. ¿Hubiese Giner de los Ríos reunido nunca en torno suyo, ni vivo ni muerto, la multitud, constituida por gran parte del vecindario madrileño y por representaciones de toda España, congregada aquella mañana invernal para tributar homenaje a Iglesias?

Al volver del entierro, me puse a escribir un artículo acerca del acto en que acababa de participar. Sobre la

mesa tenía «El Debate», que de conformidad con las mañas sinuosas de su director, don Angel Herrera, dedicaba varios renglones desdeñosos a Pablo Iglesias Posse, achacándole falta de cultura. Aquel suelto del diario católico me sirvió de tema. ¿En qué Universidad —pregunté a «El Debate»— cursó Jesús de Nazaret? ¿Y en qué aulas frecuentaron los doce apóstoles?

Distaba Iglesias de ser hombre inculto, si bien su cultura habría podido ser mucho mayor, dada la luminosa inteligencia. ¿Pero cabía reprochárselo, ni con caridad ni con justicia, no haberla ampliado más? Para tal reproche resultaba necesario olvidar su dramática infancia de huérfano y hospiciano, su mocedad de tipógrafo inhumanamente explotado en largas jornadas de trabajo sin margen para el estudio, pues apenas permitían breves horas de sueño y olvidar el resto de su vida, consagrada por entero a tarea tan espinosa como organizar y alentar a los trabajadores españoles, de quienes fue gran educador. Supo enseñarles grandes verdades: que se les hacía víctimas de tremenda injusticia social, que se les arrebatava inicua-mente buena parte del producto de su trabajo, que tenían derecho a que sus hijos no vivieran en la miseria, en fin, esas verdades que hoy reconoce todo el mundo y que entonces valían befas, injurias y calumnias.

El escarnio no corría a cargo exclusivamente de sectores de derecha. Solía ser más denso y más constante de parte de anarquistas y republicanos. Si se repasaran viejas colecciones de periódicos ácratas, se encontrarían ataques tan virulentos contra los socialistas como contra los capitalistas. En opinión del anarquismo, Iglesias y cuantos le seguían eran miserables embaucadores de la clase proletaria, «adormideras», según apíteto de moda. Para los republicanos, Iglesias estaba vendido a la monarquía, percibiendo subvenciones del «fondo de reptiles», denominación dada a los fondos secretos repartidos por el Ministerio de la Gobernación. Pero «el Abuelo», impertérrito, sostenía que la acción directa, con su sistema de atentados perso-

nales preconizada por el anarquismo, no serviría para emancipar a los obreros, quienes encontrarían armas adecuadas de defensa y ataque robusteciendo su organización sindical y ejerciendo sus derechos políticos, y que la República, aunque supusiera un avance, no equivalía a la redención del proletariado. En Barcelona, Valencia, Coruña, Gijón, donde los republicanos tenían arraigo, uníase invariablemente a los anarquistas contra los socialistas. (...)

Subsisten todavía por ahí grotescas e infamantes leyendas: el «Abuelo» viste costosísimos abrigos de pieles, de los que se despoja cuando comparece ante asambleas de trabajadores: viaja por ferrocarril en primera clase y abandona cómoda butaca para sentarse en duro banco de tercera clase, cambiando de vagón en cualquier apeadero inmediato a la estación donde le aguardan sus compañeros, y se teje una leyenda de riquezas a cuenta de algunas casucas que un íntimo amigo, soltero y sin descendencia, le legó en El Escorial. Nadie ha visto jamás a Pablo Iglesias con gabán, ni de piel ni de paño, pues su prenda de invierno fue siempre la castiza capa española, su capa marrón oscuro en la que seguía envolviéndose, ya próximo a morir, para tomar el sol cerca de su domicilio de la calle de Ferraz, en el inmediato paseo de Rosales, donde al cruzarse con él los albañiles que, abandonando la obra, iban a comer, lo saludaban quitándose sus gorrillas, del mismo modo que también se destocaban los oficinistas, quitándose los sombreros (...).

Falto de salud para otras actividades, Pablo Iglesias las limitó sus últimos años a escribir. Ya ni siquiera presidía en su domicilio a las Ejecutivas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, sentadas en derredor de la mesa de humilde comedor, colindante con el dormitorio.

Éste —una habitación dividida a la italiana— tenía la parte delantera dedicada a despacho. Cuando el «Abuelo» podía abandonar el lecho y vestirse, acercábase al balcón, pegada a cuyos vidrios hallábase su mesa de trabajo, frente

a estantes llenos de libros. Amparo, su mujer, le mullía el cojín de un sillón de mimbre, le abrigaba las piernas con una manta, le arreglaba la bufanda y le encasquetaba la gorra de visera de color claro. Iglesias se ponía a escribir con letra de trazos firmes, menuda y clara, en renglones rectos, bajo los cuales sólo su firma formaba una línea algo inclinada.

Así le vi por última vez, pareciéndome la sombra del de antes, de aquel que conocí siendo yo niño, y al que acompañé a actos de propaganda en la zona minera de Vizcaya. Su barba rubia de antaño, habíase vuelto de un blanco azulado; sus mejillas, perdiendo todo carmín, teñíanse de palidez; el rostro lleno de arrugas... Sólo seguían siendo los de siempre el marfil brillante de sus dientes y el azul intenso de sus ojos... En una percha, al fondo del cuarto, la capa marrón oscuro, que ya no colgaría más de sus hombros (...).»

Julián Besteiro, observa a Iglesias de esta forma en un artículo publicado en 1935 en el semanario «Democracia»:
«Cuanto más años pasan mejor se perfila la personalidad de Pablo Iglesias (...).

Pablo Iglesias tuvo en su vida un grave maestro: el dolor. Desde luego el dolor de la pobreza. Pero no creo que sea el de la pobreza el dolor de que Pablo Iglesias se haya dolido más. El dolor o los dolores de que Pablo Iglesias se ha dolido más han sido los que le causaron las resistencias de todo género que tuvo que vencer hasta lograr que la verdad socialista, que llevaba en su alma, se abriese paso en un medio hostil. Entre todos esos dolores tampoco creo que fueran los causados por la persecución de las autoridades los que más le afectaran. Los dolores que abrían surcos y que producían llagas en su alma eran los causados por las luchas en el seno de la misma familia proletaria. (...)

Por no haberse insensibilizado en las luchas de la vida ocurrió con Iglesias lo que ha ocurrido con todos los hom-

bres de espíritu clarividente y de capacidad emocional: que, cuantos más años han vivido, más se han ido dibujando en sus rostros los rasgos de su alma. Los mejores retratos de Iglesias no son los de la juventud, sino los de la ancianidad. Esos hombres firmes en sus convencimientos, sensibles al dolor y comprensivos de los errores ajenos, y aún de los errores propios, son de la madera de los caracteres verdaderamente fuertes, aptos para cumplir el destino de los fundadores de nuevas organizaciones y de guías y consejeros de las multitudes.

Hoy, en varios pueblos de Europa, las palabras que expresan los conceptos que nosotros expresamos con los vocablos guía y consejero, se han adulterado en su significado. Los guías y consejeros se han convertido en jefes y en ídolos. Iglesias no fue ni jefe, ni ídolo. Fue algo más valioso que todo eso: fue un ejemplo.

Hoy sigue siendo Iglesias un ejemplo para nosotros. Ojalá que, por tener nosotros la fortuna de poseer tan alto ejemplo, podamos librarnos de caer en los abismos en que han caído otros pueblos, por otra parte, tan dignos de mejor suerte y tan merecedores de nuestros respetos y de nuestra admiración (...).»

PRIMERA PARTE

I

LAS IDEAS POLÍTICAS

Política y moral constituyen la simbiosis del largo recorrido del líder obrero por la historia de España, no sólo en las intervenciones públicas y escritos del Iglesias joven, sino también en los años cenitales de su magisterio como educador de muchedumbres y cuando tenía que ordenar sus ideas en el lecho de enfermo y de anciano. Las ideas políticas, las estructuras sociales, la conducta colectiva ante los fenómenos internacionales, la violencia y el terrorismo, el imperialismo unido al colonialismo, la paz y la guerra, el socialismo y el anticlericalismo de los radicalismos de su tiempo, entre otras cuestiones de la mayor solvencia nacional, forman podríamos decir, la musculatura del pensamiento de Pablo Iglesias. Por ejemplo, la declaración de principios del socialismo español y los comentarios al programa fundacional elaborados por él en 1886.

Como se ha dicho anteriormente, están ajustados a la influencia de Guesde y del Partido socialista francés, siendo a veces una traducción literal por lo que atañe a la Declaración. Los comentarios de Pablo Iglesias, responden al estilo y los argumentos revolucionarios y reivindicativos de aquella época crucial del movimiento obrero internacio-

nal, observándose, por consiguiente, una profunda huella de Marx en la declaración de principios y en la exposición inherente. Se publicaron en «El Socialista» antes de fundarse el PSO, en semanas sucesivas de 1886, y después, en 1906 en la «Revista Socialista», aunque revisado y corregido por el propio autor, siendo ésta la versión que utilizamos nosotros. Merece consignarse que «Revista Socialista» era una excelente publicación quincenal en forma de libro, de análisis y divulgación de los ideales del socialismo, tanto español como internacional, con ensayos de alto valor científico y político, firmados por Pablo Lafargue, Engels, Carlos Kautsky, Guesde, Jaurès, Vanderverde, Bebel y los principales pensadores del movimiento socialista: Pablo Iglesias, José Mesa, Francisco Mora, Manuel Vigil, Gómez Latorre, García Ormaechea, Verdes Montenegro, Isidoro Acevedo, además de intelectuales y políticos que simpatizaban con el socialismo, como Joaquín Costa.

Se publicó de 1902 a 1906, y es en ella donde hemos hallado el material de que habrá de nutrirse este capítulo dedicado a la política como estadio de las ideas. Era una revista con tal cobertura cultural y tan vigente en su tiempo como órgano del pensamiento socialista, que superaba en los trabajos de tesis al semanario oficial del PSO, pese a que eran dos publicaciones que se complementaban, más popular el semanario, más selectiva la revista.

Lo iniciamos con la declaración de principios y los comentarios adjuntos; estos principios, opinan algunos historiadores, conservan ciertos elementos utópicos residuales al proudhoniano, en vez de responder a la tesis de Engels sobre la etapa superior de desaparición del Estado, además de una carga de eticismo dimanante de la Constitución de Cádiz. (Tuñón de Lara.)

Que esta sociedad es injusta, porque divide a sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas: una la burguesía, que, poseyendo los instrumentos de trabajo, es la clase dominante: otra, el proletariado, que, no poseyendo más que su fuerza vital, es la clase dominada.



Pablo Iglesias con Galdós, Nougués, Salvatella, Carande
y Pi y Arsuaga, participantes en la Conjunción republi-
cano-socialista que se mantuvo en vigor desde 1909 has-
ta 1913.

Que la sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política.

Que los privilegios de la burguesía están garantizados por el poder político, del cual se vale para dominar al proletariado.

Por otra parte:

Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando o destruyendo el estado social que los produce;

Que esto no puede conseguirse sino transformando la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera;

Que la poderosa palanca con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que a la transformación de la propiedad se oponen ha de ser el poder político, del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos;

El Partido Socialista declara que tiene por aspiración:

1. La posesión del poder político por la clase trabajadora.
2. La transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social o común.

Entendemos por instrumentos de trabajo, la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital-monedas, etc., etc.

3. La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando a todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza general científica y especial de cada profesión a los individuos de uno u otro sexo.

4. La satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad o por padecimiento.

En suma: el ideal del Partido Socialista Obrero es la completa emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes.

COMENTARIOS AL PROGRAMA SOCIALISTA

(...) De las distintas clases sociales que en épocas anteriores existieron, sólo quedan la burguesa y la obrera: constituyen propiamente la primera los individuos que, disponiendo de los medios de producción, se apropian una parte de trabajo de los que están desposeídos de ellos. Pertenecen a la segunda los obreros que, siendo propietarios de los instrumentos de trabajo, los ponen ellos mismos en función, e igualmente todos los proletariados que carecen de dichos instrumentos, y para poder vivir, o mejor aún vegetar, vense forzosamente obligados a vender su fuerza de trabajo, sus brazos, por una cantidad muy inferior a los valores que producen. El militarismo, la magistratura, el clero, la policía, etc., etc., no son hoy clases sociales, sino instituciones mantenidas o creadas por la burguesía para que defiendan sus intereses: y los individuos que figuran en ellas salen de ambas clases, aunque la mayoría son reclutados en las filas de los desheredados.

Desde el momento en que hay una clase —la burguesa— que vive a expensas de otra clase —la proletaria—, la diferencia, el antagonismo, el odio entre una y otra, tienen forzosamente que existir. Mientras el desarrollo industrial, agrícola y comercial ha estado contenido dentro de ciertos límites, esas diferencias, antagonismos tanto por las relaciones aparentemente armónicas y amigables que existían entre obreros y maestro o patrono. En esta época, los choques y conflictos entre unos y otros apenas existían.

Pero inmediatamente que a la pequeña industria, al cultivo en pequeño y al comercio en reducida escala, sucedieron los grandes talleres, la división del trabajo y los inventos mecánicos, las costumbres semipatriarcales existentes entre pequeños burgueses y obreros se borraron por completo, apareciendo en su lugar un antagonismo abierto, franco, declarado, que de día en día adquiere mayores proporciones. ¿Qué vemos actualmente dentro del taller? ¿Cuáles son en el terreno económico las relaciones entre asalariados y patronos? Para el burgués, cualquiera que sea su categoría, no hay más mira, más objetivo ni más interés que arrancar al obrero la mayor cantidad de trabajo por el más corto salario. Que éste no alcance a cubrir las necesidades del que lo percibe; que la salud del asalariado se resienta por el excesivo trabajo que se le obliga a realizar; que por lo mismo su vida corra peligro de extinguirse en edad temprana, nada de esto, en tanto sea sufrido y tolerado por el que lo padece, interesa al burgués. Éste, atento sólo a su negocio, no piensa más que en explotar cuanto puede a los que no considera sino como fuente de beneficios y riqueza.

Por su parte, el obrero, en lo que le permite su situación inferior respecto al patrono, el corto conocimiento de su estado y los escasos medios de que puede disponer, se cuida y preocupa únicamente de conseguir que su trabajo disminuya, que su retribución sea mejor que la que viene percibiendo y de gozar dentro del taller la mayor consideración. Si la conquista de estos beneficios pone en apuro al burgués de quien los reclama, por no poder éste competir con sus rivales en producción, al trabajador nada le importa. Y así como al patrono no le afectan las cuitas y dolores de los obreros, éstos permanecen impasibles ante las contrariedades o desdichas que puedan ocurrir a los burgueses. De la fuerza se valen los patronos para imponer sus condiciones a los obreros, de la fuerza de su unión se valen éstos para arrancar a sus explotadores una retribución mayor o una jornada más corta.

Por esto vemos cómo las huelgas, signo el más característico del antagonismo social, a pesar de costar de una parte y de otra cuantiosas sumas, se generalizan y revisten un carácter más imponente y amenazador cada día. En esta lucha el obrero no cede hasta que el hambre le obliga, y el industrial pelea hasta que el vacío causado en su gaveta le impone la rendición. Y como en esa lucha de intereses y en esta desigualdad de condiciones el obrero desempeña siempre el papel de víctima y el burgués el de verdugo, la indiferencia con que éste ve la muerte de un obrero se paga por los asalariados con la alegría que experimentan con la muerte de un burgués, de su enemigo.

Si en las relaciones económicas el antagonismo de las dos clases aparece en toda su desnudez, también se presenta, aunque con menos fuerza, en las relaciones políticas de clase a clase.

Allí donde los trabajadores aparecen dormidos para el movimiento político, los Gobiernos, representación de la clase burguesa, ni prestan atención a sus males, ni menos se preocupan de buscarles algún remedio; por el contrario, aprovechando el estado letárgico de los proletarios, muévense con afán por extender el campo de la explotación obrera, barriendo los obstáculos que se oponen al desarrollo de la clase expoliadora. Si, en vez de estar adormecidas, las masas proletarias pelean en el campo político por disminuir su explotación y aliviar su malestar, entonces los Gobiernos, atentos siempre al interés de la clase que representan, al interés de la burguesía, niéganse a satisfacer las reclamaciones de aquéllos, persiguiéndoles con rabia por haberlas formulado, y sólo ceden cuando los obreros, en la lucha económica, muestran su fuerza.

En estas contiendas las clases proletarias tampoco tienen en cuenta si su actitud, si sus movimientos pueden perjudicar en algo los intereses de la burguesía: lo que a ella le importa es ver el modo de arrancarle el mayor número de concesiones. Más todavía: los mismos obreros que por error militan en los bandos burgueses no se ha-

llan animados de sentimientos de concordia; antes al contrario, siéntense impulsados casi siempre por la idea de mejorar su condición mermando los monopolios y privilegios de la clase explotadora.

Por dondequiera, pues, que tendamos la vista, el antagonismo entre la clase obrera y la clase burguesa manifiéstase abiertamente. Podría decirse que se halla en el aire que respiramos.

El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no lo han inventado los socialistas, como dicen muchos de sus enemigos, ni tampoco los que no tienen sus ideas: dicho antagonismo es una consecuencia natural, precisa, de la forma de producción burguesa. Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirle, conocer su origen, señalarlo a la clase trabajadora para que abandone engañosos ideales y entre en el terreno de la lucha de clases.

Y, en efecto, desde que este antagonismo fue descubierto, los proletarios, desechando las falsas ideas que acerca de las relaciones sociales tenían, han comprendido que para mejorar su estado y para lograr su emancipación, el primer paso que deben dar es organizarse como clase, separándose de los partidos burgueses (...).

3. Los burgueses no se contentan con arrebatarse a los proletarios una parte del fruto de su trabajo, sino que además los insultan y calumnian. Calculan, sin duda, que cuando lo más —despojar a otro de lo suyo— les es permitido, lo menos —el ofender a los despojados— lo pueden hacer a sus anchas.

Según los modernos señores, si los obreros padecen hambre y miseria, lo deben a su abandono y a su falta de espíritu de economía; si son ignorantes, al vicio y a la crápula, y si no toman parte en la cosa pública, es decir, en los asuntos generales del país, porque su capacidad e ineptitud les hace impropios para ello; en una palabra, que las desdichas que sufre la clase obrera son debidas a defectos de los mismos proletarios.

Tanta verdad dicen en esto los que viven del trabajo ajeno, como cuando afirman que las instituciones económicas burguesas son de orden natural.

La miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política de la clase asalariada, según afirma nuestro programa, no tienen más origen que la sujeción económica de los obreros a la clase capitalista,

Querer buscar en otra parte la causa y la explicación de los males de los desheredados es apartarse del camino de la verdad.

La miseria del proletariado, el pauperismo, no ha sido ocasionado por los malos hábitos y costumbres de los asalariados; antes al contrario, unos y otras deben su existencia y su desarrollo a la esclavitud económica que han padecido y padecen.

Y si así no fuera, los obreros vivirían desahogadamente y contarían con un porvenir seguro, cosa que a ninguno ocurre en la actualidad. ¿Cuál ha de ser el estado del obrero que, ganando un jornal de 2, 3 ó 4 pesetas, tiene que sustentar una familia compuesta de cuatro o cinco personas? Cuando el término medio de los trabajadores no llega a 10 reales, ¿habrá necesidad de fijarse mucho en el asunto para averiguar dónde está la causa de la horrible miseria que padecen los verdaderos productores? Las víctimas del régimen burgués son arrastradas a ella no por sus defectos o vicios, sino por la forma en que se distribuye la riqueza, yendo a parar la parte principal a la minoría parásita, y una parte cada vez más exigua a la inmensa masa laboriosa. En este sencillo hecho económico está la causa de la desigualdad social, y su consecuencia inevitable, la miseria de los que trabajan.

Y no solamente no depende la pobreza del obrero de su falta de moralidad y de honradez, sino que cuanto más honrado sea, cuanto mayor grado alcance su nivel moral, su situación económica será más aflictiva y desesperada. La demostración es sencilla; un obrero que se halle adornado de las cualidades antedichas no puede ser lacayo de

los explotadores ni sufrir resignado las mil humillaciones que se cometen en el taller, siendo esto bastante para dificultar, y más en el tiempo en que corremos, el que encuentre sitio donde ocupar sus brazos.

Además, en toda clase de reclamaciones al patrono, en toda cuestión de trabajo, está obligado a proceder de un modo correcto, y, por tanto, a sufrir más que otros las consecuencias de estos actos. Resulta, pues, de lo que acabamos de apuntar que el trabajador más honrado, el más moral y concienzudo, no sólo no se libra de la miseria, sino que, al contrario, la siente más que los otros obreros inferiores a él en condiciones de carácter y moralidad. ¡A cuántos compañeros nuestros no ha pasado lo que aquí decimos! ¡Cuántos, no obstante su intachable conducta, viven en medio de las mayores privaciones!

La dicha, las comodidades, el cielo de la sociedad burguesa no se gana por medio de actos honrosos y morales: al revés, todo esto sobra para llegar a él, y sólo la audacia, el cinismo, el fraude de todo sentimiento digno, son los que franquean las puertas de ese edén terrenal.

Y en cuanto a la instrucción, ¿cuál puede ser la de los obreros en medio de la estrechez económica que les impone su reducido salario? Ninguna, o poco menos. Sus cerebros, atrofiados por un trabajo mecánico, embrutecedor, que no requiere el menor rayo de luz. ¿Qué sirve que se establezcan escuelas gratuitas y que en ellas se llame al obrero con objeto de darle el pan del espíritu? Eso es una superchería. Si el exceso de trabajo y las mil privaciones sufridas han extinguido casi toda su energía y todo su vigor, convirtiéndole en un ser casi insensible, no cabe hablarle de instrucción, porque no comprenderá lo que se le dice; si su inteligencia no se ha apagado todavía por entero, si queda en ella una pizca de saber, el conocimiento de su miseria, el dolor que constantemente le mortifica y la dura jornada de trabajo que le exigen por un mezquino salario le preocuparán y cansarán de tal modo, que ni su cabeza ni su cuerpo estarán en disposición necesaria para

dedicarse al estudio más sencillo. En condiciones tales, es imposible estudiar, imposible adquirir la menor enseñanza. Los obreros que acuden a las escuelas no desmienten, antes bien confirman nuestra afirmación: además de ser relativamente un número escasísimo, compónese éste de algunos obreros que, por excepción, tienen una jornada de trabajo reducida, y de otros, pocos en cantidad, que cuentan con una naturaleza y una voluntad muy fuertes. Mientras no se aligere la carga de trabajo, la generalidad de los proletarios no se hallará en situación de cultivar su inteligencia.

Y si intelectual y materialmente el obrero se halla poco menos que aniquilado, a consecuencia de su dependencia económica de la burguesía, políticamente se halla sometido a los representantes de la clase patronal; en primer lugar, la burguesía le ha excluido de toda función política que pudiera darle en apariencia carácter de interventor en los asuntos del país, y aun en el caso de que las luchas de unas fracciones burguesas con otras exigieran la concesión de algunas libertades políticas, ¿acaso no tienen en su mano, además de los privilegios económicos por medio de los cuales anulan el ejercicio de dichas libertades, el Poder político, el Estado, para, por medio de él, hacer cuanto se les antoje? Claro que sí; luego, hoy, por estar desheredados de dichos derechos, no significan ni son nada los obreros, y mañana, cuando las circunstancias exijan que se les den, se mutilarán primero explotando su ignorancia, y después, cuando tengan conciencia de ellos y quieran ejercerlos con dignidad, poniendo en juego los mil resortes de la fábrica y del taller o del Estado.

Para librarse, pues, los trabajadores de la miseria, el envilecimiento intelectual y la dependencia política, precisan de todo punto destruir la causa que engendra estos males, y que es, sencillamente, la dominación económica que la clase burguesa ejerce sobre ellos. Mas para que este dominio desaparezca y la esclavitud humana termine por completo, es necesario arrebatarse de manos de la bur-

guesía los instrumentos de la producción que hoy monopoliza.

4. Una de las cosas que con más interés niegan los órganos de la burguesía es que el Poder político, o lo que es lo mismo, el Estado en sus diversas manifestaciones, que se halla en manos de dicha clase, funcione solamente a favor de los intereses de ésta y en contra de los intereses de la clase proletaria.

Sin embargo, nada tan exacto como la afirmación estampada de nuestro programa, y que dice así: «Los privilegios de la burguesía están garantizados por el Poder político, del cual se vale aquélla para dominar al proletariado.»

Veámoslo.

¿Dónde se proyectan, discuten y aprueban las leyes que rigen la sociedad presente? En el Parlamento, en el templo de las leyes, según le llaman enfáticamente los oradores de la burguesía y los escritores que están a su servicio.

¿Y quiénes eligen el Parlamento? ¿Quiénes le forman? La elección, ya sea por medio de un sistema restrictivo, ya por otro más amplio o por el sufragio universal, la verifican siempre los privilegiados. Como la libertad política, única que hoy cabe tener, no lleva aparejada la libertad económica, el obrero, libre políticamente para votar a quien le parezca, no lo es por la esclavitud que impone el taller o la fábrica. La prueba de que aun con el sufragio universal las elecciones son hechas por los burgueses, nos la suministran los países en que ha imperado e impera ese sistema de elección, tales como el nuestro, Francia, Suiza, Alemania y los Estados Unidos. Nosotros defendemos el sufragio universal por ser un excelente medio de agitación y propaganda para nuestras ideas; pero le negamos la virtud de poder por sí mismo emancipar a la clase proletaria.

En cuanto a los individuos que van al Parlamento, la inmensa mayoría proceden de las filas de la burguesía, te-

niendo ésta muy buen cuidado de enviar allí a los que reúnen mejores condiciones para ser fieles guardianes de los privilegios capitalistas. (...)

Si el Parlamento está, pues, constituido en su mayor parte por hombres procedentes de la clase burguesa, ¿qué espíritu informará las leyes que en él se elaboren? Forzosamente, aquel que convenga a sus representados. (...).

5. Es evidente que una sociedad donde los elementos productores, los que crean cuanto es necesario a la vida y al desarrollo de la especie humana, carecen de todo, sufren mil tormentos y están completamente subyugados, mientras los holgazanes, los parásitos, los que no aportan al acervo común casi ningún esfuerzo útil, nadan en la abundancia, gozan de todo y tienen reducido a horrible cautiverio a los que todo lo producen, es evidente, decimos, que una sociedad donde esto pasa está condenada por la justicia. Los mismos verdugos o, lo que es igual, los burgueses, convienen en este punto con las víctimas.

A su vez, la razón condena también y rechaza un sistema social como el presente, en que a mayor abundancia de productos, a una considerable riqueza, corresponden mayor suma de privaciones y un grado extraordinario de aflicción y de miseria.

Raya en lo absurdo ver a una porción de seres andar desnudos, carecer de albergue y morir de hambre, cuando hay casas inhabitadas, ropas y calzado que deteriora el tiempo, no el uso; géneros alimenticios de todas clases que se pudren y pierden por no haber sido entregados al consumo en el momento necesario.

Protesta, además, la razón contra un medio social que, según se desarrolla y llega a sus últimos límites, hace del ser inteligente, útil y moral, un esclavo, y convierte en señor, casi un dios, al que está desprovisto de aquellas cualidades y se halla dominado solamente por el afán de enriquecerse, no mediante su capacidad y su esfuerzo, sino a costa de la actividad y el conocimiento ajenos.

La justicia y la razón exigen, pues, que un estado tal

de cosas desaparezca; pero ni la una ni la otra, ni ambas juntas bastaría para hacerle desaparecer. Los estados sociales anteriores eran injustos también, y vivieron durante mucho tiempo, y cuando cayeron no fue precisamente al soplo de la justicia. (...)

Lo que ha demolido, lo que siempre ha deshecho y sepultado los organismos sociales caducos, facilitando la aparición y el desarrollo de otros organismos, ha sido la necesidad, esa poderosa fuerza que no conoce dique alguno capaz de contenerla. (...)

La crisis actual, cuyo término no se columbra, parece indicar que la paralización del trabajo, mejor dicho, la falta de ocupación de millares de obreros, va a dejar de ser un fenómeno transitorio, aunque durable, para convertirse en hecho constante, en mal perpetuo.

Y en cuanto esto acontezca, el estado de la burguesía será sumamente crítico, pues al paso que sufrirá rápidos desprendimientos de una parte de los suyos, convertidos en proletarios, poco menos que de la noche a la mañana, la clase trabajadora, que aumentará sus fuerzas con las disgregaciones de su enemigo, no podrá permanecer quieta sufriendo resignada, o muriendo, las terribles consecuencias que forzosamente se derivarán de un estado tan grave y anómalo. (...)

No dudamos de que la burguesía, ansiosa de prolongar su existencia como clase, transigirá en parte con los proletarios y sacrificará a favor de éstos algunos privilegios; pero semejante transigencia no la salvará. Impotente para atender en la medida precisa las necesidades de la clase sometida, de la clase trabajadora; sin poder conjurar el conflicto económico que lleva en sus entrañas el régimen burgués, cual es el realizar una producción social y una apropiación individual; debilitada constantemente, ya por disminuir su fuerza numérica, ya por descender su nivel intelectual; teniendo enfrente de sí a la clase productora, lo mismo al obrero de la Universidad que al del taller, al que se emplea en el trabajo más fino y delicado que al

que desempeña las más rudas faenas, la clase capitalista no podrá detener, con sus forzadas concesiones, a los asalariados, quienes hartos de sufrir y padecer, ávidos de librarse de la esclavitud que por tanto tiempo los ha oprimido, darán el golpe de muerte a la burguesía, destruyendo el estado social por ella creado.

Esto, como se afirma en nuestro programa, a más de ser justo y razonable, es, sobre todo, necesario.

6. El Socialismo moderno, representado principalmente por los Partidos Obreros de todos los países, afirma que la desaparición de la desigualdad y el antagonismo entre la clase burguesa y la clase productora sólo puede conseguirse por la transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común⁹ de la sociedad entera.

Aunque todos de origen burgués, preséntanse otros medios para poner fin al antagonismo social: la instrucción, el fomento del trabajo, la división de la propiedad, la cooperación y la coparticipación,

Ninguno de estos medios puede resistir el más ligero análisis.

Crear que la instrucción, dando al obrero mayor conocimiento del que hoy tiene, puede librarle por sí sola de la miseria, es la mayor de las ilusiones. Aparte de que una sociedad que priva a la masa productora de los recursos suficientes para satisfacer sus necesidades materiales está imposibilitada de dar un buen alimento intelectual, una

9. «Para nosotros, Socialismo, Colectivismo, Socialismo colectivo y Comunismo, significan siempre la misma cosa, esto es, un régimen económico que tenga por base la propiedad social, común o colectiva, y, que niegue su apropiación individual o corporativa.

Si los afiliados al Partido se llaman comunistas no es porque aspiren a plantear el comunismo predicado por Cabet, Fourier y los antiguos comunistas, sino por ser partidarios de un sistema social en que los medios de producción pertenezcan a todos y estén a disposición de los que deban usufructuarlo.» (Nota de P.I.)

instrucción completa, aunque ocurriera tan sorprendente y extraordinario caso, no por eso los asalariados dejarían de vivir en la miseria y de estar supeditados a los capitalistas. Hoy mismo lo vemos: hombres de superior inteligencia, poseedores de un vasto caudal de conocimientos, se hallan retribuidos mezquinamente y sometidos por completo a la voluntad de los que compran sus servicios. Los que mandan, los que imperan en la sociedad burguesa, no son los que más saben, sino los que más tienen; no los que han frecuentado las Universidades y los Ateneos, sino los que generalmente no han pasado por ellos nunca. Los directores del organismo burgués se llaman Rothschild, Westminister, Vanderbilt y Goul, de los cuales son servidores, nada más que servidores, mejor o peor retribuidos, los políticos, los literatos, los abogados, etc., etc.¹⁰

Los que sostienen que los conflictos económicos y la miseria cederán ante una producción libre de trabas y con mercados dispuestos a recibirla, se engañan por completo o propagan a sabiendas una falsedad. Si los pueblos donde impera el atraso industrial sufren hambre y miseria, hambre y miseria en mayor grado padecen también aquellos otros pueblos en que el fomento de la industria ha llegado a su mayor auge. Claramente lo prueba la emigración: España, Portugal e Italia, que van en desarrollo industrial a la cola de los más países, no dan a la emigración un contingente tan crecido como Inglaterra y Alemania, los dos pueblos más industriales de Europa.

Si yerran Gabriel Rodríguez, Moret, Pedregal y otros eminentes economistas de España al asegurarse que cuantas menos trabas tenga el comercio y más libertad haya

10. En efecto, cuando la burguesía norteamericana había pasado ya al capitalismo industrial y manufacturero, con el mercado sujeto a las equivalencias y la concurrencia, los jefes de las grandes empresas eran verdaderos patanes, sin formación cultural ni económica, guiados sólo por los plusvalías y las ganancias. Véase el sugestivo libro «El gran cambio», del sociólogo Frederic Lewis Allen, Buenos Aires 1954. (Nota del autor de la edición.)

para producir, la situación del obrero tiende a mejorar, no cometen menor dislate los que defienden como solución salvadora para la clase que trabaja la división de la propiedad y la concesión de ella en pequeñas proporciones. Cuando la tendencia de las fuerzas económicas es concentrar los medios de producción; cuando la mecánica, el vapor y la electricidad, invadiéndolo todo, exigen extensos campos donde desplegar su fuerza y poder; cuando la competencia feroz que hoy impera en el mercado arruina al que cuenta con instrumentos de trabajo imperfectos o produce en pequeña escala; cuando todo esto ocurre, decimos, querer dar la tierra en pequeños lotes no sólo es ir contra el progreso económico, sino exponer a un terrible desengaño a los trabajadores que de este modo se hicieran propietarios.

La cooperación predicada por los burgueses, donde sólo se tiene en cuenta el interés individual, ni puede llegar a transformar las condiciones sociales, obra que exige que el proletariado sea dueño del Poder político, ni siquiera es un arma para que los trabajadores puedan mejorar su suerte.

La cooperación de consumo, teniendo por fin no el beneficio de unos cuantos, sino el del mayor número de individuos, es favorable a los intereses de los trabajadores, aunque nunca por sí sola pueda producir la emancipación del proletariado. La cooperación de producción, únicamente posible cuando el desarrollo de la de consumo sea grande, jamás podrá tampoco ser instrumento para que el productor se redima, sino medio no más de mejoramiento, siempre que se desenvuelva con tino. Dar a la cooperación mayor alcance es desconocer la importancia de la prepotencia económica de la clase patronal.

La coparticipación con la que tan encariñados están los filántropos burgueses, es un verdadero timo —dispénsenos la palabra—. Este sistema, adoptado solamente por los industriales que no pueden vigilar a sus obreros ni ver el uso que éstos hacen de los materiales que emplean, es

primo hermano del trabajo, hecho a destajo, y, como éste, sólo favorece al patrono, el cual, dando al obrero una mezquina participación en los beneficios que él obtiene, hace que trabaje, movido por tan miserable incentivo, una tercera parte o una mitad más de lo que haría si sólo percibiera el salario.

Los trabajadores que caen en el lazo de la coparticipación, en vez de alcanzar un estado mejor, como se les promete, lo que en realidad hacen es abreviar su existencia merced a un excesivo trabajo.

Véase, pues, por el ligero examen que acabamos de hacer, que todos los medios expuestos carecen de virtud para librar a la clase trabajadora de la dura explotación que sobre ella pesa.

¿Y cómo no, si todos ellos dejan en pie la causa eficiente del dominio burgués?

Para que cese la explotación del hombre por el hombre, para que el antagonismo y la desigualdad sociales se truequen en armonía y paz entre todos los seres humanos, es preciso, de todo punto preciso, que los medios de producción dejen de ser propiedad individual, propiedad de una clase, para convertirse en propiedad de todos, en propiedad social.

Sólo de este modo la omnipotencia de la burguesía quedará aniquilada; sólo así podrá extinguirse para siempre la esclavitud impuesta por los menos a los más.

Los trabajadores no deben olvidar nunca que su acción revolucionaria tiene por fin supremo arrebatarse a la clase capitalista, con los elementos de trabajo, su propia existencia.

7. Así como para que un hombre no sea esclavo de otro es de todo punto necesario transformar los medios de producción en propiedad común, en propiedad de todos, al revés precisamente de lo que acontece hoy, que son propiedad de algunos individuos o colectividades, así también para efectuar esa transformación, para obligar a la clase capitalista a que devuelva a la sociedad los ins-

trumentos de trabajo que detenta, es imprescindible que la clase trabajadora, que todos los proletarios, perfectamente organizados y dispuestos a librarse del yugo que por tanto y tanto tiempo han venido sufriendo, se apoderen del Poder político; esto es, lo arranquen de las manos de la burguesía y se hagan dueños de él.

Podrá la evolución económica, el desarrollo del sistema burgués, quitar de delante grandes obstáculos y no pocos inconvenientes que para verificar la transformación por nosotros apetecida existen todavía; pero por mucho que se simplifique el problema, por bien dispuestos que estén los elementos que han de sustituir a la organización llamada a desaparecer; por concentrados que se hallen los medios de producción y reducido el número de sus poseedores; aunque una parte de la clase privilegiada, viendo próximo el fin de ésta y reconociendo la justicia de las aspiraciones obreras, se pase al bando proletario, no podemos prescindir, si queremos ser libres e iguales de veras, de apoderarnos del Poder político.

La clase burguesa, por debilitada que se encuentre cuando el proletariado se halle en situación de abrir las puertas de la vida al nuevo organismo social, no renunciará de buen grado, no se desposeerá voluntariamente de sus preeminencias y monopolios. Sólo ante la fuerza se someterá, y sólo obligada por ella restituirá a los despojados lo que a éstos pertenece por todos conceptos.

Es cierto que aspiramos a llevar representantes de nuestras ideas al Municipio y a la Diputación y al Parlamento, pero jamás hemos creído ni creemos que desde allí pueda destruirse el orden burgués y establecerse el orden social que nosotros defendemos. ¿Cómo habíamos de caer en tal error, si precisamente el parlamentarismo es la institución por la cual la burguesía se ha asegurado mejor su poderío y obtiene de los gobernantes lo que conviene a sus intereses?

No; no incurrimos en la candidez de creer que nuestras ideas puedan tener mayoría en los Parlamentos, en las

Diputaciones ni en los Municipios; por el contrario, entendemos que será relativamente fácil hacer franquear las puertas de estos baluartes burgueses a algunos representantes de nuestras ideas; y al conseguirlo, no esperamos de sus esfuerzos ni de sus trabajos que hagan cambiar el rumbo de la nave burguesa, es decir, paralizar la explotación que éste ejerce sobre la clase obrera. Si nosotros queremos que vayan a aquellos sitios diputados o concejales socialistas es porque allí, merced a sus proposiciones o a sus proyectos de ley, además de poder arrancar alguna mejora para los trabajadores, harán que se manifieste el antagonismo de clase, que los Gobiernos burgueses se revelen tal cual son, guardadores y nada más que guardadores de los intereses capitalistas; que los distintos partidos de la burguesía, monárquicos y republicanos, no obstante sus diferencias políticas, se muestran unidos en contra de las relaciones obreras; que se vea, en fin, que mientras se hacen en tres días o en una semana leyes provechosas a los intereses de la clase expoliadora, no se elabora ninguno o se elabora de mala gana e incompleta, al cabo de muchos años, favorable a los proletarios. Queremos, sobre todo, enviar representantes socialistas al Parlamento, las Diputaciones y el Municipio, para que se valgan de estas tribunas y agiten desde ellas, convirtiéndolas en foco de propaganda de nuestra doctrina, a la inmensa masa desheredada; con lo cual, si no conseguimos que el Parlamento burgués, obrando contra sus intereses, acepte nuestras ideas, lograremos que la clase trabajadora adquiera conciencia de sus intereses.

Al mostrarnos, pues, partidarios de que vayan representantes socialistas al Parlamento o a los cuerpos administrativos, no entra en nuestros cálculos sacar de ellos la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común; lo que intentamos con eso es contribuir desde allí poderosamente a la formación del ejército revolucionario.

Y formado que sea este ejército, preparadas que se

hallen las huestes obreras, cualquier conflicto de los que necesariamente ha de producir el orden burgués: una crisis económica, puede ponernos en el caso de intentar la conquista del Poder político, conquista que, según se desprende de lo dicho al principio de estas líneas, sólo podrá alcanzarse revolucionariamente y nada más que revolucionariamente.

Por tanto, el Partido Socialista Obrero no ha entendido ni entiende que el ir al Parlamento sea para conquistar el Poder político, ni que esta conquista sea pacífica.

Dicho queda, pues, por qué queremos acudir al referido cuerpo y expresado también de qué manera pensamos hacernos dueños del Poder político, del Gobierno.

En manos éste de la clase trabajadora, la imposibilidad en que la misma se encontraba antes de concluir con el dominio burgués desaparece, pues inmediatamente que aquel Poder esté a su disposición, puede expropiar de los grandes medios de producción a la clase parásita, quedando por este solo hecho la burguesía aniquilada y convertidos sus individuos en simples productores, que, como los demás, tendrán a su disposición los instrumentos de trabajo con que poder cumplir el deber social de contribuir a la producción para tener derecho a satisfacer todas sus necesidades.

El Poder político es, pues, para el proletariado, como establece nuestro programa, la poderosa palanca con que ha de destruir los obstáculos que se oponen a la transformación de la propiedad en el sentido que reclama el Partido Socialista Obrero.

Dados a conocer los hechos y razones que sirven de fundamento a la aspiración del Partido Socialista Obrero, la parte principal del nuestro está ya terminada, faltando solamente, para concluirle de todo, decir algo acerca de los medios inmediatos que piensa poner en juego el Partido Socialista a fin de conseguir el triunfo de sus ideas.

Esto es lo que vamos a hacer en el presente capítulo.

Ya lo hemos dicho en otra parte, y volvemos a repe-

tirlo aquí; sólo cuando la clase trabajadora se haya apoderado del Poder político, quitándole de manos de la burguesía, podrá dicha clase aniquilar a la patronal y realizar su emancipación. Pero para que los proletarios puedan conquistar el Poder político, deberán adquirir imprescindiblemente una educación revolucionaria y una fuerza que hoy no tienen.

¿Y cómo alcanzar ambas cosas? ¿Cómo conseguir que los trabajadores descubran perfectamente el antagonismo social y se preparen y organicen para eliminarle? De ningún modo mejor que asociándose, que reuniéndose, que manifestándose, que divulgando las ideas producidas por los hechos económicos y que entrando en combate con todo lo que, de un modo o de otro, pretenda sostener o dar largas a las instituciones burguesas.

Y si esto es preciso, lo es también sacar de su postración a las numerosas víctimas de la rapacidad patronal, vigorizarlas y hacer que presten atención a lo que sus intereses exigen.

Para obtener lo primero es necesario que las libertades políticas subsistan; para conseguir lo segundo, precísase recabar cierto número de reformas.

A esto responde la inclusión en el programa de nuestro Partido de dos clases de medidas, unas de orden político y otras de carácter económico.

No se entienda por esto que nosotros acariciamos el pensamiento de que las libertades políticas van a practicarse en toda su extensión y de que las reformas económicas se alcanzarán inmediatamente. En manera alguna.

Las libertades políticas, que tanto alaban y ponen en las nubes los órganos de los partidos avanzados burgueses, no serán jamás una verdad para el obrero en el sistema capitalista. Mermadas siempre, lo serán más todavía cuando los obreros, valiéndose de ellas, adquieran cohesión y unidad, y logren poner en aprieto los intereses de sus señores. Pero aun de este modo, aun restringidas por los que tienen poder bastante para burlar la ley, nosotros re-

clamamos las libertades y los derechos individuales porque sabemos que mediante ellos hemos de movernos más desembarazadamente que hoy y trabajar con mayor resultado por el progreso de las ideas socialistas.

El mismo sufragio, ese sufragio universal de que hipócritamente se vale la burguesía para dar un barniz de legitimidad al poder, es en nuestras manos un arma revolucionaria. Con él no lograremos, quizá, llevar mayoría obrera al Parlamento y a los Municipios; pero sí podremos hacer que el antagonismo de clases se ahonde y extienda, que el divorcio entre los partidos burgueses y la clase asalariada sea complejo, y que la propaganda socialista tome asombroso y rápido vuelo.

Cuanto a las reformas, no ignoramos que la burguesía se resistirá a concederlas, y que cuando las alcancemos procurará burlarlas; pero su misma conducta servirá para que los proletarios trabajen con más empeño en obtenerlas y, obtenidas que sean, se muestren activos y celosos en exigir su cumplimiento.

No han faltado periodistas burgueses ni —lo que es más raro— algunos trabajadores que, tomando por ideal de nuestro Partido los medios a que acabamos de referirnos, han afirmado que nada nuevo venía aquél a defender, llegando los primeros a decir que si éste era el programa del Partido Obrero, se hallaban conformes con él.

Sólo la ligereza con que leen y escriben algunos puede explicar tamaño desatino.

Lo que da vida y caracteriza a nuestro Partido no es su propósito de alcanzar las libertades políticas y una serie de reformas de mayor o menor importancia, sino la aspiración que le sirve de bandera, y que les distingue y separa por completo de todos los partidos burgueses, retrógrados y avanzados.

Con él no pueden confundirse ni mezclarse los que no reconozcan el antagonismo social, la lucha de clases y, reconociendo éstos, no se pongan inmediatamente al servicio de la causa proletaria, proclamando estos tres puntos.

1. Posesión del Poder político por la clase trabajadora.
2. Transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la nación.

3. Constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica y de la enseñanza integral para todos los individuos de uno u otro sexo.

O sea, la completa emancipación de la clase trabajadora.

No hay, no puede haber, por avanzado que sea, ningún partido burgués cuyas doctrinas coincidan o se aproximen siquiera a las sostenidas en los puntos anteriores.

Y al mismo tiempo que afirmamos esto, aseguramos que aun lo que nosotros estimamos como medios y algunos partidos burgueses avanzados como parte de su ideal, esto es, las libertades políticas y las reformas económicas y administrativas beneficiosas a la clase obrera, no será jamás defendido por los citados partidos como lo será por el Socialismo Obrero.

¿Quién necesita más los derechos de reunión, asociación, manifestación, etc., etc.? Los trabajadores. Luego nadie puede desear más que ellos la práctica de estos derechos.

¿Quién necesita, a quién urge de veras la higiene en los talleres, la reducción de la jornada de trabajo, la responsabilidad de los accidentes en el mismo, etc.? Indudablemente a los obreros. Pues entonces, ¿cómo han de defender dichas medidas con más valor que nosotros los directores de los partidos burgueses avanzados, que no sufren nuestras penalidades ni padecen nuestras desdichas?

Estos partidos sostienen las libertades políticas no por favorecer a la clase obrera, sino por llevarse de ella las fuerzas que necesitan para pelear con sus adversarios y ocupar el Poder. Así se ha visto que cuando le han ocupado, esas libertades han sido mutiladas.

Las medidas favorables a la clase trabajadora que en su programa han consignado dichos partidos, más están

allí para dilucidar a los sencillos obreros que para llevarlas a la realidad.

Eso resulta de la actitud del partido federal, que no obstante haber tomado en su Asamblea de Zaragoza varias resoluciones favorables a la clase obrera, no ha hecho después, como parecía lógico, campaña chica ni grande por trocarlas en leyes.¹¹

En vano se esperará que los partidos burgueses tomen algún interés por los asuntos de la clase trabajadora. Si la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, también debe ser obra suya obtener las mejoras que les sea posible del actual orden de cosas y los derechos que convengan a sus intereses y a su situación.

Así lo ha entendido el Partido Socialista Obrero y así lo tiene consignado en su programa.

Hasta aquí, las palabras de Pablo Iglesias.

Para valorar objetivamente el contenido y alcance de los principios y comentarios escritos por Pablo Iglesias, es conveniente situarse en el tiempo en que fueron redactados. En aquellas fechas, todos los dirigentes del movimiento obrero, trabajadores e intelectuales, se expresaban en idéntico tono, ora incitante, ora tosco, respondiendo a las realidades que cercaban a la clase obrera, entre la clandestinidad y la persecución por la clase dominante, la burguesía, que se servía de los métodos más inhumanos para impedir que los trabajadores se organizaran. Por esto se manifiesta Pablo Iglesias con cierta excitación, que no había de corresponder en el devenir de su obra general. No pretendía que los trabajadores, el proletariado, se con-

11. No obstante esta acrimonia hacia el partido federal, Pablo Iglesias y la organización socialista, mantuvieron gran respeto por los líderes federalistas, en especial por Pi y Margall, y favorecieron en sus congresos el federalismo a través de una confederación de pueblos ibéricos, pero sin romper la unidad nacional. (Nota del autor de la edición.)

virtiese en la clase dominante, sino que aspiraba, luchaba por la desaparición de las clases, en el contexto de la emancipación del proletariado y que todos los seres humanos que trabajan fueran dueños del fruto de su trabajo y del poder político. Por tanto, hay expresiones vigentes, pero también algunas que son producto de la situación adyacente a los inicios del movimiento obrero. Sin embargo, no faltan historiadores que en obras publicadas recientemente en España consideren que Pablo Iglesias era menos revolucionario, sólo parcialmente marxista, de lo que debiera haber sido. Le acusan de haberse inhibido en días clave de la historia de España —1909, 1916, 1923—, no uniéndose a las demás fuerzas de la izquierda para derribar revolucionariamente los regímenes burgueses que prevalecían.

Creemos que frente a tales críticas están los hechos, puesto que Pablo Iglesias da una fisonomía peculiar al socialismo español y se encuentra en cuantos procesos revolucionarios se producen en su país, casi siempre como organizador. Jean Becarud, en un comentario que reproduce Enrique López Sevilla en su valiosa recopilación «El PSOE en las Cortes Constituyentes», México, 1969, sostiene que el partido socialista «era indudablemente en 1931 la fuerza política mejor organizada en España. Fundado en 1879 (la agrupación de Madrid), hasta treinta años más tarde, con la elección de las Cortes de Pablo Iglesias, no se afirmó como movimiento con el cual habrá que contar. El partido socialista tuvo en seguida una fisonomía propia. En lugar de apelar a las violencias verbales o a la agitación desordenada de las demás formaciones de izquierdas, los socialistas propugnaron la acción metódica y disciplinada. Se interesaron por la educación de las masas, se esforzaron en conquistar determinados municipios y fueron los paladines de la lucha contra la corrupción. Este carácter digno y un tanto austero, iba acompañado, de todos modos, por una indiscutible voluntad revolucionaria».

Analizando las intervenciones parlamentarias de los

diputados socialistas, educados por Pablo Iglesias, se observa un respeto profundo por las instituciones parlamentarias, es decir, como un medio para llegar a un fin. Los discursos de Besteiro, Prieto, Fernando de los Ríos, Araquistain, Caballero, Saborit y Cordero («Yo soy partidario de una cierta ecuanimidad, dijo De los Ríos, que me aleja, que me distancia de todos los aparatosos radicalismos, que se tocan como los extremos y en lo negativo coinciden») reiteran que la libertad parlamentaria es consustancial al ideal político que defienden, Pablo Iglesias hubiera hablado de la misma forma, y así lo hizo desde las tribunas de las Cortes, pero en 1886 era distinto, por razones que se han expuesto. En definitiva, Pablo Iglesias opone serios reparos a los cacicazgos parlamentarios decimonónicos, al sistema, a las estructuras políticas levantadas por la burguesía: se declara enemigo total de ellas, y sólo le será útil el Parlamento burgués para irradiar sus ideas, como lugar circunstanciado en el que concurre la clase obrera.

En efecto, la tribuna era la voz parlamentaria del movimiento obrero, instrumento de trabajo que iba a requerir un complemento asequible al entendimiento de los trabajadores: la Prensa. Y como es Pablo Iglesias el hombre que va a fundar un semanario, con unas pocas pesetas, extraídas de los salarios de los afiliados, se titulará «El Socialista», denominación que ya había elegido Guesde para su periódico de París, y Louis Pio y Paul Geleff para el órgano obrero de Copenhague. El primer número data del 12 de marzo de 1886, una vez que se aprobaron las bases en que se fundamentaba su publicación, bases que son trasunto del programa socialista, interesantes por su valor histórico. Jaime Vera discrepó en algunas cuestiones de detalle, sobre todo por la cuarta cláusula, en la que se atacaba a los partidos republicanos.

Se impuso el criterio de Pablo Iglesias, que fue quien defendió las Bases. En aquellas circunstancias —recuerda Andrés Saborit— para dar una conciencia de clase a los obreros, se imponía delimitar claramente los campos y

combatir sin contemplaciones a los burgueses. Vera, seguido por Francisco Mora y otros fundadores, se separó de la vida política activa, si bien volvió pronto en compañía de Mora. Desde entonces «El Socialista», que a partir de 1913 sería diario y que en el fondo era Pablo Iglesias, defendió las siguientes

BASES PARA LA PUBLICACIÓN DE «EL SOCIALISTA»

El Partido Socialista Obrero, es, como su nombre indica un partido de clase. Dividida la sociedad actual en explotadores y explotados, el interés de éstos se halla en hacer resaltar el antagonismo existente entre unos y otros, para que una vez despejadas las sombras con que aquellos pretenden ocultar a la vista del proletariado este deslinde del campo social, los trabajadores todos acudan con su esfuerzo decidido a pelear en su terreno propio. No significa esto, ni puede significar en modo alguno, que el Partido Obrero se cimiente en el exclusivismo: aquellos elementos que ejerciendo profesiones científicas o intelectuales prestan servicios verdaderamente útiles a la sociedad y que no obstante no hallarse comprendidos en la acepción general y gráfica del término «obrero», son, sin embargo, trabajadores más o menos asalariados que desean prestar su concurso a la obra de una mejor organización social; los que procediendo del campo burgués sean una excepción honrosa por su conducta con los obreros; en fin, cuantos acepten con lealtad nuestro programa, tienen un puesto en las filas del Partido, sin más limitaciones que las que fatalmente les crea su misma procedencia, fáciles de borrar con hechos que acrisolen la sinceridad de sus opiniones. Este es el modo de ser de los partidos obreros de otros países, y en el nuestro no existen razones que aconsejen nada diferente.

Creando ocioso ser demasiado amplios en razonar las presentes BASES, consigamos la

BASE 1a. Defender las doctrinas consignadas en el Programa del Partido Socialista Obrero, desarrolladas con más extensión en la respuesta dada por éste al cuestionario de la Comisión de Reformas Sociales, y procurar la organización de los elementos que la adopten por bandera.

* * *

Las diferencias cada día más profundas entre capitalistas y obreros ponen de relieve el antagonismo económico actual. A despecho de optimistas o pérfidas declaraciones, encaminadas a establecer una imposible armonía, los factores capital y trabajo demuestran diariamente con sus luchas que no hay homogeneidad posible entre ellos, mientras el primero pretende establecer su imperio sobre la explotación del segundo. Siendo esto un hecho innegable, el Partido Obrero debe prestar todo su apoyo a la lucha de resistencia de los trabajadores contra los capitalistas, no ya sólo por la consideración de hacer menos precaria la existencia del asalariado al recabar alguna mejora, sino también porque en estas contiendas el obrero se dispone a abarcar en su conjunto todo el campo de combate en que debe conquistar su completa emancipación, fortalecido ya en la práctica de la Solidaridad. Fundada en estas razones, he aquí la

BASE 2a. Apoyar y sostener abiertamente todo movimiento de resistencia o lo que es lo mismo, la lucha económica por la huelga contra los poseedores de los medios de producción.

* * *

Establecida la necesidad y la conveniencia de lo consignado en la Base anterior, se impone por sí mismo, el deber de demostrar constantemente al obrero que sin acudir a la práctica de la Asociación serán perdidos todos los

esfuerzos en la lucha económica y hoy no basta ya la asociación particular o corporativa para obtener los resultados apetecidos: ante los repetidos ejemplos de la parcialidad con que el Poder público ampara el interés capitalista en sus contiendas con los obreros es de suma urgencia crear una Asociación nacional, que reuniendo en apretado haz todas las locales, pueda constituir una importante lección capaz de hacer respetar los hollados derechos de alguna, por los medios que las circunstancias aconsejen. En virtud de esto, he aquí la

BASE 3a. Propagar constantemente el principio de la Asociación entre los obreros y además la idea de constituir con las Sociedades particulares una Asociación general.

* * *

Las relaciones del Partido Socialista Obrero con los de la clase burguesa deben ser de lucha. En la controversia de doctrina, claro es que ha de ser más acentuada con los llamados avanzados por una razón sencillísima: los partidos monárquicos no pretenden ya, y si alguno lo pretende lo hace sin resultados, nutrir sus filas con elementos trabajadores; sus doctrinas están juzgadas por éstos y no hay peligro de que les presten como clase el concurso de sus simpatías. No sucede así con los partidos republicanos, los cuales tienen gran interés en hacer su recluta entre los obreros para disponer de masa con que lanzarse a la conquista del Poder, y reteniéndolos bajo sus banderas con mentidas promesas, imposibles de realizar sin atacar en su raíz el origen del mal, la manera de ser de la propiedad, arca santa a que ninguno osa tocar. Sin embargo, el planteamiento de los derechos individuales ha de otorgar mayores garantías al desarrollo de la propaganda socialista y en este sentido, establecido el dilema de República o Monarquía el Partido Obrero optará sin vacilar por la primera. En su consecuencia, he aquí la

BASE 4a. Combatir a todos los partidos burgueses y especialmente la doctrina de los avanzados, bien haciendo constar que entre las formas de Gobierno republicana y monárquica, «El Socialista» prefiere siempre la primera.¹²

* * *

12. Ésta es una síntesis autorizada de las Bases. El texto íntegro se publicó como prospecto en el primer número de «El Socialista», y más tarde en la obra «El reformismo social y la lucha de clases».

II

MORAL Y SOCIALISMO

Los textos que hemos seleccionado para componer este capítulo fueron escritos y publicados en plena madurez política de Pablo Iglesias a principio de siglo, especialmente en «Revista Socialista».

Por el estudio del material inserto en su obra principal, «El reformismo social y la lucha de clases», compuesta por lecciones preparadas antes de 1900, se deduce que la escuela en que se le debe incluir es la de Carlos Kaustky, en suma, en la doctrina socialista que contestaba a la crítica revisionista, de Bernstein, pero que había de apartarse totalmente del marxismo explicado por Lenin. Para el máximo exponente del bolcheviquismo, Kaustky era o iba a ser un traidor, un renegado, epíteto predilecto del comunismo cuando quiere denigrar a los socialistas que no se someten a la dictadura bolchevique. Pablo Iglesias fue también blanco de semejantes ataques, pero los textos seleccionados en el mencionado volumen son de una congruencia compacta y vigorosa en el orden de las ideas socialistas, sometidas a estudio con el ardor y la coherencia del revolucionario, no del reformista.

Lo que le irritaba era el alquimismo de los «revolucio-

narios» recién llegados. Le parecía un enfoque del pasado, ya, por cierto, dilucidado por Marx en el apartado de los alquimistas de la política.

Le entusiasmaba, por el contrario, la educación de la clase trabajadora, la honradez humana y la moral. Sin cultura, sin ciencia, no hay revolución ni el proletariado podrá alcanzar la victoria. Le dolía el analfabetismo de una parte importante de los españoles sujetos a jornal, preocupación que coincidía con la de Joaquín Costa. Nosotros hemos visto una de sus cartas personales, dirigida a la Casa del Pueblo de San Lorenzo de El Escorial que estuvo expuesta en el mural durante varios años, antes de haber nacido nosotros. En ella felicitaba a los organizadores del cuadro artístico de aquel centro, donde se reunían trabajadores socialistas y católicos con el fin de representar obras teatrales y despertar el interés de los obreros, por las manifestaciones artísticas, culturales, musicales, corales, etc..., así como por haber puesto en escena una obra de Pérez Galdós (que era amigo personal suyo). La cultura era fundamental para la emancipación de la clase obrera, solía decir.

EDUCACIÓN SOCIALISTA

La fuerza de un partido popular depende de la educación que él dé a la masa que le forma. ¿Enseña a ésta, la hace tolerante, seria, moral, arraigando en ella lo más posible las ideas que va a defender? Pues el partido que eso haga será fuerte, disciplinado, consecuente, capaz de luchar con fortuna con todos los partidos que le combatan. ¿Limita su obra a ensalzar sus doctrinas, a entusiasmar a la masa, a enardecerla, a fanatizarla? Pues este tal partido, aun siendo numerosísimo, no será propiamente fuerte, cometerá inconsecuencias, se indisciplinará y será incapaz no ya de sufrir la crítica que de él hagan sus adversarios,

pero ni siquiera de consentir que ante él se expongan ideas opuestas a las suyas.

El Partido Socialista ha seguido el primer sistema: ha educado y no cesará de educar. Haciéndose cargo de que no le basta conquistar hombres a sus ideas, sino de que estos hombres deben ser, en lo que cabe, inteligentes, formales, abnegados, probos y firmes para que defiendan bien aquéllas, se ha cuidado y se cuida de instruir a sus afiliados, de separar del vicio a los aficionados a él, de imbuirles el respeto a los demás hombres, cualesquiera que sean sus ideales, de inculcarles el sentimiento de solidaridad para con todos los suyos y de hacerles comprender que individuos que no tienen voluntad para cumplir su palabra no son dignos de formar parte de una organización seria.

En los mitins, en los periódicos, en todas partes se hallan propagandistas del Socialismo, no se circunscriben éstos a exponer las ideas del Partido y la táctica del mismo, sino a recomendar la lectura, a condenar la taberna, el juego y las malas costumbres; a pedir que en el hogar, en el taller, en la Agrupación o en la Sociedad se cumpla bien, y a encarecer el respeto a todos los hombres. Allí donde le ha sido dable al Partido ha creado modestas escuelas para enseñar a leer y escribir a los que no saben, y en la mayor parte de los Centros Obreros, de los que son alma los socialistas, se dan conferencias, ya por hombres de carrera, ya por compañeros que han adquirido alguna instrucción. Cuando algún individuo, olvidándose de las enseñanzas que se le han dado o de las obligaciones que le impone la honradez, delinque, se le castiga. Si la falta es grave, se le excluye de la organización; si es leve, se le amonesta, se le censura o se le suspende en sus derechos durante un corto tiempo. (...) *

* «El reformismo social y la lucha de clase».

LO FUNDAMENTAL

(...) El Socialismo moderno, que no debe su vida a ideas especulativas ni a meras abstracciones, sino a la observación y al estudio de los hechos, tanto económicos como políticos y sociales, después de descubrir que el antagonismo de clases era la característica de las sociedades pasadas y de la presente, averiguó también, fijándose en el desenvolvimiento de la producción burguesa, que si bien ésta, guiada por un individualismo feroz, lanzaba a la clase subyugada o productora en una miseria mayor que la sufrida por los esclavos de otros tiempos, creaba por otro lado los elementos necesarios para excluir el último término antagónico —la burguesía— y hacer posible la fraternidad humana.

De ahí que proclame como aspiración principal la abolición de las clases sociales o la emancipación de los trabajadores.

El Socialismo moderno ha visto que la esclavitud de los trabajadores no es debida a su inferioridad intelectual, consecuencia precisa de su dependencia económica, sino a hallarse desposeídos de los medios de producción y de las primeras materias, que obran en poder de sus dominadores, y por eso reclama que lo mismo aquéllos que éstas sean de propiedad de todos o se socialicen.

El Socialismo moderno ha notado que la anarquía que reina en la producción burguesa origina males sin cuento y esteriliza multitud de esfuerzos, y tomando pie de esto, pide la reglamentación social de la producción.

Las bases pues, de la sociedad a que queremos llegar los que militamos en las filas del Partido Socialista Obrero son: una sola clase social, los medios de producción comunes y la reglamentación de la producción.

Cualesquiera que sean los otros puntos que tengamos que resolver, y que serán resueltos según se manifieste su necesidad, no podrán alterar aquéllas; antes al contrario,

los acuerdos que respecto a ellos se tomen habrán de ajustarse en todo y por todo a dichas bases.

Ahora bien: con las soluciones indicadas, ¿el antagonismo social muere, la explotación del hombre por el hombre desaparece, la miseria se extingue? Esto es lo que nosotros sostenemos firmemente y eso es lo que, si su argumentación y su crítica alcanzan a ello, deben probar nuestros adversarios que no llegará jamás a realizarse.

Prueben que la abolición de clases no da al traste con los antagonismos sociales; demuestren que, siendo todos copropietarios de la tierra y demás medios de producción, puede existir la explotación de un hombre por otro; hagan ver que las crisis económicas, las quiebras, los conflictos que a cada paso surgen en el actual modo de producción se presentarán igualmente en una sociedad donde la producción sea reglamentada socialmente, y entonces podrán con razón tachar de deficientes las doctrinas socialistas para resolver el problema de la miseria.

Mientras eso no hagan, mientras sin abordar francamente nuestras principales afirmaciones, se entretengan en preguntar cómo resolveremos cuestiones accidentales, que la misma clase dominante simplificará o hará desaparecer en sus postrimerías, nos creemos con derecho a pensar que la crítica de los abogados de la burguesía es impotente para hacer la menor mella en la parte fundamental de nuestro programa, en lo que verdaderamente da a nuestro Partido carácter revolucionario y le distingue de todas las agrupaciones políticas burguesas.

Cuando la burguesía derribó del Poder a la nobleza y al clero, ¿contaba con una organización completa que supliera desde luego al régimen feudal? ¿Había determinado previamente las instituciones, los organismos, las fuerzas que debían constituir la sociedad que representaba? Ni lo hizo ni lo podía hacer.

Al triunfar, al conquistar el Poder, hízolo solamente en nombre de la libertad, del individualismo más exagerado, elaborando después, según fue afirmando su dominio, to-

dos los elementos que componen la sociedad presente. Para vencer al feudalismo, incapaz de satisfacer las nuevas necesidades que se dejarán sentir a fines del siglo XVIII, bastóle a la burguesía escribir en su bandera lo que entonces y ahora ha servido de base al régimen creado por ella: libertad para comprar y vender: libertad para explotar.

Tampoco necesitará más el Socialismo para vencer a los parásitos capitalistas. Escritas en su bandera las aspiraciones que animan a los encargados de abolir aquéllos, y que se ajustan a las condiciones materiales que han creado sus propios enemigos, tócale sólo reunir en torno de ella a las masas proletarias y conducir las a la conquista del Poder político. Triunfante ya el proletariado, a la par que extinguirá la clase expoliadora, creará todos los elementos que, sobre la base de la igualdad social, levantarán una sociedad verdaderamente civilizada.

En conclusión: el Socialismo tendrá que resolver todavía —y eso no lo negamos— cuestiones de más o menos interés para el definitivo triunfo de sus ideales; pero lo esencial, el término del hambre, de la explotación y del embrutecimiento de los seres humanos, lo tiene ya resuelto, pese a todos los servidores y lacayos de la clase holgazana.*

LOS SOCIALISTAS SON POLÍTICOS

Óyese decir con frecuencia que el Partido Socialista no es un partido político, aseverándolo no sólo gente ignorante, sino hombres instruidos y hasta verdaderos intelectuales. Uno de los mejores cerebros de nuestro país, el ilustre Benot, se preguntaba poco ha, en un discurso muy aplaudido por sus correligionarios: «¿Podrá obtenerse una

* «Revista Socialista».

serie continua de victorias con el retraimiento de la política, practicado por los socialistas sistemáticamente y en absoluto, año tras año, hasta hace poco tiempo?»

Para demostrar el error que padecen cuantos afirman que el Partido Socialista no tiene carácter político, bastará exponer unas cuantas razones y citar algunos hechos de todos conocidos.

Tomando por guía la evolución de las fuerzas productivas, pretende el Partido Socialista sustituir el régimen del salario o de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio por otro basado en la solidaridad o la socialización de dichos medios. ¿Se puede acometer semejante empresa sin acudir a la lucha política?

Para destruir los obstáculos que se oponen a la antedicha transformación estima necesario el Partido Socialista conquistar el Poder, conquista que si en ciertos momentos puede exigir el procedimiento revolucionario o de fuerza, ha de ser obra principalmente de una acción constante en el terreno legal. ¿Cabe desplegar esa acción fuera del campo político?

Inspirándose en la realidad, el Partido Socialista considera que su primera campaña, su primordial trabajo es dar a la masa proletaria conciencia de sus intereses y de su misión histórica, organizarla, educarla, hacerla entrar como clase en la vida política y vigorizarla mediante la consecución de positivas mejoras, alcanzadas unas directamente de los patronos y obtenidas otras de los Gobiernos o de los Parlamentos. ¿Quién se propone realizar obra tal que pueda ser un partido antipolítico? (...)

También se equivocan los que tachan de antipolítico al Partido Socialista, porque éste no se colige con los demás. ¿Qué tiene que ver la naturaleza de un partido con la línea de conducta que se traza para luchar con los otros? Las coaliciones, como se sabe, son accidentales, frecuentes entre los partidos afines y muy raras entre los partidos extremos.

Diversas razones ha tenido el Partido Socialista para

no entrar en ellas. En sus primeros tiempos obligóle a proseguir así no sólo su carácter de partido opuesto por principios fundamentales a todos los partidos burgueses, sino el hallarse en el período de formación y ser su fuerza, por lo mismo, insignificante. Solicitar coaliciones en estado tal habría sido ridículo y suicida. Más tarde, cuando tuvo verdadera fuerza y fue reconocida su personalidad por todas las fracciones políticas, se ha negado a coligarse con los partidos más afines a él, ya por su naturaleza de partido antiburgués, ya porque las circunstancias políticas no han reclamado de véras que diera semejante paso.

¿Habrà alguien capaz de sostener que los socialistas alemanes no son políticos? Pues la Democracia Socialista Alemana, en su ya larga existencia, no se ha coligado jamás con ningún partido burgués.

Circunstancias puede haber en que el Partido Socialista deba coligarse con los partidos burgueses avanzados: cuando llegue este caso, lo hará; pero fuera de él y cumpliendo lo resuelto en los Congresos socialistas internacionales, rechazará toda especie de coaliciones.

Los republicanos, que califican de grave yerro el que no nos coaliguemos con ellos, no ven la contradicción en que incurren. Separándolos de nosotros diferencias esenciales, como son la conquista del Poder por el proletariado y la socialización de los medios productivos, su afinidad es mayor con los monárquicos que con los socialistas. ¿Efectúan por eso, salvo en casos excepcionales, coaliciones con los monárquicos? No, y se equivocaría grandemente quien los tachara de torpes por proceder así.

Hay, por fin, quien nos llama antipolíticos fundándose única y exclusivamente en que combatimos a todos los partidos burgueses. La endeblez de tal juicio vese bien pronto. Un Partido como el Socialista, que tiene la misión de luchar contra el presente régimen social porque ve en él la causa de la esclavitud que padece la mayoría de los seres humanos y porque la misma evolución económica le condena a morir, necesariamente ha de atacar a todos los

elementos que apoyen, sustenten o defiendan a dicho régimen. Si así no lo hiciera, traicionaría a su causa.

Político es el Partido Socialista, y los mismos que hoy afirman lo contrario, habrán de reconocerlo antes de mucho al observar su influencia y su empuje.*

INTERVENCIONISMO Y SOCIALISMO

Los políticos burgueses intervencionistas, esto es, aquellos que opinan que el Estado debe mediar en las cuestiones suscitadas por el actual régimen de producción entre patronos y obreros, y, por lo mismo, en las relaciones existentes entre unos y otros, afirman con mucha seriedad que tal sistema, que semejante modo de proceder es un antídoto contra el Socialismo.

Los que sinceramente creen esto, se equivocan; los que lo mantienen sin creerlo, propónense engañar a la gente.

La demostración de que es exacto lo que decimos no es difícil.

¿Quién ha engendrado el intervencionismo? ¿Qué efectos produce éste?

Si examinamos el rudimentario movimiento obrero anterior a la Asociación Internacional de Trabajadores, hallaremos en él la tendencia de mejorar las condiciones de trabajo, tanto por el sistema resistente —apelación a la huelga en caso de necesidad— como por medio de leyes y, lo que es igual, por la intervención del Estado.

Esa misma tendencia predominó en el movimiento obrero dirigido por la célebre Asociación, la cual, al proclamar en su primer manifiesto que el primordial deber de la clase trabajadora era conquistar el Poder político, indicaban implícitamente a esta clase la necesidad de emplear su acción en crear condiciones legales que le permitan obtener aquél fin.

* «Revista Socialista».

La moderna Internacional, o sea el Partido Socialista, reclama en todas las naciones una serie de medidas legislativas; y las fuerzas de este Partido, en unión de los demás obreros organizados, lo que demandan en primer término al movilizarse anualmente es una legislación protectora del trabajo, a la cabeza de la cual figura la jornada de ocho horas.

Por estos datos se ve que la intervención del Estado ha sido y es solicitada por el proletario activo, por los obreros que se preocupan de sus intereses y aspiran a que el orden social no tenga más base ni fundamento que la solidaridad entre todos los hombres.

¿Había antes de la organización obrera políticos burgueses partidarios de que el Estado interviniese en las relaciones entre patronos y obreros? No. Todos ellos o casi todos sostenían que el Estado debía ser ajeno a las cuestiones que se suscitasen entre los que compran la fuerza de trabajo y los que la alquilan. «Libres los unos y los otros —decían— para entenderse y contratar como mejor les parezca, el Estado debe limitar su acción a hacer cumplir la ley a cualquiera de las partes que se salga de ella.»

Al Estado, pues, le tenía sin cuidado que el patrón, prevaliéndose de su superioridad económica sobre el trabajador, impusiese al obrero adulto jornadas de 14, 16, 18 ó 20 horas; que por ese tiempo de trabajo abonase un mezquino salario; que débiles mujeres fuesen objeto de horrible explotación; que tiernas criaturas, niños de 10, de 8 y hasta de 6 años se vieran sometidos a un largo o penoso trabajo. El Estado debía en todo caso respetar «la libertad de trabajo», libertad que no ha sido otra cosa que un crimen de lesa humanidad.

Contra ese crimen se revolviéron, naturalmente, los interesados. Los más enérgicos, los de más voluntad y los que tenían más despierta su inteligencia se agruparon y difundieron entre los suyos ideas de unión y de solidaridad. Apenas éstas hicieron su camino creando organiza-

ciones de oficio, «la libertad de trabajo» fue rota. En muchas profesiones los patronos se vieron precisados a tratar con sus obreros, no individualmente, como hacían antes, sino con la representación de éstos. Y donde se negaron a ello estalló la lucha, adversa unas veces para los trabajadores, contraria otras para los patronos.

¿Defendieron este movimiento los políticos burgueses? No. Al contrario, le combatieron. Apoyándose en la *ley*, que negaba el derecho de coalición, hicieron sentir a los trabajadores asociados los efectos de la justicia burguesa, ya encarcelando a los que ostentaban la representación de aquéllos o se distinguían por su actividad o su denuedo, ya disolviendo y persiguiendo a las Asociaciones obreras. Como la unión de los explotados obedece a una verdadera necesidad, la persecución, lejos de acabar con las Sociedades obreras, hizo que aumentaran y que sus luchas con los patronos revistieran proporciones considerables. Este resultado obligó a los gobernantes si no a derogar el precepto que condenaba el derecho de coalición, a estimarle como letra muerta, o, por lo menos, a aplicarle en muy contados casos.

El movimiento proletario creció, y creció no sólo numéricamente, sino en conciencia de sus intereses. Los que antes pensaban no más que en elevar el salario y disminuir el tiempo de estancia en la fábrica, en el taller o en la obra; los que circunscribían su acción únicamente al campo societario, avanzaron. Persistían, sí, en mejorar su estado, pero luchaban también por que la explotación humana desapareciese; seguían combatiendo en el terreno político para pelear con los representantes de éstos; en una palabra, tomaron por guía al Socialismo, no limitándose, por tanto, a contrarrestar los efectos de la sociedad burguesa sobre la clase productora, sino empleando a la vez sus bríos en atacar las bases de dicha sociedad para lograr su desaparición.

En cuanto dio tal paso, adquiriendo marcado carácter de clase, el movimiento obrero tomó importancia extra-

ordinaria, y entonces bajo su imperio, ante el temor unos políticos de que llegara a manifestarse en formas violentas, y otros, creyendo inocentemente que contendrían su empuje, no sólo hablaron de conceder mejoras a los trabajadores, sino que, aunque pequeñas, ellos fueron los encargados de arrancarlas a los Parlamentos. (...)

Fijémonos en nuestro país. El señor Moret, que figura en política hace muchos años, no ha sido siempre intervencionista. ¿Cuándo ha empezado a serlo? En el instante en que el movimiento obrero alcanzó en España algún auge. Fue el movimiento proletario de 1882 el que le hizo abrir la información obrera y crear la comisión de Reformas Sociales. El señor Canalejas, el señor Dato y la mayor parte de los políticos que hoy se distinguen como intervencionistas, ¿lo habrían sido si en nuestro país no hubiese habido más movimiento obrero que el de 1850 o 1860? No. Seguramente serían ahora tan individualistas como lo eran casi todos los hombres políticos de aquella época.

El intervencionismo es, pues, obra del Socialismo, el cual, al imponerle a los políticos burgueses, ha dado un golpe de muerte a la decantada «libertad de trabajo». En efecto, admitido que cabe legislar sobre la duración de la jornada, sobre el trabajo de la mujer, sobre el que realiza el niño y sobre otros puntos relativos a la forma en que ha de hacerse la producción, ¿dónde está la libertad absoluta del patrono —que eso era, y no otra cosa, la libertad de trabajo— para imponer al proletario las condiciones que se le antojan? En ninguna parte.

Y a medida que crezca el Socialismo, según aumente la organización o potencia del proletariado, el intervencionismo será mayor. Si hoy se legisla respecto de la jornada de trabajo, de los accidentes en el mismo, del descanso dominical, del retiro para los obreros viejos y de otros puntos de menor importancia, mañana se legislará sobre el salario mínimo y sobre otras condiciones de mayor alcance. A una fuerza obrera relativamente pequeña se debió la Comisión de Reformas Sociales; a una fuerza

obrero mayor que aquélla se debe el Instituto. Que éste beneficia más que benefició dicha Comisión lo saben perfectamente los obreros y lo pueden saber los que, sin ser trabajadores, observen con algún cuidado.

Veamos ahora si los efectos del intervencionismo pueden contener el desarrollo del Socialismo.

¿Qué quiere éste en primer término? Organizar el proletariado, darle conciencia de su situación y del gran cambio social que le corresponde efectuar y hacerle apto física e intelectualmente para que realice dicho cambio.

¿Dificulta esto la acción intervencionista? ¿Se oponen a ello las leyes favorables a los trabajadores? De ningún modo. Si una medida de carácter legal disminuye el tiempo de trabajo, ganará la salud de los obreros, ganará la instrucción de los mismos y ganará también su organización. Lo mismo sucederá si las leyes mejoran su situación económica. Disponiendo de algunos medios más se alimentarán mejor, tendrán más facilidad de adquirir libros o periódicos y podrán dedicar cuotas mayores a la propaganda de sus ideas y a su organización. Si las leyes van dirigidas a imponer la higiene, a aumentar la instrucción y a corregir los escandalosos abusos que cometen autoridades y personajes o semipersonajes cuando se ejercitan ciertos derechos políticos, la clase obrera obtendrá de ellas el beneficio positivo de aumentar su capacidad y su fuerza material. En una palabra, toda ley que en poco o mucho favorezca a los trabajadores, hará necesariamente que crezca su organización y que la conciencia de sus intereses sea más clara.

Si ésta es la consecuencia que el intervencionismo tiene fatalmente que producir, ¿cómo va a atajar el progreso de las fuerzas socialistas? ¿Se ha atajado acaso en algún país? ¿Le ha contenido en Alemania, donde se empleó con el decidido propósito de combatir el Socialismo? No. Recluta el Socialismo sus soldados principalmente entre los obreros que poseen alguna instrucción y que ganan, por lo menos, salarios regulares, no entre los más ignorantes y

que padecen hambre aguda, y si ahí los recluta, dicho se está que a medida que aumente la educación y la instrucción de los trabajadores y aminore su miseria, las filas socialistas se verán más nutridas.

No es, pues, exacto que el intervencionismo contrarreste al Socialismo. Lo cierto, lo que los hechos demuestran es que el Socialismo ha creado, ha impuesto el intervencionismo, y que éste, lejos de impedir el progreso de aquél, le favorece en gran manera.*

* «Revista Socialista».

III

LO SOCIAL, LO ECONÓMICO, LO SINDICAL

Frente a la estrategia sindical de Pablo Iglesias y sus organizaciones que representaban la vanguardia del movimiento obrero, el anarquismo propugna la revolución violenta y la huelga general, que conllevaba desgraciadamente la acción represiva policíaca de los Gobiernos de Sagasta, Silvela, La Cierva, Maura y de los demás ejecutivos de la burguesía en el Poder, con la muerte de trabajadores. «Las huelgas de Gijón, Sevilla y la Coruña parecen responder a la orientación anarquista dominada por el mito de la huelga general que acabaría con el régimen social vigente» (Tuñón de Lara). Silvela, en el Congreso, pide la ilegalidad de las huelgas; Melquíades Álvarez las defiende, en tanto que Iglesias se declaraba ajeno a las huelgas que consideraba contraproducentes en el proceso revolucionario: «La huelga de Barcelona en 1902 fue un movimiento inconsciente sin finalidad determinada, que careció del tinte revolucionario con que algunos han pretendido revestirla. Allí no se realizó ningún hecho revolucionario, como lo prueba que no se apoderasen, ni lo intentasen siquiera de ningún centro oficial.» Ferrer era un revolucionario teórico, no activo.

Pero con la intervención de los socialistas o sin ella, de 1905 a 1909 se declararon unas 900 huelgas que afectaron a cerca de 100.000 trabajadores, culminando el conflicto social con los dramáticos sucesos de la «Semana Trágica» de Barcelona, la absurda ejecución de Ferrer, que levantó una ola de protestas que trascendió al mundo entero. Pablo Iglesias presidió una manifestación de cien mil madrileños, socialistas, republicanos, monárquicos liberales, solidarizándose con Ferrer y los trabajadores catalanes, como presidió la manifestación multitudinaria de 1917, después de la huelga general revolucionaria.

Lo cierto es, volviendo a 1909, que el Gobierno dictó orden de detención de Pablo Iglesias y Largo Caballero, la clausura de las Casas de Pueblo y la confiscación de la Prensa, no solamente por su fraternidad con Ferrer y los anarquistas catalanes; la situación social española había llegado a una posición límite con motivo de la impopular guerra de Marruecos, que analizará Pablo Iglesias en los discursos parlamentarios, ampliación de lo que dijo en un mitin el 11 de julio: «Los enemigos del pueblo español no son marroquíes, sino el Gobierno. Hay que combatir al Gobierno, empleando todos los medios. En vez de tirar hacia abajo, los soldados deben tirar hacia arriba. Si es preciso, los obreros irán a la huelga general con todas sus consecuencias, sin tener en cuenta las represalias que el Gobierno pueda ejercer sobre ellos.»¹³ Pero esta radical frase, copiada de los libros de historia no es escrita, según vemos más adelante.

La huelga general fue declarada, de conformidad con la advertencia de Pablo Iglesias, aunque el resultado no fue tan clamoroso como esperaba.

13. Merece consignarse la similitud del pensamiento de Pablo Iglesias y de Julián Besteiro por lo que respecta al problema de Marruecos y al político en general. Recomendamos el folleto de Besteiro sobre la guerra de Marruecos vista por un parlamentario socialista, editado por Felipe Peña Cruz, Madrid sin fecha.

En fin, abrimos el capítulo con el artículo «La huelga general», síntesis del pensamiento de Pablo Iglesias en el orden sindical publicado en la revista «Le Mouvement Socialiste», dentro de una encuesta en la que participaron los grandes dirigentes sindicales internacionales del momento. Más adelante se reprodujo en diversas revistas españolas, aunque suponemos que su autor debió escribirlo en español y traducido José Mesa.

LA HUELGA GENERAL

¿Qué es la huelga general? A varias categorías de huelgas corresponde esta denominación.

Es huelga general la que llevan a efecto todos los obreros de un mismo oficio o de un grupo de oficios en una localidad.

La que realizan los obreros de todas las profesiones en una población.

La que declaran un oficio o varios a la vez en una comarca o en todo un país.

La que efectúan los obreros de todos los ramos en una comarca o en una nación.

La que hagan los trabajadores de un mismo oficio en todas las naciones.

Y ese nombre lleva, por fin, la que buen número de individuos pretenden que realicen un día los obreros de todas las profesiones en todos los pueblos en que domina el régimen burgués.

De estas seis categorías de huelga general, la primera es la que con más frecuencia usan los trabajadores y la que seguramente da mejores resultados. Casi siempre va encaminada a mejorar las condiciones morales o materiales de los que apelan a ella.

La segunda es poco común, yendo dirigida generalmente a protestar de algún atropello de la autoridad o a impedir

que la tropelía continúe, y muy pocas veces a obtener algún beneficio material para los huelguistas.

La tercera, más usual cuando se trata de comarcas que cuando alcanza a todo un país, la emplean los obreros en la mayoría de los casos para lograr mejoras materiales y muy rara vez para protestar contra los desafueros patronales o de las autoridades.

La cuarta, pocas veces usada, tiene por fin en las comarcas protestar contra abusos de los patronos o de sus servidores en el Poder, y en las naciones procurar algún beneficio de carácter político, como la implantación del sufragio universal en Bélgica y la derogación de la ley de huelgas en Holanda.

La quinta la realizarán acaso algún día ciertos oficios, no muchos, para mejorar las condiciones de una parte de sus individuos o para protestar contra alguna enorme tropelía de la clase capitalista.

Respecto de la sexta categoría, a la que dan por finalidad sus partidarios una mejora general para el proletariado o la Revolución social opino que jamás se traducirá en hecho.

¿Entienden por huelga general los que la preconizan que una escasa minoría de los obreros de cada país abandone simultáneamente el trabajo? Pues suponiendo que eso pueda ocurrir, producirá más daños que beneficios a los obreros, porque como hemos visto en los casos en que se han dado en España de huelga más o menos general, ofrécese con esa huelga ocasión a los que ocupan el Poder para emplear la fuerza armada, perseguir a los obreros organizados y crear dificultades al desarrollo del movimiento proletario.

Y no se diga que eso pasa en toda huelga, porque los hechos lo niegan.

Aunque las autoridades se inclinan siempre —su razón de ser les obliga a ello— a ponerse de parte de los patronos, y muchas veces lo hacen hasta de un modo escandaloso; en la mayor parte de las huelgas bien preparadas,

en las que los obreros proceden más por reflexión que por simple impulso, la intervención del Poder no es muy fuerte ni brutal, y no lo es porque los huelguistas evitan a toda costa darle motivos para ello.

Lo contrario sucedería en huelgas generales como la que suponemos, porque como los que las llevarían a cabo estarían en minoría, y tratarían de arrastrar a ella a los demás obreros, ya por medio de engaño o de la violencia, darían pie a que la fuerza armada interviniese y a que sucediera lo que es fatal interviniendo dicha fuerza. Eso ha sucedido en España en la mayor parte de los conatos de huelga general realizados por los anarquistas.

¿Consideran huelga general los partidarios de este procedimiento el que la mayoría de los obreros o todos los países abandonen a la vez el trabajo? Pues cuando esto pueda ocurrir, cuando la mayor parte de los proletarios estén en condiciones de hacer eso, tal fuerza tendrá su organización, tales desarrollos alcanzarán su acción, y tan resentida estará la fortaleza patronal, que lo que se impondrá entonces no será el que los obreros se crucen de brazos para exigir una mejora general, sino el que empleen la acción revolucionaria para dar el salto definitivo a aquella y poner término al dominio de la casta explotadora.

Y no sirve decir que a este resultado se va con la huelga general, porque huelga es tan sólo cruzarse de brazos, dejar de trabajar, mientras que acción revolucionaria es el uso de los medios violentos para realizar un fin, que en el caso que aludimos es la conquista del Poder político.

En realidad, los partidarios de la huelga general o, por lo menos, el mayor número de ellos, no quieren dicha huelga en el sentido último expresado, como lo prueba el que no preparan los elementos para llegar a ella. Lo que hacen con el pretexto de organizar dicha huelga es procurar que los trabajadores empleen la acción revolucionaria a destiempo, esto es, cuando la mayoría de ellos no tiene pleno conocimiento de sus intereses ni la unión necesaria, ni la organización que tamaña empresa requiere.

Los que en España son partidarios de la huelga general, los anarquistas, ¿qué carácter han dado o pretendido dar a todos los conatos de ella, que han llevado a efecto? El que acabamos de decir. Allí donde dominan, si la huelga empieza por una petición de aumento de sueldo o de rebaja de horas de trabajo, ellos procuran que se desarrolle de modo que resulte un duro choque del cual esperan que brote la chispa que ha de producir la Revolución Social. Y esto no lo acreditan solamente los manifiestos y alocuciones que publican en tales casos, y el querer convertir en huelga general de todos los oficios hasta la parcial de una sola fábrica o de un simple taller, y el oponerse abiertamente a toda transacción y todo arreglo, sino su propaganda constante contra las Cajas de resistencia, contra la acumulación de fondos. Su propósito no es otro que el que los obreros, desesperados por la falta de recursos y porque los patronos se niegan a concederles todo lo que reclaman, acudan a los medios violentos. (...)

A LOS OBREROS DE LAS MINAS

Pablo Iglesias tuvo frecuentes relaciones con los mineros, participando en Congresos y mitines y siendo candidato parlamentario por Oviedo; en 1909, dentro de la conjunción republicano-socialista, con la compañía del catedrático don Adolfo Alvarez Buylla, pero no consiguieron plaza. Cuando Manuel Llaneza fundó el Sindicato Minero Asturiano, que iba a ser uno de los principales baluartes de la UGT, Pablo Iglesias les prestó su colaboración más entusiasta, pues conocía perfectamente las condiciones en que vivían los mineros y sus fuertes inquietudes sindicales, organizándose en el sindicato obrero acaso mejor pertrechado de España. A estos hombres de la mina dedicó la siguiente exhortación, que extraemos de un folleto publicado en 1926 y reimpresso por Andrés Saborit en uno de sus libros:

«¡Queridos compañeros! Vuestra profesión, dura, insalubre y peligrosa en todos los países, lo es más en el nuestro por la forma en que trabajáis y por la escasa inspección que en ella se ejerce. Por lo mismo envejecéis antes de tiempo, sois víctimas de muchas dolencias y os arrancan la vida u os dejan lisiados continuos y terribles accidentes. (...)

Gracias a la organización con que ya contáis, han mejorado algo las condiciones de vuestro trabajo. La jornada es más corta y el salario más alto. Pero aun así, dada la naturaleza de la labor que efectuáis, son muchas las horas que empleáis en ella y muy reducido el salario que percibís. De todos los mineros, sois vosotros, los mineros españoles, quienes obtenéis más baja retribución. Y de los obreros de la industria en España sois vosotros también los que cobráis más corto salario. ¡Y todavía algunos de vuestros explotadores pretenden aumentaros las horas del trabajo o reduciros el jornal con que os retribuyen! ¡Hasta ahí llega la crueldad patronal! (...)

Como habréis podido observar, las mejoras que han alcanzado los trabajadores de los otros oficios débenlas a la organización. A la que vosotros tenéis, debéis también las vuestras. Pero la organización es más o menos fuerte según el número de los individuos que la componen y la disciplina que en ellos exista. Entre vosotros, que sois muchos, que sois una legión formidable (os aproximáis a 100.000, si es que no pasáis de esta cifra), los asociados, los organizados, sois pocos. Así es que vuestra organización no tiene la fuerza que tendría si todos la integraseis. Todos en ella la haríais poderosa, fortísima, y con su poder y su fuerza alcanzaríais de los patronos y de los mismos Gobiernos que las condiciones de vuestro trabajo y de vuestra vida fueran muy distintas de las que son hoy.

Por lo tanto, compañeros, de vuestra voluntad y de vuestra resolución depende el que el malestar que al presente os aflige tenga un gran alivio, como depende también de que despleguéis ambas cualidades el que vuestra orga-

nización sea una de las fuerzas más influyentes para que el proletariado español alcance un día el Poder y acometa la obra de liberar a los esclavizados por el capitalismo.

Uníos, pues, trabajadores de las minas; acudid todos, absolutamente todos, a la organización; fortalecedla con vuestra constancia, vuestra disciplina y vuestra entereza, y no la abandonéis jamás, porque vuestro abandono equivaldría a dejar el campo libre a los que tan inhumanamente os explotan. (...)

Comentaremos brevemente la alocución. Iglesias, que se expresa en tono familiar, esta vez como se habla en la calle y en la mina, acentuando las desdichas, pero sin rodeos, yendo directamente «al toro», repite su confianza en la victoria de la clase trabajadora, lo que no es óbice para comprobar que sitúa la lección en los inicios del sindicalismo minero. De esos mineros que años más tarde y en el país arquetipo del capitalismo, los Estados Unidos, «serán los obreros mejor pagados y atendidos del mundo»,¹⁴ según la frase del enérgico jefe sindical John Lewis. En España no era todavía así. En 1904, en Asturias había 854 mineros afiliados (en tanto que en Madrid eran 6.574 los albañiles); en 1911, ya muy activo el Sindicato Minero Asturiano de Manuel Llanceza, 17.000 en toda España; 30.000 en 1918 y 53.846 en 1920. Es fácil colegir que una parte considerable corresponde a Asturias, puesto que era y es la primera zona minera de España. De los 578 concejales socialistas de 1920, casi cincuenta lo eran de municipios del Principado.

14. «John Lewis quería un aumento de 18'5 centavos por hora, mejorar las medidas de seguridad en las minas y constituir un fondo de enfermedad y asistencia, administrado por el sindicato y financiado mediante un cánon impuesto sobre la producción de carbón. Cuando se rechazaron estas proposiciones, se declaró la huelga y el Gobierno embargó las minas, Lewis entonces, tuvo que negociar con Julius A. Krug, secretario del interior (de Trumann) que concedió casi todo lo que pedía Lewis.» Henry Pelling «El sindicalismo norteamericano».

Con anterioridad Pablo Iglesias reflejó la situación de los trabajadores en los siguientes términos:

COACCIONES PATRONALES

El 99 por 100 de los procesos que se instruyen contra los obreros cuando éstos apelan a la huelga para defender sus salarios u obtener otra mejora, es por delito de coacción. Generalmente, la coacción no existe, pues no puede considerarse como tal el que una sociedad obrera recuerde a algunos de sus asociados el cumplimiento de deberes que voluntariamente han adquirido, o el que unos trabajadores aconsejen a otros que hagan causa común con ellos en el acto de intentar la consecución de un beneficio común.

En cambio, no conocemos caso alguno de que por el mismo delito se haya procesado a uno o más patronos, y eso que éstos no cesan de ejercer coacción con los trabajadores. Si no fuera por el papel que en la sociedad presente desempeña el Estado y todos los cuerpos y organismos que de él dependen —que no es otro ciertamente que el de amparador y sostenedor de los intereses patronales o capitalistas—, no se concebiría el hecho de que sean encausados y condenados por coacción aquellos que carecen casi en absoluto de medios para hacerla efectiva, y no hayan pasado jamás al Juzgado, ni entrado una sola vez en la cárcel por el referido delito los que, no ya por disponer de cuantiosos recursos, sino por su solo carácter de explotadores, de compradores de la fuerza obrera, tienen necesariamente que cometerle.

La coacción por parte del obrero es muy rara porque sobre correr un riesgo personal al realizarla, puede tener por segura la condena de algunos meses de cárcel, por lo menos. El patrono, como pocas veces se encuentra en el primer caso y nunca en el segundo, comete coacciones a diario. Es más, sólo puede vivir cometiéndolas. (...)

¿Se asocian los trabajadores de un oficio, ésto es, quieren hacer uso del derecho de asociación? Pues inmediatamente los patronos los ponen en la alternativa de perder el trabajo o separarse de sus compañeros.

¿Manifiestan sus ideas en la prensa o en las reuniones? Pues se les quita del trabajo y se emprende contra ellos cruzada a fin de que no lo encuentren en otro taller.

¿Muestran actividad y celo por los intereses de su clase, por poner a sus compañeros en condición de mejorar su estado y redimirse? Pues no se les admite en parte alguna y se vomita sobre ellos toda clase de género de calumnias.

Como se ve, las coacciones patronales son muchas y de todas horas, y no reciben el menor castigo, mientras que los obreros, sin cometerlas o por realizar alguna insignificante, son castigados con severidad.

No cabe esperar otra cosa de la justicia burguesa.

Pero hoy, contra estas coacciones y desmanes, contra tan irritantes desacuerdos, se levanta algo que es invencible, que no hay manera de destruir: la solidaridad obrera.

Y ella, dando bríos a los desheredados para hacer frente a las coacciones patronales, se los dará también para suprimir un orden social que descansa en la explotación humana.

«El Socialista. Julio 1890»

He aquí el último artículo escrito por Pablo Iglesias publicado en el diario «La Libertad» el 8 de diciembre de 1925, un día antes de la muerte de su autor:

Una gran parte de la burguesía, apelando a malas armas, se opone a la implantación de la jornada de ocho horas propuestas por la Convención de Washington en el año 1919.

Contra esta importante y trascendental conquista de la clase trabajadora, siempre se han opuesto, y por los mismos malos medios que ahora, casi todos los que se dedican a explotar la fuerza del trabajo.

Como si los obreros fuesen incapaces de tener vida es-

piritual y su existencia se concretase a trabajar para otros y a mal reponer las fuerzas gastadas en dicho trabajo —vida peor aún que la de las bestias—, los patronos manejanaron contra ellos el insulto y se burlaron de ellos al pedir los proletarios por primera vez reducción en las horas de jornada.

¿Pero qué quieren estos vagos?... Dijeron: ¿aspiran a ser señoritos?... A las reclamaciones posteriores de igual naturaleza dijeron algo más. Dijeron esto: ¿Queréis disponer de más tiempo para pasarlo en la taberna? Y cuando se ha pedido la jornada de ocho horas, sin que haya faltado todavía burgueses cínicos que han repetido la fraseología insolente de otros tiempos, la mayoría de los que dieron su negativa o puesto reparos a la petición lo han hecho, dándose aires de convencidos, fundándose en que aquélla perjudicaba el interés general, ya que, según ellos, encarecía los productos.

¿En qué se fundaban los patronos para llamar vagos y señoritos a los obreros que, trabajando 12 horas, 14 y 16 horas, pedían la reducción de ellas? Sólo en su mala intención y en el concepto despectivo que les merecían los proletarios.

¿Con arreglo a qué principio de lógica les han dicho que solicitaban menos horas de trabajo para emplear más en la taberna? No fundándose en ninguno, ya que son los obreros que trabajan jornadas largas y no las efectúan cortas los que visitan más aquéllas, y porque los trabajadores son los que han pedido el cierre de las tabernas, los domingos y el que los días de labor no estén abiertas muchas horas.

Y a estas alturas, al afirmar que la jornada de ocho horas es nociva a la producción, porque encarece ésta y, por tanto, la restringe, ¿se basan en datos incontrovertibles? ¿Lo sostiene haciendo hincapié en informes aplastantes? No. En ellos brilla la vaguedad, la incoherencia y el parcialismo.

En la famosa encuesta acerca de la crisis de la produc-

ción efectuada por la Oficina Internacional del Trabajo se reconoce que, lejos de perjudicar la jornada de ocho horas al desarrollo industrial, lo favorece. Lo mismo que consigna en declaraciones hechas por técnicos de gran autoridad y hasta por proletarios de fábrica. Pero ¿qué más? Son muchas las empresas y los establecimientos que tienen implantada la jornada de ocho horas. ¿Vivirían éstos, no se habrían hundido si dicha jornada perjudicase a la producción? Organícese ésta bien, haya buen herramental; suprimanse los sueldos dispendiosos o innecesarios y no habrá necesidad de emplear en el trabajo jornadas fatigosas para obtener los productos necesarios.

Además, toda jornada moderada, librando al obrero de los efectos de la fatiga diaria, da a su trabajo en todo momento una intensidad de la que carece cuando realiza jornada larga.

Pero todo esto, para muchísimos patronos nada dice; como nada dice tampoco que obreros bien alimentados realizan una producción mayor que obreros hambrientos, siendo preferible, por lo mismo, abonar salarios altos. (La consigna primordial del sindicalismo norteamericano en la primera época de Samuel Gompers era «buen jornal para buena jornada», reivindicación importante en los inicios del sindicalismo, como lo demuestra la admonición de Iglesias, pero después desfasada tras la búsqueda de otras conquistas sociales, Pablo Iglesias insistía:)

El ideal de tales patronos es la jornada larga y el salario corto. Su ciega codicia, su avaricia sin límites, les hace acariciar esos propósitos y a derechas o a tuestas procuran conseguirlos. Mas ni el uno ni el otro lograrán. Es cierto que aún hay salarios de hambre, que hay tipógrafos que ganan jornales de 3, 3,50 y 4 pesetas; mineros que perciben 5, 4 y hasta 3 pesetas por su penoso y duro trabajo, y obreros agrícolas, muchos obreros agrícolas, que, a más del sustento, cobran por la jornada 1,50 pesetas. Pero estos mezquinos salarios, aunque a costa de esfuerzos, se elevarán.

Y no sólo pasará eso, sino que se establecerá el salario mínimo, o sea, aquel que permita a los trabajadores cubrir sus más indispensables necesidades.

¿La jornada de ocho horas?... Ya pueden hacer contra ella lo que quieran los muchos explotadores que se niegan a admitirla y que consideran como cuestión de amor propio hacer trabajar a los obreros las horas que a ellos les parezca.

Podrán prevalerse de la inconsciencia de no pocos proletarios para que éstos les ayuden en sus campañas de rebeldía contra la jornada de ocho horas.

Podrán igualmente sacar partido para el cumplimiento de dicha jornada de la desorganización de los trabajadores.

Podrán asimismo combinar su enemiga contra la ley de ocho horas con la apatía que en el cumplimiento de ella misma muestran ciertas autoridades.

Pero todo ello irá abajo por la tenacidad que mostrarán los trabajadores organizados política y profesionalmente, en que rija, en que sea un hecho en todas partes la jornada de ocho horas.

El «proyecto de convenio» acerca de este particular, que fue aprobado en Washington y que ya ha sido ratificado en varios países, será ratificado en los demás.

La inspección en las fábricas, talleres y demás sitios de trabajo donde la ley rija, se ejercerá con toda severidad.

El estado de ánimo de ciertos obreros no permitirá, como hoy, que la ley pueda ser burlada, ni la falta de organización de los obreros que favorezca su incumplimiento.

Toda la acción de los asalariados, así la económica como la política, se pondrá en juego para que en todas las industrias, salvo en las que no se presten para ello, la jornada máxima de trabajo no exceda de las ocho horas.

Y los asalariados vencerán.

Y como en esto, en todo.

El ideario de los proletarios está dictado por la razón e inspirado por la justicia, y hagan lo que hagan sus enemigos, vencerán como vienen venciendo desde que los oprimidos han adquirido conciencia bastante de su valor y de su fuerza.

IV

VIOLENCIA, TERRORISMO, ANTICLERICALISMO, FRATERNIDAD INTERNACIONAL

Sabemos que la obra de Pablo Iglesias dista mucho de estar debidamente clasificada, sistematizada, ordenada, acaso por los largos años de olvido o clausuración a que ha sido sometida.¹⁵ Nuestro empeño consecuentemente es menos ambicioso, casi a ras de suelo, recogiendo frases de un inmenso repertorio, en el que predomina un color, pero con matices, como en las obras artísticas clásicas. Tal es el sentido clasificativo de este capítulo, caleidoscópico más que formal en la estructura, unas páginas de silva lección sin un norte temático determinado.

Lo empezamos por el terrorismo y la violencia, con imágenes suministradas en dosis sucesivas, no en un trabajo orgánico.

«Cuatro trabajadores han sido inmolados en Jerez a la barbarie capitalista... Al lanzar nuestra maldición contra un régimen cuya principal garantía es el verdugo, firmes

15. V. «Diálogo para otra España» de Carlos Rojas, Ariel 1966, Barcelona, «El Abuelo (Pablo Iglesias) y la Institución Libre de Enseñanza, que tantos fervores y enemigos despertaron, son hoy historia, infrahistoria».

en la virtualidad de nuestras doctrinas, sin desmayar en la defensa de las mismas —antes al contrario, hoy con mayor fe que nunca—, hemos de redoblar nuestro esfuerzo para apartar a los trabajadores de senderos equivocados, que, lejos de conducirlos a la meta de las aspiraciones, los llevan inermes a las garras de la bestia capitalista.

Respondiendo a la barbarie con la barbarie sólo se logra crear un estado anormal en que el razonamiento tranquilo es sustituido por la violencia y el encono.

Enemigos de los anarquistas, tanto de los puramente teóricos como de los dinamiteros o terroristas, que con sus actos más que a nadie dañan a la clase obrera, hemos combatido con todos ellos a menudo y condenado muy duramente el odioso proceder de los últimos; pero ni aun para éstos podemos pedir que se les trate como a fieras —porque eso es pura barbarie—, sino que se les aplique la ley cuando delinquen como a todos los que cometen crímenes, ni para los otros aceptar la tremenda persecución de que se les quiere hacer objeto. Condenamos los crímenes de abajo, tanto como los de arriba, aunque algunas veces los primeros sean corolarios de los segundos. (...)

Opino que, ya que lo ocurrido en el proceso de Montjuic¹⁶ no es un caso aislado, sino, aunque más horrible que otros, uno de los muchos que constituyen el bárbaro sistema empleado en nuestro país para arrancar declaraciones o castigar a culpables, o supuestos culpables, que la campaña emprendida debe tener por objeto, a la vez que la revisión del susodicho proceso, la desaparición del mencionado sistema, en «vigor hoy en España».

Lo sucedido (*el hundimiento del tercer depósito de aguas de Lozoya, en Madrid, con cerca de cuarenta muertos*) merece un escarmiento ejemplar, pero la clase trabajadora no tiene aún conciencia ni fuerza para imponerlo... Yo os pido que el dolor que os embarga y el sentimiento de venganza que os domina los convirtáis en voluntad y

16. El enérgico artículo de Pablo Iglesias en «Vida Nueva».

energía para trabajar por vuestra organización y mejora hasta que llegue el día en que se arranque de cuajo la causa de tantos males y dolores... Sabemos bien que la justicia burguesa es tan bondadosa con los poderosos que delinquen como inflexible y dura con los pobres que tropiezan en el Código Penal, siquiera sea por leves faltas. Estos fallos entrañan desprecio y crueldad hacia la clase trabajadora.

Las bombas arrojadas en París contra el Rey de España no sólo no han producido el efecto que sus autores se proponían, sino que han causado víctimas en personas ajenas a las injusticias que por modo tan absurdo pretenden estos desequilibrados vengar. La clase obrera va adquiriendo capacidad, y con ello el convencimiento de que la emancipación no ha de ser obra de locura, sino de sensatez; no de arrebato, sino de cálculo.

Cuando se nos ha tachado de gubernamentales y se nos ha criticado por vivir dentro de la ley hemos dicho que mientras no tuviéramos fuerza para vencer revolucionariamente y se nos permitiera vivir en la legalidad, de la legalidad nos serviríamos para educar y organizar a nuestros compañeros de trabajo. Mas si ahora nos cerráis este camino, ni nos amilanaremos ni nos cruzaremos de brazos; iremos por el otro, seremos terroristas, y estad seguros de que lo seremos de verdad, de que daremos la cara.

No he tratado de injuriar a la Guardia Civil ni a ninguno de sus individuos, sino de criticar a los individuos de ese Cuerpo, que, faltando a la ley, cometen atropellos con los ciudadanos... No pediré jamás gracia al enemigo (*al Gobierno que le había condenado por defender a los trabajadores andaluces, en un caso de severidad extrema por parte de las fuerzas de la autoridad*), y ni aun concedida sin pedirla la recibiré de buen grado. Estoy cumpliendo condena por haber juzgado, como creí en justicia que debía juzgar un atropello cometido por una pareja de la Guardia Civil, y me hallo dispuesto a hacer lo mismo en cuanto conozca un caso igual. No soy hombre que odie

a nadie; pero creo que hay que luchar con firmeza, cueste lo que cueste, para desterrar bárbaras costumbres y para acabar con escándalos que nos deshonran, y de cuyas costumbres y escándalos son víctimas en primer término los trabajadores... Es mi convicción que la censura de estos actos, en vez de constituir un delito, como ha conceptualizado el Poder judicial al encarcelarme, es en todo ciudadano un deber tanto más imperioso de ejercitar cuanto que, en el caso a que se refería mi crítica, se aludía a los abusos de los agentes de la autoridad para con los trabajadores. (...)

La minoría socialista se retira de este salón (*del Ayuntamiento de Madrid, donde en 1909 era concejal con Largo Caballero*) en protesta contra la conducta vengativa, sanguinaria y criminal que el Gobierno observa en Cataluña con motivo de los sucesos ocurridos... Y si por ausentarnos se nos apercibe o suspende, no nos importa, que es altamente honroso ser castigado por los que nos desprecian ante el mundo civilizado.

La violencia, por sí sola, no resolvió nunca nada; es cosa adjetiva. En España es esencialmente reaccionaria, lo mismo si la ejercen los Gobiernos que si la practica el anarquismo. La fórmula salvadora es libertad y justicia. No hay otra. Mas, entre tanto, formulamos ante la clase trabajadora y el país nuestra protesta viva y angustiosa, aún más ardua y desesperada que lo hizo la representación del Partido Socialista en las Cortes, porque en estos días se fraguan maquinaciones siniestras en Barcelona y Mahón contra hombres a quienes ahora se guarda en los calabozos, sí, pero a los que se nos asegura se les echará para que puedan caer bajo la acción de la banda de pistoleros irresponsables. (*Nota redactada en el domicilio de Pablo Iglesias por las Comisiones Ejecutivas del PSOE y UGT, en 1921, ante el terrorismo desencadenado en Cataluña, en este caso terrorismo oficial.*)

Yo tengo que decir aquí, por mi representación, que personalmente he condenado siempre la propaganda por el hecho. Yo he explicado mi manera de expresarme aquí

(en el Congreso de Diputados, en 1912, respondiendo a las acusaciones de que había sido el inductor del asesinato de Canalejas) respecto de determinados actos, y si no han satisfecho mis explicaciones, lo siento; pero de eso a suponer que yo he predicado contra la vida de Canalejas, como vosotros queréis decir... Y a vosotros, los conservadores, los que os encaráis conmigo, os pregunto: ¿Y qué razón tenéis para hablarme a mí de eso cuando durante una semana habéis estado excitando contra mí, por medio de vuestros órganos, lo que a mí me atribuíis? Vosotros, los instruidos, los cultos, los serenos, los conservadores, ¿qué derecho tenéis a pedir calma a un socialista, a un hombre avanzado, de apasionamiento político, cuando habéis estado azuzando a vuestros elementos durante la semana última contra mi persona?... Y por si estimáis que debe servir para algo la voz de un adversario leal y que debéis atenderla, sabed que no debéis seguir por este camino. Son palabras dichas lealmente y que repetiré por estimarlas razonables; no sigáis por este camino, que es sumamente peligroso... Mientras se pueda reclamar contra la autoridad arbitraria; mientras se pueda corregir las transgresiones; mientras se puedan evitar los atropellos, aunque se haya sufrido, pero reclamando al fin, me parece que no es conveniente acudir a ese procedimiento; pero si hay un tirano; si hay un hombre que no respeta las leyes, sino que falta a ellas, que las pisotea, que se vale de la fuerza de la nación para dañar los intereses de la misma y hasta para sacrificarlos, para sacrificar a los ciudadanos que no encuentran tribunales donde acudir, entonces encuentro legítimo el atentado. *(El último párrafo fue pronunciado con anterioridad al asesinato de Canalejas, con motivo de los sucesos de agosto de 1909, contestando al señor La Cierva, y fueron estas palabras las que indujeron a los monárquicos y conservadores a considerar a Iglesias como inductor del atentado contra Canalejas, suposición absurda, como se comprobó después.)* Ver capítulo de los discursos parlamentarios.

En España se puede hacer todo teniendo buenos amigos políticos: Mata al rey y vete a Murcia, dice una frase popular, y es verdad; verdad también que las Audiencias están perfectamente dispuestas para que ganen los pleitos unos cuantos caciques políticos; verdad asimismo que se arreglan las Salas del Supremo para que personajes políticos, por sí o por medio de representantes suyos, beneficien sus intereses ofendiendo a la justicia. Por fútiles pretextos hay procesadas hoy gran número de sociedades obreras, cuya vida se halla suspensa; por cosas en realidad pequeñas, hay infelices en la cárcel que son cien mil veces más honrados que muchos de los que figuran en política, más honrados que los que visten levita, van a los Consejos de la Corona o a otros Consejos, y a todas horas hablan de moral y rectitud, cuando por su modo de proceder deberían ser arrastrados por las calles de Madrid. Después de la actitud observada por el Gobierno ante las denuncias del señor Gasset, las cárceles y los presidios deberían ser abiertos.

NUESTRA VENGANZA

Los constantes progresos que hace el Socialismo anuncian que se acerca la hora de vengar a los que, por proclamar la Comuna para dar comienzo a la era de la emancipación del trabajo, fueron inicua y bárbaramente asesinados y perseguidos.

¿Cuál será esa venganza? En modo alguno la que obedece a móviles personales o a sentimientos mezquinos. Si así vengásemos a los hombres de la Comuna, a individuos tan rectos y generosos como Delescluze, Varlin, Rigault, Ferri y tantos otros, no seríamos dignos de ellos. Menos lo seríamos aún de los ideales socialistas, hermosos, grandes y justos cual ninguno. Estos ideales nos exigen que cuanto hagamos por ellos lleve el sello de su bondad y de su grandeza.

Nuestra venganza, pues, el día que conquistemos el poder político, lejos de tender a quitar la vida a aquellos hombres que hayan odiado a la Comuna y a sus valientes defensores, debe concretarse:

A destruir todas las instituciones actuales, desde la clerical hasta la militar. A transformar todos los medios de producción y de cambio, y las primeras materias en propiedad común o de todos. Y a organizar el nuevo régimen social sobre la base de la solidaridad entre cuantos seres humanos pueblan la tierra.

Los que lucharon y dieron su vida por la Comuna, ¿no querían suprimir los restos del oscurantismo y abolir el poder del sable? ¿No querían igualmente garantizar a todos los ciudadanos el derecho a la vida? ¿No pretendían asimismo establecer la paz y la armonía entre todos los hombres? Pues la venganza indicada realizando todo eso es la que da satisfacción más cumplida a su deseo.

Tengamos en cuenta, además, para convencernos de que ésa es la venganza que nos corresponde tomar, que el odio personal, el aborrecimiento a los individuos, es un acicate muy pequeño para trabajar por una idea grande, mientras que el odio a las instituciones, la guerra a los principios caducos o falsos, da un temple y una grandeza de alma a los combatientes, que ni los sacrificios, ni las persecuciones, ni los martirios, ni la misma pena de muerte logran abatir, y hombres de esta condición y de estos bríos son los que necesita para triunfar la causa del pueblo trabajador.

(Comentario publicado en el semanario ovetense «La Aurora Social», en 1901, y reproducido por Andrés Saborit en su libro «Asturias y sus hombres».)

ANTICLERICALISMO Y SOCIALISMO

Víctor Manuel Arbeloa en sus libros sobre «La Iglesia en España» y «Socialismo y anticlericalismo» inserta una

declaración de Pablo Iglesias publicada en la revista de París «Le mouvement socialiste» en 1902 (ó 1903). Se trataba de una encuesta sobre el enunciado segundo, a la que respondieron Eduardo Berstein, August Bebel, Karl Kaustky, Rosa Luxemburgo, Vandervelde, Paul Lafargue... Pablo Iglesias se manifestó así:

«Yo creo que para un verdadero socialista el enemigo principal no es el clericalismo, sino el capitalismo, que en los presentes momentos históricos aparece esclavizando todos los pueblos.

Esto no obsta para que los socialistas hagan todo lo que puedan contra la preponderancia del clericalismo, que ha venido a ser, más o menos voluntariamente según los países, un poderoso auxiliar de las clases explotadoras.

Pero en esta lucha, los obreros no deben cifrar muchas esperanzas en el anticlericalismo de los elementos burgueses, los cuales, a pesar de la profusión de palabras gruesas que emplean contra la Iglesia, no la combaten más que cuando tienden a ejercer una preponderancia exclusiva o participar del Poder juntamente con los dueños de la producción; mas cuando la Iglesia se limita a tener como misión única la defensa del orden capitalista, la sostienen y hasta se alían con ella.

El clericalismo no puede ser herido de muerte en plena sociedad capitalista. Al igual que el militarismo y las demás instituciones que coexisten con el régimen del salario, el clericalismo no desaparecerá hasta que el Proletariado se poseione por completo del Poder.

Excitar al proletariado a que dirija su actividad y su energía contra los clericales antes que contra los patronos es el error más grave de que pueden ser víctimas, porque aspiran a terminar con la explotación humana.»

En efecto, el clericalismo y el anticlericalismo surge frecuentemente en el pensamiento del líder obrero español. Era partidario del laicismo y que la Iglesia, una vez separada del Estado, se valiese de sus propios medios, de la ayuda directa que le prestasen los creyentes. El socialismo

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

República Santa, 18, 2.^o
MADRID

11 de agosto de 1901.

Querido amigo Tuto:

Le agradeceré muchísimo examina el adjunto escrito y se tome la molestia de responder a los puntos que abarca.

El individuo a quien interesa la respuesta es ^{un} bello sujeto y correligionario, aunque no lo sea hoy, y acaso por su posición, ha figurado en el número de los amigos.

Veo con mucho gusto que el Partido crece ahí, a pesar de la oposición que le hace la familia úcrata.

Lo que seguimos progresando, lentamente en cuanto a puntos, bastante de prisa en la opinión. Se nos mira hoy de muy distinta manera que se nos miraba hace algunos años.

Por su parte, que ha coincidido con el proceso de Montjuich y con la situación más liberal para ellos, de los últimos Sobresijos, nos dan bastante que hacer. Sin embargo, ni destruirán nuestra obra, ni nos impedirán avanzar.

Afectos a los amigos.

Tuyo y de la causa socialista

Pablo Iglesias

Pablo Iglesias sigue los pequeños detalles de la vida del Partido a través de su correspondencia. "Veó con sumo gusto que el Partido crece... a pesar de la polilla ácrata", escribe a un amigo de Irún (31-8-1901).

anticlericalista era pernicioso para la clase obrera tanto como el clericalismo de la derecha, que había gobernado España durante siglos, bien directamente o por conducto de personas y de entidades interpuestas; pero tampoco escapaba de su mente el clericalismo izquierdista... El clericalismo y el anticlericalismo a la derecha y a la izquierda, había que herirle de muerte con la victoria del proletariado. Así se deduce de sus exhortaciones.

Las palabras que transcribe mi amigo Víctor Manuel Arbeloa condensan debidamente el sentimiento de Pablo Iglesias sobre la Iglesia y la sociedad proletaria. En este aspecto el líder obrero es ambivalente, como si el Iglesias joven y el Iglesias maduro pudieran constituir una simbiosis. Dieciseis años antes, en 1887, en dos artículos seguidos que publicó en «El Socialista» y que se incluyen en su libro de obras completas («El reformismo social y la lucha de clases», con prólogo de su ahijado Meliá, de Ediciones Leviatán e impresa en los talleres de Rivadeneyra, en los años 20, después de su muerte, arremete firmemente contra la política de la Iglesia, que, asegura, es el medio de que se ha servido el capitalismo para esclavizar a los trabajadores. Enumerando la connivencia del Vaticano con los grandes magnates internacionales del capitalismo y las encíclicas papales contra el socialismo, que se han promulgado o que se van a promulgar, Pablo Iglesias sentencia:

La Iglesia es el centinela avanzado de la burguesía. Pero ni los anatemas de los curas, ni las sentencias de los magistrados, ni el empleo de los fusiles y cañones pueden detener la marcha ascendente del socialismo.

Se puede advertir en todo eso una fase contradictoria en este asunto de tanta trascendencia, producto más bien de las mutaciones que empezaba ya a experimentar la Iglesia; también a la reflexión y la madurez que ha adquirido el dirigente obrero, como el Marx joven no es exactamente igual que el Marx viejo. La Iglesia de 1903 es la misma que la de 1887, pero ha cambiado algo en cuanto a la forma

de ver los problemas de la clase trabajadora. Pablo Iglesias atacó duramente la política de la Iglesia.

En el programa mínimo del Partido consta como anhelo a realizar la enseñanza integral y laica y la separación de la Iglesia del Estado y confiscación de sus bienes. Pero el enemigo principal no es el clericalismo, sino el capitalismo, que en los presentes momentos históricos aparece para esclavizar a los pueblos.

LAS DICTADURAS

El problema más serio que tiene que afrontar Pablo Iglesias dentro de la organización política fundada por él se produce en 1921, cuando se celebra el Congreso extraordinario del PSOE para discutir, entre otras cuestiones, las 21 condiciones recomendadas por el Estado Soviético surgido de la revolución rusa de 1917. Ese es el Congreso conocido por el de la Escisión, puesto que es entonces cuando aparecen los «terceristas» partidarios de abandonar la II Internacional Socialista, bastante desprestigiada, e integrarse en la nueva Internacional bajo dominio del Partido Comunista de Rusia o Unión Soviética. Como en Francia y en otros países, este Congreso gravemente circunstanciado provocará la división del socialismo español y la creación del partido comunista por los desidentes en este caso Oscar Pérez Solís, Facundo Perezaguas, Virginia González, García Cortés, Torralba Beci, etc., cuya primera comisión organizadora está constituida por Virginia González, Antonio García Quejido, Daniel Anguiano, Torralba Beci, Núñez de Arenas, Luis Mancebo y Evaristo Gil. El resultado de la votación fue el siguiente:

Contra las 21 condiciones de Moscú ...	8.858
En favor	6.094
Abstenciones	205

(En el anterior Congreso de la UGT, en 1920, se obtuvo un resultado más holgado: favorables a la Internacional Sindical de Amsterdam, 110.902; amigos de la Internacional Comunista, 17.919.)

Casi la totalidad de los hombres de mayor prestigio del PSOE (y UGT) como Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Largo Caballero, Andrés Saborit, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Trifón Gómez, Araquistain, entre otros, se mantuvieron en la línea clasista del socialismo democrático, aun reconociendo la trascendencia de la revolución rusa y apoyándola en algunos aspectos. De Pablo Iglesias es el artículo publicado por aquellas fechas en «El Socialista», con el título «El fin de las 21 condiciones»:

«Para los hombres de Moscú, cuantos socialistas no consagran su inteligencia y actividad únicamente a preparar u organizar la acción violenta a fin de acabar con el poder burgués, son reformistas y merecedores como tales de ser combatidos sañudamente. Los obreros de todos los países no deben, según dichos hombres, dedicar una parte de su actividad a mejorar lo que sea posible su condición, a elevar lo que puedan su nivel intelectual, sino consagrarse única y exclusivamente a la acción insurreccional contra los explotadores. Esto o mucho nos equivocamos, o es cosa parecida al «todo o nada» de los anarquistas, en frente de lo cual han estado siempre, no ya los socialistas españoles, sino de todos los países... Si el fin de las 21 condiciones es, según se desprende de lo expuesto, cerrar las puertas de la III Internacional a todos los reformistas y combatirlos como cómplices o auxiliares de la burguesía, ¿las votarán los socialistas españoles no obstante ser juzgados tan dura como injustamente para poder franquear dichas puertas? Mucho lo dudamos. Mas si eso hicieran, acreditarían, por lo menos, que no se sentían lastimados al ver negada su fidelidad al Socialismo.»

Esta opinión de Pablo Iglesias se halla encajada en las circunstancias excepcionales de aquella efemérides del movimiento obrero español, por lo cual nos permitirán

interpolando algunas notas y observaciones ajenas para situar la acción en el tiempo que se desarrolló. Con este fin reproducimos los 21 Puntos de Moscú, la interpretación de Fernando de los Ríos, de Besteiro y la famosa carta de Pablo Iglesias a los delegados que asistían al Congreso que sería de la escisión. Estos documentos han sido recogidos de un boletín de la Agrupación Socialista de México.

Los que fracasaron, recuerda Andrés Saborit, esto es, Núñez de Arenas, creador de la Escuela Nueva; Ramón Lamonedá, Pérez Solís, Isidoro Acevedo, etc., presentaron en 1921 una candidatura socialista independiente, frente a la oficial de Pablo Iglesias, Besteiro, Saborit, De los Ríos y Cordero, que fue la que el electorado madrileño eligió para ocupar los correspondientes escaños en las Cortes, superando a las candidaturas republicanas, monárquicas, reaccionarias y neosocialistas.

Por cierto que Núñez Arenas, que si bien era un socialista instruido y con obra cuantiosa en el campo socialista, ha suscitado grandes controversias en cuanto a su proceder. Vamos a confrontar dos interpretaciones contradictorias, una de un protagonista de los hechos y otra de un historiador. Escribe Saborit (*op. cit.*, pág. 67): «¿Qué era la Escuela Nueva? Como casi siempre suele acontecer, la Escuela Nueva era un hombre, y el hombre se llamaba Manuel Núñez de Arenas, venido a nuestras filas a los pocos meses de inaugurarse la Casa del Pueblo, al socaire de la agitación política inherente al triunfo por Madrid del primer diputado socialista español, en la candidatura de la Conjunción republicano-socialista. ¿Fue Núñez de Arenas instrumento de los jesuitas en nuestras filas? Imposible probarlo, pero sus actuaciones parecían sospechosas. ¿Reunía cualidades intelectuales especiales? Su cultura era superficial y su aspecto de hombre elegante, agradable en su primera impresión; pero su conversación derivaba rápidamente hacia la crítica personal rayana en la maledicencia. (Hay misterios en la confusa actividad de aquel sospechoso personaje, primero fabiano, después co-

munista.) A Núñez de Arenas le interesaba crearse un grupo que hostilizara a Pablo Iglesias, Caballero y Besteiro (polemizó ácidamente con Pablo Iglesias). Donde más se sintió la influencia de aquel hombre fue entre los jóvenes socialistas —que votaron por las 21 condiciones de Moscú—, y en este ambiente de intrigas y rivalidades personales apareció Besteiro, con el que Núñez de Arenas fracasó al intentar enrolarle en su bando para utilizarle contra Iglesias.»

Por su parte, Tuñón de Lara (*op. cit.*, págs. 735-36), en nota al pie de página, después de situar a Iglesias, con acierto, entre los adversarios de los maximalistas rusos y españoles: «Conviene poner en claro la trayectoria de Manuel Núñez de Arenas, sobre la que se han vertido en letras de molde algunas inexactitudes y hasta calumnia. Exiliado en Francia en 1933, fue nombrado por el Estado Francés lector de la Universidad de Burdeos. Catedrático de francés en Alicante en 1931, colaboró activamente a la proclamación de la república. Sin militar en ningún partido, guarda sus convicciones y amistades de quince años atrás. Muere en París en 1951, siendo profesor de Universidades francesas; a su entierro asisten representaciones del PC, de la UGT... Una estrecha amistad con él, primero por razones de familia, luego profesionales...»

Esto viene a decir el señor Tuñón de Lara, si bien nos permitimos poner en tela de juicio que pudiera haber coincidencia entre Núñez de Arenas y el ferroviario pablista Trifón Gómez, que dirigía la UGT en el exilio en 1951, tiempo, no lo olvidemos, de la guerra fría entre la libertad y el totalitarismo. Además, Pablo Iglesias no colaboró en la revista radicalizante «La Internacional» de Núñez de Arenas.

No obstante, Escuela Nueva fue una creación suya, meritísima en el orden de la cultura. Allí se pronunciaron grandes conferencias como «La verdad social y la acción», por Jaime Vera; «Los orígenes del socialismo moderno», de Fernando de los Ríos; «Saint-Simón», por Adolfo Buy-

lla; «Robert Owen», de Ramón Jaén; «Proudhon», por Leopoldo Alas; «Luis Blanc y su tiempo», por Julián Besteiro; «Fourier», por Leopoldo Palacios; «Lassalle», por José Ortega y Gasset; «Marx», por Francisco Bernís; «El Partido Socialista Español», por Antonio García Quejido, editados en forma de folletos. Según Saborit, Núñez de Arenas también invitó, entre otras personalidades derechistas, a D. Eduardo Dato, primer ministro, pero Besteiro se opuso, previa consulta con Pablo Iglesias, y no pudo hablar.

LOS VEINTIÚN PUNTOS DE LENIN

Los 21 puntos de Lenin dados a conocer en julio de 1920 y que Pablo Iglesias había de rechazar, no la revolución rusa en sí misma, son los siguientes:

«El I Congreso (constituyente) de la Internacional Comunista no fijó condiciones exactas para el ingreso de los diferentes partidos en la III Internacional. Cuando fue convocado el I Congreso, en la mayoría de los países sólo existían tendencias y grupos comunistas. El II Congreso mundial de la Internacional Comunista se reúne en otras condiciones. Actualmente, en la mayoría de los países no sólo existen ya corrientes y tendencias comunistas, sino también partidos y organizaciones comunistas.

En la actualidad se dirigen cada vez con más frecuencia a la Internacional Comunista partidos y grupos que hasta hace poco pertenecían a la II Internacional y que ahora desean ingresar en la III Internacional, pero que de hecho no son comunistas. La II Internacional está definitivamente descalabrada. Los partidos y grupos intermedios del «centro», ante el completo desquiciamiento de la II Internacional, tratan de unirse a la Internacional Comunista, más fuerte cada día, con la esperanza de mantener, sin embargo, una «autonomía» que les permita aplicar la anterior política oportunista o «centrista»; la Internacional

Comunista se está poniendo, hasta cierto punto, de moda.

El deseo de algunos grupos dirigentes del «centro» de ingresar ahora en la III Internacional es una confirmación indirecta de que la Internacional Comunista se ha granjeado las simpatías de la inmensa mayoría de los obreros conscientes de todo el mundo y se convierte en una fuerza cada día mayor.

En determinadas circunstancias, la Internacional Comunista puede verse amenazada del peligro de debilitarse por la presencia en *su seno de grupos vacilantes e indecisos que no han desechado aún la ideología de la II Internacional.*

Además, en algunos partidos importantes (Italia, Suecia), en los que la mayoría mantiene el punto de vista del comunismo, queda hasta ahora una considerable ala reformista y social-pacifista, que sólo espera el momento de volver a levantar la cabeza, de iniciar el sabotaje activo de la revolución proletaria y de ayudar así a la burguesía y a la II Internacional.

Ningún comunista debe olvidar las enseñanzas de la República Soviética Húngara. La unificación de los comunistas húngaros con los reformistas costó cara al proletariado húngaro.

En vista de esto el II Congreso Mundial estima necesario establecer condiciones completamente exactas para el ingreso de nuevos partidos, así como señalar las obligaciones que incumben a los partidos que ya han sido admitidos en la Internacional Comunista.

El II Congreso de la Internacional Comunista acuerda las siguientes condiciones para el ingreso en la misma:

1. *La propaganda y la agitación cotidianas deben tener un verdadero carácter comunista.* Todos los órganos de prensa que se hallan en manos del Partido deben ser redactados por comunistas seguros, que hayan demostrado su fidelidad a la causa de la revolución proletaria. Sobre la dictadura del proletariado no hay que hablar simplemente como si se tratase de una forma usual y aprendida

de memoria; es preciso propagarla de tal manera que su necesidad se desprenda para cada obrero, obrera, soldado y campesino de los hechos de la vida, sistemáticamente señalados por nuestra prensa día tras día. *En las páginas de los periódicos, las asambleas populares, en los sindicatos, en las cooperativas, donde quiera que tengan acceso los partidarios de la III Internacional, es necesario estigmatizar de manera constante e implacable, no sólo a la burguesía, sino a sus auxiliares, a los reformistas de todos los matices.*

2. Cada una de las organizaciones que deseen pertenecer a la Internacional Comunista, está obligada a *expulsar de manera regular y sistemática de todos los puestos de responsabilidad en el movimiento obrero (organizaciones del partido, redacciones, sindicatos, minorías parlamentarias, cooperativas, municipios, etc...) a los reformistas y partidarios del «centro» y sustituirlos por comunistas seguros, sin desconcertarse porque a veces haya que reemplazar de momento a dirigentes «expertos» por obreros de filas.*

3. En todos los países donde los comunistas, a consecuencia del estado de sitio o de las leyes de excepción, no pueden realizar su labor legalmente, es necesario en absoluto combinar el trabajo legal y el clandestino. La lucha de clases en casi todos los países de Europa y América entra en la fase de la guerra civil. En tales condiciones, los comunistas no pueden tener confianza en la legalidad burguesa. Están obligados a crear en todas partes un aparato ilegal, paralelo, que en el momento decisivo pueda ayudar al Partido a cumplir su deber ante la revolución.

4. Son necesarias una propaganda y una agitación persistentes y sistemáticas entre las tropas y la formación de células comunistas en cada unidad. Los comunistas deberán realizar este trabajo en gran parte ilegalmente, pero renunciar a hacerlo equivaldría a cometer una traición contra el deber revolucionario y sería incompatible con la pertenencia a la III Internacional.

5. Es imprescindible una agitación regular y sistemática en el campo. La clase obrera no puede consolidar su victoria sin contar por lo menos con una parte de los braceros agrícolas y campesinos pobres y sin neutralizar en su política a una parte del resto de los campesinos. La labor de los comunistas en el campo adquiere en la época actual una importancia de primer orden. Es necesario efectuarla, principalmente, a través de los obreros comunistas revolucionarios que tengan contacto con el campo. Renunciar a esta labor o dejarla en manos de semirreformistas poco seguros es lo mismo que renunciar a la revolución proletaria.

6. *Cada uno de los partidos que desee pertenecer a la III Internacional tiene la obligación de desenmascarar no sólo el socialpatriotismo descarado, sino también la falsedad y la hipocresía del socialpacifismo; demostrar sistemáticamente a los obreros que sin el derrocamiento revolucionario del capitalismo, cualesquiera que sean los tribunales internacionales de arbitraje, las conversaciones sobre la reducción de los armamentos y la reorganización «democrática» de la Sociedad de las Naciones no salvarán a la humanidad de nuevas guerras imperialistas.*

7. Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista están obligados a reconocer la *necesidad de una ruptura total y absoluta con el reformismo y con la política del «centro»* y a propagar esta ruptura en los círculos más amplios del Partido. Sin esto, es imposible una política comunista consecuente.

La Internacional Comunista exige de manera incondicional y terminante llevar a cabo esta ruptura en el plazo más corto. La Internacional Comunista no puede consentir que reformistas moderados, como por ejemplo Turati, Modigliani y otros, tengan derecho a considerarse miembros de la III Internacional. Esto llevaría a que la III Internacional se pareciese mucho a la fenecida II Internacional.

8. En la cuestión de las colonias y de las nacionalidades oprimidas es necesaria una línea singularmente

precisa y clara de los partidos de aquellos países cuya burguesía domina a dichas colonias y oprime a otras naciones. Cada uno de los partidos que deseen pertenecer a la III Internacional tiene el deber de desenmascarar sin piedad los subterfugios de «sus» imperialistas en las colonias, de apoyar de hecho, y no de palabra, todo movimiento de liberación en las colonias, de exigir que salgan de estas colonias sus imperialistas, de educar a los obreros de su país en un espíritu de verdadera fraternidad hacia los trabajadores de las colonias y nacionalidades oprimidas y de llevar a cabo una agitación sistemáticamente entre sus tropas contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9. Cada uno de los partidos que desee pertenecer a la Internacional Comunista tiene la *obligación de realizar una labor comunista sistemática e insistente dentro de los sindicatos, de las cooperativas y de otras organizaciones obreras de masas. En el seno de los sindicatos es necesario formar células comunistas, que mediante un trabajo prolongado y tesonero deben conquistar dichas organizaciones para la causa del comunismo.* Estas células tienen el deber de desenmascarar en toda su labor cotidiana la traición de los socialpatriotas y la vacilación del «centro». Estas células comunistas deben estar completamente subordinadas al conjunto del Partido.

10. Los partidos que pertenezcan a la Internacional Comunista tienen el deber de luchar tenazmente contra la «Internacional» de Amsterdam de sindicatos amarillos. Deben propagar insistentemente entre los obreros organizados en los sindicatos la necesidad de romper con la Internacional amarilla de Amsterdam. Deben apoyar por todos los medios la naciente organización internacional de sindicatos rojos, adheridos a la Internacional Comunista.

11. Los partidos que deseen pertenecer a la III Internacional tienen el deber de revisar la composición de sus minorías parlamentarias, alejar de ellas a los elementos inseguros, subordinar estas minorías de hecho y no de palabra a los comités centrales de los partidos y exigir de

cada proletario comunista que subordine toda su labor a los intereses de una verdadera propaganda y agitación revolucionarias.

12. De igual modo, *la prensa periódica y no periódica y todas las editoriales deben estar subordinadas por entero al Comité Central del Partido*, independientemente de que el Partido en su conjunto sea en un momento dado legal o ilegal; es inadmisibles que las editoriales, abusando de su autonomía, apliquen una política no ajustada plenamente a los intereses del Partido.

13. Los partidos que pertenezcan a la Internacional Comunista deben estructurarse a base del principio del centralismo democrático. En la época actual de exacerbada guerra civil, *el Partido Comunista sólo podrá cumplir con su deber si está organizado del modo más centralizado, si rige dentro de él una disciplina férrea, rayana en la disciplina militar*, y si el centro del Partido es un organismo autorizado, prestigioso y con amplias atribuciones que goce de la confianza general de los miembros del Partido.

14. Los partidos comunistas de los países donde los comunistas realizan su trabajo dentro de la legalidad, deben efectuar depuraciones (revisiones) periódicas de los efectivos de sus organizaciones con el fin de depurar de manera sistemática al Partido de los elementos pequeños burgueses que se introducen inevitablemente en sus filas.

15. Cada uno de los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista, tiene el deber de prestar apoyo incondicional a cada República en su lucha frente a las fuerzas contrarrevolucionarias. Los partidos comunistas deben desplegar una propaganda constante para que los obreros se nieguen a transportar pertrechos bélicos a los enemigos de las Repúblicas Soviéticas, realizar una propaganda legal o ilegal entre las tropas enviadas a asfixiar a las Repúblicas obreras, etc.

16. Los partidos que hasta ahora mantengan los viejos programas socialdemócratas, tienen el deber de revisarlos

en el plazo más breve y de elaborar con arreglo a las condiciones específicas de su país un nuevo programa comunista en el espíritu de los acuerdos de la Internacional Comunista. Por regla general, los programas de cada Partido afecto a la Internacional Comunista deben ser confirmados por el Congreso ordinario de la Internacional Comunista o por su Comité Ejecutivo. En el caso de que el programa de tal o cual partido no sea confirmado por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, este Partido tiene derecho a apelar al Congreso de la Internacional Comunista.

17. Todas las decisiones de los Congresos de la Internacional Comunista, así como los acuerdos de su Comité Ejecutivo, son obligatorios para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista. La Internacional Comunista, que actúa en condiciones de una exacerbada guerra civil, debe estar estructurada de una manera mucho más centralizada que la II Internacional. Además la Internacional Comunista y su Comité Ejecutivo, en toda su labor, claro está, deberán tener en cuenta la diversidad de condiciones, en las que tienen que luchar y actuar los distintos partidos y adoptar las decisiones obligatorias para todos tan sólo en aquellas cuestiones en las que sean posibles tales decisiones.

18. En relación con todo esto, todos los partidos que deseen ingresar en la Internacional Comunista deben cambiar su título. Cada uno de los partidos que deseen entrar en la Internacional Comunista deben llevar este título: Partido Comunista de tal país (sección de la III Internacional Comunista). La cuestión del título no es sólo formal, sino una cuestión de gran importancia política. *La Internacional Comunista ha declarado una lucha decidida a todo el mundo burgués y a todos los partidos socialdemócratas amarillos. Es necesario que para cada trabajador de filas sea totalmente clara la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos «socialdemócratas» o «socialistas», que han traicionado la bandera de la clase obrera.*

19. Después de la terminación del II Congreso Mundial de la Internacional Comunista, todos los partidos que deseen pertenecer a ella deberán convocar en el más corto plazo un Congreso extraordinario de cada Partido para confirmar en él oficialmente, en nombre de todo el Partido, las obligaciones arriba expuestas.

20. Aquellos partidos que ahora quieran ingresar en la tercera Internacional, pero que no hayan cambiado radicalmente la táctica seguida hasta ahora, tienen que procurar, antes de ingresar, que por lo menos dos terceras partes de su comité central y de todas las instituciones centrales de importancia estén compuestas por los compañeros que ya antes del segundo congreso de la tercera Internacional se han declarado públicamente en favor del ingreso incondicional en la tercera Internacional. Se permitirán excepciones de esta condición con el consentimiento del comité ejecutivo de la tercera Internacional. El comité ejecutivo de la Internacional comunista tiene derecho a hacer excepciones también en favor de los representantes centristas aludidos en el párrafo séptimo.

21. Aquellos miembros del partido que, por principio, rechazan las condiciones y las tesis formuladas por la Internacional comunista deben ser expulsados del partido.

Lo mismo dígase por los delegados al congreso extraordinario».¹⁷

17. V.I. Lenin. Obras. Instituto del Marxismo Leninismo adjunto al CC del P.C.U.S. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú 1959, pág. 628.

9 de abril de 1921.

INFORME DE FERNANDO DE LOS RIOS AL CONGRESO EXTRAORDINARIO DEL P.S.O.E.

«Nosotros —respondió Lenin— nunca hemos hablado de libertad, sino de dictadura del proletariado; la ejercemos desde el Poder, en pro del proletariado, y como en Rusia la clase obrera propiamente dicha, esto es, la clase obrera industrial, es una minoría, la dictadura es ejercida por esa minoría, y durará mientras no se sometan los demás elementos sociales a las condiciones económicas que el comunismo impone.»

«Sí, sí, el problema para nosotros no es de libertad, pues respecto de ésta siempre preguntamos: ¿libertad para qué?»

«Cuando sólo habían transcurrido diez días de la segunda Revolución el 17 de Noviembre de 1917, un grupo de comisarios del pueblo, miembros por tanto del Gobierno y figuras relevantes del propio partido comunista —Rikov, Larin, Schliapnikov, Noguín, Miliutín, Yedolov, Riasanov, Teodorovich y Guranov— presentaban la dimisión de su cargo, acompañándolo de la siguiente protesta:

Creemos necesaria la formación de un Gobierno compuesto de todos los partidos socialistas representados en los Soviets. Sólo la formación de un Gobierno de tal naturaleza podrá afirmar y consolidar la victoria alcanzada merced a la lucha heroica de los obreros del Ejército revolucionario. Estamos convencidos de que si se rechaza esta solución, sólo habrá un camino: el de conservar a toda costa un Gobierno bolchevique por medio del terror político. Este es el derrotero que ha emprendido el Consejo de Comisarios del Pueblo, y nosotros no podemos ni queremos seguirle en esa dirección. Vemos que ello conduce al alejamiento de las organizaciones proletarias de la

dirección de la vida política, a la creación de un régimen irresponsable, sin control, y a la destrucción de la Revolución y del País. No podemos nosotros asumir la responsabilidad de esta política y, en su virtud, ponemos a disposición del Comité Central ejecutivo nuestro mandato de comisarios del pueblo.»

«Los principios políticos en que se orienta la actividad del partido comunista y, como consecuencia la realidad política que hemos descrito son, a nuestro juicio:

1. La dictadura del proletariado ha de ser ejercida por un partido.

2. Atribución al Partido comunista del privilegio del Poder y del derecho exclusivo a interpretar los métodos y fines sociales.

3. La dictadura como principio de Gobierno en la época de transición.

4. La transición abarca lo que se tarde en llegar a la plena socialización y, por tanto, se dice, a la supresión de las clases y del Estado.

5. No hay derecho para la conciencia humana en cuanto tal porque no existe hoy un elemento general humano. Los hombres actualmente son enteramente insolidarios.

6. Sólo existe derecho objetivo, no subjetivo, y el encargado de definirlo es el titular del Poder.

¿Cuándo terminará esta situación? O con la rebeldía violenta, o con el apagamiento total de la conciencia; tal es la desventurada disyuntiva a que ha conducido la Revolución rusa: A la concepción de la dictadura del proletariado como dictadura del partido, «vanguardia consciente» que ha de conservar la dirección del Poder hasta alcanzar fines que se pierdan en un futuro remoto.»¹⁸

18. Fernando de los Ríos. Mi viaje a la Rusia Sovietista. Alianza Editorial, Madrid 1971, pág. 93, 97-98, 110, 121 y 127. Tuñón de Lara ve otro significado en las palabras de Lenin sobre la libertad.

CARTA DE PABLO IGLESIAS AL CONGRESO
DEL P.S.O.E. —el de la escisión— CELEBRADO
EN MADRID DEL 9 AL 13 DE ABRIL DE 1921

«A los delegados al Congreso Socialista extraordinario. Queridos compañeros: Más que nunca deploro que el estado de mi salud, aunque algo mejor que en los últimos meses, no me permita tomar parte en vuestras tareas y cumplir la obligación de defender con el calor y la firmeza que he defendido siempre nuestras ideas, el criterio que sustento acerca del principal asunto sometido a vuestra resolución.

Creo que la propuesta de Fernando de los Ríos, tanto por hacer posible que todos marchemos juntos, cuanto porque se acomoda a lo que demanda la realidad, a la cual debemos tener siempre en cuenta, permite mejor que ninguna otra solución servir los intereses del proletario y acrecer el poder del socialismo.

Por eso opino que votar por ella es realizar una obra de acierto, como opino que votar por las 21 condiciones es cometer un gran yerro, que produciría inmediatamente la escisión en nuestro campo.

Compañeros: Fijaos en las circunstancias políticas, económicas y sociales por que atraviesa nuestro país, observad la alegría con que los enemigos del socialismo esperan el desgarramiento de nuestro Partido y, dando una muestra de elevado sentido, haced que esta alegría se trueque en tristeza.

Os saluda fraternalmente quien es vuestro y será siempre del socialismo, Pablo Iglesias. Madrid, 10-IV-1921.»

Agosto de 1933.

Ver también, en este sentido, su artículo publicado en «*El Socialista*», titulado «No nos dividamos», y en la en-

trevista que apareció en «*La Nación*», de Buenos Aires, opuesto a la hegemonía soviética.

LOS CAMINOS DEL SOCIALISMO (Conferencia de Julián Besteiro en la escuela de Verano de El Pardo. Madrid).

«Para que un partido, por ejemplo, nuestro Partido Socialista, llegase a establecer la dictadura por su cuenta, triunfando en España, cosa que me parece un absurdo y una ilusión infantil, para que esto pudiera pasar tendríamos que empezar por organizar nuestro Partido de modo autocrático. Vosotros veréis si estáis dispuestos a ello. Yo, por mi parte, os digo que no; yo no quiero ser dictador de nadie ni que nadie me obedezca ciegamente; pero tampoco quiero sufrir la dictadura de nadie ni de ningún organismo. Por eso somos socialistas; por eso lo he sido yo siempre; por eso lo seguiré siendo. Pero conste que para que un partido como el nuestro pudiera establecer una dictadura, tendría que empezar por tener la dictadura dentro y por hacer un partido autocrático de un partido esencialmente democrático que es. Me parece que se paga demasiado cara la ilusión de la dictadura del proletariado.

»¿Vamos a ser ahora también tan ingenuos que creamos que debemos volver la espalda a la República democrática para ver si podemos embarcarnos en la aventura de ejercer el poder dictatorialmente? Yo no sé cómo eso se puede sostener, camaradas. Yo os decía antes que para dar una batalla hay que elegir las condiciones...

»Yo digo que el valor revolucionario del Partido Socialista consiste en continuar fiel a sus principios en medio de esta ola de enloquecimiento burgués o de proletarios que todavía tienen pegado el cascarón en la mitad de su cuerpo o en la mitad de su espíritu y no se han podido desprender de él. Por consiguiente, vosotros, jóvenes socialistas, que estáis rumiando el tema de democracia y dictadura, reflexionad que es muy fácil sentirse sumamente radical y decir: «La democracia no nos sirve para nada;

vamos a la dictadura, y se acabó". Quiero que reflexionéis que la obra toda del Partido Socialista, desde que se fundó, y la teoría de Marx, consiste en recalcar a los proletarios que ser revolucionarios no es cosa fácil, ni está al alcance de cualquier indigente espiritual; que es preciso antes sufrir mucho, trabajar mucho, meditar mucho para saber ser revolucionario, y que muchas veces se es más revolucionario resistiendo una de estas locuras colectivas que dejándose arrastrar por ellas, dejándose llevar por la corriente de las masas para cosechar triunfos próximos y aplausos, a riesgo de que después sean las masas las que cosechen los desengaños y los sufrimientos.»

Existen dos comunicados oficiales del P.S. que fueron discutidos y confeccionados en el domicilio de Pablo Iglesias y firmados por él, así como por otros dirigentes socialistas. Sin embargo, el primero, del 15 de abril de 1921, parece que fue preparado por Besteiro, y el segundo por Prieto, el 15 de septiembre de 1923, acerca de la dictadura del general Primo de Rivera, publicados en «El Socialista» después de pasar por la censura militar y de que su director Andrés Saborit se entrevistase con altos oficiales de la Junta Militar. Ofrecemos los pasajes de mayor interés:

«¡Militantes! En este momento crítico para nuestro Partido, en que se separan de él compañeros de lucha, acudimos ante vosotros, seguros de hallar asentimiento a nuestra conducta y acatamiento a la resolución de nuestro Congreso.

Los delegados que, llegada la votación de las Internacionales, quedaron en minoría, en vez de someterse y seguir colaborando con sus ideas y esfuerzo personal en el seno del Partido, rompen todo lazo con éste y le abandonan, a pesar de que la resolución adoptada es de tal naturaleza que a nadie excluye sino a aquellos que no acepten las ideas por las cuales hemos venido luchando y que constituyen las esencias socialistas.

Muy otra habría sido la situación del Partido si éste hubiese adoptado las veintiuna condiciones de Moscú, pues

por virtud de tal acuerdo habrían quedado automáticamente excluidos quienes no las votasen. En la resolución adoptada, la minoría tiene libertad completa para seguir defendiendo sus ideas teóricas y tácticas, y la disciplina a que se la obliga no supone violencia alguna para la conciencia; mas, en cambio, si el Congreso hubiese votado las tesis y condiciones que desechó, sometidos los discrepantes «a una disciplina férrea y militar», hubiesen quedado esclavizados, mudos, convertidos en masa muerta y, sin embargo, prestando asentimiento a obligaciones que estimaban imposible contraer. Imposibles de contraer tales obligaciones porque desvían al proletariado de la lucha real, revolucionaria, de todos los días, proponiéndoles temas de emancipación absoluta, tanto más enervantes cuanto que cultivan el viejo y simplista mito burgués que promete la redención definitiva por virtud de un solo y único esfuerzo; porque confía, más que en la acción constante de la masa, en la eficacia de las promesas de los caudillos.

No puede estar justificada la actitud de los que se apartan porque hayan sido dirigidas palabras de mayor o menor crudeza en el calor polémico de la discusión habida en el Congreso a elementos que estaban en esa dirección; el motivo es sobrado nimio para que pueda ni aun influir en resolución tan grave; si razones de este género fuesen bastantes a justificar actitudes tales, hace tiempo que las violencias de lenguaje empleadas una y otra vez por quienes de ataques verbales se duelen hoy, habrían dado lugar a escisiones en el Partido.

Tenemos la esperanza de que nuestros camaradas reconocerán su error y que ayudarán a ello las Agrupaciones, demostrándoles que la actitud adoptada por estos compañeros daña profundamente los intereses de nuestro proletariado, el cual cada día está más necesitado de un Partido fuerte que lo organice, recoja sus anhelos y le haga conocer los ideales en que debe inspirar su conducta societaria.

Nosotros no estamos conformes con las condiciones que impone la Tercera Internacional de Moscú; pero afir-

mamos hoy, como lo hicimos desde el primer día de la Revolución rusa, que estamos, sí, identificados plenamente con aquella Revolución; con ella principia la era del desmoronamiento capitalista y la de las realizaciones socialistas; por ella, por su esfuerzo y gracias a su sacrificio, los demás pueblos recogerán los beneficios que se han de traducir en una renovación de sus instituciones sociales, con la Revolución estamos y a nuestro Partido le decimos, como siempre, que nos consideramos obligados a su defensa. Pero la historia dirá si no hay un principio de error—muy disculpable en la noble impaciencia del partido que hoy está al frente de la Revolución rusa— al deformar la espontaneidad del movimiento sentimental de adhesión de todos los proletarios, presentándolos, como signo externo de adhesión, a aquel movimiento el acatamiento de una teoría y táctica concreta que, representada por las tesis y condiciones, puede ser incluso un obstáculo para el ejercicio de la obligada solidaridad con dicho movimiento.

La situación, pues, creada a los partidos socialistas a causa de dichas tesis y condiciones no puede ni debe entorpecer la acción socialista internacional, y a la iniciativa de algunos partidos de Europa se debe la acción concertada para superar las dificultades actuales; tal es el significado de la «Unión de los Partidos Socialistas para la acción internacional» concertada en Viena y a la que se ha adherido nuestro Partido; en ella figuran, entre otros, el Socialista Independiente alemán, el Independiente del Trabajo inglés, el Socialismo austríaco, suizo, francés, checoslovaco, norteamericano, argentino y el Demócrata Socialista ruso.

La razón histórica de esta Unión cada día habrá de ser vista con más claridad: son los partidos que, absolutamente identificados con la significación que ante la historia tiene la Revolución rusa, moralmente unidos a ella, encuentran en su marcha hacia Rusia un obstáculo insuperable: las 21 condiciones. (...)»¹⁹

19. Tuñón de Lara, *op. cit.*, pág. 729.

SEGUNDA PARTE

DISCURSOS PARLAMENTARIOS

(Colonialismo, imperialismo, militarismo)

Capítulo I: 1910

Llegamos al período culminante de la vida de Pablo Iglesias, una vez que ha conseguido un escaño en el Congreso de Diputados. A partir de ahora, febrero de 1910, sus discursos adquirirán un tono y una consistencia. Era el primer socialista que llegaba al Parlamento; sin embargo, en la Cámara de Diputados se le respeta profundamente. Compite con los más brillantes oradores y políticos de la historia de España; tiene que hablar y enfrentarse con un auditorio refinado y en ocasiones pervertido políticamente, donde las interpelaciones resuenan en el hemiciclo como truenos de ira o de meditación en voz alta, según los más exigentes cánones de la oratoria. Pero no se advierte que desentone Pablo Iglesias; antes al contrario, se eleva sobre los oradores burgueses en el vuelo pausado y convincente, descargando las ideas que representa.

Serenado el ánimo, madura ya su concepción política, va desgranando y analizando las cuestiones que afectan a la sociedad en que vive. Está solo, no obstante la colaboración esporádica de parlamentarios de diferentes talentos ideológicos, pero en adelante se hallará acompañado de

los correligionarios que han aprendido el magisterio pablista. En 1910, un diputado nada más; en 1917, seis; en 1923, siete (Iglesias, Besteiro, Cordero, Saborit, Prieto, De los Ríos y Llaneza); en 1931, ciento diecisiete; en 1933, sesenta y uno; en 1936, noventa y nueve.

En sus discursos parlamentarios establece las bases globales de su pensamiento. Especialmente por lo que incumbe al colonialismo, el imperialismo y el militarismo. La guerra y sus consecuencias atormentan su mente desde que escribió el primer artículo a los veinte años de edad en «La Solidaridad».

«¿Qué es la guerra? Un crimen. Si nosotros fuéramos deístas; si nosotros creyéramos en uno de tantos dioses como todas las religiones cobijan en su seno; si nosotros creyéramos, volvemos a repetir, en alguno de esos ídolos, diríamos que la guerra es un terrible castigo que éstos imponían a los pueblos por sus culpas.

Mas no siendo así, no creyendo nosotros en esas divinidades, hijas de cerebros calenturientos, creación de extraviadas imaginaciones, y siendo, como somos, racionalistas, conocemos que la guerra es hija, y lo ha sido siempre de media docena de tiranos, de media docena de asesinos —sí, éste es su nombre—, de media docena de seres raquíticos y pobres, abortos de la naturaleza, que, ora por su orgullo, ora por mero capricho, ora por una ambición desmedida, no tiemblan, ni siquiera vacilan, al enviar a sus semejantes, a sus hermanos, para que sirvan de «carne de cañón».

Y todo ¿para qué? Para que uno de esos tiranos, el vencedor, o sea, el que, valiéndose de toda clase de medios, buenos o malos, pues para ellos son excelentes, haya destruido más pueblos y ciudades y haya causado más desastres, agrande lo que él llama su territorio con unas cuantas leguas más y su población con algunos miles de seres para que cuando llegue otro caso igual pueda aumentar el número de los que han de sacrificarse... Esta es la guerra, impuro borrón que ha pesado, cual si fuera losa de plomo,

sobre las generaciones pasadas y pesa todavía sobre la actual.

¿Qué es la guerra?, volvemos a repetir. Un crimen de lesa humanidad. Sí, un crimen que todos, absolutamente todos y especialmente nosotros los obreros, pues somos sus principales víctimas, debemos combatir, condenar y apostrofar, trabajando todo lo que nos sea posible para que no se lleve a cabo.»

Este es el embrión del pensamiento pablista, que alcanza nuevas resonancias en un acto en el Ayuntamiento madrileño, del que era concejal en 1909.

«La guerra del Rif ha sido una guerra de conquistas, no en defensa del honor nacional, y por eso nosotros, y los que piensan como nosotros, nos oponíamos a ella (como antes contra la guerra de Cuba), y, ya que no pudimos conseguir nuestro propósito, no nos toca ahora más que sentir la muerte de cuantos en ella han perecido, de un lado y de otro, condenar a los culpables de que se hubiera suscitado y deplorar que los que allí fueron no se volvieran contra los causantes de la guerra y de los males que de la misma se han derivado... Ha sido, pues, una guerra de conquista, una guerra en la que se ha atentado a la independencia de un pueblo...» (fragmento tomado del libro de Morato).

En el mismo sentido se manifiesta en el artículo de «El Socialista» del 1.º de mayo de 1914, copiado páginas atrás por nosotros, y lo repetirá con mayor precisión en su discurso parlamentario de mayo de 1914.

«Para nosotros la política colonial no es lo que se dice, ni consiste en procurar el progreso de estos otros países, ni en mejorar las condiciones de tales o cuales pueblos, ni en llevarles más instrucción. Podrá eso resultar alguna vez, pero la finalidad verdadera de las campañas coloniales no es otra que la de obtener beneficios, la de buscar en el país adónde se expansiona el que conquista campo para negocios de los suyos, medios y fuerza para elementos que explotan, el dominio del mercado y todas aquellas condi-

ciones de carácter material que lleva consigo el régimen en que vivimos.»

Véase aquí, por ende, el fermento de la línea anticolonialista de los pueblos que en 1973 llamamos del Tercer Mundo y que en la conferencia de Argelia de septiembre de 1973, convocada por los No Alineados, se acordó: «Mientras continúen las guerras coloniales, las agresiones imperialistas, la ocupación extranjera, la política de fuerza, la explotación y el pillaje económicos, la paz estará mediatazada tanto en su principio como en su expansión».

La semejanza en el tratamiento de la cuestión colonial no puede ser más idónea.

Pero ya es hora de penetrar en los discursos parlamentarios, fotocopiados del «Diario de Sesiones» del Congreso, incluso en sus formas y colorido peculiares. El inmediato lo pronunció en 1910, su primera intervención larga en el Congreso, publicado en el «Diario de Sesiones» de 12 de julio. Pronunció más de cuatrocientos discursos en su carrera parlamentaria:

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Iglesias (D. Pablo) para rectificar.

El señor IGLESIAS (D. Pablo): Antes de entrar a recoger lo que me incumbe del discurso del señor Cierva, he de hacer una manifestación que no hice antes, pensando en que había de usar de la palabra para ese asunto. Siento que no esté en el salón el señor Presidente del Consejo de Ministros, porque a él se refiere.

Yo he hecho aquí una de esas declaraciones de que el señor Presidente del Consejo de Ministros hablaba. Ni me arrepiento, ni me enmiendo de haberlas hecho. Acaso los que hacemos esto pequemos de francos, porque los que no lo han hecho, los que en otras ocasiones no se han expresado así, habrán podido observar conducta distinta, pero en el fondo han procedido de igual modo que el indicado por mí: cuando la legalidad les ha convenido, dentro de la legalidad han estado; cuando no les ha convenido la legalidad, han apelado a los procedimientos de fuerza. Por

consiguiente, la única diferencia que habrá, será la de la franqueza, y como yo creo que aquí se debe proceder sinceramente y se debe manifestar lo que se siente, yo lo que he sentido lo he expresado, y mantengo y mantendré siempre.

Con relación a este mismo hecho he de advertir una cosa: sentiré que mis declaraciones puedan perjudicar a los perseguidos; pero es deber mío expresarme así, y así me expreso; y he de advertir también que si los que ocupan hoy el Poder, si los que lo ocupen mañana, siendo este Ministerio de poca vida (no sé la que tendrá), no tienen bastante sentido y bastante tacto para evitar que los vientos que se han sembrado en Cataluña se conviertan en tremendas tempestades, todos tendremos que lamentar algo. No hay aquí nada de amenaza, sino de observación.

Nosotros no queremos (hablo en esta ocasión como hablé la vez pasada, en nombre del partido socialista), no deseamos situaciones ni luchas de esa naturaleza; no las ansiamos, creo que ni a unos ni a otros convienen; pero como no está en nuestra mano el que los gobernantes tengan el tino debido; como no está en nuestra mano el influir de modo que eso se pueda evitar, yo que creo conocer un poco, como habrá quien la conozca aún mejor, la situación de Cataluña, el efecto que allí ha producido la represión maurista, que según algunos señores ha sido suave, y lo que ha tenido de repercusión en el país, digo que si los Gobiernos no tienen el tacto y el sentido debidos, habrá que lamentar determinados actos. Y como creo que a los Gobiernos hábiles les conviene recoger toda clase de manifestaciones, vaya ésta por delante, valga por lo que valiere.

Y voy a hacerme cargo de lo que, respecto del que en estos momentos os molesta, manifestó el señor Cierva en el discurso pronunciado hace días.

El señor Cierva, si no lo dijo terminantemente, me parece que dió a entender que, tanto D. Emiliano Iglesias (Diputado republicano radical), como el que en estos mo-

mentos os dirige la palabra, no sólo por ser actores, sino por la manera como habíamos tomado parte en este asunto, procedíamos con tanta pasión que, en realidad, no podíamos juzgar imparcialmente.

En efecto, yo he sido actor de este movimiento, lo manifesté el primer día y empecé señalando un punto que el señor Cierva no ha tocado, no sé si porque se lo dejará al señor Maura o porque ha creído que es innecesario por estar ya en el ánimo de todos los señores Diputados. El señor Cierva, que empezó diciendo que nosotros cometimos el crimen de oponernos a la guerra, no dijo ni breve ni extensamente quién había querido esta guerra; y precisamente de ahí arrancaba yo.

Yo decía: «¿Quién había pedido la guerra del Rif? ¿A quién le convenía?» Y hacía un ligero examen diciendo: los trabajadores no la querían, no la quería la clase media, ni siquiera todos los capitalistas; menos que nadie la quería el partido socialista.

Y voy a intercalar aquí una observación. Conste que cuando yo hablo de la clase obrera no quiero atribuirme más representaciones que la que corresponde al partido socialista, que es un partido pequeño en España. Aunque sé que otros elementos obreros organizados y no organizados simpatizan con nosotros, yo cuando hablo lo hago en nombre de los socialistas, porque no quiero atribuirme representaciones que no tengo.

Decía yo que la clase obrera no quería esa guerra, y la lucha del partido socialista contra la guerra representaba la opinión nacional, sólo que otros elementos, a quien dañaba también esa guerra, no haya tenido la resolución de ese partido y de otros elementos que le secundaron para oponerse a ella. Y hay que ver, porque de ahí arranca todo, hay que ver las consecuencias de esa guerra

Yo podría decir, ¿qué podría decir?, lo digo porque así es, que no habrá sido el señor Maura el director del movimiento de Barcelona, ni lo habrá sido el señor Cierva tampoco, pero los causantes de aquel movimiento, como de

todo lo anterior, han sido ellos, porque si no hubiera habido la guerra del Rif, no se hubieran hecho las manifestaciones de protesta, no se hubiera llegado a la huelga general y, por tanto, no se hubiera derivado de todo esto el movimiento que se derivó. Por consiguiente, ¿quién es, en realidad, el responsable de todo esto? ¿Quiénes son los responsables?

Y luego vienen los hechos, no ya las suposiciones. Cuando se hablaba de los sucesos del Rif en sus comienzos, nosotros decíamos que esto sería dañoso para el país. ¿Acertamos o no? Ahí están los hechos. Beneficios para el país como consecuencia de la guerra del Rif, ¿dónde están? En cambio, todos sabéis la sangre que se ha derramado, los millones que se han gastado y los individuos que por consecuencia de las enfermedades adquiridas en la guerra resultan inutilizados para el trabajo y la pérdida que entraña para la riqueza nacional. Todos sabéis cómo han quedado los hombres que han ido al Rif, porque tenéis médicos y todo lo necesario para que os lo digan. A esto hay que agregar las perturbaciones que se han producido por consecuencia de la guerra. Tales han sido los resultados de ella. Los beneficios, ¿dónde están? En ninguna parte. Es más, la guerra ha dejado rastro para hoy, y todos tememos que pueda haber todavía más consecuencias de ella.

Pues bien; por eso es por lo que yo he afirmado que el pueblo ha procedido bien, y que si esto se repitiera, lo haría de nuevo; y lo he dicho porque entendía que así miraba los intereses nacionales mejor que los que han hecho la guerra.

¡Qué pensó Ferrer en dirigir el movimiento revolucionario en un momento! ¿Qué había de pensar Ferrer ni otros hombres en ello? (Rumores —el señor Iglesias, D. Dalmacio: ¡Pobrecito, qué había de pensar eso!— Protestas en la minoría republicana.)

Si S. S. es religioso, como asegura serlo, debiera tener para uno que ha pasado a la otra vida más consideración.

Yo no soy religioso; pero había de tratarse de mi mayor enemigo, y al hablar de él después de lo que se ha hecho con Ferrer, hablaría con más respeto. (Muy bien, muy bien, en la minoría republicana.)

Decía, pues, señores Diputados, que todos los males han arrancado de ahí, y que por eso los hombres que opinan como yo, los que tenemos el convencimiento de que al país se le ha hecho daño, afirmamos que se repetiría, y dispensadme el término, la suerte, si el caso volviera a darse.

Y no creo que estaríamos solos los socialistas en oposición a nueva guerra, si la hubiera en esta forma, de una guerra que no fuese defensiva, que no tuviera por objeto defender a nuestro país, porque me parece que no hay duda respecto a la opinión que pueda tener la clase trabajadora, ni hay duda de la opinión que tiene aquí la pequeña burguesía, que es la fracción más numerosa de la clase dominante en España, porque a lo sumo, suponiendo que hubiese beneficios en esa guerra, serían para el cogollo capitalista, para el cogollo plutócrata; y es natural que si a todos esos perjudica la guerra, los unos con una actitud más enérgica y los otros con una actitud menos enérgica, deben oponerse a ella; si no lo hacen, hay que estimularles, hay que decirles que la guerra no conviene a sus intereses ni a los nuestros y que debemos oponernos.

Pero dejando esto que es punto de partida para mí, voy a hacerme cargo de algo que le extrañaba al señor Cierva, extrañeza por la cual yo me preguntaba si el señor Cierva había estado en el Congreso cuando yo hablaba, y seguramente estaba, porque algunas veces, cuando yo tendía la vista, hacia esos bancos, le veía en uno de ellos.

Decía S.S. que era necesario que yo explicase los motivos de haber llegado a la conjunción con los republicanos; cómo era que los socialistas que habíamos estado en oposición a los republicanos durante tanto tiempo, habíamos llegado a esta conjunción, y yo lo he dicho ya aquí, como lo he dicho en meetings, donde lo he afirmado más

EL SOCIALISTA

CENTRO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

Escritura Santa, 10, 2.

MADRID 23 septiembre 1908

87

Estimado condiscipulino ^{MADRID} Esteban:

Por estar suprimido hallame aún convalacante - lo he contestado antes de la
cuya del 14.

Con respecto a las circunstancias por que han pasado y pasaran como es lógico
la cifra de 211 votos que ha obtenido la candidatura socialista en esa.

En los correos de hoy han pasado algunos ejemplares del orden del día del Com
pro. Por lo mismo no los hemos enviada los dos ejemplares que pedías sino uno. Si
se pudiesen arreglar con eso, los enviaremos algunos más.

No descontinúen las lecciones que demuestran la experiencia tanto respecto a
hombres como a las cosas. No abarquen más de lo que puedan manejar, y
así se va consolidando y lo que nosotros presenciamos es consolador lo obtenido
ya luego avanzar sobre seguro.

Lo que a la vez que trabajar incansablemente por el perfeccionamiento y desarrollo
del movimiento socialista y obrero en esas deben presenciar que en forma de una
Organización Socialista no se si me expreso mal; pero me figuro que no exigirá esas
por grandes esfuerzos.

Saludo y de la causa socialista.

Salvo B. Gómez

“No abarque más de lo que pueda realizar”, aconseja
Pablo Iglesias a su correligionario Mallén (23-9-1904).

de una vez; no sé si habré sido lo suficientemente explícito. He afirmado y hubiera podido decírselo al Sr. Presidente de la Cámara cuando me felicitaba por venir aquí en primer representante del partido socialista español, que no era a los elementos liberales a los que yo debía la entrada aquí, que no era a la imparcialidad del Gobierno en la lucha electoral, que se lo debía al Sr. Maura quien con su política, en todo lo que acabo de relatar, con la guerra y sus consecuencias, había tenido el mérito de unirnos. Calculad por eso sólo, puesto que otra cosa no ha habido, de qué naturaleza habrá sido su política, su proceder en el Gobierno.

Porque aquí no ha habido dinero ni ha habido otras cosas; lo que ha habido aparte las relaciones que pudiéramos tener, es que los socialistas hemos tenido en cuenta, y seguramente el mismo motivo han tenido los que hoy están con nosotros, que después de lo hecho por el señor Maura, si el Sr. Maura volvía al Poder, nuestro país corría el peligro de que sucediera otra vez lo que ha pasado el verano último, y como eso supone atropellos y peligros para la libertad y descrédito para el país y otra porción de males, todo ello nos hizo pensar en la unión ya prevista en la organización del partido obrero por un precepto que nos permite llegar a un acuerdo con todos los elementos liberales; anunciamos que a ello estábamos dispuestos y como lo mismo hicieron los republicanos, inmediatamente la soldadura fue fácil; juzgamos las circunstancias del mismo modo y realizamos la conjunción. Ahí tiene el Sr. Cierva la explicación de a quién se debe dicha conjunción; a vosotros los conservadores, que habéis hecho más contra la Monarquía que los republicanos, porque vosotros la habéis llegado a poner en peligro; vosotros habéis hecho que durante algún tiempo la Institución que la representa no haya podido ir a las principales capitales de Europa. Esta es la verdad. Lo he dicho fuera de aquí; si yo fuera monárquico odiaría mortalmente al Sr. Maura por la política que ha hecho contra la Monarquía. (Rumores.)

Queda, pues, explicado por qué nosotros estamos en esta conjunción; y en ella seguiremos hasta cumplir la misión que nos hemos impuesto, y que ya he dicho que es, y no lo repito porque os desagrade, sino porque es la verdad, la de derribar al régimen.

El Sr. Cierva trataba después de probar que no habíamos tenido en cuenta lo que había hecho el partido conservador por los trabajadores, y relataba lo de la ley del Descanso dominical, lo del cierre de las tabernas, etc. Lo que ha demostrado el partido socialista en esta ocasión es su independencia, y lo que ha tenido en cuenta es los intereses de la clase trabajadora que representa.

Nosotros no negamos que el Sr. Cierva, como Ministro de la Gobernación, haya cumplido lo que era su deber en la cuestión del descanso dominical y en el cierre de las tabernas. Que los vocales obreros socialistas del Instituto de Reformas Sociales lo hayan también reconocido, es la mayor prueba de la imparcialidad con que procedemos, y es lástima que el Sr. Cierva no recuerde que cuando se presentó el proyecto de ley sobre el Terrorismo tampoco tuvimos en cuenta sus actos anteriores, y si lo hicimos así, fue porque entendíamos cumplir un deber, porque veíamos en aquel proyecto los peligros que veía todo el mundo, con especialidad para nuestra clase y nos colocamos en tal actitud que yo dije en aquella ocasión lo que ahora tanto parece asustaros, que si aquel proyecto llegaba a ser ley, nosotros tendríamos que emplear procedimientos usados en otros países, porque la actitud de los partidos depende de las circunstancias. Y aquel proyecto no prosperó. Se nos habló entonces del bloque y los socialistas entendimos que no estaba bastante justificado y seguimos manteniendo nuestra actitud y trabajando solos, porque, a mi juicio, no había entonces razones para la coalición que se trataba de formar y que formaron los republicanos con los amigos del actual Sr. Presidente del Consejo.

Revelan estas palabras que nosotros, acertada o equi-

vocadamente, procedemos con completa independencia.

Diré además que no todo han sido benevolencias para nosotros de parte del partido conservador, pues leyes y proyectos de ley ha habido, Sr. Cierva, que informadas en bastante buen sentido por el Instituto de Reformas Sociales, han sido después modificadas en el sentido no muy a gusto de los trabajadores, y después esos proyectos han caído en el olvido. Y no es esto sólo. Yo recuerdo haberme dirigido al Sr. Maura más de una vez, en representación de los obreros, para hacerle algunas reclamaciones, y por cierto que la última vez, de seis cosas que le pedimos, no tuvimos ni una sola, aunque se trataba de cosas pequeñas. En otra ocasión nos atendió en una mínima parte; aludo a la reclamación que se refería al impuesto del Timbre. Hoy pagan las sociedades obreras el impuesto del Timbre para sus reglamentos y documentación, y se pretendía que lo pagasen también por los recibos. Comprenderán los Sres. Diputados lo que significa poner en un recibo de 15 céntimos, un timbre de 10. Conseguimos la supresión del impuesto sobre los recibos; pero lo demás siguió igual; resultando que no salió muy favorecida la clase trabajadora.

Pero no todo han sido beneficios para esta clase, si beneficio se puede llamar al cumplimiento de las leyes. El Sr. Cierva, no sólo nos echaba en cara nuestra ingratitud, sino que decía que no éramos lógicos, porque ahora no protestábamos contra incumplimiento de dichas leyes. Recordarán los Sres. Diputados que el otro día, consumí un turno en este debate, dirigiéndome al Sr. Presidente del Consejo, le decía que cómo iba a hacer tales y cuáles leyes beneficiosas para la clase obrera cuando la ley del Descanso dominical estaba muerta, el cierre de las tabernas suprimido, y otras leyes estaban también incumplidas. Además, los obreros de la dependencia mercantil han protestado contra la infracción de la ley, y los vocales del Instituto de Reformas han reclamado sobre el particular distintas veces, y el Instituto a petición de ellos, ha envia-

do varias comunicaciones al Ministro de la Gobernación para que aquéllas se cumplan.

Nosotros no nos casamos con nadie en cuanto se refiere a la defensa de los intereses obreros. Ya se plantearán aquí cuestiones sociales, y ya veremos si la conjunción me impide, que no me lo impedirá, reclamar lo que corresponde a los trabajadores, porque no hemos sacrificado para venir a la conjunción ninguno de nuestros ideales ni de nuestras aspiraciones de carácter inmediato, y si aquí hay alguien que esté disconforme, mantendrá su disconformidad, pero yo por la conjunción no sacrificaré absolutamente nada de lo que interesa a la clase obrera.

De modo que ni existe motivo para el agradecimiento a los conservadores ni los obreros hemos de abandonar lo que a nuestros intereses conviene.

Pero añadía el Sr. Cierva: «Nosotros hemos presentado y aprobado el proyecto de ley de Huelgas; hasta ahí hemos llegado, y no sólo no nos lo agradecéis, sino que ahora observáis esta conducta». El Sr. Cierva no está bien enterado. ¿No sabe S.S. que nosotros hemos combatido este proyecto de ley? ¿Cómo nos lo puede presentar como un beneficio? Hablaba S.S. de que se había derogado el artículo 556 del Código penal. El artículo 556 decía que «se castigaría a los que se coligasen para alterar abusivamente el precio del trabajo». Es cierto que se derogó este artículo, pero no lo es menos que había ya caído en completo desuso, como cae todo lo que va contra una costumbre o contra un hecho necesario, como el criterio sobre la huelga general en concepto de huelga política habrá de modificarse también antes de mucho. Hoy vuestro criterio es que eso no es posible; pero ocurrirá con las huelgas generales lo que ocurrió con las huelgas económicas, que se castigaba; pero como eran necesarias, se realizaban, y tanto se realizaban, que tuvisteis que cerrar los ojos y no ver ese punto de Código. Lo mismo ocurrirá con la huelga política. No es legal hoy para vosotros, no la consentiréis; pero como la huelga política en ciertos momentos es nece-

saría, cuando esa necesidad se presente se hará. Si no puede ser públicamente se hará reservadamente, viendo lo que más convenga, porque como arranca de una necesidad, la realizaremos.

Así, que las huelgas, aunque no se hubiese suprimido dicho artículo del Código, se podían realizar, podíase declarar una huelga en el ramo de panadería sin comunicar nada a las autoridades; se podía declarar una huelga por los obreros de la luz y del agua, y por otros obreros, sin participarlo a las autoridades.

Pero con la ley vigente no puede suceder ya eso, porque debiendo darse aviso de ciertas huelgas con varios días de anticipación, este aviso entraña para los huelguistas la imposibilidad de vencer en sus reclamaciones.

Pero como las huelgas se declaran, no por capricho, sino por necesidad, cuando ésta obligue a los obreros a recurrir a la huelga lo harán sin cumplir la ley, aunque esto pueda originar algún daño para ellos.

Citaba S.S. lo que pasaba en la Cámara francesa, y con tal motivo hablaba de Millerand, que pretendía prohibir a los obreros de los ferrocarriles franceses el derecho a la huelga.

Me parece que S.S. confunde dos cuestiones. Lo que ha hecho Millerand respecto de los obreros que pertenecen a las Compañías del Estado, es prohibirles el ejercicio de ese derecho por ser funcionarios pero no ha llegado a prohibírsele a los de las otras Compañías.

Pero aunque así fuera, no es una razón para mí. El que en otros países existan preceptos perjudiciales para los obreros, no es motivo serio para que aquí se establezcan. No sirve decir, por ejemplo, esto se hace en Inglaterra o en otra Nación para que aquí se haga.

El caso de que hablaba S.S. de la escuela de Saka, en Egipto, de donde el Gobierno inglés hizo expulsar a una profesora, prueba que en otros países se hacen también cosas arbitrarias. Inglaterra no haría esto en la metrópoli, y este mismo país en la India realiza una explotación in-

humana, condenada duramente por el socialista Hyndmann, el cual ha dicho que nada hay comparable con aquella explotación.

Por lo demás, nosotros hemos hecho campaña contra la ley de Huelgas, y como ésta tiene historia larga, he de recordar que informé contra ella ante una Comisión de esta Cámara, y expuse todo lo que acabo de decir.

Por consiguiente, lo que nos ofrece el Sr. Cierva como ley beneficiosa para nosotros, hecha por el partido conservador, no es sino muy perjudicial.

El Sr. Cierva leyó aquí unas palabras pronunciadas por mí en el teatro Lux-Eden, cuyo contenido no es exacto. Si las hubiera dicho no las rectificaría. S.S. las ha tomado de L'Humanité, diciendo que no lo había visto en ningún periódico español; L'Humanité, ha debido transcribirlas de algún periódico de provincias. Nosotros, como somos pobres, no tenemos taquígrafos en nuestras reuniones, y es claro, que, dada la precipitación con que los periodistas toman sus notas, a veces no suelen interpretar bien las ideas que se expresan.

Yo no dije en ese meeting —pues si lo hubiera dicho lo sostendría— que los soldados en vez de tirar abajo tiraban arriba, porque yo hablaba a paisanos, no hablaba a soldados, y recorriendo la escala de lo que nosotros creíamos que se debía hacer, dije: primero, se impone la huelga, y después si esto no basta, la acción revolucionaria, y que esos paisanos, en vez de tirar abajo tiraban arriba, es decir, que no se mantuviese la lucha contra agentes inferiores, sino contra aquellos que eran más culpables. Este era el sentido de mis palabras (Rumores).

Contestando a estos rumores debo decir que lo que se busca aquí es presentarnos, no sólo a mí, sino a otros elementos, como hombres que no hacemos más que insultar. Si yo hubiera dicho otra cosa, lo repetiría aquí en la Cámara; pero no dije lo que afirmaba el Sr. Cierva; por consiguiente, esto debe rectificarse o desde luego queda rectificado.

Hablaba S. S. del cambio que habíamos experimentado los socialistas y decía que antes no íbamos con los anarquistas, ni éramos partidarios de la propaganda por el hecho. Seguimos hoy siendo lo mismo; lo que ocurre señor Cierva y Sres. Diputados, es que las circunstancias varían. Si se atropella el derecho de asociación para los anarquistas, para los socialistas, para cualquier ciudadano español, si este derecho es atropellado, tenemos que defenderle.

No predicamos la propaganda por el hecho, fíjese el señor Cierva. Si la propaganda por el hecho, y así se ha entendido, es que los defectos sociales pueden corregirse matando a una autoridad o matando a un patrono eso no lo admitimos, porque sabemos que la muerte de un patrono no influye para nada en la subida del salario; acaso habríamos hecho la causa de los herederos (risas); sabemos que matando a un gobernador no quebrantaríamos el régimen; lo que conseguiríamos sería favorecer a un aspirante. Pero cuando hay plutócratas que valiéndose de su poder económico, atropellan la Ley de la Asociación, la ley de Reuniones, y si por su influencia son anuladas todas las reclamaciones que puedan dirigirse a los Gobiernos, ya el alcalde, ya el gobernador, ya el Estado; es decir, que son superiores a éste, y a la clase obrera no le queda más recurso que marcharse de allí o sufrir esa esclavitud, impuesta por los plutócratas, entonces creo yo que a éstos les es perfectamente aplicable esto que vosotros llamáis propaganda revolucionaria por el hecho. Podrá condenar la ley este acto, pero yo lo estimo legítimo y hasta santo; sería señal de una cobardía inmensa en aquellos obreros que no habiendo para ellos ley ninguna, y valiéndose aquel señor del dinero para influir sobre esta autoridad, la otra, la otra y la otra, que sufriesen la coyunda de la manera más ignominiosa que pueda darse (rumores).

Basándome en este criterio, decía al informar sobre el proyecto de ley del Terrorismo que los plutócratas eran los fabricantes de terroristas; que ellos los fabricaban más

que nosotros con nuestras excitaciones. Y ahora que he hablado respecto de este particular, debo decir; figuraos uno de estos tipos, uno de estos plutócratas, que no deja de haberlos. ¿Qué induce más: el que se haga contra ellos una simple predicación diciendo «esto se debe hacer», o sus actos? La indicación no lleva consigo la indignación que produce los actos. Si el acto de despotismo, de avasallamiento, de ultraje, recae sobre personas que sienten la ofensa de tal acto, es más grave que el dicho, porque el dicho no va acompañado del ultraje, no hay más referencia a él; siempre tiene menos fuerza. Por consiguiente ellos mismos son los inductores de la propaganda por el hecho (fuertes rumores).

Si del campo económico pasamos al campo político ocurre lo propio. Mientras se pueda reclamar contra la autoridad arbitraria; mientras se puedan corregir las transgresiones; mientras se puedan excitar los atropellos, aunque se hayan sufrido, pero reclamando al fin, me parece que no es conveniente acudir a este procedimiento; pero si hay un tirano, si hay un hombre que no respeta las leyes, sino que falta a ellas, que las pisotea, que se vale de la fuerza de la Nación para dañar los intereses de la misma, y hasta para sacrificarlos, para atropellar a los ciudadanos que no encuentran tribunales a donde acudir, entonces también encuentro legítimo el atentado (rumores). No hay otra solución aquí, en ningún país, al menos hasta ahora (continúan los rumores).

Señores Diputados, no parece más sino que este representante del socialismo ha dicho algo nuevo. ¿Es que no se ha recomendado lo mismo por otros? ¿Es que la burguesía misma no ha decapitado Reyes? ¿Es que cuando no han visto estos elementos manera de que se les haga justicia y de satisfacer legalmente sus aspiraciones, no han apelado a toda clase de recursos para alcanzar reparación? Negar esto es negar parte de la historia.

Vamos ahora a otra cosa que decía el Sr. Cierva, y que en realidad, por la manera que tenía S.S. de explicarse,

revelaba estar poco enterado de ella. Se refería a las relaciones internacionales y decía: «Ya veis Sres. Diputados, si esto es grave; estos señores vienen a cumplir un acuerdo tomado en el extranjero».

Pero Sr. Cierva ¿a quién afecta la cuestión de África? Me parece que sería a los españoles. Claro está que nosotros los socialistas de España, como los de Francia, los de Inglaterra y los de todos los países, somos contrarios a la guerra por las mismas razones, y convenimos en que la guerra es un mal, como convenís vosotros mismos, porque decís que la guerra es mala aunque en tales o cuales circunstancias os sea necesaria; pero en principio, ¿quién hay que proclame o defienda la guerra? Este es el principio del socialismo internacional; de modo que para los socialistas españoles no es ésta una cosa impuesta, sino que la demanda el interés de los trabajadores, que es el mismo en todos los países. Lo que no hace el socialismo es imponer una regla general, sino dejar a cada país que proceda con arreglo a sus fuerzas.

¿Quiénes habían de ir de España contra la guerra? Pues los más interesados, que éramos nosotros. Nosotros sabíamos que esa guerra podía tener repercusiones, que el conflicto de Africa podía tener ciertas derivaciones, y de lo que primeramente nos ocupamos fue de nuestro país, de los intereses de nuestro país. En este sentido hemos trabajado contra la guerra, como trabajaremos siempre. No hay, pues, aquí ninguna cosa desusada, todo lo contrario, es plausible el sentimiento, la aspiración internacional respecto de este particular. No es dudoso que algunos conflictos de carácter internacional se han solucionado por la influencia de los socialistas, y ojalá que, por el bien de todos, ejerza su influencia hasta tal punto que el desarme, si no puede ser inmediato y total, se vaya acentuando y esos conflictos se solucionen de otro modo. Eso quieren los socialistas, y en esto me parece que los eminentemente religiosos tendrán que estar conformes, y no entenderán que este criterio es malo, puesto que se

trata de vivir en la paz, y de que dentro de la paz, en lo que sea posible, se resuelvan los conflictos de este género.

Esta es nuestra aspiración, y por eso decía que habíamos cumplido con nuestro deber.

(...)

¡Qué hemos de ser nosotros poco amantes de España! ¿Por qué no hemos de amar a nuestro país si están aquí nuestros intereses? Hay más intereses obreros que burgueses, y, por consiguiente, no podemos desear que la Nación se deshaga; al contrario, nos oponemos a la guerra, porque ocasiona grandes daños a todas las clases, pero principalmente a la clase proletaria, que es la más numerosa y porque sus consecuencias pesan principalmente sobre ella. ¿Quién va a pagar los aumentos en los tributos? Se dirá que se aumentarán las contribuciones urbanas y territoriales; pero ¿de dónde sale todo esto? De los trabajadores, del elemento obrero, y por eso combatimos la guerra.

(...)

Y vamos a la carta de «Le Peuple» que leyó S.S.

En ella decía yo que los socialistas no habían tomado parte en los incendios; que no habían realizado todos los hechos que anunciaban los periódicos, aunque sí los bastantes para execrar la conducta del Gobierno; que la campaña iba contra la guerra y el militarismo, y hacía duros comentarios sobre la actitud de los republicanos.

No hay inconsecuencia en que yo me haya declarado solidario (no como quería presentarlo el Sr. Cierva, sino como yo le había dicho) de lo que aquí se había llamado hordas, con el hecho de que los socialistas no hubieran tomado parte en los incendios. Ya lo decía yo; si hubiera habido dirección, habrían podido hacerse cosas mejores que quemar conventos.

El Sr. Cierva, en su discurso decía: «El Sr. Iglesias se ha declarado en absoluto conforme con los asesinatos, los saqueos, etc.» Yo explicaba el por qué pueden ocurrir esas cosas, y me declaraba solidario de aquel movimiento ha-

blando de su honradez, puesto que era relativamente mucho más honrado que otros movimientos de esa naturaleza. Pues qué: cuando se habla de los herederos de la Revolución francesa o de los herederos de la Revolución española, el que habla así, ¿se declara solidario de lo que como excepción haya podido haber de crimen y de *atropellos*? No; por consiguiente, el querer subrayar todo esto, diciendo que somos solidarios de esto y de lo otro, no creo que arguya nada de buena fe. El sentido es el que hay que apreciar. No ha habido, pues, por mi parte contradicción.

Y en lo que se refiere a rectificar lo que se decía fuera de España respecto a que había habido tantos fusilamientos (entonces no había habido ninguno), eso indica nuestra serenidad, nuestra calma, nuestra buena fe, rectificando aquello que creía que era inexacto; pero aun así, decía en esa carta que había hechos bastantes para que execrásemos a este Gobierno. Por consiguiente, esa cita ¿va contra mí? No. ¿Va contra nosotros? Se ve que nosotros somos hombres desapasionados que decimos: tal cosa es verdad; y aquello que no es verdad lo desmentimos.

¡Que íbamos contra la guerra y contra el militarismo! Sí. Yo no sé de qué se admira el Sr. Cierva, que presentaba la cuestión para sorprender a la Cámara. Decía yo al hablar el primer día aquí que el partido socialista tiene un ideal, con arreglo al cual el ejército desaparecerá y desaparecerá la magistratura y desaparecerá una porción de instituciones. Claro está que, pensando de otro modo, sois muy libres de creer que eso no puede realizarse, pero ésta es la concepción nuestra, y esto no creo que sea ilegal; no creo que haya ideas legales e ilegales. Nosotros opinamos así; y lo mismo que creemos que la Iglesia no debe dominar sobre el Poder civil, entendemos que el ejército no debe de pesar sobre nosotros; y en esto hay gran variedad de matices. Entre vosotros mismos son muchos los antimilitaristas, porque no creo que haya aquí quien diga que debe dominar esa institución sobre todo el país. Vosotros mismos decís que esa institución tiene una misión

que realizar en el país, como otra institución cualquiera tiene otro fin distinto.

No es extraño que nosotros trabajemos porque esta institución, lo mismo que la Iglesia y que tantas otras instituciones, no lleguen a tener ese predominio. Por lo demás, claro es que los países guerreros dan en sus respectivas Naciones un predominio a esa institución militar que nosotros no consideramos conveniente. Nosotros, por más que creáis que no pensamos en la realidad, creemos que el ejército desaparecerá un día, porque no tendrá razón de ser en cuanto haya intereses armónicos, y me parece que con esto no se ataca a los militares. Nosotros creemos que llegará un tiempo en que no hará falta el ejército, y seguramente entonces los militares lo pasarán mejor, y no me refiero sólo a los soldados, sino a los mismos jefes; pero nosotros, los que opinamos así, sabemos que todavía se necesita la fuerza armada. De lo contrario podría decirse: si atacan a tu país ¿cómo vas a defenderlo? Ahora bien; nosotros queremos un pueblo armado, por entender que es menos fácil dominar un pueblo armado que un pueblo con ejército.

Ya sé, podrá hacérseme el siguiente cargo: ese hombre que mantiene esas ideas, ¿qué razón tiene para hablar en este debate? A mí me parece que vosotros, que tenéis más instrucción que yo, que conocéis mejor lo mismo la historia antigua que la historia moderna, sabréis que lo que he dicho antes es verdad; que en los pueblos guerreros, en los pueblos que dominan las guerras predomina esa institución, lo cual está reñido con las ideas modernas. De ahí que aun en países militaristas como Alemania se trate de llegar al ideal que yo defiendo, no sólo por esa razón, que es muy importante, sino por lo que cuesta el mantener esa fuerza. Por consiguiente, al decir yo estas cosas no daba a entender nada de lo que ha supuesto el Sr. Cierva.

Y respecto a mi actitud por los republicanos, únicamente he de manifestar que entonces decía lo que creía procedente; pero advertiré acerca de este punto que nos

hemos censurado unos a otros; de suerte que si S.S. creía que esta cita iba a servir para que se disgregasen las fuerzas de la conjunción, se ha equivocado, porque sobre todo eso están los motivos que nos han unido, y permaneceremos así mientras no se cumplan los propósitos que nos hemos comprometido a realizar. Así es que no tengo por qué negar la carta; no tengo que hacer más que dar estas explicaciones.

Su Señoría, con marcada intención nos leyó un párrafo según el cual los revolucionarios, así decía S.S., habían querido asaltar varios establecimientos de la calle de Fernando. Sr. Cierva, este punto ha sido explicado ya más de una vez. Yo digo a S.S.: si los hombres que han sido dueños de Barcelona —porque yo supongo que si las fuerzas que allí tenía el Gobierno hubieran sido bastantes no se hubieran realizado los actos que se cometieron—, si los hombres que durante cinco, cuatro, o dos días fueron dueños de Barcelona hubieran tenido esos sentimientos y hubieran querido cometer robos, ¿hubieran tenido necesidad de ir a la calle de Fernando? En mi discurso anterior, refiriéndome a una interrupción de D. Dalmacio Iglesias, hube de decir que una de las manifestaciones de honradez de ese movimiento era el que habiendo dispuesto varios días de la población, no habían realizado nada de eso, salvo en casos excepcionales.

Porque en esto sucede una cosa: culpáis a los revolucionarios, y la mayor culpa es de los gobernantes. Hay en nuestra sociedad, por desgracia, elementos maleantes, unos por falta de educación, otros por la miseria, otros por estímulos de ciertos elementos que suelen aprovechar hasta en las elecciones. Todo esto forma un poso, un sedimento que se manifiesta cuando se agita la sociedad. ¿Se puede culpar a los revolucionarios de esto? Más se puede culpar a aquellos que gobernando, teniendo influencia en el país, no la ejercieron para que eso se repare, se extinga; porque no es estableciendo quincenas en las cárceles ni haciendo levas cómo eso se remedia, sino realizando otra

labor que en realidad no se realiza. De modo que cuando se presentan esos movimientos y acusáis a los revolucionarios de que son ellos los autores de los delitos, cometéis una injusticia, porque de que intervengan en esos hechos esos elementos maleantes sois más responsables vosotros que los revolucionarios.

No hay que llamar revolucionarios a los que cometen los robos, cuando el solo hecho de salir a la calle con armas revela que se lucha por una idea, que va a jugar la vida, y cuando se corre todo este riesgo se hace por algo noble y elevado. Eso no es conocer a los revolucionarios, o es querer desacreditarlos.

El Sr. Cierva, en su empeño de demostrar que Ferrer había sido el jefe de este movimiento, leyó ahí no sé cuántos textos; dijo que Ferrer había fundado Solidaridad Obrera, y una porción de cosas más, que me dieron mayor convencimiento del que antes tenía de que Ferrer no había sido jefe de aquella revolución.

¡Solidaridad Obrera fundada por Ferrer! Hay necesidad, Sr. Cierva, de conocer mejor el movimiento obrero. El movimiento obrero no se crea así, porque a un señor se le antoje; se crea en virtud de verdaderas necesidades. En Barcelona, en Cataluña, el movimiento obrero, con la táctica que han empleado, ha tenido varias caídas; ha habido momentos en que ha estado en su apogeo, y la mala táctica le ha hecho caer, y se deshizo. Pasó tiempo, y ante la necesidad de que os hablaba han vuelto a organizarse; y si la forma anterior, el nombre anterior han creído los obreros que les perjudicaba, han adoptado otro nombre.

Resulta así una verdadera historia de este movimiento, con sus caídas y elevaciones, apogeo y vuelta a caer; pero llevaba ya una buena temporada en Cataluña que el movimiento obrero estaba deshecho.

La necesidad que sienten los trabajadores se manifestó con más fuerza y se creó Solidaridad Obrera, donde entraron elementos de todas clases. Los anarquistas, que

antes eran enemigos de todas las Sociedades, con la doctrina de todo o nada, han cambiado de ideas, no en Barcelona sino en todos los países respecto de este particular, y han aceptado el entrar en esa organización; por eso hay en ella elementos anarquistas y otros que no lo son, radicales y socialistas. De esa clase de elementos se compuso Solidaridad, siquiera predominasen unos más que otros.

Eso de que un hombre cree una Solidaridad Obrera para realizar un movimiento, es forzar el argumento, acudir a esas cosas imaginarias para que, buscando la responsabilidad del movimiento, se venga a decir que Ferrer fue el jefe. Es más, Solidaridad Obrera, como tal Solidaridad, no ha tomado parte en el movimiento; la prueba es que S.S. no encontrará entre los presos y condenados ningún individuo que haya figurado al frente de Solidaridad Obrera; lo único que resulta es que una parte de los elementos de Solidaridad tomó la dirección del movimiento de la huelga, como la tomaron los socialistas y otros.

Se pensó en la huelga, pero no se pensó en preparar un movimiento revolucionario, y eso acusa precisamente que no hubo dirección. No había tiempo para organizar un movimiento de fuerzas, porque por poco que se sepa de esto se comprende que entre organizar una huelga o preparar un movimiento de fuerzas hay mucha diferencia, pues esto último requiere tiempo y ciertas condiciones. Se pensó, repito, en la huelga y luego surgió lo demás, pero no hubo ni pudo haber dirección y jefatura.

Es más, respecto a este punto hay una contradicción, en lo dicho por el Sr. Cierva, porque unas veces sostiene S.S. que en este movimiento han predominado los radicales de Barcelona, y otras veces dice que los elementos predominantes fueron los de Solidaridad Obrera; pero como en realidad aquellos elementos no marchaban de acuerdo en Barcelona, si los de Solidaridad Obrera eran los que dominaban, tenían que absorber a los otros; y si eran los elementos radicales no había Ferrer de ser el jefe cuando no estaba con ellos en buenas relaciones.

Y es que en realidad no hubo nada de eso. Hubo en el movimiento elementos de Solidaridad Obrera, hubo elementos sindicalistas y socialistas, y como en Barcelona hay muchos obreros radicales, también intervinieron elementos radicales. Pero no hubo dirección, y pretender atribuirlos a Ferrer es citar un dato más sin consistencia para acumularlos a otros que están por igual, desprovistos de fundamento.

El Sr. Cierva preguntaba dónde estaba la dureza en la represión que se le atribuye, y nos citó aquí el número de condenados y absueltos; pero omitió el de los que están en la frontera y en otras partes, precisamente por temor a ser víctimas de la represión, en vista de la forma en que ésta se llevó a cabo.

Pero aún tomando los mismos datos que citó el Sr. Cierva, se ve si de mil ochocientos y tantos presos, más de 1.000 han sido absueltos al cabo de bastante tiempo, es evidente que todos esos ciudadanos han estado en la cárcel sin motivo, puesto que el sobreseimiento o la absolución los ha declarado inocentes.

Eso demuestra que lo que se buscó fue reprimir a todo trance, y no hubo el tacto y el cuidado necesario, prescindiendo además del carácter de aquel movimiento y de que lo había determinado principalmente la protesta de los trabajadores contra la guerra.

Dije yo en mi discurso que en Sitges se habían preso a 12 o 14 trabajadores (no recuerdo bien el número) que no habían realizado acto alguno ilegal, y se los ha tenido hasta hace poco en la cárcel y han corrido el riesgo de sufrir condenas duras, siendo víctimas de la venganza de los patronos, atribuyéndoseles cosas que no habían realizado. En Torelló y en algún otro pueblo de Cataluña no hubo acto alguno de fuerza. Se realizó una huelga tranquila que duró tres días en unos pueblos, cuatro en otros, y ya en septiembre se prendió en Torelló a 20 hombres y se los sacó de su casa en las peores condiciones por la noche, y sin darles tiempo para nada. Éstos fueron a la

cárcel de Vic, donde, por las pésimas condiciones del local, tan malo como casi todas las cárceles de España, murió uno de esos individuos. Se trató en el pueblo de abrir una suscripción a favor de esos presos, y se dijo que no se podía abrir, que los de las cárceles tenían asegurado el rancho y que las familias se buscasen la vida.

En Mataró el 25 de septiembre, había en la cárcel 86 presos, entre ellos dos mujeres y un *niño de once años que llevaba incomunicado tres días*.

La persecución ejercida contra los parientes y empleados de Ferrer fue atroz. Como demostración de ello no he de hacer más que leerlos (y os pido mil perdones por la molestia) lo que me escribe uno de los interesados. Dice lo siguiente:

«El 20 de agosto, a las once y media de la mañana» (y cito esto también para que se vea la facilidad con que pudieron los testigos de descargo cumplir su cometido respecto de los acusados), «la guardia civil se presentó en Montgat, comunicándoles la orden de llevar a Barcelona a José Ferrer, su esposa y Soledad. Inmediatamente les hicieron salir, sin tiempo siquiera para recoger a un hijo de José que en la playa estaba bañándose. Una vez en la ciudad, lo llevaron, llamando poderosamente la atención pública, a la Escuela de Policía.

Simultáneamente, y a la misma hora, se presentó la policía en el despacho editorial, y se llevaron al administrador a la Delegación del distrito; a los cinco minutos otro inspector me llevó a mí a otra Delegación, y al poco rato al periodista y traductor de la casa Sr. Litrán, el cual tuvo que despedir a dos jóvenes encuadernadoras y cerrar el establecimiento.

A la misma hora se personaron y detuvieron al anciano Anselmo Lorenzo, también traductor, y al profesor racionalista Sr. Casasola. En las delegaciones respectivas nos tomaron la filiación, y de allí nos llevó una pareja de Seguridad, con tercerola, por lo más céntrico de la Ciudad, las Ramblas a la Escuela de Policía. Una vez allí, los que

primero llegaron fueron la familia Ferrer, Anselmo Lorenzo, el administrador, Casasola y el que suscribe.

A la una de la tarde se los llevaron custodiados a la estación; iban desterrados a Alcañiz. Me quedé solo en aquel Centro policíaco, pero al poco rato llevaron a Litrán y allí nos tuvieron sin comer nada hasta las seis de la tarde, hora en que nos dieron permiso para cenar, pagando de nuestro bolsillo.

No estaba del todo cumplido el plan, y al poco rato nos hacían compañía José Robles, profesor, cuñado de Soledad, y un hermano de ésta. El primero dejó en la escuela a su compañera con tres hijos. El segundo lo sacaron de una modesta imprenta suya, que, a costa de sudores y economías, iba sosteniendo y a su esposa encinta de nueve meses; y yo tenía mi padre enfermo de cuidado y era yo el sostén de la familia. A consecuencia de estas tribulaciones, murió antes de que yo acabase el destierro.

Nos tuvieron allí toda la noche, y al día siguiente a las ocho de la mañana, nos entregaron un oficio comunicándonos la orden de destierro. Inmediatamente nos *amanillaron* por parejas y por el Paseo de Colón a la estación. Montaron en el vagón cinco guardias civiles y tres inspectores, que nos acompañaron hasta Alcañiz. En el tren nos quitaron las manillas y *nos las pusieron a los pies*, y de éste modo hicimos el viaje, hasta las siete de la noche que llegamos a La Puebla.

Una vez en Alcañiz, el jefe de la fuerza se hizo firmar un recibo del alcalde, ni más ni menos que si fuésemos una mercancía o cuatro borregos.

Pasaré por alto las mil periperias que durante los diez días que allí estuvimos nos pasaron. Nos tenían como fieras, pues nos hicieron pasar por anarquistas, por incendiarios, y saqueadores. Las beatas recogían firmas para que se nos expulsase; de la posada fuimos despedidos porque al dueño le hicieron gran presión y le obligaron. A los diez días fueron citados en casa del alcalde una comisión de desterrados, y a presencia de él y de un capitán de la

guardia civil y un inspector especial de Madrid, nos comunicaron que podíamos elegir otra población. Elegimos Madrid, por ser capital y en ella encontraríamos trabajo y caras amigas. Consultóse con Cierva, y dijo que de ninguna manera. Optamos por Valencia igual consulta e idéntica respuesta; Zaragoza, y lo mismo; Bilbao, y tampoco. Cansados ya de elegir, decidimos que lo hiciesen ellos, y entonces destinaron Teruel, pero teníamos que pagarnos el viaje, mas como nos opusimos de un modo terminante y, a la vez, no teníamos dinero, tuvieron que arreglárselo el alcalde y los clericales, los cuales para que *les recordásemos*, creyeron más conveniente facturarnos en una diligencia de mala muerte, custodiados por la guardia civil, y así el camino sería más largo y la expedición llamaría más la atención, porque tendríamos que hacerla en tres grupos. Propusimos abonar la diferencia del importe, unos cinco reales, y hacer el viaje en ferrocarril, en atención que llevábamos a Anselmo Lorenzo, de sesenta y ocho años, a su anciana esposa y dos hijas, *que también las desterraron* por ser esposa e hijos del empleado de Ferrer; a dos personas más de edad, y una niña de tres años hija de José Ferrer. Todo inútil; entonces el viaje hubiese sido cómodo y corto, y de la otra manera duró 36 horas. Nuestra llegada a Teruel fue de lo más aparatosa y teatral que pueda darse, porque frente a la posada se formó un cordón de guardia civil que contenía la gente a gran distancia, inmediatamente *nos registraron* y comunicaron la orden *de no poder hablar con nadie y de no poder salir de la fonda más que de dos en dos*, y siempre que en la posada quedasen los dos restantes desterrados».

El Sr. PRESIDENTE: Yo llamo la atención de S. S. sobre que en la rectificación lleva ya una hora, y eso está fuera de todo lo que el Reglamento consiente.

El Sr. IGLESIAS (D. Pablo): Termino, Sr. Presidente, porque en cuanto al turno que estoy consumiendo...

El Sr. PRESIDENTE: Su Señoría no está consumiendo su turno, está rectificando.

El Sr. IGLESIAS (D. Pablo): Dispéñseme el señor Presidente; debe considerar que no se trata de una simple rectificación, porque a lo que me dijo el Sr. Cierva había que agregar algo más que una rectificación; de modo que se trata de una rectificación y una respuesta.

El Sr. PRESIDENTE: Por eso lleva S. S. en el uso de la palabra una hora.

El Sr. IGLESIAS (D. Pablo) Yo soy nuevo en la casa; pero debo decir a S. S. por más que no me quiero comparar con otros, que me parece que en esta casa se habrá empleado más de una hora por muchos señores Diputados rectificando.

El Sr. PRESIDENTE: En la rectificación, no, y no se puede quejar S. S. de la Presidencia.

El Sr. IGLESIAS (D. Pablo): Terminaré la lectura... «comunicaron la orden para no poder hablar con nadie...»

Se trata, Sres. Diputados, de la familia de Ferrer, y yo comprendo que tuviese motivos el Sr. Cierva para hacerla cambiar de domicilio, pero no para tratarla con la falta de consideración que significa enviarla a un pueblo donde no tenía medio alguno de poderse ganar la vida, donde además, las ideas reaccionarias dominaban, y, por consiguiente, al solo anuncio de que habían de llegar esos ciudadanos, habían de ser mirados como lo fueron, y cuando pidieron el traslado a una población donde pudieran ganarse la vida, no se les dejó elegir y se les mandó a Teruel.

Los detalles narrados en esta carta, ¿son de suavidad y de consideración para la familia y para los empleados de Ferrer? Me parece que no indica esto blandura y consideración por parte de sus perseguidores, y más, tratándose de individuos que hubieran sido acaso los que hubiesen podido declarar con más razón, al menos algunos, en el asunto de Ferrer.

Yo no he visto en todo lo alegado por el Sr. Cierva dato alguno que justifique el que el Sr. Ferrer fuese ejecutado. El Sr. Cierva nos ha dicho que el Sr. Ferrer en tal año aparece conspirando, en tal año aparece escribiendo tales

manifestaciones, en tal año haciendo tales cosas; pero de que haya dirigido el movimiento, no hay respecto a ese punto, nada concreto. Todo lo que S. S. ha dicho son antecedentes del individuo; pero hechos que acrediten su participación en el movimiento no los hay. Que contribuyó a fundar la Solidaridad, que le dió dinero, que estuvo en inteligencia con Lerroux, que hizo todo esto... Pero ¿puede esto ser motivo suficiente, razón bastante para que se haya hecho con Ferrer lo que se hizo?

Es más; hay otra cosa muy importante, Ferrer, según el Sr. Cierva, era un conspirador, Ferrer era anarquista, unas veces, otras republicano. Me parece, Sres. Diputados, que la hora de la muerte es la hora de las grandes sinceridades. ¿Cómo murió Ferrer? Al morir ¿dijo ¡viva la anarquía!? Al morir ¿dijo ¡viva la república!? No; al morir dijo ¡viva la Escuela Moderna!, que era lo que él representaba, que era lo que más quería. Este dato tiene una importancia extraordinaria, porque no cabe decir que entonces trató de adoptar una actitud gallarda, de desfigurar los hechos y de no decir lo que sentía; si en él hubiese dominado la idea anarquista, hubiera dicho ¡viva la anarquía!, si él hubiese deseado el triunfo de la República, hubiera gritado ¡viva la república!; pero no dió esos gritos, sino el de ¡viva la Escuela Moderna!, que es lo que le obsesionaba, lo que le dominaba, aquello por lo cual más luchaba.

Este es un dato, y como se ha dicho que nosotros... (el Sr. Presidente agita la campanilla).

Sr. Presidente, no sé por qué clase de consideraciones, cuando me faltan pocos minutos para acabar, me hostiga S. S. con la campanilla.

El Sr. PRESIDENTE: Al contrario, Sr. Iglesias, lleva S. S. hablando más de una hora y está completamente fuera de Reglamento.

El Sr. IGLESIAS (D. Pablo): Yo no he estado ayer aquí, pero me dicen que el Sr. Iglesias (D. Emiliano) habló más tiempo. No es que yo trate de batir el *record* en eso de

hablar más; pero como no sea para otra clase de consideraciones distintas de las de la brevedad, las que influyen en S. S., no me explico que por cuatro o cinco minutos que me faltan no me deje S. S. acabar.

El Sr. PRESIDENTE: Si no es más que eso, continúe S. S.

El Sr. IGLESIAS (D. Pablo): Se nos dice que no hablamos claro de los Tribunales militares, que seamos valientes, que no seamos cobardes. Yo no sé dónde está la cobardía ni dónde el valor, porque aquí se nos ha querido presentar unas veces enfrente del ejército y otras a su lado. Lo que yo digo del asunto Ferrer, por lo que yo he oído, por lo que he visto de la causa, y los datos que hasta mí han llegado, es que el Tribunal se ha equivocado; pero también tengo que añadir que por la manera como se forman estos Tribunales, por su menor conocimiento en el modo de juzgar, según yo he oído aquí pues no tengo autoridad en estos asuntos, no pueden tener siempre acierto. Esa causa, como la de Clemente García, han ido a manos donde no debían haber ido; pero han ido también a las del Sr. Maura. El Sr. Maura goza de reputación de gran jurisconsulto, y yo le digo: S.S. no ha remediado el error, llevado del prejuicio que dominaba al Gobierno, como se deducía de lo expuesto por el Sr. Cierva respecto a Ferrer, de quien sólo se dice que es conspirador y que ha hecho esto y lo otro antes de llegar a este proceso, y cuando se le coge se le echa encima todo el rigor de la ley; y de ahí ha debido nacer el error de esa causa. El Sr. Maura, no por motivos de alta política, sino de justicia, debió salvar ese error con un indulto y no lo hizo. Y por esta razón, en la sesión que yo traté de ese asunto, le declaré culpable de la muerte de Ferrer, como lo he declarado fuera de aquí y como sigo entendiendo que lo ha sido, pues en este asunto no se ha demostrado que Ferrer fuera jefe ni director del movimiento que ha habido en Barcelona. (Aprobación en la minoría republicana).

CAPITULO II

1914

Continúa en el Parlamento el debate sobre el problema de Marruecos, con la intervención de hombres en quien descansaba el poder político de España: Canalejas (asesinado por el anarquista Pardiñas en el año 1912), Dato, Maura, Sánchez Guerra, conde de Romanones, La Cierva, conde de Gamazo, Alba, primeros ministros o jefes de carteras ministeriales. En frente o a su lado se hallaban los tribunos que habían entrado en la historia española. H. Giner de los Ríos, Alcalá Zamora, Cambó, Vázquez de Mella, Franco Rodríguez, Maciá (después presidente de la Generalitat Catalana) Ortega y Gasset, hermano del filósofo, Delgado Barreto, Lerroux, Ventosa... y Pablo Iglesias. Las contestaciones de Iglesias a los discursos de la Corona, aparecen en los números 35, 36, 41 y 50 del Diario de Sesiones del Congreso. Copiamos textualmente su discurso del 26 de mayo, así como algunas partes de la continuación desarrollada en la jornada siguiente. En esta exposición pablista se observa su conducta respecto a la guerra de Marruecos, situada en la perspectiva de aquellos años cruciales, y la coincidencia con los textos que iba a pronunciar Julián Besteiro seis años más tarde en la misma tribuna parlamentaria. Besteiro retrocede en la histo-

ria y expone los argumentos elaborados por Iglesias, pero con mayor solvencia científica, no sólo por lo que afectaba a Marruecos —después de la reconquista y la expulsión de los árabes y bereberes, «el Rif fue el centro del fanatismo musulmán pero España era también el centro del fanatismo cristiano»—, sino a la obra colonizadora general de España.

Veamos el discurso de Pablo Iglesias, que reproducimos en sus párrafos principales:

Señores Diputados, no extrañará seguramente a nadie mi intervención en este debate, no obstante haber llevado la representación de la minoría de conjunción republicano-socialista, el Sr. Rodés; y no extrañará, por la representación que yo tengo aquí de una fuerza política que ha actuado en la campaña que se ha realizado contra la guerra de Marruecos, que es lo que me obliga a hacer uso de la palabra para manifestar de una manera precisa el criterio que el partido socialista tiene en esta cuestión.

No creo que ya pueda manejarse contra los que combatimos la guerra el argumento del efecto que puedan hacer nuestras declaraciones en Marruecos, y de si lo que decimos puede desanimar a aquellos soldados, porque han sido tan crudas, han sido tan terminantes, han sido de tan dura crítica las manifestaciones que aquí se han hecho por todos acerca de la guerra que ese argumento que antes se manejaba contra los que la combatimos ha quedado destruido por los mismos que lo empleaban contra nosotros.

Puede asegurarse que todos los oradores que han intervenido en el debate, menos el Sr. Rodés, han combatido la guerra. Mejor dicho, el Sr. Rodés también la ha combatido; pero quiero decir que en él no tiene nada de extraño; en quienes extraña que le hayan combatido es en los demás. Digo esto, porque casi todo lo que han alegado (acaso pudiera exceptuar a los Sres. Ministros, y aún me parece que con un examen ligero también podría demostrar que la han combatido; pero, en fin, no quiero llegar hasta ahí), casi todo lo que han alegado los Sres. Diputados

que han intervenido en el debate iba encaminado a combatir la guerra.

No hay que decir si de la crítica que hizo el Sr. Conde de la Mortera resultaría la guerra anatemizada. Lo mismo ocurrió con lo que expuso el Sr. Conde de San Luis: sobresaliendo en este asunto el Sr. Conde de Romanones, porque dijo tales cosas, hizo tales afirmaciones, completándolas en el día de ayer, que la consecuencia inevitable de esas afirmaciones es que no se debe continuar la guerra, y para no continuar la guerra, no hay más remedio que adoptar la propuesta por el Sr. Rodés en nombre de esta minoría.

Habló el Sr. Amado y pasó lo mismo. El Sr. Amado, en la crítica que hizo, acaso fue uno de los más declarados adversarios de la guerra. Y el Sr. Maura, tardes pasadas, no hay que decir la tarea que realizó.

El Sr. Conde de Romanones nos dijo que no había, ni para la acción civil ni para la acción militar, los elementos necesarios para cumplir el Convenio relativo a Marruecos; porque si bien en su discurso, por lo que se refiere al elemento militar, empezó alabando las condiciones de nuestros soldados, de nuestros jefes y de nuestra dirección militar, tomando el ejército después en conjunto dijo lo que creo que no ha dicho aquí nadie: que había necesidad de volver lo de arriba abajo para que pudiéramos cumplir el Convenio; y como esto no se puede hacer en unos días, ni en unos meses, ni siquiera en años, no hay más que deducir las consecuencias de esa afirmación para llegar a la contradicción con lo que sostiene después como finalidad el Sr. Conde de Romanones.

Me asombraron, y no creo que fui yo el único asombrado por ellas, las afirmaciones que hizo el Sr. Maura respecto a las responsabilidades por él contraídas con motivo de nuestra acción en Marruecos. El Sr. Maura discutió con el Sr. Rodés acerca de si del Tratado de 1904 se deducían responsabilidades para él o no. Creo que el Sr. Rodés ha demostrado perfectamente que las tenía; pero yo he de referirme a los hechos, Sres. Diputados.

Ocurrieron los sucesos sangrientos de Marruecos en 1909, y el elemento socialista, que no ya desde entonces, sino desde el año 1907 venía haciendo campaña internacional contra la acción en Marruecos, campaña que se había acordado en Stuttgart, la hizo más viva y, sin salirnos de los procedimientos legales, cumpliendo la ley, procurando que aquella parte del país que creíamos nosotros que no se fijaba bastante se fijase en el asunto, y conmoviendo, dentro de lo que nuestras fuerzas lo permitían, la opinión, realizamos algunos actos contra la guerra; pero el Gobierno del Sr. Maura no nos dejó continuar y prohibió meetings, prohibió conferencias, y después, cuando quisimos emplear la huelga general como protesta contra la guerra, estranguló esta huelga general o parte de ella, encerrando a los elementos que en las grandes poblaciones tenían la dirección de este movimiento.

No he de recordar lo que se hizo después de los sucesos de Barcelona, las consecuencias que aquello tuvo, la política que se desplegó, los hechos que se realizaron, que tuvieron por triste coronamiento los fusilamientos de Montjuic, entre ellos el de Ferrer; y todo aquel movimiento que arrancó desde la guerra hasta estos últimos hechos a que me refiero; todo aquello es lo que hizo que, no ya sólo los elementos socialistas, sino todos los elementos de la izquierda, nos pusiéramos en frente de aquellos hombres y trabajásemos para que cayeran y afirmásemos después que, por nuestra parte estábamos decididos a que los hombres más significados de ese movimiento no volvieran a ser Poder.

El *Mauro no*, lanzado por nosotros, arrancó de aquellos hechos y aún admitiendo, aun pudiendo admitir cierta separación entre la campaña del año 9 y las posteriores, no se explica que hubiese las persecuciones tan duras que se realizaron contra los que hacíamos la campaña contra la guerra de Marruecos, mucho más si se tenía en cuenta que no se trataba solamente de combatir una cosa episódica y accidental, sino la política guerrera que veíamos desarro-

llarse en Africa; no pudiendo decírsenos que tratábamos de explotar aquel asunto, que tratábamos de hacer de él cuestión de oposición a un Gobierno, cuando nosotros veníamos haciendo esa propaganda general con nuestros correigionarios de Francia, que condenaban, como condenamos nosotros, la campaña que se está haciendo por Francia en la parte colonial suya, y por España en la parte que trata de dominar.

No me extrañó, sin embargo, lo que posteriormente dijo el Sr. Maura, sobre todo después de las declaraciones que ya se habían hecho por elementos suyos. El Sr. Maura ha combatido la acción militar en Marruecos; el Sr. Maura ha indicado que el protectorado debía ser la paz; en una palabra, vino a hacer una campaña casi pacifista. Pero en el discurso del Sr. Maura me ha parecido ver una profunda contradicción; porque decía en uno de los períodos de su discurso que la política actual, que la acción que hoy se está desarrollando en Africa no podía continuar, y en esto estábamos todos conformes; pero en la conclusión de su discurso, después de decir que el Gobierno tenía que evolucionar, añadía que el Gobierno vería cómo, de qué manera y cuándo. Si aquello urgía tanto, ¿cómo se podía decir después eso otro, que casi ha sido aceptado por el Gobierno? Porque el Gobierno ha dicho que sí, que en cuanto pueda variará; aunque el Sr. Dato, frente al requerimiento del Sr. Maura para que se cambiara pronto de política, contestó que no lo podía hacer, que tenía que ir lentamente; pero luego, contestando a las proposiciones del Sr. Cambó, el jefe del Gobierno ya no hablaba de que tuviera que proceder tan lentamente, sino que decía que haría lo que proponía el Sr. Cambó; y la diferencia que había entre lo que dijo un día y lo que dijo otro creo yo que obedecía al hecho de que se ventilaba algo político la otra tarde, aun cuando días antes, ante la urgencia que parecía mostrar el Sr. Maura pidiendo que esa política terminase enseguida, el Sr. Dato se creyó en el caso de decir que había que ir con entitud, y añadió aquello otro de que si había quien pu-

diera hacerlo en seguida que viniera al banco azul a hacerlo, porque él no lo podía hacer, y que la mayoría vería lo que debía decidir. Pero de todos modos yo creo que el criterio pacifista expresado por el Sr. Maura resultaba desvanecido por la conclusión de su discurso confiando al Gobierno la forma y el tiempo en que había de hacer la evolución, porque eso equivalía a dejarlo para dentro de mucho tiempo.

En el debate actual realmente no se han tratado cosas fundamentalmente distintas de las que fueron tratadas en los distintos debates mantenidos, ya al discutirse el Convenio, ya con motivos de cuestiones políticas o por hechos ocurridos en Marruecos. Entonces ya se habló de la solución que presenta la minoría conjuncionista, de la solución de la retirada; entonces ya se manifestó también el otro criterio, y se presentó el argumento de que el protectorado, o el dominio, o como queráis llamarlo, de Marruecos, importaba, sobre todo, por ser una frontera que necesitamos para la integridad e independencia de nuestro país. La diferencia que veo entre aquellos debates y éste consiste en que han desaparecido ciertas opiniones que aquí se alegaban y que nosotros combatimos, lo cual representa una concesión al criterio de los que combatimos la guerra. Ya no se habla de que allí hay beneficios que obtener, ya no se habla de la grandeza que pueda adquirir España dominando Marruecos; ya no se habla de cumplir tal o cual testamento; se habla de que hay una frontera sin la cual nuestra independencia puede peligrar; y se agrega que para mantener esa frontera hay necesidad de hacer sacrificios. Aquellos argumentos que aquí se exponían diciendo que había utilidad para el país y todas aquellas otras cosas que se alegaban enfrente de lo que nosotros sosteníamos, los mismos que las alegaban dejan ya de alegarlas; terreno es ese que pierden ellos y que ganamos nosotros.

Es más; entonces se decía que éramos unos cuantos los que sosteníamos que el país veía en aquella campaña una campaña de dominio, una campaña de conquista, y hoy se

afirma que el 90 por 100 opina así. Antes, cuando aquí se sostenía (yo lo he dicho algunas veces con mis pocos medios de expresión pero lo he dicho) que nosotros representábamos los intereses y la opinión del país en este asunto, se nos decía que eso no era más que la opinión de una minoría, de un pequeño grupo o de un partido, pero nada más. Hoy estoy seguro de que en el fondo de vuestra conciencia (así lo han declarado los que han hablado), comprendéis que no hay asunto más grave que éste y la gravedad no puede haber nacido hace un año ni hace doce, la gravedad estaba en el propio asunto, como después, con más hechos, con más pruebas, fijándose más la atención de todo el mundo, se ha reconocido. Sólo así se explica el número de sesiones que llevamos tratando esta cuestión; sólo así se comprende el interés que en el país va teniendo en ella; sólo así cabe admitir, a pesar de que habláis de la necesidad de continuar esta campaña de Africa, considerando aquellos territorios como nuestra frontera, las notas amargas que aparecen en los labios de los mismos que defienden esta solución.

Ha ganado, pues, la opinión pública, y mucho es que la opinión, en vez de aparecer con escasa fuerza, como indiferente, haga que en un momento como éste su fuerza se reconozca.

Yo, examinando este asunto, aunque sin traer novedades al debate porque el debate mismo exige que yo intervenga, he de manifestar los dos criterios que sustentamos nosotros en la cuestión del protectorado.

Para nosotros (me refiero a los socialistas), la política colonial no es lo que se dice; ni consiste en procurar el progreso de otros países, ni en mejorar las condiciones de tales o cuales pueblos, ni en llevarles más instrucción. Podrá eso resultar alguna vez; pero la finalidad verdadera de las campañas coloniales no es otra que la de obtener beneficios, la de buscar en el país adonde se expansiona el que conquista campo para los negocios de los suyos, medios y fuerzas para los elementos que explotan, el do-

minio del mercado, y todas aquellas condiciones de carácter material que lleva consigo el régimen en que vivimos. Por eso, aunque hablen de justicia, aunque hablen de la integridad de la Patria, los que piensan así se encuentran verdaderamente desarmados; porque se da el caso, que pudiera parecer paradójico, de que aquellos que, como los socialistas, sostenemos que la patria del hombre debe ser el mundo, sin negar la patria pequeña, seamos con nuestras doctrinas los más patriotas; y digo que seamos, porque pueblos que piensan en dominar a otros pueblos, que piensan en atentar contra la independencia de otros, no tienen razón ninguna para hacerse respetar cuando a ellos se les atropella.

Si nosotros, particularmente, no siendo como no somos un país fuerte, teniendo necesidad de preocuparnos mucho de la situación de nuestro país y de sus fuerzas, damos barato y no nos importa nada la libertad, la independencia de otro pueblo, sabiendo que los hay muy superiores a nuestro, que mañana pueden acordarse de España para hacer lo mismo que hacemos hoy nosotros con Marruecos, quienes sostengan el criterio de que es lícito dominar a los extraños, cuando otro país más importante que el tuyo quiera hacer lo que se hace con los moros, ¿cómo han de decirle a estos países: «No tenéis derecho a hacer eso, vamos a pelear por vuestra independencia»? Faltan razones para emplear este lenguaje. Ese derecho lo tienen los socialistas, los que no queremos atentar contra la independencia de nadie. Por eso hemos protestado siempre contra la guerra de Marruecos. Somos, pues, los socialistas más patriotas de lo que pueden serlo los demás españoles que opinan de otra manera.

Aquí se ha hablado de protectorado, de llevar a la región marroquí los beneficios de la civilización, pero no es eso. Ya se dicen las cosas más descaradamente. Estos días me parece que el miércoles de la semana pasada, he leído unas declaraciones del Sr. Conde de Romanones en «L'Éclair», que me parece que serán fidedignas; y al referirs

a la cuestión de Africa no habla, ciertamente, de protectorado; habla de dominio, y si se nos apura un poco, hablaremos de la necesidad de la anexión. Ya se olvida el lenguaje diplomático el lenguaje del engaño. Estos días publicaba La Correspondencia Militar un trabajo de un teniente francés, donde se dice que al protectorado de Marruecos no se le daba su verdadero nombre de anexión porque es una palabra dura; pero este teniente afirma que de anexión se trata, y que Francia no solo se anexionará su zona de influencia, sino que también será anexionada la que corresponde a España. Así es que, poco a poco lo que desde el principio se disfrazaba va manifestándose cada vez más como van manifestándose también los motivos que nos llevan a esta empresa.

Supongo que producirían efecto en la Cámara ciertas declaraciones del Sr. Conde de Romanones cuando ayer quería justificar la opinión de que no se podía hacer todo lo que se pedía en cuanto al elemento civil. Hablaba de si podíamos estarnos quietos o no, de si nos habían avisado ya o si nos avisarían; por cierto que al repasar el «Diario de las Sesiones» no he hallado eso de que nos habían avisado ya (El Sr. Senante: Está en el Diario de las Sesiones). Lo habré leído mal. Pero, en fin, así lo dijo. Las declaraciones del Sr. Conde de Romanones cuando hablaba de si es difícil llevar al Jalifa a tal o cual punto, de que los moros no habían contestado a un carta del Jalifa y de que creían que detrás del Jalifa estaba España, demuestran que los moros ya sabían de que se trataba.

Merece desentrañarse la advertencia que nos hacía el Sr. Conde de Romanones de cómo hemos ido a esta empresa. Hemos ido obligados. Como pueblo más débil que Francia y que Inglaterra que son los más interesados en ella porque a Alemania no la preocupa tanto vamos allí a desbrozar el terreno, a limpiarlo, a ponerlo en condiciones de que puedan abrirse paso los productos ingleses franceses y obtengan estos países los beneficios que esperan, alguno sin verter una sola gota de sangre. El Sr.

Conde de Romanones nos decía que si desistimos del empeño, no sólo se nos avisaría, sino que seríamos sustituidos. A eso vamos a pasos agigantados.

No se diga pues, que cuando se hizo el Tratado se pensaba en civilizar el pueblo marroquí ni en ninguna de las cosas de que se habla. Fuimos allí muy desprevenidos. Ni son los políticos españoles en general lo más estudiosos ni los más previsores, y de las palabras mismas de nuestros adversarios se deduce que si nosotros no hubiéramos intervenido, lo habrían hecho las otras Potencias, y aquí se ha indicado lo que tenían tratado Francia e Inglaterra respecto a este particular: que si España no quería intervenir, ellas realizarían su labor. Hemos ido, pues obligados, y no se nos hable mucho, aunque las palabras sean muy sonoras y puedan producir cierto efecto, si bien ante la razón no tienen ningún valor, de que vamos buscando la independencia de nuestro país y de que no podemos consentir que en esa región se hagan tales o cuales cosas por que el honor del país sufre. En lo que ha sufrido el honor del país es en haberse visto obligado a entrar en esos convenios y contratos. ¿Cómo juzgarán los alemanes, los ingleses y los franceses nuestra situación al tratar con ellos? Gentes tan avispadas ¿van a creer esas cosas que se dicen en los periódicos, y en las reuniones, y algunas veces aquí, de que hemos pactado de igual a igual? No. Hemos ido obligados. Claro está que podrá preguntarse si estábamos en condiciones de hacer otra cosa; de todas maneras, cabría discutir qué nos debilita más, si lo hecho u otra actitud que pudiéramos haber adoptado frente a estas Potencias.

Paso al segundo criterio que quiero exponer ante la Cámara. He dicho que el partido socialista no quiere atender a la independencia de ningún pueblo, esté atrasado o no, y que no podemos considerar como acción civilizadora más que aquella tras la cual no haya ninguna arma, absolutamente ninguna. Esto es lo que nosotros sostenemos pero quiero examinar el propio criterio de la clase bu

DIARIO

DE LAS

SESIONES DE CORTES

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Actamen de la Comisión permanente de suplicatorios proponiendo se ceda la autorización solicitada por el Tribunal Supremo de Justicia a proceder contra el Sr. Diputado D. Pablo Iglesias á consecuencia de la publicación en el periódico "El Socialista," de un artículo reduciendo frases pronunciadas por dicho señor en un "meeting," celebrado en el teatro Lux-Eden, de Madrid
o particular del Sr. Salvatella proponiendo se deniegue la autorización solicitada en el expresado suplicatorio.

AL CONGRESO

La Comisión de suplicatorios ha examinado el día 3 de Octubre de 1913 dirigió á la Cámara el Tribunal Supremo de Justicia solicitando autorización para procesar al Sr. Diputado D. Pablo Iglesias á consecuencia de frases pronunciadas en el *meeting* celebrado en el local del teatro Lux-Eden, de Madrid, y reproducidas en el periódico *El Socialista* (27 de Julio de 1913); y considerando que, examinados los hechos que sirven de fundamento al suplicatorio, no hoy motivo para suponer que se trata de coartar arbitrariamente la libertad del Diputado, ni para que el Congreso deniegue la autorización que se soli-

La Comisión se ve en el caso de proponer al Congreso que acceda á la concesión pedida en el suplicatorio.
 Sesión del Congreso 1.º de Junio de 1914.—
 Excmo. Sr. D. Apapricio. — Carlos Cañal. — Santiago

Alba.—Fernando Merino.—Nicanor de las Alas Fumariño.—Abilio Calderón.

El Diputado que suscribe, no compartiendo el parecer de los demás señores vocales de la Comisión de suplicatorios respecto del que con fecha de 3 de Octubre de 1913 dirigió á este Cuerpo Colegislador el Tribunal Supremo de Justicia solicitando autorización para procesar al Sr. Diputado D. Pablo Iglesias á consecuencia de frases dichas en el *meeting* celebrado en el local del teatro Lux-Eden, de Madrid, y reproducidas en el periódico *El Socialista* (27 de Julio de 1913), formula el presente voto particular atendidas las circunstancias del hecho, y tiene la honra de proponer al Congreso se sirva denegar la autorización pedida en el suplicatorio.

Palacio del Congreso 1.º de Junio de 1914.—
 Joaquín Salvatella.

guesa, de la clase poseedora. El criterio de esta clase es el de buscar el mayor beneficio posible en la política colonial. Desde el punto de vista de la utilidad, todos lo habéis reconocido, por lo menos en este debate, que no la hay. Nadie será osado a proclamar, se ha dicho, que con la puerta abierta en Africa sean nuestros productos los que vayan a dominar aquel mercado. Podrá haber alguna mercancía que por excepción venza; las demás serán barridas por las de los alemanes, franceses, ingleses o belgas. No vamos, pues, a obtener más resultado que el de beneficiar a esos países, sin que ellos hagan nada por su parte a nuestro favor. Descartado esto, no se le puede hablar al país de la utilidad que por nuestra acción obtenga, y en cambio hay que ver lo que cuesta la campaña en dinero, en hombres y en créditos; porque si el crédito de una persona vale mucho, el de un país tiene que valer mucho más, y así se juzgará también de una Nación por lo que haga. Ya esos países que nos obligaron a ir a los Convenios a que vengo refiriéndome, debían tener de nosotros no muy buena idea, y al emprender una campaña como la que se está realizando y ver lo que se hace en ella, tienen que formar un concepto mucho peor, y en este sentido nuestro crédito pierde. Desde el principio, y al ver que nos agarrábamos del brazo de ellos soñando en algún momento, nuestros hombres políticos, o aquel a quien sirven esos nombres con grandezas o con ser una potencia de tal o cual orden, tenían que considerarnos hombres de poca reflexión, como país mal dirigido, tanto más cuanto que teníamos antecedentes de nuestros desastres coloniales.

Parecía que después de aquello, todos nuestros hombres políticos, los pecadores y los no pecadores, debían haber estudiado bien la cuestión, y los pecadores, si habían de seguir funcionando como gobernantes, haber procurado transformarse algo, modificarse, corregirse, y los no pecadores, procurar no caer mañana en lo mismo que habían caído los otros. ¡Y en vez de esto, el país aún no repuesto, débil, empobrecido en su sangre y en su dinero, se vio

metido en una campaña como ésta! ¿Qué juicio habrán formado los demás pueblos de nosotros? ¿No lo hubiesen formado mejor si en vez de conseguir que fuésemos del brazo con ellos a esa campaña, hubiéramos dicho que no nos convenía, que no queríamos eso, que de lo que tratábamos era de dar a este cuerpo nacional aquella sangre que le faltaba, aquellos medios que no tiene, y, en vez de aparentar una fuerza que no teníamos, ponernos en condiciones de poseerla algún día? Es evidente que entonces nos hubieran juzgado mejor, por lo menos como país de más juicio.

No se puede decir, como aquí se ha dicho, que la solución de la retirada de Marruecos ²⁰ era casi un suicidio para el país. Yo me considero un hombre de escasas condiciones intelectuales y, a pesar de eso, veo clarísimamente la cuestión. Con el esfuerzo que nos cuesta la campaña hemos quedado debilitadísimos, como no hubiéramos quedado con la neutralidad o con la abstención; y como no es el derecho lo que rige en las relaciones de los pueblos, sino la fuerza, así como hoy nos han obligado en parte, por estar en situación de inferioridad, a ir a esa empresa, mañana cuando estemos exhaustos y más débiles aún por haber ido a esa campaña, aunque tuviéramos 200 Kms. de frontera siendo un pueblo débil, arruinado, falto de toda clase de energías, exagüe, habremos de despedirnos de Baleares, de Canarias, y de todos los pedazos de España que quieran otros países tomar. En cambio, si en vez de desangrarnos y debilitarnos, si en vez de ponernos en estas circunstancias de verdadera depauperación, nos fortalecemos, robustecemos nuestras energías, desarrollamos nuestra producción y nuestra cultura, y hacemos todo lo que cabe hacer en este país, que tiene excelentes condiciones para regenerarse y tantos terrenos que aprovechar, podremos fortalecernos y convertirnos en un pueblo fuerte.

20. España se retiró de Marruecos en 1956 pacíficamente reconociendo la independencia del reino marroquí.

Y es desde este punto de vista que veo yo el problema. Debíamos haber pensado, antes de comprometernos en esa empresa qué era lo que nos convenía más, entrar en ella o mantener la neutralidad.

La campaña, además de lo que cuesta en hombres y en dinero, tiene en nuestro país, como he dicho el inconveniente de lo que aumenta nuestro descrédito, porque evidencia nuestra torpeza, nuestra mala organización y todas las condiciones negativas que se están revelando y que sirven para que resalten más nuestros defectos. De otro modo como no teníamos motivo para ponerlos de manifiesto, no hubieran podido juzgarnos tan mal.

Por esto yo digo que, aun dentro del mismo criterio que mantiene la clase dominante hoy en todos los países, aun dentro del criterio de la utilidad, no le conviene la campaña a la Nación española. ¿Interés material, beneficio para nuestros productos? Ninguno. ¿Garantía para nuestra independencia? Tampoco. Ya expuso aquí elocuentísimamente el Sr. Rodés lo que se está llevando el extranjero cada año en hombres. Se sabe el dinero que se lleva también. Pues bien; hay que agregar a todo esto aquello de que he hablado y hablaré repetidas veces, aunque sea monótono de nuestro crédito en orden a todo lo que realizamos.

Ahora bien; todo esto al cabo de algunos años ¿en qué situación dejará a nuestro país? Si se desangra así, yéndose los elementos más activos fuera de España; si por otra parte, el dinero que se gasta inútilmente tiene que afectar también de modo grave al país si agregamos a todo esto lo que en los distintos órdenes de la Administración de la campaña, de la política nuestra se está haciendo, ¿cuál va a ser la fortaleza de este pueblo para que pueda hacer frente a las ambiciones que se pueden despertar en los otros? Está, pues, la solución en nuestro sentir, en el sentir de los socialistas, en lo que aquí se ha defendido, en la retirada de Africa.

Hay aquí quien, cuando le conviene, interpreta los argumentos a su gusto, hay quien entiende que nosotros sos-

tenemos que la retirada se haga en veinticuatro horas que toda la fuerza que hay allí se puede retirar en un momento. Ninguno de los que sostienen tal solución, puede creer que, si se acordase esto por el país, *podría retirarse la fuerza que allí hay en veinticuatro horas a Ceuta y Melilla*. No se trata de esto. Se trata de acordarlo y de hacerlo lo más inmediatamente posible, pero con todos los cuidados que requiere ello (Rumores).

No sé si estos rumores podrán responder a lo que voy a decir, pero por si respondieran, habré de advertir que no se trata de ninguna inconsecuencia. Que en veinticuatro horas o en una semana se puedan retirar las fuerzas que allí hay, eso, quien piense de un modo racional, no lo puede proponer; pero sí cabe suponer el que en un plazo breve esto se haga.

Se dice también que los moros nos tomarían por cobardes y que harían tales o cuales cosas. Yo creo que no ocurriría nada de eso. Aunque quizá habría dificultades no en todos los moros, pero si en muchos de ellos produciría, desde luego, el hecho de la retirada, la sensación de que no íbamos a perseverar en una conducta que ellos estiman mala; y no sé por qué se les había de ocurrir inmediatamente la idea de la cobardía, de desmayo, de desaliento y no de otra cosa. Esto aparte de que ya se enterarían también de por qué lo hacíamos. Así como se enterarían de una cosa, se enterarían igualmente de otras, y si esto se realizara, por lo menos a los más inteligentes, les podría satisfacer.

Que quizá habría algunas dificultades y obstáculos, no lo niego; pero que se podría hacer es indudable. Con esto contesto a una afirmación del jefe del Gobierno; del Sr. Dato, cuando decía: «¡Ah, si estuviesen SS. SS. en estos bancos!» Se refería al Sr. Rodés y a mi persona. Lo que acabo de decir responde a ésto. Si estuviésemos en estos bancos, haríamos eso. Yo no defiendo jamás una solución que crea que no se puede adoptar. Yo no hablo de que la repatriación pudiera hacerse en veinticuatro horas o e

una semana; pero sí digo que puede realizarse en un plazo breve. Entiendo que podría realizarse hoy; y si entiendo que lo podéis hacer vosotros, no sé por qué no lo habría yo de poder hacer.

Con este motivo, y aunque sea de pasada he de recordar a los señores que han hablado de la actitud de los socialistas en otros países que están completamente equivocados.

En Italia, cuando la cuestión de la Tripolitania, hubo una división en los socialistas: algunos no atacaron al Gobierno, pero otros muchos lo combatieron rudamente. En Francia, Sr. Dato, podrá haber ido al Gobierno algún individuo que haya figurado en el partido socialista, pero allí no ha habido un Gobierno socialista y los socialistas han combatido la campaña de Francia en la Argelia, y de acuerdo con nosotros, en Stuttgart, se hizo una campaña internacional contra la guerra. (La propuesta anticolonialista presentada en Stuttgart era obra de Pablo Iglesias.)

Es decir, que en Italia, en Francia, en todos los países se combate la guerra siendo el resultado de ella contraproducente para nuestros enemigos y favorable a nuestras ideas; porque en Italia, después de la guerra, ha duplicado el número de Diputados socialistas, incluyendo los templados y los revolucionarios que había antes, cosa que no hubiese sucedido si la campaña de los socialistas contra la guerra fuera antipopular. En Francia pasa igual y lo mismo ha ocurrido en Bulgaria después de la guerra en la Península balcánica, y lo mismo sucede en todos los países. Ese es un fenómeno natural que demuestra el buen sentido de los pueblos: Italia ha visto lo que le ha costado la guerra de la Tripolitania en sangre y en dinero; lo mismo ha sucedido con la guerra balcánica que tantos daños ha ocasionado; y es lógico que los naturales de esos pueblos vayan contra la guerra y se muestren contrarios a ella. De manera que los socialistas no han estado nunca en el Poder, y no han hecho otra cosa que mantener siempre la misma actitud en contra de la guerra en todos los países,

sin que haya entre nosotros las diferencias de que aquí se ha hablado.

Por lo tanto, refiriéndome a la solución dada por nosotros, diré que no puede ofrecer las dificultades que aquí se presentan; con vuestro criterio el país se desangra y se empobrece; con el nuestro, el país se repone, se fortalece y pueden desenvolverse todas sus energías.

Menciono también al Sr. Rodés un hecho importantísimo que no cabe desconocer. El Sr. Rodés decía: «Para estos desequilibrios que se pueden producir entre los pueblos se arguye por los que combaten nuestro criterio que surgirá una conflagración general», y añadía que contra eso hay dos elementos: el elemento dinero, que hoy ya no es tan partidario de la guerra, y las fuerzas trabajadoras que se van creando y que son opuestas a la guerra.

La banca se asusta ya de las guerras: contribuyó a que la guerra ruso-japonesa se terminase pronto, y además (aunque aquí no se haga y el Sr. Ministro de Hacienda no pida que el empréstito lo pague la riqueza), en esos otros pueblos los empréstitos para las guerras los paga la riqueza. Claro es que los ricos notan eso, y ya no son tan partidarios de la guerra; los banqueros, los ricos —pudiéramos decir, aunque sea un pleonasma—, en sus distintas categorías, van siendo cada vez más adversarios en la guerra.

En cuanto a las fuerzas obreras, Sres. Diputados, yo no he de recurrir a la hipérbole, pero sí quiero llamar al sentido de la realidad a aquellos que no se hayan fijado en la importancia que tiene para nuestro país y para todos. ¿Os habéis fijado bien en una huelga importantísima habida no hace mucho tiempo en Inglaterra, la huelga de los trabajadores mineros de carbón? Eran un millón, reclamaban el mínimo de salario; abandonaron el trabajo; no eran sustituibles; un millón de hombres con un oficio verdaderamente difícil no se puede sustituir. Y toda la industria inglesa se paralizó, y los efectos de aquella paralización alcanzaron a otros pueblos, porque, como sa-

béis muy bien, no solamente se surtía Inglaterra del carbón de sus minas, sino que surtía a otros pueblos.

Estuvo, pues, en manos de aquellos trabajadores por unos días la industria de varias naciones. ¿Qué sería de todas las escuadras del mundo, si los mineros, unidos internacionalmente, realizasen un día lo que hicieron los mineros ingleses? Que su poder quedaría reducido a la nada. Y lo mismo podría acontecerle a Inglaterra con su poder naval, si un día, metiéndose sus directores en empresas dañosas para el país, los mineros se negaran a trabajar.

Y como el movimiento de los obreros es hoy internacional y los obreros ingleses se han unido ya a los franceses, a los alemanes, a los españoles, a todos, no consideréis muy difícil que dentro de unos cuantos años la inteligencia de estos obreros (en contra todos, a pesar de lo que alguno decís, de la guerra, porque la guerra es uno de los asuntos que se trata siempre en los Congresos internacionales), pueda producir lo que dejo dicho. Existe, pues, ese serio peligro para Inglaterra, para Alemania y para Francia, países más fuertes y más ricos. Creo que la cosa es para pensarla y para sacar de ella las naturales consecuencias.

No os puede tranquilizar tampoco el hecho de decir que vivimos en un pueblo que apenas tiene movimiento obrero. Yo os aconsejo que no confiéis demasiado en esta idea. No hace mucho no existía la Asociación de los ferroviarios, y un día nació esta Asociación, no por la acción de unos cuantos agitadores, sino por el ansia de mejoramiento y por la aspiración de sus individuos a satisfacer mejor sus necesidades. Y lo mismo que este movimiento ferroviario, se ha producido ahora, por la intransigencia de unos cuantos capitalistas, la unión de los marinos. No importa lo que de momento alcancen; lo más importante es la unión, no sólo de los trabajadores marinos, que antes estaban separados de sus capitanes, sino de unos y otros; yo, para honra mía, he presidido en Barcelona una reunión en que capitanes y marinos se pusieron de

acuerdo. De modo que siendo España pueblo débil, de escasa industria y escasa instrucción, se han dado, sin embargo, en este pueblo ejemplos como esos, muy dignos de tenerse en cuenta. No olvidéis que el sentimiento de solidaridad en las masas obreras corre como una chispa sobre un reguero de pólvora. Ya veis cómo han ayudado ahora los marineros a los capitanes. En Vizcaya no solicitaban nada para ellos, y siendo los más humildes y los más pobres, se declararon solidarios como trabajadores con sus compañeros, aunque de posición más elevada y les ayudaron.

Porque el movimiento obrero no es un producto de la fantasía, sino una realidad, un hecho; y, por lo tanto, es también un elemento positivo contra esa guerra con que se nos amenaza.

Por consiguiente, sólo es un recuerdo para salir del paso el decir que la retirada de España de Marruecos producirá graves males.

Nuestra solución, pues, es una solución razonable y la estimamos más práctica que la vuestra.

¿No la hemos de estimar más práctica? Por mucho que quieran decir los partidarios del sistema mixto de la solución de la guerra, del elemento civil de una parte y el militar de otra, al cabo y al fin es la guerra. Guerra mantiene Francia en Argelia, aunque sabe más que nosotros, presta más habilidad, tiene más cuidado, más condiciones como potencia colonizadora, conquistadora o dominadora, como queráis llamarlo; pero también hace lo suyo. Inglaterra se vale allí de nosotros; Inglaterra en Marruecos no derrama sangre, no lucha como nosotros, por lo cual tiene más simpatía que nadie. Ha procedido con habilidad y no tiene precisión de enviar soldados ni de derramar sangre; ese negocio, porque negocio es todo esto, lo hace a costa nuestra. Mas Inglaterra ha hecho en la India cosas tremendas y duras.

¿Cuál es el resultado de vuestra solución y cuál el de la nuestra? En esta guerra ¿qué frutos vamos a recoger?

¿Vidas? Allí están muriendo por el fuego y por el clima de aquel país muchos de nuestros compatriotas; la Nación está mandando dinero para sostener esa campaña, y cuando el Sr. Presidente del Consejo de Ministros nos hablaba de caminos, carreteras, etc., allí construidos yo me acordaba de esos miles de pueblos que tantas veces ha citado el Sr. Gasset, por los cuales no pueden andar nuestros compatriotas.

Pues ese será, o ese, mejor dicho, es el cuadro que ofrece la guerra; mientras que del otro modo no; del otro modo, con lo que nosotros proponemos, se afanarían todos porque nuestro país reviviera y el dinero que se gasta en la guerra se gastaría aquí y tendríamos las escuelas suficientes, las carreteras necesarias y cuanto facilitase el desarrollo del comercio, de la industria y de nuestra pobre agricultura tan atrasada; y nuestra solución, lejos de causar víctimas, produciría satisfacciones. Eso sí que nos iría entonando dándonos mejores políticos, quiero decir mejores gobernantes. (Rumores). Lo digo porque cuando se piensa en aspiraciones mejores y verdaderamente civilizadoras, todos tienen que mejorarse. Es más, muchas veces al que por sí no se mejora, la necesidad le obliga a mejorar; yo he visto liberales, no quiero citar personas, liberales de nombre, liberalizarse por necesidad; y es natural. Pues qué, ¿no influyen en nosotros las circunstancias? Las circunstancias nos obligan a proceder y es claro que un pueblo que en vez de pensar en la guerra tiene que pensar en instrucción, en comunicaciones, en agricultura, en todo esto, la mentalidad de sus hombres tiene que elevarse, tiene que ser mejor; esto es indiscutible.

Todos los riesgos que se atribuyen a nuestra solución, todo eso de decir qué queremos para nuestro país y de hablar del honor perdido, etc., ¿qué significa? Si se refiere, por ejemplo, al ejército, la retirada del ejército de allí, acordada por la Nación en virtud del interés o de la conveniencia nacional, ¿había de considerarse deshonrosa? Yo

me coloco en vuestro punto de vista para examinar esta cuestión del ejército y digo: el ejército ¿se ha hecho para batallar siempre? No; no se ha hecho para batallar siempre, sino cuando sea necesario; y es natural. ¿Quién puede decir que se alegra de que la vida sea una batalla material, cuya consecuencia haya de ser la pérdida de vida, el derramamiento de sangre? Se considera nuestra propuesta como una mala acción, como una mala cosa; al contrario, nuestro país saldría ganando con ella. Y tan es así, Sres. Diputados, que en todos los discursos que se han pronunciado, después de hablar de que se evolucionará lentamente, de que se hará lo que se puede, en todos habéis visto manifestado el temor de que se llegue a esta solución, cuando estamos en peores condiciones, no cuando lo podamos hacer por nuestra propia voluntad.

Como no quiero que se diga que hablo por hablar, voy a examinar la labor que se está realizando. Se sostiene, se afirma por aquellos Señores que racionalmente hemos de suponer, que van a ejercer el poder, que se va a procurar en lo que sea posible, que la acción política se desarrolle, que el elemento civil haga en la mayor cantidad que pueda su labor; y yo pregunto: ¿es ese el camino que se lleva? Porque hay que pedir, por lo menos algunas pruebas. ¿Es ese el camino que el partido liberal en sus últimos tiempos, siendo presidente el Sr. Conde de Romanones y aún antes, trazó? ¿Es ese el camino que sigue el partido conservador? No; en Melilla hay desde hace mucho tiempo afán en la población civil de que haya instituciones civiles; ninguna ocasión como esa, ya que no se hiciera antes, para satisfacer estos deseos, porque así, además de complacer a los que quieren que se realice esto, los moros, al ver que aquello se convertía en una población en que el elemento civil ejercía sus funciones, verían que había un comienzo del cumplimiento de su palabra por parte de España. ¿Se ha hecho esto? Todo lo contrario, Sres. Diputados. El defender el criterio de que las instituciones civiles se creen allí, constituye un motivo de persecución; en cambio, las

instituciones que allí predominan, como la Junta de Arbitrios, cada vez tiene mayor fuerza, cada vez tiene un poderío mayor. Hace años importaba el presupuesto de esa Junta de Arbitrios de 10.000 a 70.000 pesetas; hoy tiene Melilla una población civil de 20.000 almas, y el presupuesto de esta Junta de Arbitrios asciende a cerca de 2 millones de pesetas; 400.000 pesetas se lleva el personal, y parte de este personal está desempeñando además de las funciones militares, funciones de otra índole. Estas solas cifras bastan para demostrar que no hay intención de que la acción política, la acción civil, predomine allí. Y el sistema que predomina en Melilla se extiende a Ceuta, y poco a poco a Larache, Alcázar y otras poblaciones. ¿Qué garantías pueden tener los moros de que se van a cumplir aquellas palabras? En la cuestión militar, con relación a la guerra ¿qué se ha hecho allí? El Sr. Rodés enumeraba aquí los fuertes que se habían construido sin explicarse la causa de que fueran necesarios tantos; y precisamente en aquellos días se construían cuatro o cinco más.

Se dice que aquello está pacificado, y hay allí más de 20.000 hombres. Si está pacificado, ¿para qué estos hombres? No debe de estar tan pacificado, no debe de estar tan tranquilo, cuando esa fuerza se mantiene allí. Aparte de que no sólo las armas intervienen, sino que funciona otra cosa que todos sabemos y a que se refiere el Sr. Rodés; no encuentro el término apropiado para expresar veladamente mi pensamiento, pero, en fin, se emplea el dinero para comprar a las gentes.

¿Y qué se ha logrado por virtud de esa guerra y por virtud de esa política? El elemento civil está emigrando, y en cuanto al florecimiento de aquel país basta decir que las casas de los barrios de Melilla están vendiéndose a mitad de precio, y que diariamente se protestan de cincuenta a sesenta letras.

¡Colonización en el campo de Melilla! Creo que han ido allí dos familias, las cuales, a pesar de haber tantos fuertes, han tenido la desgracia de ser muertas por los

moros. La absorción del elemento civil por el elemento militar, completa; que no vayan allí abogados, que no vayan arquitectos, que no vayan profesores. ¿Hay aquí prueba, hay alguna señal de que uno u otro Gobierno hayan tratado de modificar estas condiciones para dar a los marroquíes la sensación de que van a crearse allí instituciones civiles? No.

En cuanto a Tetuán. ¿Cómo se ha conducido el Gobierno? ¿Qué acción militar se ha llevado allí? En aquel país, que era el vergel de que nos hablaba hace tiempo el Sr. Villanueva, como recordaba muy oportunamente el Sr. Rodés, ¿qué se ha hecho? ¿Cómo han ido allí las fuerzas? ¿Qué cuidados se han tenido?

Según se me informa, y creo que estos informes no son equivocados, seguramente conocerá esto mucho mejor que yo el Sr. Villanueva (el Sr. Villanueva debe conocer muchas cosas de allí; si S.S., dejando a un lado motivos, que yo respeto, manifestase todo lo que de allí sabe, el discurso de S.S. valdría por todos los que puedan pronunciarse contra la guerra); según se me dice, repito, en Tetuán durante tres meses fueron cortados toda clase de árboles frutales, nogales, limoneros, naranjos, sirviendo para hacer leña; allí se ha llegado a matar a algunos ancianos, algunas mujeres, algunos niños y algunos locos; allí el régimen militar ha imperado en absoluto. En Tetuán antes de nuestra ocupación se me dice, y eso manifestó aquí el Sr. Villanueva, el día a que me he referido, no había en las casas ni cerraduras ni cerrojos; allí era tal el cariño que se tenía a los españoles, que no había para ellos más que consideración y atenciones. Y hoy, ¿qué ocurre allí respecto de nosotros? Que impera el odio contra nosotros y que de allí se va la gente que nos estimaba. ¿Es así como se hacen las campañas?

Decía el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que no nos apurásemos en lo referente a medios económicos, porque cuando el Ministro de Hacienda no decía nada, es que estaba satisfecho y podíamos estar tranquilos. Pues

ese modo de hacer la guerra ya nos costará caro, porque, aparte de los daños causados a los españoles, hay una lista, si no estoy equivocado, de 80 protegidos o súbditos de Francia que reclamarán la indemnización de los perjuicios que se les han ocasionado, y que creo que no ascienden a menos de millón y medio de pesetas; hay, además, lo de la casa de Ruiz, que sin valer lo que se dice, va a procurarse que valga medio millón de pesetas. Todo esto lo pagarán los españoles, todo esto lo pagará el país. Todo esto lo deberemos a una campaña llamada de civilización, de protectorado y de cariño a los moros.

No es posible Sres. Diputados, haciendo esta campaña, que vayamos a parar más que a la solución que indicaba el Sr. Conde de Romanones, de que seamos sustituidos allí.

Precisamente antes Tetuán estaba tranquilo, como decimos que vamos a poner Marruecos. ¿Cómo está hoy? No hay, pues, posibilidad de que instituciones de carácter civil vayan a establecerse. El otro día citaba D. Melquiades Alvarez el grave hecho que publicó un periódico de Tetuán y del cual tenía yo noticias. Cuando yo me enteraba por los datos que me ha proporcionado una persona, de que allí han sido muertos mujeres y niños, locos y ancianos, me costaba creerlo; pero al recordar el recorte leído, ya no podía dudar. Porque cuando un periódico ha publicado las palabras de aquel defensor que decía que valía más una estrella de un capitán que todos los moros, y, por consiguiente, que los seis fusilados, es porque eso le parecía bien y porque al público que lo lee le sucede lo mismo, porque si la gente al leer aquello tirase el periódico, esas cosas no se dirían. Yo no digo que todo el mundo participe de esos sentimientos; pero indudablemente hay un ambiente favorable a esas ideas, hay ciertas gentes que piensan así; y es claro, pensando de esa manera, creyendo que la vida de los moros no vale nada, no será extraño que en tal o cual momento, como no valen nada, se prescindiera de ellos, del modo dicho. ¿Y esto no es un oprobio para nosotros? ¿No causa daño al país?

Además, el Sr. Amado, que me parece que es una autoridad excepcional en esta materia, citaba un hecho tremendo, que por si sólo vale un discurso; el Sr. Amado decía que en Marruecos teníamos 2.000 enemigos mal armados y mal dirigidos. Si disponiendo de elementos militares en la cuantía que nosotros disponemos, se hace esta campaña en Tetuán como se hizo la otra en Melilla... (El Sr. Amado: ¡Pero si en Tetuán no se hace campaña Sr. Iglesias! ¡En Tetuán no hay campaña, hay acción militar!) Ahora; pero antes la acción militar no sería como la de estos días. (El Sr. Amado: La de estos días). Ahora no la habrá; pero ¿no han dicho los Sres. Diputados que han tomado parte en este debate, y creo que están enterados de lo que allí pasa, que nuestros soldados no disponen más que del terreno que pisan? (El Sr. Amado: Exacto). Pues siendo así, ¿no tienen necesidad de luchar con los moros? Si los tienen sujetos, si les dicen: de aquí no podéis pasar... (El Sr. Amado: No los tienen sujetos los moros.) No digo que los tengan sujetos materialmente; pero ¿qué quiere decir Sr. Amado, que no son dueños más que del terreno que pisan? (Varios Sres. Diputados pronuncian palabras que no se oyen). Por eso digo que en cuanto salgan de allí... Ya sé que S.S. combate la dirección militar. (El Sr. Amado: Y la de los Gobiernos.) Y la de los Gobiernos. ¡Si son solidarias en este particular! Conformes, y ahí voy yo también; yo creo que no hay capacidad militar en lo que respecta a la dirección.

Pues si no pueden dar un paso nuestros soldados; si cuando le dan corren el riesgo consiguiente; si a pesar del número de hombres que allí tenemos para las campañas que se han realizado y las que haya que hacer en lo sucesivo, y de los fuertes, que allí hay, están los caminos en la forma que aquí se ha dicho, porque yo no invento nada, no hago más que recoger lo que han manifestado SS.SS., yo pregunto: esta guerra, ¿honra al país? ¿Honra a la misma dirección militar? ¿Qué dirán ante esto los otros países? ¿Qué tienen que decir, si la culpa es de los Gobiernos, los

hombres políticos de otros países respecto de nuestro Gobierno? Yo saco la conclusión de que de esta campaña no resulta más que descrédito para el Gobierno, para las instituciones, para todo.

Se ha hablado también de nuestra resistencia económica para la guerra. ¡Qué ha de haber resistencia económica para la guerra! No. El Sr. Rodés interrumpía la otra tarde cuando hablaba el Sr. Presidente del Consejo de Ministros respecto de este particular, y yo acabo de citar ahora el dato de las indemnizaciones que habrá que abonar, que no es cosa insignificante. Pero hay pequeñas muestras de nuestra resistencia económica, consignadas en datos oficiales, en el «Diario Oficial del Ministerio de la Guerra», que os voy a referir.

En uno de los números que aquí tengo de este periódico oficial, se habla, refiriéndose al regimiento del Serrallo que está en Ceuta, de una subasta de trescientos pares de zapatos, y una de las condiciones es que tendrá en cuenta el licitador que dichas prendas tienen que ser puestas en el almacén del regimiento en aquella plaza libres de gastos, y que su importe se cobrará cuando los fondos del Cuerpo lo permitan. No se puede indicar que se pagará en tal o cual fecha, lo que significa un mayor gasto, porque cuanto más se tarde en pagar, más tiene que costar. (Un Sr. Diputado pronuncia palabras que no se oyen.) Bueno si; pero se me aseguraba ayer, no respondo de ello, que ya había abonarés en Marruecos.

Lo que he leído se dice en el número de este diario oficial a que me he referido, y aquí tengo otros tres números que también se relacionan con subastas, refiriéndose dos a fuerzas que residen en Africa.

¿Indica esto que estamos bien económicamente? Estos datos ¿los invento yo? ¿No son datos oficiales? ¿Cómo, pues, se puede decir que tenemos resistencia económica para ello? Yo creo que por mucha que sea la necesidad de la defensa de un Gobierno, en todas estas cuestiones merece mediante más todo lo que se dice, porque luego

vienen los hechos a demostrar la inexactitud, la equivocación, por lo menos, de las afirmaciones que se hacen. Se sabe que muchas cosas no se pagan, que muchas cosas se están debiendo y que se dejan de pagar algunas cosas para atender a otras. ¿Y esto no es grave?

Pero lo peor es que no se ve la manera de salir del atolladero, porque fijense bien los Sres. Diputados. Ha hablado el Jefe del Gobierno, y pudiéramos decir que ha hablado su sucesor; pero no ha dado la sensación de que el mal se vaya a disminuir. De labios de todos los oradores que han tomado parte en este debate, hemos oído que cada vez estamos peor, y si cada vez estamos peor, precisamente por haberse agravado el mal, los gastos tendrán que ser mayores, y ante esta afirmación, no puede haber en el actual Gobierno, ni en el que piensa sucederle, la esperanza siquiera de que la situación pueda mejorar. Luego hay que calcular racionalmente que vamos empeorando, y si empeora la guerra, si empeoran las condiciones en que se desarrolla y empeora todo, ha de empeorar también nuestra situación económica, y claro es, que todo esto lo tenemos que sufrir pagando más o dejando indotados aquellos ramos, aquellos servicios que son necesarios para que la guerra devore y consuma todos nuestros medios.

Hablaba antes de la incapacidad militar, y respecto a este punto tengo que decir que cuanto manifestamos los que no somos técnicos, no siempre será aceptable; pero me parece Sres. Diputados, que decimos algunas verdades. Yo que he tomado parte en muchos meetings de los que aquí suele hablarse muy despectivamente, voy a decir aquí lo que he dicho allí. Yo he dicho que ateniéndome solamente a los despachos oficiales, yo profano en la materia, me atrevo a hacer la crítica de la guerra únicamente con los datos que nos dan los despachos oficiales. Y no hablo de lo que dice sobre este particular la Prensa, que hoy, por haber tenido que salir de allí los periodistas (debían estorbar), está servida, en su mayor parte, por corresponsales militares.

Cuando el Sr. Conde de la Mortera leía aquella relación que no gustó al Gobierno, yo me acordaba de dos cosas: me acordaba de lo que revelaban esas noticias y me acordaba de la exactitud que suelen tener los despachos oficiales, porque en estos despachos se habla de funcionamiento de artillería en gran cantidad y se habla de escarmiento a los moros, de haber matado tantos o cuantos moros. Y yo digo: si se sumasen todas las bajas que se dice que han hecho a los moros resultaría que allí no deberían quedar combatientes.

También se suele decir que después de estar tres horas cañoneando a los moros no ha habido casi bajas por nuestra parte. Yo supongo que la artillería no se empleará cuando se vea tres hombres, se empleará cuando se crea que ha de producir buen resultado, porque me parece que el funcionamiento de la artillería cuesta un poco. Hace tres días se ha hablado de que hemos rechazado a los moros después de tres horas de fuego, y que no hemos tenido bajas, no obstante reconocer que ellos son unos grandes tiradores. ¿Cómo se explica esto? ¿Es que aquello ha sido solamente un espectáculo? Por consiguiente, si todas las noticias que recibimos son de esta naturaleza, si la artillería ha funcionado allí de manera extraordinaria y no ha habido casi bajas por nuestra parte, aunque si las de los moros han sido muchas y si tan escaso es el número de combatientes, ¿cómo se explica que no hayan desaparecido ya o no hayan quedado muy reducidos?

También se dice en los despachos que se ha escarmentado al enemigo, y resulta que al otro día los moros están allí atacando. Yo no hablo ya de cómo se lleva la guerra, yo lo que pregunto es si es verdaderamente serio hablar tantas veces de escarmientos; porque yo creo que los escarmientos tienen un resultado, que es de hacer que los que lo han sufrido no puedan volver a atacar; porque una cosa es que el enemigo haya sido escarmentado y otra que haya sido derrotado. Así son casi todas las noticias que de Marruecos se reciben.

Forma de llevar allí los soldados. Hemos enviado este año a Marruecos hasta 20.000 hombres; se les ha enviado desde su casa al campamento y a los fuertes; a algunos hasta en traje de paisano, y se les ha enviado para que tengan que aprender allí a manejar el fusil. Esto lo ven los moros; pero dejando a un lado lo que juzguen los moros, yo pregunto; ¿qué organización es esta? ¿Cómo se lleva en esa forma los hombres a la guerra? Así se reciben luego las relaciones de las bajas que ocasionan los «pacos». Señores Diputados, mejor que yo lo sabéis vosotros, los «pacos» no suenan donde hay soldados que sepan tirar; donde hay soldados que sepan tirar no hay «pacos».

Pues eso se sabe y a pesar de eso llevamos ya varios años con este sistema. ¿Cómo no se ha corregido? ¿Cómo no se ha evitado cuando cuesta tantas vidas y cuándo vienen de allí cartas diciendo que mueren los soldados como conejos? (Rumores). Pues, a pesar de esto, no se evita, y repito que en el año actual hemos mandado allí 20.000 hombres a aprender a hacer la instrucción, a aprender a mal manejar el fusil; y por eso tenemos malos tiradores, y por eso la situación de esos soldados es mala. ¡Cuál ha de ser si no tienen seguridad de manejar el arma y saben que los moros son excelentes tiradores! Su moral como combatientes, ¿cuál ha de ser en situación tal?

De esto se habla, esto lo leemos todos los días y, sin embargo, no nos irritamos y no adoptamos aquellas actitudes que todos debiéramos adoptar al considerar que es sangre de nuestro pueblo, que son vidas que están haciendo aquí mucha falta.

Yo no me fundo en nada más para decir esto, que en los datos oficiales.

El trato allí a nuestros soldados: malo.

Nuestros soldados pasan allí hambre; a nuestros soldados se les abofetea y apalea. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Eso no es cierto). Cartas vienen de ellos en que lo dicen, y mientras no se castigan ciertos actos de gentes que ocupan elevados puestos, y mientras lleguen

estos telegramas que no acusan la verdad, cuando vienen esas cartas son denunciadas, y en vez de evitarse tales hechos, lo que se hace es castigar a quienes los denuncian, cuando la denuncia debía servir para que se castigara. No es extraño, Sres. Diputados, que por consecuencia de esto algunos soldados se hayan ido con las harcas. (Rumores). La prueba de que pasan hambre es esta; en los campamentos y posiciones donde están nuestros soldados hay muchas cantinas, hay muchos sitios donde se vende comida. Si la comida que se da a esos soldados fuera buena, ¿cómo se explica que haya estas cantinas? (Fuertes rumores). Si los soldados estuvieran bien alimentados, no las habría. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Cantinas las hay en todos los ejércitos.) Si vais a Gibraltar, a Malta, o a otras plazas, hallaréis cafés y tiendas de bebidas donde van los soldados, pero no casas de comidas. (Rumores). Si despreciáis los hechos, allá vosotros; pero la observación de los hechos eso es lo que dice, y eso es lo que acusa. Y lo acusan además las enfermedades que padecen y el estado en que vienen. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Menos que en la Península; en proporción mucho menor). Habrá algunos que coman aquí peor, pero yo digo a S.S. una cosa: que aunque aquí por ganar un salario corto... (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Me he referido a las enfermedades.) Creí que decía S.S. que aquí comen peor. ¿Se refería a las enfermedades? Pues por eso sin duda mucha gente procura no ir. Yo tengo que poner en duda la exactitud de estos datos, respetando la veracidad de S.S. porque confío, con calor terrible, con lluvias, mal alimentados, en las faenas que allí tienen, encontrarse mejor que en la Península, no me parece posible. Las circunstancias, por lo menos, no abonan estas estadísticas. Cuando se me pruebe el valor de estos datos, podré darlos crédito. En tanto, no.

Pero el hecho de la alimentación es exacto. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros; No.) Lo dicen los soldados. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: No

lo dicen. Rumores y protestas en la minoría republicana). ¿Qué interés, Sr. Presidente del Consejo de Ministros, pueden tener los soldados en decir una cosa por otra? (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: No lo dicen. El Sr. Santacruz: Si, si, grandes rumores y protestas). Y además, lo digo yo, y aseguro que entre la afirmación de S.S. y la mía, el país queda con la mía. (Protestas y rumores en la mayoría. El Sr. Salvatella: Ya se lo probaremos a S.S.) Aquí de lo que se trata es de tapar el mal, de ocultarlo, de encubrirlo, cuando tiene que saberse, porque, al fin y al cabo, algunos vuelven con vida y nos cuentan la *regalada* estancia que han tenido allí y lo que han pasado.

Yo ya he leído en los meetings, y estoy dispuesto a seguir haciéndolo, cartas que me mandan de allá. Lo que pasa es que para contarnos todo esto, tienen que valerse de infinidad de precauciones; pero al fin se sabe porque tienen parientes y amigos y se lo cuentan. Las palabras que acaba de pronunciar el Sr. Presidente del Consejo negando mis afirmaciones, producirán un desastroso ejemplo en el país, créalo S.S.

Su situación es malísima; y conste que son soldados de todas clases, no ya socialistas, los que tales cosas dicen.

Pero es más, yo he leído cartas hasta de oficiales, y si no me hubiera distraído, hubiese podido leer aquí una en la que se contaban cosas horribles. Era una carta que mandaba a sus amigos, no para que se publicase, vaciando su alma, diciendo todo lo que ocurría en donde él estaba.

Todo eso es exacto; y cuando se llega a esta situación en lo que respecta al envío de fuerzas, en la cuestión de los armamentos y en la del trato dado a los soldados, ¿qué guerra es la que se realiza allí?

Y todo esto, como no se hace tapado ni entre cortinas, se sabe por los moros, y por los franceses, y por los alemanes, y por los ingleses, y aunque claro está que no van a publicar en sus periódicos todo esto, en su fuero interno, ¿qué concepto formarán de nosotros? ¿qué concepto tendrán de nuestros servicios allí?

Yo he de recordar —a ver si me recusan también esta cita— las palabras pronunciadas por el Sr. Sánchez de Toca con respecto de esto. No son palabras mías. Supongo que estará bien informado, que habrá visto las cosas y que no será puro producto de la fantasía del Sr. Sánchez de Toca, aparte de que allí hay hombres que pueden manifestarlo. Antes me dirigí, aludiéndole al Sr. Villanueva, que tiene allí muchas relaciones, y que no diré que tenga por toneladas los datos y documentos que de allí le manden, pero seguramente no le faltarán.

No se trata de gentes que digan que van contra España. Yo he leído todo eso, tengo noticias que me han dado, y de esos escritos brotan una amargura y una pena extraordinaria. Cuando eso se dice y escribe, cuando los hechos permiten comprobar tales datos, eso no es cosa que pueda negarse o que se pueda contestar con unas cuantas palabras ni buscando una evasiva. Después de eso no queda más que una cosa: o el propósito de corregirse, o prepararse para un naufragio. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Naufragio sin víctimas.) Lo que hay allí es el predominio del sistema militar, como lo hubo en parte para aceptar el Tratado, del cual somos esclavos. Pero en medio de todos los errores, y desaciertos, en medio de esa organización, échase de ver que todo ello obedece a ciertos sentimientos y aspiraciones, porque si no fuera así, ¿cómo se explica la tenacidad en mantener esos sistemas? ¿Cómo se explica que se prosiga por tan desastroso camino? Aquí se ha dicho que cierta acción que se realizó, la entrada en Tetuán, no fue sino una cosa hecha por el general Marina, de la cual se hizo responsable el Gobierno del Sr. Maura; pero yo digo que es nuestro deber decir al país toda la verdad.

En esos pasillos, fuera de esta Cámara, a elementos mauristas les he oído decir que la entrada en Tetuán se llevó a cabo por voluntad del Rey, no por mandato del Gobierno (Protestas en la mayoría). Yo consigno el hecho. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: ¿A quién lo

ha oído?— Varios Sres. Diputados republicanos: ¡Lo han dicho! —Otros Sres. Diputados: ¿A quién se lo ha oído?) Yo se lo he oído a los mauristas. (El Sr. Conde del Moral de Calatrava: ¿A quién? ¡Vengan los nombres!— El Sr. Soriano: ¡Eso es una vulgaridad!) Señor Conde del Moral de Calatrava, no he de decir nombres: pecaría de inocente. Lo que digo a S.S. es que me arrancarían la lengua antes que decir una cosa que no fuera verdad. He oído a liberales y a conservadores, a hombres políticos de todos los partidos, que la dirección de la guerra era del Rey. (El Sr. Ministro del Estado: No hay más que la de los Gobiernos responsables. —Rumores en la minoría republicana—. El Sr. Ministro de Estado: Ahora y siempre.) Después, para convencerme de la existencia de este Poder personal, me encuentro con que un ayudante del Rey ha ido a Tazza y otro está en Marruecos, yendo de un punto al otro. Yo no entiendo de milicia, pero creo que los ayudantes no están más que para transmitir órdenes a su Jefe.

Y el Poder personal no se nota sólo en la guerra; lo notamos también en la política internacional. Pues qué, ¿no saben los Sres. Diputados nada de los deseos que se manifestaron cuando triunfó la República portuguesa? (Protestas en la mayoría. El Sr. Ministro de Estado: Eso es una leyenda.) ¿Puede negarlo S.S.? (El Sr. Ministro de Estado: Leyenda, en absoluto. Estamos con Portugal en las mejores relaciones.) No es leyenda. No hace muchos días se publicó en un periódico extranjero un telegrama que ha reproducido «El Imparcial», que dice lo siguiente.

«Un reciente discurso de Alfonso XIII, ha definido la política exterior de España. Se orienta sin discusión posible hacia la *Triple entente* y tiene por base una inteligencia cordial y estrecha con el Gobierno inglés y el Gobierno francés. La voluntad del Rey a este respecto es tan formal y tan fuerte, que se impone en un país a todos los factores de la opinión.»

Y en la política nacional pasa lo mismo. Por la influencia del Rey se quitan jefes de partidos y se sustituye, por

otros, como pasó con el Sr. Moret sustituyéndole el Sr. Canalejas (Protestas en la mayoría) y con el Sr. Maura, sustituyéndole el Sr. Dato. Ah, Sr. Conde de Romanones, tenga S.S. mucho cuidado con no ser sustituido en su jefatura.

Se sabe también que en las elecciones hay influencias del poder personal.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Iglesias, no puede seguir S.S. por este camino.

El Sr. IGLESIAS: Señor Presidente, creo que la misión del Diputado es decir a su país lo que cree que es la verdad.

El Sr. PRESIDENTE: No hay más verdad en el régimen que la constitucional. El Gobierno responde de todos los actos, desde la intención que los inspira hasta la ejecución misma. Diríjase, pues, S.S. al Gobierno.

El Sr. IGLESIAS: Pero yo tengo que relacionar unas cosas con otras para sacar las consecuencias.

El Sr. PRESIDENTE: El reglamento le veda a S.S. discutir lo indiscutible y a mí me impide autorizarlo; por consiguiente, encarezco a S.S. que todos los cargos que haya de dirigir los dirija al Gobierno, que está ahí para contestar.

El Sr. IGLESIAS: Llamo la atención al Sr. Presidente sobre esto. Precisamente para censurar que los jefes del partido y los hombres políticos toleren eso tengo que decirlo, porque si no, no podría formular los cargos.

El Sr. PRESIDENTE: Es que parte S.S. de un supuesto, que aquí no se ha manifestado, y S.S. no debe traer a la Cámara leyendas o manifestaciones de opinión sin fundamento. (Protestas en la minoría republicana.)

El Sr. IGLESIAS: Sr. Presidente del Congreso. ¿Es que no puedo yo traer aquí lo que se dice fuera? ¿Es que no puedo relacionar una cosa con otra? Poca tarea tendría yo si no hablase más que de lo que aquí se trata.

El Sr. PRESIDENTE: Lo que no puede hacer S.S. es apoyarse en testimonios más o menos anónimos de fuera de aquí para traerles al debate ni formular cargos más que contra el Gobierno, que es a quien debe dirigirse S.S.

El Sr. IGLESIAS: Yo no lo discuto; lo que hago es traerlo como dato y presentarlo a la Cámara. Yo sé la obligación en que está S.S.; pero créame el Sr. Presidente.

El Sr. PRESIDENTE: No es sólo obligación mía; a S.S. obliga igualmente el cumplimiento de los preceptos reglamentarios.

El Sr. IGLESIAS: Decía yo, Sr. Presidente, que he visto en un periódico un escrito donde se habla de que este influjo se ha notado hasta en la política electoral. Yo no lo he inventado; y como yo entiendo que el Poder personal es una cosa dañosa para nuestro país, y como yo creo que parte de lo que está pasando en Africa y de lo que ocurre en nuestra política es consecuencia... (Las protestas de la mayoría y minorías monárquicas y los aplausos de la republicana impiden oír la terminación del párrafo. El Sr. Presidente agita la campanilla, reclamando orden.)

No lo hago, Sr. Presidente de la Cámara, señores Ministros, ni Sres. Diputados, aunque creáis otra cosa, quien la crea, por desplante; lo hago porque lo estimo un deber, pero Sr. Presidente del Congreso, yo ya no tengo que tratar más respecto de este punto. (Un Sr. Diputado: Ya está dicho todo.) ¿Es que yo no puedo hablar de eso, porque no uso los términos del Sr. Sánchez de Toca, para hablar de ello?

El Sr. PRESIDENTE: Eso no lo puede discutir nadie aquí.

El Sr. IGLESIAS: He dicho lo que tenía que decir; pero si tuviese que decir más, Sr. Presidente, por entender que era la verdad, lo diría, y si mereciese algún castigo, que se me impusiera; se me impondría por decir ante el país lo que creía la verdad. (Murmullos en la mayoría.) No estáis enterados, si lo estuviéseis, sabríais que cuando hacemos aquí afirmaciones o hablamos de lo que haríamos, lo cumplimos. (Nuevos murmullos.)

Todavía me queda bastante que decir, y por ello ruego al Sr. Presidente, por lo avanzado de la hora, que suspenda la sesión porque además me encuentro muy fatigado. (Protestas en la mayoría.)

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

El Sr. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (Dato): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S.S.

El Sr. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (Dato): Supuesto que el Sr. Iglesias ha suspendido su discurso... (El Sr. Lerroux: Pero, ¿no está suspendido el debate? —El Sr. Ministro de la Gobernación: Lo mismo da que esté suspendido que no lo esté; el Gobierno tiene derecho a hablar cuando lo estime oportuno—. Protestas en la minoría republicana—. El Sr. Salvatella: ¿Es S.S. el Presidente?)

El Sr. PRESIDENTE: La Mesa, a instancias del Sr. Iglesias ha suspendido este debate; pero no está suspendida la sesión, y el Reglamento manda que cuando cualquier Sr. Ministro pida la palabra se le conceda; y como la ha pedido el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, se la he dado. (Nuevas protestas en la minoría republicana. El Sr. Ministro de la Gobernación: El Gobierno puede hablar siempre.)

El Sr. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (Dato): Yo no he pedido la palabra para contestar al discurso del Sr. Iglesias. La he pedido porque el Sr. Iglesias, traspasando los límites que la Constitución y el Reglamento ponían a su palabra, esa Constitución y el Reglamento que S.S. ha prometido por su honor que cumpliría (muy bien), ha recogido cosas que nacen en el arroyo. (Protestas en la minoría republicana. Grandes aplausos en la mayoría.)

Todos los hombres que hemos pasado por el Gobierno sabemos que son verdaderas indignidades. (Fuertes protestas en la minoría republicana. Prolongados aplausos en la minoría y la mayoría monárquica. — El Sr. Lerroux: Sin estar en el debate esto no se puede discutir.)

El Sr. PRESIDENTE: ¡Orden, Sres. Diputados! (Los Sres. Santacruz y Salvatella piden que se lea un artículo del Reglamento. — El Sr. Sánchez Robledo: Que explique el Sr. Presidente del Consejo esas palabras.)

El Sr. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (Dato): No dan SS.SS. pruebas de liberalismo tratando de ahogar la voz del Gobierno. (El Sr. Lerroux: Se ha pedido que se lea un artículo. — El Sr. Ministro de la Gobernación: Cuando acabe el Sr. Presidente del Consejo.)

El Sr. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (Dato): He dicho, señores, que lamentaba que se hubiesen recogido en el Parlamento español indignidades que nacen en el arroyo y que en el arroyo debían morir. Insisto en eso y esto no puede ofender a nadie. (Grandes aplausos en la mayoría y en otros lados de la Cámara y protestas en la minoría republicana.)

El Sr. PRESIDENTE: La Presidencia ruega a la Cámara que oiga su voz; la Presidencia espera que se imponga la reflexión en todos; la Presidencia ruega que ocupen todos sus escaños. No hay conflicto alguno, por grave que sea, que no resuelva la reflexión, dominando las pasiones y el acaloramiento del momento.

Sea cual fuere el incidente, y aunque fuera más grave el que ha ocurrido, no creo que nadie pretenda ahogar el sentimiento noble de invitar a dar satisfacción el que deba darla, para que la reciba serenamente el que deba recibirla. Ruego a los Sres. Diputados que contribuyan todos a que esta incidencia termine, por prestigio del Parlamento, como deben terminar las discusiones entre patriotas y hombres de honor. (Grandes aplausos.) Puede continuar el Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

El Sr. Presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Dato): Decía, Sres. que todos los hombres que han pasado por el Gobierno en España, pueden declarar, como declaro yo por mi honor, que esas especies calumniosas que S.S. recoge no son más que armas que se esgrimen con propósitos verdaderamente revolucionarios y con plena conciencia de su ilicitud. (Muy bien, muy bien.)

Y a la vez de esta protesta, que no podía dejar de hacer antes de que la sesión se levantara, quiero consignar también otra: la relativa al trato que los soldados reciben en

el campamento. El Sr. Iglesias ha hablado de cartas y de pruebas que no presentará jamás ante la Cámara, porque saben todos los que han visitado los campamentos, y basta ver el aspecto de los soldados que de Africa vienen, para saber que el soldado está rodeado de todas las consideraciones que el sacrificio de la Patria puede aportar para que cumpla la difícilísima misión que está realizando con tanta abnegación, con tanto patriotismo y con tanto valor, contrastando el empuje de los hijos del pueblo que defienden en Africa el honor de nuestra bandera por la actitud de los que, no habiendo de ir nunca a la guerra, excitan a las masas en contra de ella (grandes aplausos), y dan esas voces y hacen estas manifestaciones que alientan resistencias de los que en Africa se oponen a nuestras armas (muy bien). Dije interrumpiendo al Sr. Iglesias, y ésta es otra manifestación a que me voy a reducir, porque ahora no voy a contestar a S.S. que, la salud del soldado en Africa era mejor que la salud del soldado en la Península, y esto se acreditará por los estados sanitarios de Africa y de la Península, pero no quiero que la sesión se termine sin haber desvanecido la afirmación contraria y muy intencionada de S.S. Conste, pues, que la salud del ejército de Africa es mejor aún que la del ejército en la Península. (Grandes y prolongados aplausos de la mayoría y de las minorías monárquicas y ruidosas protestas de las republicanas.)

Se levanta la sesión.»

Eran las siete y cincuenta minutos. Pero el 27 de mayo a pesar de que Iglesias estaba seriamente enfermo de tuberculosis, ocupa de nuevo la tribuna pública:

«Ayer leía aquí, en corroboración de lo que afirmaba, palabras de un ex-ministro francés; y como yo creía y creo que esto es exacto, que esto es verdad, que era un deber traerlo a la Cámara, estimaba que no faltaba a ningún compromiso de honor, porque cuando había prometido, en unión de mis compañeros de minoría, lo había hecho con aquellas reservas que S.S. conoce. Por tanto, no viene a cuento hablar del honor en este caso, ni hablar del jura-

mento, en este país donde el juramento no se ha tenido en cuenta absolutamente para nada por hombres muy significados. Cuando S.S. quiera criticar los motivos por qué se habla del Poder personal, ponga su pensamiento en aquellos elementos que los han dado: han sido obra de Prensa, han sido obra de meeting, han sido obra de hombres a quienes SS.SS. han combatido ya defendiendo la política que esta situación representa.

Por consiguiente, si S.S. quiere agarrarse, dispense que no emplee otro verbo más fino, aprovechar la ocasión diré que el Diputado que en estos momentos dirige la palabra a la Cámara, no tenga un lenguaje esencialmente parlamentario para hablar como han hablado otros oradores de este asunto; si de esto es de lo que se quiere aprovechar... (Rumores). ¿Pero es que otros no han hablado del Poder personal, sino en un sentido u otro? ¿Se puede hablar en la Cámara del Rey? Aquí se ha hablado por otros señores que han envuelto sus palabras en un lenguaje parlamentario que les ha permitido que pase todo. Yo me expreso en otro lenguaje; pero se trata de convicciones, y las expongo como sabe hacerlo un trabajador, y no como saben otros. (Un señor Diputado pronuncia palabras que no se perciben claramente).²¹ Trabajador, sí. El que me ha interrumpido y así habla de mí, estoy seguro de que no trabaja las horas que yo trabajo al día. Trabajo hoy más que cuando estaba en el taller, cuando era tipógrafo; y si no lo sabe, debiera callarse, porque si no lo hace es un imprudente, y si lo sabe y dice esto, comete una gran injusticia. Si los que más saben y pasan por tener más educación hablan así ¿cómo quieren que los juzguen los hombres a quienes yo represento y que, sabiendo lo que yo hago, me estiman, acaso en demasía?

Decía el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que yo traía aquí ciertas afirmaciones con fines simplemente

21. El diputado que interrumpió dijo que dudaba de que el orador fuere un trabajador.

revolucionarios. Ah, que yo trabajo por la revolución de ideas y, si es necesario, de hechos, violenta; no lo niego; pero no se trata de que yo aproveche las circunstancias sin fundamento. Es más; yo creo que un hombre, al tratar cualquier cuestión, al querer aprovechar las circunstancias para sus ideas, si recurre a cosas que no han ocurrido, si acude a una opinión que no existe, es un torpe y no hace nada; y yo no hablaría del Poder personal, si, en efecto, no fuera verdad. Sirva o no sirva a los fines de la revolución y a los intereses de mi país, yo lo digo, porque creo que es verdad, y si es verdad, no tengo yo la culpa, como no la tenemos los que estamos aquí de que otros hechos y otras circunstancias nos ayuden en nuestra tarea donde las instituciones y la política imperantes en este país. Así que no lo hacemos por hacer, y lo digo porque este cargo no se refiere sólo a mí. Lo decimos porque creemos que esto es dañoso y perjudicial a los intereses de la Nación, y añadido que lo hacemos sabiendo que habéis de protestar contra eso, y no por el hecho de excitaros a la protesta, sino porque creemos que en este particular ha habido, en algunas ocasiones cobardía, y que hay que decir las cosas como son.»²²

22. Además de Iglesias, los diputados «izquierdistas» son unos cincuenta en 1914, republicanos y reformistas, etc.

CAPITULO III

LA GUERRA EUROPEA

En agosto se declara la primera guerra mundial, con la consiguiente división de los españoles entre amigos de la democracia, aún siendo capitalistas y del imperialismo alemán. Pronto se observa que la derecha nacional toma partido por los alemanes, en tanto que la izquierda y el movimiento socialista obrero lo hace en favor de los Aliados. Son dos corrientes de opinión que caracterizarán por muchos años la mentalización de los españoles, pues en el campo del pensamiento se percibe una abierta inclinación hacia las concepciones de sello germánico, lo que a la postre iba a resultar un grave obstáculo para el desarrollo político de España. Pero Pablo Iglesias fija en seguida su posición: neutralidad favorable a Inglaterra y Francia, resultado de un acuerdo del partido socialista.

«Que sin dejar de señalar al capitalismo de todos los países en lucha como responsables, estamos obligados a examinar las causas de la guerra actual, la situación que crea y sus consecuencias, ajustándonos a la realidad presente y con el pensamiento puesto siempre en las aspiraciones del proletariado... De los dos bandos que mantienen la sangrienta lucha, uno, el provocador de ella y la expresión más acabada del odioso imperialismo, se ha movido por propósitos y aspiraciones que, de triunfar, causarían

honda herida al proletariado y al partido que el mismo presenta; el otro, aunque llevado a la lucha principalmente por el interés capitalista, está mucho menos tocado de imperialismo y, por tanto, más influido por el espíritu democrático...»

La ponencia aprobada se extiende en otras consideraciones, entre las que resalta la convicción, corroborada por los acontecimientos de 1914 y de 1939, que si triunfaba el imperialismo alemán, el movimiento obrero internacional quedaría destrozado por mucho tiempo, quizá por un siglo. Esta era la idea fundamental de Pablo Iglesias, sin preocuparse de disquisiciones filosóficas ni alegaciones deterministas de los orígenes de aquella situación. Ese era el pensamiento de Iglesias, enriquecido entonces por las aportaciones de Besteiro, Araquistain y Fabra Ribas.

Neutralidad, si no era posible el intervencionismo activo. En el X Congreso del PSOE, celebrado en septiembre de 1915, resuena también la voz condenatoria de Iglesias contra la guerra y el imperialismo; resuena en otros labios lo que él había dicho anteriormente.

Enfermo de consideración, su presencia es fugaz, no sólo en las reuniones y asambleas de su partido; tampoco asiste a las sesiones de la Cámara de Diputados, lo que le obliga a defender su opinión en los periódicos y revistas progresivas. En el Parlamento, atenazado por el dolor físico, se levanta una vez para hablar brevemente —su intervención ocupa un tercio de columna del «Diario de Sesiones»—: refrenda la postura de la conjunción republicano-socialista que había expuesto un Diputado republicano, lo que provoca un murmullo de protesta por parte de los derechistas, de una parte, por supuesto, que veía en la victoria alemana la perpetuación de sus privilegios.

«Hemos manifestado nuestro deseo de que España se mantenga neutral, pero también hemos manifestado nuestras simpatías y nuestros deseos de que triunfen aquellos cuya victoria entendemos es beneficiosa para los pueblos. Nuestro criterio respecto a la neutralidad se funda en las

circunstancias en que se encuentra España, Seguramente procuraríamos que donde van nuestras simpatías fueran también todo lo que nosotros juzgamos eficaz para el triunfo de aquella causa.

Acerca de la primera guerra europea y la neutralidad aliadófila del socialismo español, deben consultarse sus artículos en «El Socialista» del 25 de julio, nueve y quince de agosto y trece de septiembre de 1914, «En que piensan los imperialistas», «La neutralidad de España», etc., en uno de los cuales glosa la personalidad socialista de Jean Aurès, sintiéndose profundamente consternado por el asesinato de aquel amigo francés que dedicó su vida a la defensa de la paz internacional y del socialismo. En realidad la guerra del 14 es para Pablo Iglesias el enfrentamiento entre el capitalismo y imperialismo germánico, por lo que en esta opción excepcional es necesario prestar apoyo moral o de otro tipo al aliado. En la revista «Acción Socialista», fundada y dirigida por Andrés Saborit, hay abundantes pruebas en ese sentido, en artículos firmados por Iglesias. Se pregunta en el número del 14 de noviembre: «¿Ha sido desmentida con esta guerra la teoría de que la lucha entre las clases y entre las naciones la origina la existencia de intereses antagónicos? ¿Destruye la presente contienda la idea de que un factor burgués, el militarismo, llega en ocasiones a sobreponerse al interés de un pueblo y arrastra a éste por su ascendiente y por su fuerza a una acción que le es perjudicial? No. ¿Dónde está, pues, el fracaso de la idea socialista? En ninguna parte.» (Este pasaje del artículo de Iglesias lo reproduce Lamo de Espinosa en su obra sobre Besteiro).

La plana mayor del socialismo español, con su presidente en cabeza, condenó la conducta de la Social Democracia alemana, que votó el presupuesto bélico presentando por el Kaiser. Y éste sería uno de los motivos que indujeron a Pablo Iglesias a ignorar la conferencia socialista de Zimmerwald, circunstanciada por el triángulo de aliadófilos, germanófilos y neutralistas, aparte de otros

factores de organización y de la conveniencia o desaprobación de la alianza con la burguesía progresista para realizar la revolución. En España, la burguesía no había evolucionado todavía.

«Diré algo de la opinión del país respecto a la guerra. Aquí, por lo que aquí se dice, hay muy pocos contrarios a la guerra en la forma que se quiere llevar; pero oyendo lo que se dice fuera, se aprecia que son muchos los que no quieren la guerra. Yo he hablado con alguno de vosotros (no diré muchos, porque no es exacto) y los he oído decir que no quieren la guerra y que ésta los lleva a un término que ellos mismos consideran funesto.

Además, hay que tener en cuenta cómo se forman los Parlamentos, y eso vosotros mismos lo habéis dicho aquí muchas veces, manifestando que no son el reflejo fiel de la opinión del país. Se nos habla de la Prensa. La Prensa puede ser en una parte el reflejo del país, y en otra puede no serlo. La clase más numerosa, la trabajadora, ha hecho protestas en todas formas, en reuniones, en manifestaciones y con otros actos. Además, la otra clase, que no está en contacto con los trabajadores, también se queja y manifiestan que la principal causa del mal estado de nuestra Hacienda es la guerra. Esto lo tienen que notar todos los contribuyentes, y tienen que notar además, so pena de ser hombres que no razonan, que no hay para nosotros utilidad ninguna material en Marruecos; que allí se derrama sangre y se gasta millones de pesetas, pero como compensaciones para nuestra industria, para el comercio, para el desarrollo de nuestras fuentes de riqueza, no hay ninguna, no hay nada. ¿Cómo la gente que ve esto va a ser partidaria de la guerra? No. Y hasta los mismos que han dicho que esta guerra es una fatalidad, ¿no han venido a decir también que es un mal. ¿Pues qué más opinión general en contra de la guerra puede haber en este país? Yo no he visto ninguna manifestación que pueda decirse que salga al paso de esta opinión; en cambio he visto en los meetings que hemos celebrado, no sólo a los trabaja-

lores, sino a personas de otras clases, que nos daban la razón, y cuando se viaja y se habla con gentes de todas las clases, se les oye decir que hay que acabar con la guerra, que hay que tomar la solución radical de marcharnos de Marruecos para que aquello termine, creo que la opinión exacta del país respecto a la guerra no puede nadie ponerla en duda; el país no la quiere. Aquí mismo se habla de la conveniencia de que la guerra no continúe.

Y después de hablar de la opinión del país respecto a la guerra, lo mismo que del Sr. Maura como hombre peligroso para gobernar, tengo que decir lo mismo del Sr. Cierva, porque el Sr. Cierva realizó (ya he indicado algo antes) una acción que fue sumamente dañosa. El Sr. Cierva ha hablado de su buena fe de la ley de Orden público, de otras muchas leyes que ha aplicado para contrarrestar las protestas contra la guerra y la revolución surgida, y ha explicado los hechos a su manera; pero los hechos están ahí. En Madrid no se permitieron las reuniones contra la guerra; en Barcelona y otros puntos de España, tampoco; S.S. sabe lo que hizo en cuanto dijimos que íbamos a realizar una huelga pacífica como protesta contra tal conducta y contra la guerra. (El Sr. Cierva: Pacífica, claro. — Risas). Ese es otro error de S.S.; pacífica se trataba de hacer. (El Sr. Cierva: **Ahora** lo decís; entonces no lo decíais, ni lo hacíais. Como la italiana.) Entonces también lo dijimos. ¡Pero si en estas cosas sabemos todos que siempre sois vosotros lo que ponéis la mecha junto a la pólvora! (Rumores). Porque lo de Barcelona, aunque se trataba de llevar a cabo ciertas protestas, lo provocasteis vosotros con los actos que realizasteis. Y con esto respondo en parte a algo que decía el Sr. Bergamín el otro día hablando de la revolución.

Las revoluciones no las hacen aquellos que las consideran buenas, sino los gobernantes, con sus actos insensatos, con sus torpezas, con sus ilegalidades. ¿Quién duda que la guerra de Marruecos constituye ahora para vosotros un volcán y sus derivaciones motivos serios para que pue-

da haber una revolución mañana? De quien hay que temer más es de los malos gobernantes. Así es que entonces pasó lo que he dicho.

En aquellos momentos, cuando se verificaban las protestas contra la guerra, no era vuestra conducta la de un Gobierno que respeta la ley; su obligación era respetarla, y si los ciudadanos se excedían en los meetings, ¿para qué están los juzgados? ¿No impedisteis que se celebraran reuniones contra la guerra en Madrid? ¿No las impedisteis en Barcelona y en otros puntos? ¿No tuvo esta arbitrariedad carácter general?

¿Es que creéis que la agitación contra la guerra es una cosa de broma, es una cosa de juego; que lo que ocurre en Marruecos no llega al corazón, no llega al alma del pueblo? ¿Es que creéis que cuando hablamos en los meetings vamos allí con la mentira, con el afán de excitar a nuestros compañeros? ¿Es que pensáis, como afirmaba S.S. el otro día, que realmente vosotros los estimáis más? (El Sr. Cierva: Sí, sí.) Pero ¿cómo los habéis de estimar más, si hay una razón natural que impide que esto sea así? Esa es una de tantas ceguedades como padece S.S. S. Señoría, como todos, a los primeros que estimará será a los de su familia, después a sus amigos, después a los que más trate, luego a los demás. Si eso es muy natural. ¿Y cómo nosotros no hemos de querer a los nuestros? ¿Es que los que por tales o cuales predicaciones, pueden ir a la cárcel, los que pueden caer en la calle no son de nuestra familia? ¿Cómo no hemos de tener interés por ellos? ¿Cómo no hemos de sentir lo que ellos sienten? Desconocer esto significa estar cegado o por un espíritu de odio o por un gran perjuicio. (...).

Voy a responder a un punto tratado aquí por el Sr. Bergamín el otro día.

Hablaba el Sr. Bergamín, siendo injusto, de que los que vamos al meeting a combatir la guerra excitamos pasiones innobles y sentimientos ruines, que procedemos así sabiendo que hacemos daño (no son esas palabras, pero eso

es el sentido). No es eso, señor Bergamín. Ya el señor Salvatella dijo algo a S.S. sobre este particular; nosotros, cuando vamos al meeting, cuando vamos a hablar a los trabajadores y a las mujeres que allí acuden, y a todos los ciudadanos, ponemos nuestro pensamiento en lo que a este país conviene, y hablamos de que la guerra no debe continuar y que hay que tratar de que cese mediante todos los recursos legales. Esto lo hemos dicho muchas veces, y hemos dicho a continuación que si estos recursos legales, si estos medios legales, eran desatendidos, estando todo el país en contra de esa guerra, si se obstinaban los que ocupaban el Poder en querer mantener esa guerra contra la opinión de todos entonces la revolución debía hacerse. Y con esto no tratamos de engañar al país; es lo que queremos y lo que sentimos, y porque lo sentimos lo decimos, y lo que todos los ciudadanos tengan que hacer haremos lo que a ellos nos dirigimos.

También dijo el Sr. Bergamín que nosotros íbamos buscando el motín. No; nosotros hablamos de revolución; pero decimos a nuestros compañeros que la revolución que hay que hacer en España no es una revolución solamente, de proletarios, no es una revolución de la conjunción socialista-republicana; es una revolución de todos los elementos nacionales que se sienten heridos por la política que se viene desarrollando desde hace tiempo; que están sufriendo como aquí las lacras se mantienen a diario; como las torpezas, como las consecuencias, las concupiscencias, como una política desastrosa está poniendo al país en trance de ruina, si no realiza esa revolución; que no pensamos hacer ésta por medio de una sola clase que no pensamos que la haga un solo partido, sino que la haga todo el país que se siente lastimado.

Yo no tengo condiciones de profeta ni aspiro jamás a demostrar que lo sea; pero yo os aseguro que si la revolución no la hace el país, que si esos esfuerzos no los realizan los ciudadanos españoles, la independencia del país de que tanto habláis que corre peligro, esa independencia

será sacrificada; y que la única salvación para que no pase eso, para que éste sea un país donde impere el buen sentido, ya que no el talento, para que sea un país que desarrolle su instrucción, su industria, su comercio; que se gobierne como no se viene gobernando hace mucho tiempo, para eso la única salvación es que esa revolución se haga, y, yo por mi parte, poco valgo; pero todo lo que pueda, no pensando ya en la idea socialista, ni en la conjunción, sino pensando en este país en que vivo, en lo que sufre, he de hacer por ella, por esa revolución, aconsejando a mis compañeros que hagan también en ese sentido absolutamente todo lo que puedan.»

Ahora bien; aunque en este discurso no esboza el estudio de la primera guerra mundial, que en el ámbito parlamentario quedará reducido, como hemos dicho, a una breve alocución de solidaridad con la tesis expuesta por los diputados republicanos, ello no le impide, pese a la enfermedad que le inmoviliza físicamente, abordar la cuestión en las publicaciones periódicas donde colabora. Sobre todo en el invierno de 1914, pues en el año siguiente apenas da señales de vida activa. Y por esta circunstancia nos vemos obligados a resumir su pensamiento acerca de la guerra imperialista, para lo cual tomamos algunos trabajos publicados en la revista «Acción Socialista».

CINISMO IMPERIAL

Aunque parezca mentira, no faltan imperialistas que, ante los horrores producidos por la tremenda lucha desencadenada por el maléfico espíritu que anima e inspira a los que como ellos piensan, mantienen la necesidad de la guerra y juzgan ésta como rica fuente de virtudes.

¿Necesaria la guerra?... ¿Por qué? La tierra, ayudada por los inventos de los que la pueblan, tiene espacio y

medios bastantes para que todos sus moradores puedan vivir satisfaciendo ampliamente sus necesidades.

El obstáculo que a esto se opone —la explotación de unos hombres por otros— ni es invencible, ni tardará mucho en desaparecer. Encontrándonos en el umbral de la era en que los instrumentos de producción y de cambio se socializarán, serán de todos, y, por lo tanto, la guerra, engendrada por el antagonismo de los intereses de las clases sociales, carecerá de razón de ser. Si ayer y hoy había causas para darle vida, mañana no las habrá.

¿Fuente de virtudes la guerra?... ¡Qué herejía, si se dice sinceramente, o qué falta de aprensión si se asevera porque sí!

¿Matarse unos a otros, despertar la ferocidad en los seres humanos, convertir a los hombres en algo peor que fieras, son cosas que podemos estimar como dignas, levantadas y honrosas? No y mil veces no.

¿Qué ocurre en estos trágicos momentos?

¿Sirve para engrandecer a los hombres, para hacerlos buenos, para dulcificar sus sentimientos, no ya el matar a semejantes suyos, destruir ciudades, volar puentes, asolar campos, sino el asesinar ancianos, violar o quitar la vida a mujeres y arrancar la existencia a inofensivos niños?

Para ser valiente —no baratero—, para ser generoso, para ser constante, para tener voluntad, adquirir dulzura y poseer energías, ¿es preciso derramar sangre, ver montones de cadáveres y gozar ante un pueblo ardiendo o contemplando la ruina de muchos hogares?

¿Puede ser ni la preparación de la guerra ni la guerra misma, escuela de buenos ciudadanos, campo para cultivar los sentimientos más elevados ni sitio más a propósito para que la inteligencia del hombre se desarrolle con el fin de ser útil a sus semejantes? Por ningún motivo.

Quien piensa en matar y mata con frecuencia, no puede tener mucho aprecio por su vida ni gran respeto por la de los demás; quien se acostumbra a verter sangre humana, a segar existencias, anula o adormece su sensibili-

dad; quien quema o arrasa edificios o pueblos estima en poco el fruto del trabajo o de la inteligencia; en una palabra, quienes son educados para la guerra y en la guerra no pueden ser nunca los mejores ciudadanos de un país.

No: ni la guerra es una necesidad ni en la guerra se fabrican las buenas cualidades que deben adornar a todos los ciudadanos.

Inevitable ayer, hoy, no obstante lo gigantesca que se muestra y en parte por eso mismo, está a punto de desaparecer, desapareciendo con ella los tristes rastros que siempre ha dejado y todos los elementos que su existencia exigía.

Podrán hablar aún de la necesidad de la guerra y de su eficacia educadora los imperialistas a quienes no conmuevan las tristísimas y aterradoras escenas que Europa está presenciando; podrán usar también este lenguaje los que no son capaces de observar los hechos con algún tino y tienen el atrevimiento, sin ser imperialistas, de sostener que la guerra educa; pero unos y otros se verán desautorizados por el tiempo, que demostrará muy pronto que el azote que hoy está afligiendo a muchas naciones tiene contados sus días y que su desaparición hará progresar a los pueblos considerablemente.

Ante la descomunal contienda que en estos momentos aflige a la Humanidad, gente que pasa por culta y hasta por avispada asegura, después de mostrar su horror por las escenas sangrientas ofrecidas por aquélla, que la guerra no desaparecerá jamás.

La ceguera de los que tal afirman es tan grande, que no les permite ver la luz de la verdad.

Un estado social puede haber alcanzado tales o cuales progresos, conseguido un portentoso desarrollo en su riqueza, elevando su potencia científica extraordinariamente; mas si en él impera el antagonismo de intereses, no se verá libre de odios y de guerras.

Es lo que acontece en el régimen capitalista.

El interés obrero opuesto al interés del patrono o ex-

plotador, y el interés de la burguesía de un país opuesto al interés de la burguesía de otra o de otras naciones, son los que engendran las guerras, lo mismo las de medianas proporciones que las tremendamente colosales como la que hoy padecemos.

Que la oposición de estos intereses desaparezca, que el interés de un individuo esté en armonía con el interés de todos los demás, y el de un pueblo con el de todos los pueblos, y la guerra no tendrá razón de ser.

¿Hay posibilidades de que esto ocurra? ¿Cabe obtener que el interés de todos los hombres sea uno? Sí. Pues desde ese momento, muerto el antagonismo entre todos los seres humanos, a la lucha sucede la paz, mediante el reinado de la armonía, no la armonía en las palabras, sino la armonía en los hechos, en todas las relaciones de la vida.

Adelantados, muy adelantados son la mayor parte de los países que están hoy en la lucha, pero a pesar de eso, como les anima el afán de la expansión territorial, la codicia de nuevos territorios, este hecho llévalos a mantener contiendas tan sangrientas y horrorosas como la que actualmente estamos presenciando.

Y como para mantener estas luchas necesitase una institución armada muy fuerte, llega ésta a adquirir tal preponderancia, que en ocasiones —y la de hoy es una de ellas— más se mueve por ansias del desarrollo o de dominio, que por servir los intereses en que debiera estar subordinada,

Pero ni revistiendo carácter imperialista y siendo fiel servidor de los que viven explotando, existiría este elemento necesario para la guerra, si el régimen social presente no estuviera compuesto de varias clases.

Suprímense éstas, deje de haber explotadores y explotados, patronos y obreros, y entonces la guerra es imposible, y por ende innecesaria la institución armada,

¿Se va camino de esto? ¿Distínguese la desaparición, por estéril y dañino, del elemento patronal y la transfor-

mación de dicho elemento y del proletariado en una colectividad de productores dueños del fruto de su trabajo? ¿Divísase en lontananza la socialización de los medios necesarios para la producción y el cambio? Lo afirmamos rotundamente. Y si nos aproximamos a estas hondas transformaciones; si vemos hundirse e inmediata a desaparecer a la clase capitalista y llegados a la plenitud de su conciencia a la clase trabajadora; si será cuestión de unos cuantos lustros solamente en que el Poder político pase de manos de la burguesía a manos de los verdaderos productores, el término de la lucha entre los hombres y entre los pueblos no puede estar lejano.

Se equivocan, observan pésimamente los que aseguran que las carnicerías humanas no desaparecerán. Por el contrario, a su desaparición vamos.

Escasa ya la vida que le queda al régimen burgués, el socialismo habrá de sucederle, y, al ocurrir esto, habrán desaparecido los motivos que originan la guerra.

El socialismo y la guerra son incompatibles. Por eso precisamente, para ser lógicos cuantos maldicen los actos guerreros y se conmueven ante sus horrores, habrán de alistarse a las filas socialistas para acabar con ellos.

El estado en que se encuentra la gigantesca lucha provocada por el imperialismo germánico corrobora lo que hemos afirmado repetidas veces; esto es, que dicho imperialismo marcha a su fracaso.

Algunos éxitos materiales tenidos por él en los primeros momentos hicieron creer a sus devotos no ya un triunfo, sino en una rápida victoria, pero los últimos acontecimientos, el abandono de las posiciones que habían conquistado para caer como un rayo sobre París, les habrá hecho ver que el plan del Estado Mayor alemán ha procedido con tanto acierto como la diplomacia de su país,

El error es el compañero inseparable de tal azote, y ante el error de una parte y la barbarie que representa de otra, va derecho a su hundimiento.

Nadie —decía él— peleando conmigo será capaz de

resistir mi empuje; nadie —afirmaba igualmente— manejará con más acierto y precisión que yo los elementos que en la guerra se emplean. Y se ha equivocado.

Pudo en los primeros momentos, disponiendo de masas enormes que concentró antes que sus enemigos reunieran las suyas, atravesar Bélgica y llegar hasta las proximidades de París; pero midió mal la resistencia de los que se oponían, calculó peor las provisiones que necesitaba, estimó en poco la acometida de los rusos por las fronteras austríaca y alemana, y hase visto obligado, sufriendo con ello una doble derrota, moral y material, a retroceder kilómetros y más kilómetros.

Si se equivocó el imperialismo alemán al no pensar que Italia dejaría de seguirle en su aventura, al creer que Bélgica no se alzaría en masa contra él, al suponer que Inglaterra abandonaría Francia y al no observar que acometía su empresa baratera cuando el ambiente mundial le era contrario y cuando existía un poderoso factor obrero que enfrente de él había de estar no menos, se ha equivocado en lo que toca al valor de su táctica, a la superioridad de su Estado Mayor y a la acometida arrolladora de sus masas.

Todo esto se presentaba como cosa excepcional, como algo por nadie igualado, como un conjunto de circunstancias que nada podría vencer; mas después de lo ocurrido, luego de ser echados atrás por los franceses y los ingleses, los que se tenían por los mejores soldados del mundo y creían contar con una dirección casi perfecta, el concepto que se formará de ellos y de sus directores será otro.

No se desconocerán las cualidades que tengan como luchadores, ni el efecto de su gran disciplina, ni el cálculo de sus jefes; mas de reconocer eso a tenerlos por invencibles, por gente que sojuzga a la fortuna, hay una enorme diferencia.

Y si, con pequeña diferencia, los defensores del imperialismo son soldados como los demás, no pueden vencer.

—¿Serán más en número que los aliados? No. ¿Cuentan navalmente con más fuerza que ellos? Tampoco.

¿Disponen de más o de los mismos recursos que franceses, ingleses, belgas y rusos? Menos. Casi bloqueados, no sólo tienen paralizada gran parte de la producción sino que se encuentran faltos de muchos artículos de primera necesidad.

¿Les acompaña la razón? ¿Siéntense sinceramente exaltados por alguna gran idea? ¿Van a pelear por el derecho, la libertad o la justicia? No. Es lo contrario lo que les mueve a guerrear. Para ellos nada representa la libertad, la independencia o la tranquilidad de los demás pueblos.

Faltos de ideales, representando un retroceso e inferiores en medios en muchos sentidos a los elementos que han de pelear en nombre de Francia y de los demás pueblos aliados, los soldados del imperialismo habrán de ser necesariamente derrotados.

Durará más o menos la contienda —ojalá dure poco para ahorrar vidas y economizar millones—, pero sea corta o sea larga, el triunfo no será de los que quieren el imperio del sable y con él la repetición de horribles matanzas como la presente, sino de los que desean que los pueblos sean dueños de sí mismos y resuelvan sus diferencias por procedimientos pacíficos.

TERCERA PARTE

1. — LA CONDUCTA POLÍTICA DE PABLO IGLESIAS

Todo es natural en la vida y la obra de Pablo Iglesias, sin adornos ni teatralidades. Es un hombre del pueblo que comprende las inquietudes sociales y políticas del pueblo y se propone interpretarlas, a la vez que educa y organiza la voluntad de la clase trabajadora. El fenómeno social del tiempo en que vive necesita un protagonista —que no es lo mismo que protagonismo— que ofrezca la respuesta adecuada a los múltiples problemas de su país. No es un pensador ni se propuso nunca discernir filosóficamente lo que separa la teoría de la praxis. Habla y escribe como se expresa el pueblo después de haber estudiado y asimilado las lecciones de los creadores del socialismo científico, los internacionalistas europeos. Iglesias es tan internacionalista como Marx, pero éste no se sintió verdaderamente alemán —«Alemania era un pueblo de soñadores, pero hoy lo es de integrantes», escribió el filósofo de Tréveris—, en tanto que Iglesias fue siempre un español total, con casi todas las virtudes del español. «*Debe prevalecer, por encima de toda clase de poderes, la voluntad soberana de la nación española*», esto es, la voluntad que emana de la democracia y de la libertad, según consta en el documento firmado el 16 de junio de 1917 con otros dirigentes republicanos reformistas, ante los graves acontecimientos porque atravesaba España. No era partidario

de colaborar con los partidos burgueses, como fue enemigo del terrorismo y de los atentados personales, pero aprueba éstos excepcionalmente y *«referente a la actitud con los partidos burgueses, que en su esencia queda subsistente, el acuerdo del Congreso de Barcelona no puede ser obstáculo para que el país preste su colaboración a otros partidos avanzados dentro del campo burgués cuando corran peligro de desaparecer o sean bastardeadas en la práctica, debiendo adoptar aquellas actitudes y determinaciones que las circunstancias aconsejen»*.

Iglesias, como Besteiro, manifiesta en sus escritos que se halla plenamente dentro del movimiento del marxismo democrático, y que desde un principio toma posición en los albores de la revolución rusa, en el campo de los partidos obreros internacionales que no admiten la hegemonía soviética ni la falseada dictadura del proletariado. Sin especulaciones metafísicas ni alardes declamatorios, sino con el estilo que llega al corazón de los trabajadores dice las cosas como las siente y se enfrenta a los problemas de España con sinceridad y método admirables. Revolucionario como lo son los líderes obreristas que participan con él en los Congresos Internacionales y en la Prensa socialista europea, no presta demasiada atención a los gritos desaforados de los anarquistas, radicales, burgueses republicanos —que suelen utilizar disfraces ideológicos, entonces y después— y comunistas, cuando convocan revoluciones permanentes e inmediatas, capaces de derribar ilusoriamente los regímenes reaccionarios y conservadores que se suceden en el país. No se embarca en la nave de las revoluciones a palo seco, si se permite la expresión, porque comprende que las consecuencias de la derrota serán terribles, habida cuenta que todavía no se ha organizado la clase obrera, es decir, que no constituye ya una contraélite que dispute el poder a la burguesía, que, lo ha repetido muchas veces, es el verdadero enemigo del proletariado. Por eso pensaba que había que ganar posiciones desde la legalidad, cuando fuera posible,

para llegar más tarde a la sociedad sin clases. Cabe deducir que a esta conducta se debe que, no obstante haber organizado las huelgas más consistentes y amplias del movimiento obrero español desde los finales del siglo XIX a 1917, año en que se declara la huelga general española, propiciado por el socialismo, no accediera a participar en los golpes de Estado que bullían en las mentes de los radicales y comunistas, ni siquiera en los inicios de la dictadura de Primo de Rivera.

No confiaba en la colaboración ajena; eran los propios trabajadores quienes deberían forjar su victoria. Convicción que procedía de sus primeros años de luchador sindical.

«Crear que se pueden mejorar las condiciones de los tipógrafos con el aislamiento y el abandono es un sueño; dejar al tiempo y a la casualidad el alivio de nuestros infortunios, un error; pensar que los que no sufren nuestras privaciones y nuestro malestar han de interesarse por nosotros y poner coto a ello, una utopía...»

Condenaba el terrorismo, el militarismo, cualquier tipo de militarismo, pero sobre todo el prusiano, la participación socialista en Gobiernos burgueses, aunque comprendía que era conveniente que su compañero Guesde estuviera presente en el Gobierno francés por la emergencia de la primera guerra mundial; incluso es posible que sonriese con ironía cuando los reformistas republicanos de Melquíades Álvarez le reservaran la cartera de Trabajo en un gabinete presentado por ellos, el equipo ministerial que sucedería a los Canalejas y Maura... Pacifista, enemigo de la guerra, de todas las guerras, dijo:

«El capitalismo de todos los países en lucha es el responsable de la guerra. Hay que examinar la realidad con el pensamiento puesto siempre en las aspiraciones del proletariado. Uno de los contendientes es la representación acabada del más odioso imperialismo; el otro, aun luchando por el interés capitalista, está más influido por un espíritu democrático. De vencer el imperialismo aus-

trogermano habrá un retroceso o un alto para el socialismo; de obtener la victoria los países aliados, nuestra causa realizará grandes progresos, incluso en Alemania y Austria.»

Añadía en la revista *España*, en junio de 1915:

«España, que debe sentir como el país que más lo ha hecho con Servia y Bélgica por los imperios centrales, no ha estado ni está en condiciones de observar la actitud anteriormente indicada, esto es, de aportar su ayuda material, sus soldados para obtener pronto una victoria decisiva sobre los que sueñan con imposibles imperios.»

O sea, que Iglesias, y con él el partido socialista, salvo una pequeña minoría (García Quejido, Matías Gómez, Verdes Montenegro), se manifestaba al lado de los aliados con matices aclaratorios, para que esta solidaridad no se tradujese por el momento en participación activa en la guerra. Defendiendo aquella neutralidad física, Iglesias dirigió fuertes diatribas contra la socialdemocracia alemana, acusándola de estar al servicio del Kaiser o capitalismo germano. También opinaban de la misma manera Caballero, Besteiro, Araquistain, que sentía gran admiración por Gran Bretaña, Fabra Ribas, etc. «¿No habíamos quedado que el culpable verdadero de todas las guerras que existen es el régimen que existe?», escribe Largo Caballero en *Acción Socialista*, un año después del famoso artículo de Iglesias en la misma revista, el 15 de septiembre de 1914.

El interés obrero, opuesto al interés del patrono o explotador y el interés de la burguesía de otra o de otras naciones, son las que engendran las guerras.²³

Pablo Iglesias estaba contra todo lo que menoscabase los intereses y la personalidad colectiva de la clase obrera. En esto fue siempre diáfano y contundente. Y en su condición de español, según las palabras que anota Fer-

23. Citas tomadas de los libros de Morato, Tuñón de Lara y Lamo de Espinosa, éste en su obra sobre Besteiro.

nando Díaz-Plaja en su libro «La historia de España en sus documentos: siglo xx», oración expresiva del pensamiento de Iglesias.

«Somos, pues, los socialistas más patriotas que lo pueden ser los demás españoles que opinan de otra manera.»

Frase de apertura hacia horizontes de convivencia y de construcción democrática, en comunidad con otras fuerzas de distinto matiz político, o sea, del pluralismo en la libertad, en las libertades que permiten el juego de la competencia y del rendimiento político colectivo. Pero caso de no ser así, entonces opinaba Pablo Iglesias:

«La conquista del Poder (será) revolucionariamente y sólo revolucionariamente, por supuesto pensamos, si se cierra la puerta pacífica.»

Por semejante puerta abierta han alcanzado el poder presidencial socialistas occidentales, además de numerosos primeros ministros de las naciones más respetadas y avanzadas de Europa, acceso a las primeras magistraturas que se consideró absolutamente normal.

Pues bien, Pablo Iglesias pertenecía a este tipo de dirigentes socialistas, pero su vida se consumió en la lucha obrera en el período de desarrollo y fortificación del socialismo democrático entre la represión y la libertad. Erigido en el Estadio del socialismo humano quizá desde el mausoleo que guarda sus restos en el Cementerio Civil de Madrid, junto a las tumbas de Pi y Margall, Salmerón, Giner de los Ríos, Azcárate, Bartolomé Cossío y tantos reformadores del pensamiento y de la política, quizá, decíamos, pudiera sentirse interpretado por lo que se expone a continuación en el orden de las ideas propagadas y defendidas por él.

Pablo Iglesias sabía diferenciar las teorías de Lasalle para rebatir en vida de Marx los argumentos filosóficos y políticos de éste, y las ideas completadoras de la escuela reformista, ¿no es el marxismo la «reforma» profunda del hegelianismo? ¿No es el soviétismo una reforma del marxismo?, las cuales se hallan dentro de la sistemática ge-

neral marxista. Pablo Iglesias lo conocía perfectamente, habiendo dejado constancia de ello en sus escritos, que no son completos en tal sentido porque el debate ideológico en profundidad arreciaría después de su muerte. Explicadas someramente las ideas de Marx, glosadas por Guesde-Iglesias y por tantos otros divulgadores, incluyendo la concepción materialista de la historia, a saber, evadirse de las especulaciones metafísicas porque la evolución histórica está determinada por el desarrollo social, las condiciones materiales y económicas de los pueblos, las relaciones de la producción, etc. El método dialéctico está unido a la lucha de clases, al final de la cual el proletariado será la clase dominante como poseedora de los instrumentos de producción, para llegar a la sociedad socialista democrática; la plusvalía, la teoría de la concentración, la tendencia del capital hacia la concentración empresarial, aumentando los ingresos en tanto que los trabajadores, que no participan en los beneficios del capitalismo, pues son simplemente la mano de obra, serán cada vez más pobres (depauperación), hasta el punto que la clase media, antes intermedia entre la burguesía y el proletariado, se integrará en éste y lucharán juntos por establecer la democracia socialista, que no parece lo mismo que la dictadura del proletariado, término, dice Besteiro (lo contrario que Lenin), que surge accidentalmente en las cartas del filósofo, pero que no tienen correlación en sus textos doctrinales y que además el ejemplo ruso nos demuestra que esta dictadura del proletariado se ha convertido en la dictadura sobre el proletariado (opinión de Sartre, de Besteiro, de Araquistain y que también se insinúa en las cartas de Pablo Iglesias). La teoría de la catástrofe, el paro por la concentración capitalista y la subsiguiente crisis económica al disminuir las ganancias por la saturación del mercado, fue un hecho durante la revolución industrial y sólo relativamente confirmado en la tecnológica, cuando la oferta supera la demanda y provoca el cierre de las fábricas.

Si examinamos la colección de «El Socialista», diario dirigido por Pablo Iglesias o sus adelantados Saborit y Fabra y Ribas, se verá la profusión de artículos de completadores de la altura cultura de Kautsky, Vandervelde, Jaurès, Guesde, Bernstein, lo que viene a significar la importancia que se daba entonces a esta escuela, reflejada cincuenta años más tarde en el libro «La concepción del Socialismo en Suecia», preparado por la Confederación General de Trabajadores de aquel país. En él se afianzan las bases del socialismo (no hay socialismo sin libertad; no hay democracia sin socialismo), que estamos convencidos habría merecido la aprobación de Pablo Iglesias, adaptadas a la sociología y la singularidad española, más radical, es cierto, con una burguesía encerrada en sus privilegios seculares.

Los dirigentes y pensadores (completadores revolucionarios, que nada tenían que ver con el reformismo pequeño burgués), jamás han negado la personalidad de Marx y de su mundo ideológico, en el que se hallaban insertos, ya en la época de madurez de Pablo Iglesias. No obstante, hubieron de completar los textos originales y despojarlos de algunos perfiles desfasados por la realidad del mundo moderno, surgido de mutaciones sucesivas. Marx ordenó la filosofía para cambiar la sociedad humana y para que fuera el pueblo de trabajadores, una vez emancipado y capacitado, el dios colectivo de la sociedad sin clases. No hay, por consiguiente, antinomias entre Marx y Pablo Iglesias, así como las hay, y muy profundas, en las tesis de Kautsky y Lenin acerca de la dictadura del proletariado, expresión literaria, pensamos nosotros. (Véase libro de Lenin «Acerca del marxismo», editado por Prensa Nivosti, Moscú 1969, en castellano.)

Esa sociedad no existe en la Unión Soviética (Marcuse), ni en ninguna parte. En la Unión Soviética la ideología marxista se ha desarrollado de conformidad, en todo caso, a la mentalidad eslava, pero que es un hecho que no tendrá correspondencia en otros pueblos, sencillamente por-

que son diferentes. Lo que vale para un pueblo, puede ser antitético para otro. Así lo dijo Fernando de los Ríos, y hemos visto que lo refrendó Pablo Iglesias. Por eso deducimos que no es necesario separarse demasiado de las ideas de Marx para hallarse en el movimiento crítico extendido por los reformadores socialistas, muchos de los cuales fueron compañeros de Pablo Iglesias en las reuniones internacionales. Se sabe que entonces se dirigió una fuerte crítica contra la teoría del valor, ya que adolecía de incorrecciones que convenía revisar; contra las predicciones del empobrecimiento y desaparición de la clase media, que no se encontraba confirmada por la realidad.

Tampoco las crisis económicas eran cada vez peores, sino menos graves, en tanto que la prevista catástrofe del capitalismo no se producía, atrincherado después en lo que se llama neocapitalismo con incipientes cláusulas paritarias, Bernstein proponía que el socialismo democrático concentrara sus esfuerzos en la realización de reformas sociales y políticas que aumentaran la influencia socialista en la sociedad y el Estado, que en resumidas cuentas es la normativa del socialismo moderno. Se defendía el cooperativismo como una forma inmejorable de propiedad colectiva, desplazando el sistema de producción capitalista, cuyo éxito es indiscutible en Escandinavia, donde sólo ha sido recortado el capitalismo, pero que tiene menos poder que las cooperativas. La democracia política debía dar paso a la económica y era fundamental para la actuación de los trabajadores, primero, luchar democráticamente y obtener así la mayoría, llevando a cabo después, poco a poco —expresión de Marx— y bajo formas pacíficas, el establecimiento del socialismo. Otra forma parecía utópica, torciendo a la izquierda o penetrando en el castillo derechista. Salvo, como arguye Pablo Iglesias, cuando se cierran todas las puertas.

Separando formalmente la revolución violenta de la evolución revolucionaria socialista, el pensamiento de Pablo Iglesias se eleva en torno a la libertad del pueblo para

governarse por sí mismo, la democracia como canal para llegar al socialismo y levantar sobre las cenizas de la burguesía capitalista la sociedad del pueblo de trabajadores. La opción entre la dictadura maximalista y la evolución revolucionaria socialista no cabía en la mente de Iglesias. Eran cuestiones diferentes.

Un gobierno tiene que encarnar y representar la voluntad soberana del país, decía Pablo Iglesias, reiterando su condición democrática, sin que pudiera contaminarle la fiebre marxista-leninista que se propagó por Europa después de la revolución rusa de 1917. Este testimonio procede de hombres que le conocieron en la intimidad y que participaron con él en congresos nacionales e internacionales: Juan José Morato y Andrés Saborit, que le conoció en 1902 en la calle madrileña de Relatores, número 24, lugar desde donde Iglesias dirigía el movimiento obrero socialista. Cabe, por tanto, situarle en el proceso evolutivo y revolucionario del socialismo que se desprende de la dialéctica de Marx, aunque sin aceptar la versión del «Manifiesto Comunista» ni de «El Capital» al estilo soviético, porque no se produjeron las motivaciones históricas y económicas susceptibles de cristalizar en la revolución del proletariado. Por eso, contemplando a la luz de los posteriores avances sociales, de las reivindicaciones obreras y políticas conseguidas, de la penetración del partido obrero antitotalitario en las estructuras de los Estados modernos, ¡cuán luminoso se presentía el pensamiento de los dirigentes socialistas de principios de siglo que buscaban la vía democrática como solución, y entre ellos Pablo Iglesias!

«Si el proletariado —escribía Jean Jaurès— no ha podido apoderarse de ninguna de las revoluciones burguesas, se ha mezclado, sin embargo, en las agitaciones de la burguesía revolucionaria y continuará todavía bajo las formas nuevas que desenvuelva la democracia, sacando partido de los inevitables conflictos interiores de la burguesía. No es posible la súbita caída del capitalismo y el advenimiento repentino del proletariado. El proletariado

llegará al poder por la organización metódica y legal de sus propias fuerzas bajo la ley de la democracia y del sufragio universal». Este argumento está vigente en el pensamiento de Pablo Iglesias cuando repite machaconamente que sólo en la organización política adquirirá poder el trabajador. Pero Jaurès redondea la idea pablista: «No es por el hundimiento de la burguesía capitalista, sino por el crecimiento del proletariado por lo que el orden socialista se implantará gradualmente. Los que aceptan estas verdades no tardan en concebir métodos precisos y seguros de transformación social y de progresiva organización. Los que no lo aceptan, los que no toman verdaderamente en serio los resultados decisivos del movimiento proletario y retrogradan hasta el «Manifiesto Comunista», tan visiblemente sobrepujado por los sucesos, o que mezclan a los pensamientos directos y verdaderos que la realidad presente les sugiere restos de pensamientos antiguos de donde ha huido la verdad, éstos se condenan a sí mismos a vivir en el caos.»

¿Cómo pasar de la sociedad burguesa a la sociedad socialista? ¿Por qué caminos? ¿Por qué medios? ¿Por medio de la evolución?, se preguntaban Pablo Iglesias, Jaurès, Guesde, Bebel, Branting, Liebknecht... A través de la democracia plural y del pueblo, con sus libertades formales, pues la dictadura interfiere y destruye la evolución revolucionaria socialista. La violencia tuvo su razón en fechas clave de la historia, la Revolución francesa que fue burguesa, la Comuna de París, proletaria y ensalzada por Pablo Iglesias, las huelgas revolucionarias, que significaban la réplica de la clase explotada, perseguida y amordazada por el capitalismo, de los omnipresentes detentadores del poder, de los instrumentos de producción, de la propiedad, de las fábricas, de los latifundios.

Este era el lenguaje que empleaba Pablo Iglesias para denunciar a las fuerzas que se oponían a la emancipación del proletariado, expresión determinante del marxismo y que es utilizada por todos sus dirigentes obreros o inte-

lectuales. «¿Acaso hemos desechado alguna vez a alguno por el hecho de no pertenecer a la misma posición social que nosotros? —se preguntaba en 1899 Augusto Bebel, trabajador manual y presidente de la Social democracia alemana—. Actualmente tenemos el gusto de contar entre los nuestros a dos terratenientes y nos regocija que haya tales mirlos blancos. Yo he dicho siempre que necesitamos intelectuales, cuantos más mejor, y si alguien acude a nosotros como compañero sincero, tenemos motivos para alegrarnos. No podemos mirarlos por encima del hombro, como lo hacen los hombres de su propia clase, y que muchas veces han de soportar sufrimientos desconocidos para los obreros. Siempre ha habido intelectuales y hombres del clero en las revoluciones. Ni Marx, ni Engels, ni Lasalle eran obreros. Pero a pesar de ello nuestro movimiento es proletario, y tiene que serlo si no queremos desaparecer».

La coincidencia entre Pablo Iglesias y Bebel no puede ser más completa, exactamente igual que sucede en Jaurès, intelectual, cuyo asesinato sintió Pablo Iglesias como si hubiera sido un hermano. Dijo el intelectual Jaurès: puso la idea (Marx) en el movimiento y el movimiento en la idea, el pensamiento socialista en la vida proletaria y la vida proletaria en el pensamiento socialista. Desde ahora, el socialismo no realizará por completo su idea sino con la victoria del proletariado, y el proletariado no realizará por completo su misión sino con la victoria del socialismo.²⁴ Porque, añadía León Blum, otro intelectual del movimiento obrero, el sucesor legítimo de la burguesía, es el pueblo reflejado en el socialismo, «sólo él queda, y todas las corrientes de la historia convergen hacia él. La

24. Jean Jaurès: «Estudios Socialistas», Editorial ZYX, Madrid 1968. Bebel discutió acaloradamente con Jaurès sobre la participación de los socialistas en los Gobiernos burgueses. Por otra parte, los reformistas del tipo de Branting y Macdonald estimaban que el socialismo es la fase social que viene después del liberalismo.

aspiración casi unánime (de Francia) reclama la supresión de los monopolios y de los privilegios, es decir, la justicia; la sustitución de las jerarquías ficticias y hereditarias por las naturales y personales, es decir, la igualdad a la subordinación de los intereses individuales al bien público, es decir, la organización colectiva de la producción y la distribución de las riquezas; la paz, es decir, el orden internacional».

Eran palabras de León Blum, pero lo mismo pudo haberlas escrito Pablo Iglesias: sólo revolucionariamente (si se cierran las puertas de la competencia política). Así observamos el pensamiento de Pablo Iglesias en esta especie de decantación de sus expresiones más vitales. No se concibe en él la quimera ni el revolucionarismo del caos permanente de aquellos que se proponían acabar con un sistema que consideraban rígido, brutal, aplastante como un bloque y querían una acción revolucionaria inmediata, rígida, brutal a su vez. Esos eran blanquistas, no marxistas, como tampoco lo son quienes incitan al proletariado a la acción revolucionaria, sin detenerse, sin etapas intermedias. Semejantes precisiones que proceden de la síntesis del pensamiento de Marx realizada por Henri Lefebvre confluyen en la ciudadela del movimiento obrero español que se llamó Pablo Iglesias.

Pero estuvo sometido, como Marx, a la maledicencia y la injuria de sus enemigos de la derecha y de la izquierda. Dentro de las sociedades izquierdistas, Marx era llamado predicador del purgatorio capitalista y que nada le interesaba la miseria en que vivía el obrero —Gottschalk, Weiting, Bakunin, Blanqui, para quienes no había otra forma de instaurar el comunismo que la revolución permanente y violenta—, Pablo Iglesias sufrió los mismos ataques tan histéricos como inconscientes. Las cartas personales de Marx son fundamentales para comprender su pensamiento, puesto que en ellas se aclaran dudas y se precisan actitudes de coyuntura. Las cartas de Pablo Iglesias responden a semejantes supuestos. Marx como Pablo

Iglesias era adversario de las operaciones conspiratorias y de las sociedades secretas. A Pablo Iglesias se le acusó de practicar el terrorismo y de haber organizado el atentado contra Canalejas, que en el fondo era la acusación más absurda que pudiera imaginarse. Marx estuvo a punto de ser expulsado de Inglaterra por haber «atentado» contra la vida de la reina Victoria, en tanto que su mujer, Jenny, ingresaba en la cárcel de Bruselas en la división de prostitutas, la ofensa más grave que pudo recibir Marx. Este fue un pobre permanente como Pablo Iglesias (véanse las pruebas en la biografía escrita por Juan José Maroto), hasta el extremo que murieron varios de sus hijos a causa de esta misma precariedad económica; durante algunos años, casi toda su vida, vivió exclusivamente de las ayudas de su amigo Engels y del producto de sus colaboraciones en el diario «New York Tribune», periódico que nada tenía que ver con el proletariado, pero en el que Marx dejaba constancia de su pensamiento proletario, cual hizo Pablo Iglesias en la Prensa burguesa liberal. Sin embargo, los malévolos fabricaron historias en el sentido que vivían a lo grande con propiedades y servicios, a costa de los trabajadores que decían defender... Marx, filósofo del purgatorio capitalista; Pablo Iglesias, Pablo Capillas del clericalismo.

En fin, terminaremos con una oración de Pablo Iglesias, síntesis de su condición moral; y una precisión de Besteiro:

«Razonar, explicar bien las cosas, no darles más proporciones que las que tengan, señalar con acierto las causas que las originan, deducir con inflexible lógica sus consecuencias y hacer todo esto en un lenguaje que no sea mortificante para nadie o que mortifique lo menos posible, es el modo mejor de conquistar elementos y no darles una buena educación, ya sea socialista, ya societaria. La clase obrera lo primero que quiere es respeto al derecho de reunión y al de asociación, un respeto grande; porque esos derechos son lo que el oxígeno para la vida...»

Y Besteiro. «La obra de Pablo Iglesias era considerada antiliberal por la derecha (y en otro sentido) por incluso obreros que se creían revolucionarios —en «El Socialista» 11 diciembre de 1926—. Entre los críticos de Pablo Iglesias, como entre los críticos de Carlos Marx, podrá haber excepcionalmente algún hombre de verdadera inteligencia, pero los que en realidad abundan son los tontos y los pillos, que muchas veces son tontos además, porque eso de que todos los pillos son listos constituye también una vieja patraña».

II. EL BLOQUE «SOCIALISTA»

Pablo Iglesias intuyó el significado del centralismo comunista y la soberanía limitada de los países bajo dictadura bolchevique cerca de la Unión Soviética. Lo denunció y rechazó en su artículo «Las 21 condiciones de Moscú» y en la carta dirigida al Congreso de la escisión. Objetivamente considerado, no cabe ocultar que la postura adoptada por Iglesias era la más congruente y el más fiel reflejo de su pensamiento de luchador obrero. Los acontecimientos posteriores iban a darle la razón, como a Besteiro y también el líder más radical del movimiento socialista contemporáneo, Francisco Largo Caballero, quien, aunque es cierto que firmó una alianza con los comunistas debido a la expansión del fascismo internacional, lo es a su vez que la Unión Soviética le repudió en 1937 porque Largo Caballero era ante todo un español y un socialista que no admitía la hegemonía rusa. En un libro publicado en México en 1954, después de su muerte, titulado «Mis recuerdos», se dice lo siguiente:

«Se llevaba a cabo una labor de catequización por el partido comunista, abusando de las simpatías hacia Rusia por su ayuda (durante la guerra civil), maniobra posiblemente dirigida por la III Internacional. Era intolerable. Así muchos se incorporaron a aquel partido, en desacuerdo con sus sentimientos y sin conocer lo que era. Al que no

se sometía, se le perseguía hasta inutilizarle. Todo se toleraba, sin mi consentimiento, por temor a perder la simpatía de Rusia.»

Más tarde, una vez terminada la segunda guerra mundial y del ascenso de la Unión Soviética al podio de las grandes potencias, ésta ha conseguido establecer en la nomenclatura internacional la licencia semántica de «naciones socialistas», «bloque socialista», «Estados socialistas», referido a los pueblos dominados por los partidos comunistas. Para los socialistas europeos y norteamericanos (se advierte un notable paralelismo entre Pablo Iglesias y Eugene B. Debs, en la acción y el predicamento sociopolítico), este hecho constituye la usurpación lexicográfica, pero que por su uso regular en los medios informativos es ya de dominio común. Ello nos impele a esbozar un breve ensayo, con la pretensión de poner las cosas en orden, sin abandonar la trayectoria iniciada de un libro que compila el pensamiento de Pablo Iglesias. Porque no obstante parecemos exagerado decir que la Unión Soviética es el paraíso perdido de los trabajadores, que acuñó el correspondiente norteamericano Eugene Lyons y que sostiene el sindicalismo obrero, dirigido por George Meany, lo que hay que debatir es si la revolución rusa fue traicionada después por los comunistas rusos. Nuestra respuesta es afirmativa.

A nuestro entender, reconociendo su trascendencia histórica, se ha exagerado la contribución de la Unión Soviética a la prosperidad general de la clase trabajadora, debido principalmente a que era la primera vez en la historia que las organizaciones obreras alcanzaban el poder total, poco después convertido en poder de un partido político excluyente. Se comprende perfectamente el sedimento emocional que aflora todavía en algunos socialistas que ven el porvenir con los lentes de los años 20, sin duda porque han permanecido aislados y desconocen la corriente completadora, sin dejar de ser revolucionaria, del socialismo democrático europeo. Ese socialismo que

se ha establecido en el poder porque así lo ha decidido el pueblo en elecciones libres, en competencia con los partidos burgueses, exactamente igual que pretenden hacer los partidos comunistas francés e italiano, por citar los únicos que tienen cierta concurrencia en Europa; ese socialismo no concede excesiva importancia a la revolución rusa como promotora del progreso de la clase obrera. En realidad, Marx y Engels jamás creyeron en la capacidad de la sociedad rusa para realizar la revolución proletaria. Por el contrario, sí confiaban en Inglaterra, donde los obreros estaban organizados y disponían para su defensa de «bill» de las diez horas como consigna económica (1838) y en la Carta Magna habían depositado su defensa política. Lo hace constar Marx en «El capital», Federico Engels en «La situación de la clase obrera en Inglaterra». Es decir, que el sufragio universal para los varones mayores de 21 años, la libertad política y sindical no fueron una consecuencia de la revolución rusa, puesto que llevaban un adelanto de docenas de años sobre Rusia. Marx y Engels preferían el establecimiento inglés al ruso, simplemente porque aquél era menos reaccionario y conservaba ciertos matices sociales que faltaban en el otro.

Una cita marxiana nos refrescará la memoria. Dice así en «El Capital»: «Después de la insurrección de junio en París, 1848, ahogada en sangre, reunió bajo la misma bandera a todas las fracciones de la clase gobernante, terratenientes y capitalistas, lobos de la Bolsa y ratas de tienda, clericales y librepensadores, jóvenes ramerías y viejas monjas, y su grito de guerra fue: salvemos la caja, la propiedad, la religión, la familia y la sociedad y declaremos criminal a la clase obrera poniéndola fuera de la ley por sospechosa».

Así fue, ciertamente, pero también observamos que la estadística social alemana y del resto de Europa era realmente miserable comparada con la estadística social inglesa. Considera Marx que si, como sucede en Gran Bretaña, «nuestros gobiernos creasen comisiones de estudios sobre

la situación económica, si dichas comisiones tuviesen, como ocurre allí, plenos poderes para buscar la verdad; si llegásemos a encontrar para esta importante función social hombres tan expertos, tan imparciales, tan firmes y desinteresados como los inspectores de salud pública, que, entre otros menesteres, investigan la explotación de la mujer y de los niños, de las condiciones de la vivienda y de la alimentación de la clase trabajadora, quedaríamos horrorizados del estado de cosas reinantes en cualquier nación europea». En el mismo libro se hace constar que los obreros especializados de la Edificación y de ciertas industrias constituían de hecho lo que ahora llamamos la clase media, o sea que los ingleses se adelantaron un siglo a la sociedad de consumo europeo, lo cual no supone que el panorama social británico fuese entonces de color de rosa. Habían avanzado más porque, con su pragmatismo social, el crecimiento de las industrias iba acompañado del fortalecimiento de las uniones sindicales.

He aquí la clave de los avances sociales y políticos experimentados en los últimos 80 años: los trabajadores, organizados plenamente en Sindicatos, han obligado a los Gobiernos a considerar y ceder en parte ante las reivindicaciones que presentaban aquéllos. Hoy los sindicatos son un todo homogéneo y potente en los países más desarrollados de Europa, con tanto o mayor poder que el Capital, engranaje sindical libre imprescindible en el desenvolvimiento general de cada nación. Hace cien años que el panorama era sombrío. Carlos Marx expone infinitos casos en «El Capital». Los obreros no estaban protegidos por los seguros sociales. (También lo hace Pablo Iglesias por lo que atañe a España) y tenían que trabajar doce horas para sobrevivir en cuartuchos de mala muerte. Las empresas manufactureras e industriales no sólo explotaban a los adultos, sino también a las mujeres y los niños, pues de otra forma la familia era cercada por el hambre y las enfermedades. Aun así vivían miserablemente. La obra de Marx está llena de citas de otros so-

ciólogos e incluso de denuncias de los agentes sociales ingleses que dependían de la Corona. «Los trabajadores sometidos al duro trabajo mueren con una rapidez sorprendente, pero las vacantes son cubiertas rápidamente, sin que el frecuente cambio de personas produzca modificación alguna en la escena», escribió Wakerfeld y recogió Marx. Era una prueba, pero éstas se amontonaban escalonariamente.

Precisamente la jornada de ocho horas fue el motivo principal para establecer el Primero de Mayo como fiesta de los trabajadores. La muerte de varios obreros durante la manifestación laboral celebrada en Chicago fue una cuestión adyacente, aunque estuviera íntimamente ligada a las iniciativas de los trabajadores para obtener conquistas sociales y organizaciones profesionales con pleno derecho. La lucha con la burguesía gobernante había sido dura y estaba todavía erizada de dificultades, faltaba salvar enormes obstáculos. En suma, a partir de entonces se entabla la confrontación legal entre los dos sectores de la producción, el capital y el sindicalismo, de manera que por evolución en los países que se hallaban en la vanguardia del desarrollo industrial y social, pudiera llegarse a lo que hoy es una realidad, pese a las limitaciones que impone el capitalismo evolucionado y la subsiguiente sociedad de consumo: jornadas de trabajo más cortas, pero jornales más altos, seguro social colmado, participación de los obreros en los beneficios de la empresa, coinfluencia cogestión, el caso de los hijos de familia humilde a las Universidades, como en Escandinavia e Inglaterra, donde el treinta por ciento de los universitarios son hijos de obreros, personalidad y poder de los Sindicatos en las cuestiones nacionales porque representan a los trabajadores, al obrerismo organizado. Es el sindicalismo de Pablo Iglesias.

Se comprende, sin embargo, que el capitalismo se amolde a la nueva situación, es decir, que a caballo entre la sociología y la economía de mercado, aquélla parece inmanente de las fuerzas de los sindicatos y de la planificación

moral y económica del neocapitalismo, en un intento por correr al filo de los acontecimientos sociales. En tal contexto cabe pensar que el obrero continúa siendo un asalariado, exactamente igual que ocurre en la Unión Soviética y los países comunistas —capital de Estado, de la burocracia estatal, del aparato del partido único—, pero en todos los casos los avances pueden considerarse sin paralelo en la historia de la Humanidad. A mi entender, ignorar la realidad social europea, todavía con ángulos romos, pero altamente eficaz, sería tanto como arrojar petardos contra un hecho que configura la fisonomía de nuestro tiempo. Es una etapa que se ha ganado. Quedan otras, por supuesto.

Porque aquí entra en juego el sedimento emocional subjetivo de que hablábamos al principio de este capítulo. La juventud, como es norma en ella, responde al sentido radicalizante de la sociedad, especialmente de los elementos progresivos de la burguesía disconforme. Quiere estar en vanguardia, cree que la solución reside en el socialismo revolucionario, aunque no sabe precisar si con libertad o sin ella. Cuando el autor era adolescente, pensaba radicalmente, pero la reflexión, el estudio del pensamiento socialista extranjero y español, sobre todo de Pablo Iglesias, además de la adecuada información sobre el verdadero socialismo, me hicieron comprender que el comunismo soviético, que el socialismo sin libertad, era un efluvio quimerista alejado de la realidad sociopolítica europea.

Lo que más me inquietaba era el centralismo comunista, la supeditación extranacional, la falta de libertad, como a Pablo Iglesias. Después, según avanzaban los años y aparecían las inevitables mutaciones políticas, comprendí que había dos tipos de comunismo, aun siendo uno solo: el implantado bajo la cobertura del ejército ruso, comunismo de dictadura, y el que pugnaba por insertarse en la sociedad de consumo europea, que admite el planteamiento democrático, la colaboración con la democracia cristiana, comunismo de Asamblea Nacional o de Cámara de Diputados.

Entonces se produce el choque de intereses entre socialistas y comunismo. Italia y Francia son elocuentes ejemplos del forcejeo por atraer a las masas obreras hacia el socialismo democrático y revolucionario o el comunismo leninista, teóricamente sin Lenin. Comunismo en la libertad, lo que parece un contrasentido, y ello a pesar de los esfuerzos del occidental por introducir una veta de humanismo en su cuerpo dogmático. Recuerdo ahora una cita de Ernest Fischer, miembro del comité central del P.C. austríaco, cuando decía en 1965 en la revista «Rinascita», de Roma, que «después de la alteración posestalinista, es necesario que se produzca un renacimiento, una restauración del marxismo. Es algo que debe realizarse dentro del espíritu del marxismo, es decir, en un espíritu de crítica. Marx no nos legó un repertorio de frases, sino una metodología y una cantidad de nociones científicas-filosóficas, algunas de las cuales han sido superadas por la realidad. Marx no da la respuesta a todas las preguntas, pero su obra es parte del horizonte filosófico de nuestra era», versión del marxismo que apenas se diferencia de las correcciones de los completadores. Louis Althusser, aunque fuertemente influido por el soviétismo, por su parte cree fundamentalmente en el humanismo marxista como Lukacs y otros pensadores en Europa oriental, polacos y checos. «El actual proceso de liberación de la Unión Soviética —añade Althusser en «La Nouvelle Critique»— abre perspectivas enteramente nuevas para el encuentro de dos tipos diferentes de humanismo de la persona, del humanismo burgués o cristiano liberal». Pero insistía aún más: la incorporación del tema humanista socialista en la doctrina marxista debía ser lo suficiente afirmativo y atractivo para hacer posible el diálogo entre comunistas y socialistas.

Mas, en tanto que se extendían los intentos por el diálogo entre los partidos obreros se produjo la invasión de Checoslovaquia por el Ejército ruso. «Esto es un *Diktat*, una orden de Moscú. No puede haber acuerdo entre el

cuchillo y la herida, pues no sólo es una violación de la ley internacional, sino un crimen contra el socialismo», gritaba Fischer desde su tribuna de Viena. Seguidamente se comprobó que la toma de Praga produjo al comunismo escandinavo, ya de por sí melifluo, una casi total ausencia de parroquianos (recuperada en 1973), una escisión internacional y la denuncia formalista de los comunistas latinos. Roger Garaudy, exquisito intelectual, miembro del Comité central francés, fue más allá: se ha recaído en el stalinismo, habiendo dado al comunismo una repugnante faz, que se debía rechazar, y desarrollar en cambio, un comunismo humanista, demócrata y pluralista. Garaudy fue después expulsado del partido comunista una vez que se enfrentó a Georges Marchais. Antes lo había hecho Henri Lefebvre.

Uno se pregunta si un comunismo humanista, demócrata, pluralista, no es la negación del comunismo gobernante en diversas naciones, con la propiedad en poder del Estado y la libertad encerrada en el «bureau» del partido único. En el socialismo aseguran sus divulgadores, el pueblo ejerce predominio dentro de la libertad y dictará las leyes que impidan el desarrollo de las empresas capitalistas, incluso aboliendo el capitalismo, pues el socialismo nació para defender los intereses de la clase trabajadora, es la clase obrera elevada al poder. Le ofrece lo que no puede hacer una dictadura: la crítica del sistema en la libertad, la evolución revolucionaria, la defensa de la iniciativa personal y privada, siempre y cuando se beneficie al pueblo y no represente una acumulación de capital. El goce de la plena prosperidad y los métodos para terminar o reducir los efectos del capitalismo o del comunismo enajenante con la filosofía creativa y vital que arranca del talante sociológico de la hora actual europea. Los sindicalistas norteamericanos del siglo pasado pedían buena jornada para buen jornal, consigna económica que se repite en la ley soviética de 1961: a mejor trabajo y mayor rendimiento laboral, los trabajadores recibirán mejor remun-

neración. El socialismo del horizonte europeo reclama para el trabajador los mayores avances sociales y políticos, pero en la libertad. Por eso pensamos que existe una diferencia fundamental entre socialismo y comunismo: la libertad.

Hecha la abstracción de Yugoslavia nos gustaría saber, con pruebas, si hay algún comunismo independiente. Aun así cabe abrigar cierta esperanza después del Congreso comunista celebrado en Moscú en 1969, donde los italianos y rumanos hicieron hincapié en su independencia respecto a Rusia. Teórica o práctica. Eso es lo que falta saber. Y si son independientes, ¿son también libres?

APÉNDICE EPISTOLAR

Solari, Juan Antonio: «Pablo Iglesias: Epoca, Lucha, Ejemplo». Buenos Aires. 1951. Cuando habíamos terminado nuestro trabajo nos ha llegado este valioso volumen que sólo conocíamos por referencias indirectas. Ha sido el propio Solari, presidente del Partido Socialista, Democrático Argentino, quien ha tenido la amabilidad de remitirnos el libro, agotado hace años, y varias fotocopias de cartas dirigidas por Pablo Iglesias al Dr. Juan B. Justo, fundador de la organización socialista argentina, que se conocieron en Madrid a finales de siglo y en el Congreso de la Internacional Socialista celebrado en Copenhague en 1910. Así contemplamos que Pablo Iglesias era el líder socialista europeo más admirado en la Argentina y que su influencia fue grande en el movimiento obrero de aquel país. Refiere Solari que Iglesias fue invitado a pronunciar conferencias en Buenos Aires, abonándole por cada disertación mil pesetas o todo el dinero que pidiera, pero que Iglesias no aceptó porque consideraba que había excelentes propagandistas socialistas en Argentina y que su presencia no era imprescindible. «Lo sentimos, porque le admirábamos y queríamos fervientemente», confiesa Solari. «Iglesias utilizaba la correspondencia epistolar como medio de propaganda y para estar en estrecha relación con sus compañeros de toda España. Sus cartas a Justo de-

muestran hasta dónde era preciso y juicioso y en qué forma, dándose tiempo, mantenían esta vinculación con los hombres de otros partidos 'socialistas».

De estas cartas de las que tanto se ha hablado, pero apenas son conocidas, como ha dicho Prieto, vamos a reproducir algunas, en este caso las dirigidas al Dr. Justo, no sin antes anteponer el juicio que merece a Solari la obra de Pablo Iglesias. Por ellas, además, entramos en contacto no con el mundo ideológico de Eduardo Bernstein, sino con la conducta personal de Bernstein en un Congreso determinado, citándole peyorativamente, en tanto que ensalzar la personalidad de Liebknecht, compañero de Rosa Luxemburgo, incluso en la hora de la muerte violenta. Esta alusión explica nuestro comentario anterior sobre la cuestión y lo fundamenta con notable solvencia.

«Con su letra clara y firme, pacientemente, con expresión de su carácter y limpieza moral, le dedicaba horas, en el deseo de hablar a cada uno el lenguaje que en cada caso convenía, como si conversara personalmente y llamara su atención sobre los tópicos de mayor interés» —y añade Solari:

«Consolidar lo obtenido para luego avanzar sobre seguro»... «Trabajar infatigablemente»... ¿Se quiere en menos palabras, programa más fundamental mayor suma de sugerencias y de sabiduría para la acción? ¿Puede, en una breve carta, mostrarse más íntegramente el espíritu laborioso, sensato y responsable de un hombre, dirigiéndose en términos sencillos a un compañero, mientras él debe soportar dolencias y sinsabores? Porque —bueno es decirlo— no se trata de quien pontifica desde tejas arriba, o al margen del rudo laborar diario, ofreciendo panaceas milagrosas para que se haga cuanto, según él, no se hizo o se hizo mal. No, Iglesias tenía mucho respeto por sí mismo y uno más acendrado por sus compañeros para darse este papel tan común como estéril. Comenzaba por dar ejemplo de continuidad y de perseverancia en el trabajo, arrastran-

do las contrariedades de la lucha. Nadie podía poner en duda su sinceridad. Nadie discutía el noble desinterés y la preocupación de perfeccionamiento que le animaban en la obra común, pues él —con su autoridad indiscutible—, era el primero en entregar a esa obra todas sus energías. De ahí el valor moral y la eficacia de sus cartas, de sus actitudes, advertencias y adoctrinamientos. Tal autoridad y eficacia aparecen por lo mismo, acreditadas en sus páginas de prédica socialista y en sus discursos. Su experiencia aumentaba en la confrontación con su propia vida. No fue un simple teorizante ni se dio posturas ocasionales: elaboraba su pensamiento en función de la acción que desarrollaba, y los frutos de su lógica y de su dialéctica no eran flores decorativas: reconocíase cuán adentradas en su conciencia y en su mente estaban las raíces, comprendiendo entonces por qué estos frutos resistían tantos embates y se renovaban de continuo en los surcos trazados por su voluntad y por su sinceridad. Esta fue, por lo demás, la característica de la pléyade de los fundadores socialistas en casi todos los países —Hyndman y Keir Hardie, en Inglaterra; Liebknecht y Bebel, en Alemania; Jaurès y Guesde, en Francia; Plejanov, en Rusia; Justo, en la Argentina— que la generación de realizadores conservó en no pocos de ellos, perfilando, con los firmes rasgos políticos, económicos y culturales del movimiento, su fuerza ética.

Veamos ahora las cartas de Iglesias. La primera está fechada en Orense en 1896 y se ocupa preferentemente del Congreso de Londres: «Aunque los anarquistas nos dieron bastante que hacer, el Congreso pudo realizar obra útil, no siendo la menos importante la condenación de la huelga general y la exclusión definitiva de los anarquistas... No me preocupa la escisión entre los socialistas franceses. Todos los que cuentan con un programa, los que han aceptado francamente como bandera el socialismo, esto es, lo más serio y formal del proletariado francés, se han mostrado unidos, apoyando solamente a los anarquis-

tas aquellos llamados socialistas que para poder conservar sus distritos (puestos legislativos y concejalías) quieren estar con los anarquistas.»

Como se ve, se observa aquí que Iglesias era tan adverso de Proudhon como lo fuera Marx y que no era correcto que los socialistas se traicionasen a sí mismos buscando el apoyo electoral de anarquistas (o comunistas)

«Sin estos Congresos no se hubieran conseguido, aparte de otras ventajas, la de unificar el pensamiento de los socialistas hacia los anarquistas (infiriéndoles por ello un rudo golpe), ni dar a la legislación protectora y principalmente a la jornada de ocho horas, la importancia que hoy tienen y que constantemente acrecientan las Manifestaciones del 1.º de Mayo. Esto no niega, ni mucho menos, la utilidad de conocer el movimiento obrero y socialista en todos los países, y de estudiar la marcha que llevan las naciones más adelantadas. No me satisface la opinión de Bernstein acerca del Congreso de Londres, estando muy conforme con la que Liebknecht ha emitido acerca del mismo.

Celebro mucho que logren llevar a las filas del Partido elementos sanos e inteligentes de la clase media, porque ellos pueden servir a nuestras ideas. Por aquí no nos ocurre lo propio, cosa que sentimos bastante. Los que solo hablan de emancipación sin cuidarse de que para llegar a ella hay que mejorar antes el estado de la clase trabajadora, se equivocan, y yendo, como calculo que irán, de buena fe, pronto reconocerán su error.»

Se ocupa luego la carta sobre la cuestión de Cuba. Iglesias informa sobre la actitud del Partido Socialista español:

«En esta cuestión donde por parte de muchos que defienden la independencia o se muestran partidarios de ella no es todo idea, sino cuquería o negocio, hemos sostenido lo que corresponde sostener, esto es, que la culpa principal de la guerra era de la burguesía española, que no había dado a sus habitantes los derechos que les pertenecen; que

debía concederles la autonomía y si esto no satisfacía a sus habitantes, y querían la independencia, dársela igualmente.

En el asunto de Cuba, el Partido no ha adoptado una actitud más resuelta, porque su fuerza es pequeña, y no debe jamás intentar empresas que no pueda realizar. De ser más fuerte hubiera hecho, no ya lo que le correspondía realizar y no ha hecho, el partido republicano, sino algo más.

Si eso es lo que toca hacer a los obreros europeos que se preocupan algo de su suerte, no hay que decir cuál es el deber de los que profesen ideas socialistas. Por estos motivos, están obligados a adquirir inmediatamente la naturalización, tanto para poder en seguida tomar parte en todos los actos políticos, como para dar ejemplo a los demás trabajadores. Allí donde la suerte o la desgracia lleven a un socialista, allí está éste obligado a trabajar por el mejoramiento de su clase y por la prosperidad y el triunfo de sus ideas. Hermanos suyos todos los obreros, vivan donde vivan y hablen el lenguaje que hablen, donde quiere que esté tiene el deber de trabajar por su unión, de educarlos, de enseñarles el camino que les conviene seguir y de predicarles todo lo que han de hacer, más que con palabras, con actos.»

El Dr. Justo también intercambió correspondencia con García Quijano y Morato. El 25 de junio de 1901, el primero escribía: «En las pasadas elecciones tenía esperanzas de que el amigo Iglesias fuera al Parlamento, pero como siempre, se han puesto en contra las deplorables costumbres políticas de nuestro país y no ha sido posible conseguirlo. En Bilbao siguen gastándose miles de duros los burgueses y en Madrid se acude a los añejos procedimientos. Como supongo que lee usted «El Socialista», no insisto; sólo le diré que se fije en el resultado moral que la lucha nos proporciona y lo bien impresionada que la opinión pública queda con nuestra conducta. Además, para apreciar bien la situación del socialismo en España es pre-

ciso tener en cuenta que estamos realizando una tarea previa que otros han debido realizar antes: esa tarea es educar y dar conciencia política, y mientras no se realice esto no obtendremos ningún éxito. Y sin embargo de todas las contrariedades con que tenemos que luchar, el progreso es patente. No podemos estar descontentos, dada la situación de nuestro país».

Pablo Iglesias, poco más tarde, precisaba su opinión acerca de la alianza con los republicanos, que entonces rechazaba y que después defendería como interesante operación coyuntural y que Prieto había de reprocharle.

«El artículo a que usted se refiere, y que es obra del amigo Morato, no da a entender que esperemos que el partido republicano haga lo que allí se dice, sino qué es lo que debería hacer. Precisamente la conducta de ese partido fraccionado en infinidad de grupos y movido por ambiciones mezquinas, le alejan cada vez más del camino que debiera seguir. Si usted viviera aquí yo creo que seguiría con esos partidos o fracciones la misma conducta que nosotros. Sin condiciones para llegar al Poder, no han hecho más que retener a los trabajadores en sus filas sin darles siquiera alguna educación política.»

En 1909 reitera su profunda convicción de que en todo pueblo donde haya proletarios como en Argentina, tiene que haber una organización socialista capaz de llevar a cabo la emancipación humana, para lo que juzga importante que los socialistas europeos mejor preparados realicen frecuentes visitas a los países hispanoamericanos. En definitiva, Pablo Iglesias se manifiesta con la honradez peculiar en él —Ortega y Gasset dijo el 26 de diciembre de 1915—: «Yo tengo a Pablo Iglesias por uno de los hombres más probos que ha habido nunca en nuestro país —anticipándose en muchos años a Ernest Hemingway— y con la grandeza humana que superaba a las mismas ideas que propagaba». Estos rasgos se perciben en las cartas que reproducimos por gentileza de Juan Antonio Solari, la segunda enviada a un correligionario de Irún, España.

«Veo con sumo gusto que el Partido crece allí, a pesar de la oposición que le hace la polilla ácrata.

Aquí seguimos progresando lentamente en cuanto a fuerzas, bastante a prisa en la opinión. Se nos mira de muy distinta manera que se nos miraba hace años.

Los anarquistas, que han vencido en el proceso de Montjuic y con la atmósfera más liberal para ellos de los últimos Gobiernos, nos dan bastante que hacer. Sin embargo ni destruirán nuestra honra, ni nos impedirán avanzar.»

«Estimado correligionario Mellén:

Por estar enfermo —hállome aún convaleciente— no he contestado antes a la suya del 14.

En efecto, dadas las circunstancias por que han pasado y pasan aún, no es pequeña la cifra de 277 votos que ha obtenido la candidatura socialista en ésa.

En Correos se nos han tragado muchos ejemplares del orden del día del Congreso. Por lo mismo no les hemos enviado los 200 ejemplares que pedía, sino 100. Si no se pudiera arreglar con éstos enviaremos algunos más.

No descuiden las lecciones que suministra la experiencia tanto respecto a los hombres como a las cosas. No abarquen más de lo que pueda realizar, porque así no se consolida nada y lo que nosotros precisamos es consolidar lo obtenido para luego avanzar sobre seguro.

Creo que a la vez que trabajar infatigablemente, por el afianzamiento del movimiento socialista y societario en ésa, deben procurar que en Irún²⁵ se cree la Agrupación Socialista. No sé si me equivocaré; pero me figuro que no exigirá esa labor grandes esfuerzos.»²⁶

25. La principal organización socialista de Guipúzcoa se hallaba en Eibar.

26. Conviene señalar que este original fue preparado durante 1973 y que su extensión sobrepasaba los límites de esta colección. Por este motivo hubo que suprimir numerosos textos de Pablo Iglesias, tanto políticos como sindicales, así como anotaciones del Autor, sobre la personalidad de Pablo Iglesias; una relación de sus lecturas principales, muy amplias; los votos que

consiguió en todas las elecciones parlamentarias dentro del partido socialista, favorable si respetaban los principios fundacionales, etc., etc.

Siempre defendió un partido socialista dominado por los trabajadores, puesto que era una organización obrera, lo cual no le impidió que reiterase las exhortaciones morales, la acción obrera reivindicativa y el socialismo democrático revolucionario, como se anticipa en su artículo «Socialismo y Liberalismo», publicado en *El Socialista* en 1924, aunque le faltase tiempo y salud para el análisis compacto de las estructuras, desde el punto de vista de la teoría.

Esto no era posible exigirlo, en aquel tiempo, a un dirigente obrero, no un teorizante de las formas socialistas.

Todos los artículos que se han publicado después de 1913 en revistas y libros, todos ellos del acervo de Iglesias, también habían sido registrados en nuestro estudio, e incluso reproducidos.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

(Aparte de las obras reseñadas en la Introducción)

- ARAQUISTAIN, LUIS: *El pensamiento español contemporáneo*. Buenos Aires 1962. Es una inteligente interpretación socialista no conforme con la de De los Ríos.
- ARBELOA, VÍCTOR: *Socialismo y anticlericalismo*. Madrid 1973.
- ARANGUREN, J. LUIS: *Moral y Sociedad*. Madrid 1965.
- ARBOLEYA MARTÍNEZ: *De la acción social. Los sindicatos obreros*. Oviedo 1918.
- BERNARDO QUIRÓS: *Los derechos sociales de los campesinos*. Madrid 1929.
- BESTEIRO, JULIÁN: *El partido socialista ante el problema de Marruecos*. «La condena del Comité de huelga de 1917». Madrid sin fecha. Marxismo y antimarxismo. Madrid 1967.
- BLUM, LEÓN: *Con sentido humano*. 1946.
- BULLEJOS, JOSÉ: *España en la segunda república*. México 1967. Nos parece interesante adelantar unos años y comparar las opiniones de Bullejos, ex-secretario general del P.C.E., con las del historiador Manuel Tuñón de Lara. Asegura Bullejos (pág. 137), que Moscú consideraba que Azaña, Largo Caballero y Prieto eran los representantes del capitalismo reaccionario en mayor proporción que los monárquicos y partidos de la derecha (es decir, que Gil Robles en aquel entonces). Añade: «Cuando la UGT, el Partido Socialista, la CNT y el POUM fundaron las Alianzas Obreras (1934), los comunistas por instrucciones de Moscú las combatieron y sólo rectificaron cuando la revolución de octubre comenzó». La versión de Tuñón de Lara es diferente (pág. 918-19 de «El movimiento obrero en la historia de España»): «en febrero se forman las Alianzas Obreras, al principio sólo son unos comités de enlace del PS y UGT con algunas pequeñas fuerzas, sobre todo en Cataluña, donde figuran el BOC, La Unió Socialista, el Partit Català Proletari, los sindicatos «treintistas» de Sabadell, etc. En el mes de marzo las re-

- gionales UGT y CNT de Asturias concluyen un pacto y constituyen también la Alianza Obrera. En el resto del país eran inexistentes. Cuando en junio en PC se dirigió al PS con propuestas de constituir un frente único, el segundo respondió que ingresasen en las Alianzas. A lo cual el Partido Comunista objetaba que las Alianzas ignoraban a los campesinos (?) y que eran tan sólo comités de dirigentes y no de la base y de las empresas. No obstante, el PC decidió entrar en las Alianzas en septiembre. Estas adquirieron importancia en octubre de 1934 y en el período que le siguió».
- COLE, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista*. México 1966.
- CIOSL: *Manual para dirigentes sindicales*. Bruselas 1965. Es un estudio muy severo contra los métodos sindicales comunistas dictatoriales.
- DÍAZ-PLAJA, F.: *La historia de España en sus documentos; siglo XX*.
- DUBCEK, ALEXANDER: *La vía checoslovaca al socialismo*. Barcelona 1968.
- EHRENBURG, ILLIA: *España república de trabajadores*. Madrid 1932.
- ELORRIETA, TOMÁS: «Liberalismo» Madrid 1926.
- ELORZA, ANTONIO: *Burgueses y proletarios*. Madrid 1973.
- ENGELS, FEDERICO: *Los bakunistas en acción (en España)*. Toulouse 1946. La situación de la clase obrera en Inglaterra.
- GARAGORRI, PAULINO: *Españoles razonantes*. Madrid 1969.
- GARCÍA, VENERO: *Historia de las Internacionales en España, 1868-1914*. Madrid 1954.
- GERHARDSEN, EINAR: *El socialismo en acción*. Toulouse 1964.
- GÓMEZ LLORENTE, L.: *Historia del partido socialista*. Madrid 1971.
- GOMPERS, SAMUEL: *Sesenta años de vida y de trabajo*. Madrid 1960.
- GUTIÉRREZ, RAVÉ: *Yo fui un joven maurista*. Madrid.
- KAUSTKY, CARLOS: *La doctrina socialista (respuesta a la crítica de Bernstein)* y «La dictadura del proletariado» (que sería la respuesta a Lenin). Madrid 1928.
- JAURÈS, JEAN: *Estudios socialistas*. Madrid 1968.
- IGLESIAS, PABLO: *Exhortaciones a los trabajadores; las organizaciones de resistencia; al servicio del pueblo; reformismo social y lucha de clases; comentarios al programa socialista; la clase obrera a finales del siglo XIX; Propaganda Socialista; cartas recogidas por Isidoro Acevedo*.
- LANSKY, HAROLD: *Los sindicatos en la nueva sociedad*. Buenos Aires 1957.
- LARGO CABALLERO, F.: *Pasado, presente y futuro de la UGT*. Madrid 1925.
- LEFEBVRE, HENRI: *Síntesis del pensamiento de Marx*. Barcelona 1971.
- LENIN, V.I.: *Acerca del marxismo*. Moscú 1969.
- LEWIS, ALLEN: *El gran cambio*. Buenos Aires 1954.

- LORENZO, ANSELMO: *El proletariado militante*. Barcelona 1923.
- LO DANESA: *El movimiento sindical danés*. Dinamarca. Ministerio de Asuntos Exteriores. Copenhague 1966.
- LO SUECA: *La concepción del socialismo*. «Caleidoscopio del movimiento obrero sueco». Estocolmo 1968.
- LÓPEZ SEVILLA, E.: *El PSOE en las Cortes Constituyentes Julián Besteiro y Jiménez de Asúa*. México 1969 y 1971.
- LAMO DE ESPINOSA: *Julián Besteiro*. Madrid 1970.
- MACDONALD, RAMSAY: *Socialismo y sociedad*. Londres.
- MARCUSE, HERBERT: *El final de la utopía*. Barcelona 1969; «El marxismo soviético». Madrid.
- MAURA, MIGUEL: *Así cayó Alfonso XIII*. Barcelona 1966.
- MARX, CARLOS: *El Capital* (en la edición con prólogo de Prados Arrarte). Madrid 1967.
- MORA, FRANCISCO: *Historia del Socialismo Obrero Español*, Madrid, 1902.
- NENNI, PIETRO: *La guerra de España*. México 1967.
- OFICINA INTERN. TRABAJO: *La situación laboral y sindical en España*. Ginebra 1969.
- OLLIVIER, ALBERT: *La Comuna*. Madrid 1967.
- ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*. Madrid 1964.
- PÉREZ DE AYALA, R.: *Escritos políticos*. Madrid 1967.
- PELLING, HENRY: *El sindicalismo norteamericano*. Madrid, 1961.
- DE LOS RÍOS, F.: *Mi viaje a la Rusia soviética, El sentido humanista del socialismo*. Madrid.
- REUTHER, WALTER: *Ideario de un sindicalista*. Buenos Aires 1964.
- ROJAS, CARLOS: *Diálogo para otra España*. Barcelona 1966.
- ROSENBERG, LUDWIG: *Los sindicatos en el Estado social de derecho*. Bonn. 1966.
- TERMES, JOSEP: *Anarquismo y sindicalismo en España*. Barcelona.
- TOVAR, ANTONIO: *Ensayo sobre el porvenir de España*. Barcelona 1968.
- TRACEY, HERBERT: *Soy sindicalista*. Londres 1952.
- TUÑÓN DE LARA Y NÚÑEZ DE ARENA: *Historia del movimiento obrero español*, y el libro citado en la introducción.
- VERA, JAIME: *La verdad y la acción*. En efecto, se trata de un libro fuertemente estructurado sobre el socialismo, frecuentemente consultado por los nuevos historiadores españoles.
- Además, la mayor parte de la bibliografía de Andrés Saborit, a quien agradezco sus cartas, su documentación, así como a los empleados de la Hemeroteca Municipal y Biblioteca Nacional de Madrid, que me han permitido esta exploración al pensamiento de Pablo Iglesias a través de los periódicos y revistas «El Socialista», «La libertad», «El Sol», «El Herald de Madrid», «Almanaque Socialista», «Revista Socialista», «España Social», «La Aurora Social», «La lucha de clases», «Acción Socialista», «Laviatán», «Democracia», «Vida nueva» y otras publicaciones.

INDICE

Introducción biográfica y de comportamiento	7
PRIMERA PARTE	29
1. Las ideas políticas	31
2. Moral y socialismo	61
3. Lo social, lo económico, lo sindical	75
4. Violencia, terrorismo, anticlericalismo, fraternidad Internacional	89
5. Las dictaduras	99
SEGUNDA PARTE	119
I. Discursos parlamentarios	121
II. 1914	151
III. La guerra europea	191
TERCERA PARTE	205
1. La conducta política de Pablo Iglesias	207
2. El bloqueo «socialista»	221
Apéndice epistolar	231
Fuentes y bibliografía	239

NUEVA SÍNTESIS

Una colección al ritmo del país real

1. PLANIFICACIÓN EDUCATIVA

J.L.L. Aranguren - R. García - A. Moncada - Amando de Miguel - I. Fernández de Castro - J.E. Sánchez - E. Casanelles - M. Bosch - C. Llovet - N. Pérez de Lara - I. Pons.

Los trabajos del III Congreso de la Formación, celebrado en Barcelona en noviembre de 1974, y recogidos ahora en este volumen abordan la metodología de la **formación**.

2. LOS ENGRANAJES DE LA ECONOMÍA, 4.ª edición

J.M. Albertini.

Un clásico de la iniciación a la economía que alcanza, con ésta, su cuarta edición española.

3. EL SOCIALISMO DE MOUNIER

M. Barlow.

Nueva lectura de Emmanuel Mounier, a los veinticinco años de su muerte.

4. POBREZA EVANGÉLICA Y PROMOCIÓN HUMANA, 4.ª ed.

José M.ª González Ruiz.

«Un libro de pistas luminosas, excitantes» (Pedro Casaldàliga).

5. PRESENTE Y FUTURO DEL SINDICALISMO

Manuel Zaguire y José M.ª de la Hoz.

La realidad obrera, tal cual la viven, la sienten y la expresan sus protagonistas.

6. IDEARIO POLÍTICO DE PABLO IGLESIAS

Juan Losada

Ojeada al catálogo de NOVA TERRA

LA POLÍTICA

EL SUICIDIO DE LAS DEMOCRACIAS

Claude Julien

Con datos de la actualidad más que con conceptos, el gran comentarista de «Le Monde» somete a examen el autodenominado mundo democrático.

MIGRACIONES OBRERAS Y MERCADO DE TRABAJO

Bernard Kaiser

La verdad sobre la venta de mano de obra de los países pobres al Mercado Común.

EL PENSAMIENTO

SÍNTESIS DEL PENSAMIENTO DE MARX

Henri Lefebvre

SÍNTESIS DEL PENSAMIENTO DE FREUD

Edgar Pesch

SÍNTESIS DEL PENSAMIENTO DE FROMM

José Basabé Barcalá

SÍNTESIS DEL PENSAMIENTO DE NIETZSCHE

Jules Chaix-Ruy

Cuatro síntesis de absoluta solvencia, lo mismo para el profesor y el estudiante que para el autodidacta.

Juan Losada

más que un escritor comprometido, es un hombre comprometido con su clase que vierte su espíritu militante en artículos y en libros... si le dejan. He aquí unos párrafos suyos, escritos a vuelapluma, que le definen certeramente: "Siempre he sido socialista en activo. No procedo de la falange, de la monarquía, de ninguna religión ni de ninguna sociedad capitalista o soviética. Procedo de la clase obrera. Toda mi familia es obrera. He estado en la cárcel, no por lo que hice durante la guerra, que era un niño entonces —aunque ya dirigente de las Juventudes Socialistas— sino porque pensaba en socialista en 1945, antes y después". "Hace treinta y cinco años que llevo los mismos zapatos, agujereados y despellejados, sin cambiarlos..." En 1968 publicó, en esta misma editorial, *Perfiles humanos de la ciudadanía*. La obra fue secuestrada y se halla todavía a la espera de poder ser distribuida.

Ideario político de Pablo Iglesias

es una obra de síntesis sobre uno de los personajes decisivos de la política española moderna. Losada nos lo presenta con trazos fuertes que consiguen, en su conjunto, una imagen cálida, casi apasionada. Y siempre con el trasfondo de las complejas circunstancias políticas que rodearon al fundador del PSOE. Podríamos aplicar al estilo de este libro —salvada la diversidad de género literario— lo que escribió José Luis L. Aranguren, a propósito de *Perfiles humanos de la ciudadanía*: "España, país en vías de desarrollo, sigue necesitando libros así, que, en lenguaje sencillo y directo, con toques de lirismo populista y de denuncia moral de abusos propios de la sociedad industrial, propugnen una justicia social encuadrada en el marco del socialismo democrático..."